Lucrecia Borgia (LA APASSIONATA)
RENATO STROZZI

Lucrecia Borgia (LA APASSIONATA)

RENATO STROZZI



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I

DONDE LUCRECIA CONOCE AL HOMBRE

Roma, la Eterna, estaba de fiesta. Se había engalanado, pintado y acicalado como una de esas viejas matronas que no obstante el largo trajín de los años y lo que va en ellos, se cree todavía en edad de merecer. La ocasión, por cierto, era bien propicia. En los tiempos que corrían, de constantes cambios y de permanente zozobra, pocas oportunidades se presentaban como ésta para que la ciudad junto al Tíber se mostrase ante los extranjeros con sus mejores galas, en su mayor esplendor.

Las calles de Roma hervían hoy de animación y bullicio. Tanto los palacios como las casas señoriales o las moradas más modestas y aún las pobres, participaban de aquel jubileo de colores, alegrando sus hoscas fachadas ennegrecidas por el tiempo con banderas, pabellones, estandartes y gallardetes, algunos con dibujos caprichosos, los más luciendo como blasones las figuras de animales, leones, osos, ciervos, gallos. Rebrillaban al sol de la tarde, en aquella calurosa jornada de junio, los ribetes de oro y plata, los bordados con piedras preciosas, predominando el río de los rubíes y el verde de las esmeraldas. De tal modo mostraban sus blasones las familias más rancias y aristocráticas, los nombres más ilustres de Italia, los Orsini, los Sforza, los Malatesta, los Rimini, los Ricci, los Falconieri, los Manfredi, los Este, los Farnese, los Mattei, los Caetani, los Colonna, y cientos de nombres más, cubiertos todos de honor y fama, de gloria y de prestigio.

Pero hubiera resultado aventurado suponer que ese despliegue de pabellones y blasones era un tácito acatamiento, una voluntaria participación, un oportuno sometimiento, tanto al motivo de estos festejos como al poder que imperaba este año del Señor de 1493, en Roma, y que se personificaba en Rodrigo Borgia, actual papa Alejandro VI, representante de Dios en la tierra y máximo poder espiritual en el mundo cristiano.

Preciso es decirlo Rodrigo Borgia era odiado en Roma y no sólo por los barones recién nombrados, sino por el mismo pueblo. Y se lo odiaba —así como a todo lo que, persona o cosa, estuviese vinculado a él— por varias razones. Entre ellas porque era un extranjero, un español, por añadidura. Y porque siéndolo había traído de España, o hecho venir, a decenas y aun centenas de parientes y amigos, a todos los cuales había encumbrado en cargos oficiales de la Iglesia, incluso antes de ser ungido Papa, en una descarada acción nepotista. Detrás de aquéllos habían venido, asimismo, miles de españoles de menor cuantía, los cuales realizaban modestas funciones compatibles a sus personas, como ser, asistentes, soldados, criados, escribientes, etcétera. Lo más notable en este aspecto acaso resultaba el hecho de que, antes del encumbramiento de los Borgia, en Roma sólo había unas cuatro mil cortesanas y meretrices, honestas y de las otras. Después, su número había crecido a once mil. La diferencia había sido cubierta por damiselas españolas venidas a Roma precisamente con tal propósito.

Pero éstas no eran las únicas razones por las cuales Rodrigo Borgia y sus acólitos eran odiados en Roma y aun en toda Italia. El Papa actual se había caracterizado por ser una persona sin escrúpulos, muy ambiciosa, de pasiones a veces incontroladas. Mujeriego, bebedor y dualista de nombradía, tenía en su haber más hazañas que cualquier caballero de la época. Sus aventuras sin embargo, no podían ser tomadas como ejemplos de rectitud, nobleza y generosidad.

Y por si todo esto fuese poco, ahí circulaba, por ejemplo, la historia de su nombramiento como Papa. Siendo sobrino del papa Calixto III, había merecido de él toda su confianza y apoyo, hasta el punto que, siendo príncipe de la Iglesia, por su título de Cardenal, cometió tales fechorías y desaguisados, especialmente los de tipo drolático, no obstante lo cual

siempre se le había perdonado. Hombre singularmente astuto, había sabido mantenerse en primera línea, colaborando con los otros Papas sucesores de su tío, siendo el último Inocencio VIII, su antecesor, también producto de la época, tanto que de él se conocían dieciséis hijos naturales.

Aquellos antecedentes poco recomendables habían estado a punto de echar por tierra sus anhelos y aspiraciones de ser elegido Papa, sucesor de San Pedro. Y de tal circunstancia se valieron algunos cardenales elegibles, como Ascanio Sforza, Gianbautista Orsini y el francés Julián de la Rovere, para disputarle el cetro.

Pero si Rodrigo Borgia poseía verdaderas condiciones de estratega político y diplomático, lo demostró en esta ocasión. Valiéndose de promesas, granujerias mediatas, de dádivas, de presentes en oro y objetos de arte, de regalos importantes y aun de palacios y otros bienes raíces, y de la añagaza de futuros nombramientos, consiguió que en el último Cónclave votaran por él incluso sus mismos adversarios y los cardenales que apoyaban a éstos, de todo lo cual resultó una mayoría absoluta para él en la última votación. Si es cierto que el encumbramiento de un personaje, mucho más si es discutido, concita el desprecio y el odio de los demás, Rodrigo Borgia —y con él, repetimos, todos los que se cobijaban a la sombra de su poder— tenía razones para ser odiado. Y al odio cabía agregar ahora el temor. Rodrigo Borgia había sido temido como Cardenal, pues siendo hombre de armas tomar, dilucidaba con ellas cualquier cuestión. Pero como Papa y en la imposibilidad física de estar en todas partes y. vengarse personalmente de todos sus enemigos y detractores, había montado una colosal fuerza policial, la cual ejecutaba sus órdenes de exterminio y lavaba con sangre las afrentas que se le hacían. No había un solo día en que no se conociese la muerte obscura y siniestra de algún enemigo de los Borgia.

Tal era la inquietante personalidad del hombre que regía en la actualidad los destinos de la Iglesia, no sólo en Roma y las tierras papales, sino en todo el mundo cristiano y aún fuera de él. Como se verá posteriormente, si para actualizar y mejorar los negocios de la Iglesia hacía falta un hombre de aquel temple, Rodrigo Borgia, con el nombre de Alejandro VI, llegó a elevar y mejorar el poder y el prestigio de aquélla, hasta el punto de que la Iglesia fue respetada y temida aun por los soberanos más poderosos de la época.

Sin embargo, aquel futuro aún estaba distante y el nombre de los Borgia sólo concitaba odio y desprecio entre las familias más renombradas de Roma, en particular, y de Italia en general. Por todo lo cual resultaba que aquel embanderamiento venía a ser una callada pero elocuente forma de protesta. Entre las familias de Roma, muy pocas, a menos que mediase un interés dado, se atrevían a demostrar abierta amistad hacia los advenedizos españoles. Pero los Borgia, esa caterva de catalanes ambiciosos y sin conciencia que sólo medraban en provecho propio, al decir de sus detractores, eran los amos de Roma y fuera de ella. Debido a la alta investidura del cabeza de todos ellos, los nobles, los príncipes, los reyes y aun los soberanos más poderosos, le rendían respeto y se prosternaban a sus pies, en su condición de representante de Cristo. ¿Cómo atreverse, pues, a repudiarlos públicamente? A menos de no desear la propia ruina y, lo que es peor, una muerte cruel y obscura, era preferible hacer de tripas corazón y fingir alborozo, junto con el populacho, que hacía pocos distingos entre quienes sustentaban el poder, en tanto declarasen muchos días de festejos y repartiesen vino para celebrarlos dignamente.

El dicho alborozo se expresaba con mayor algazara en las calles, principalmente en las *vías* adyacentes, Tíber de por medio, al Vaticano. Mayor animación se podía advertir, por tanto, entre el puente de Saint Angelo y la Porta del Popolo, en las murallas de Aureliano, por el norte, y el puente Sisto, por el sur. No solamente el populacho romano, siempre ávido de alegría y de emociones, se había dado cita allí. Por las lujosas y coloridas vestimentas de muchos transeúntes, de los cuales no pocos iban caballeros de nerviosos y ágiles corceles, se podía ver que eran venecianos, ferrareses, milaneses, florentinos, napolitanos, franceses,

Librodot

españoles, etcétera, todos pueblos aliados del Papado. Suntuosas comitivas, precedidas por heraldos que anunciaban el paso de algún personaje importante, alborotaban de vez en cuando la animada vía. Y los buenos romanos, birretes en mano, abrían filas para dejar pasar a las lujosas literas, arrastradas por muías enjaezadas con paños negros o de color, con los blasones nobiliarios, como signos de distinción y señorío.

¿Qué acontecimiento celebraba Roma en aquella ocasión, el 12 de junio del año de gracia de 1493? Uno muy importante. Nada menos que la boda de Lucrecia Borgia, hija reconocida del bien-, amado Señor de la cristiandad, el Papa ilustrísimo, Alejandro VI, a quien todos, a menos de ser declarados herejes, debían sumisión y respeto.

La boda de Lucrecia Borgia tenía una principalísima importancia en la política y la diplomacia que estaba desplegando Rodrigo Borgia, convertido en Alejandro VI por obra y gracia del Cónclave, desde el 11 de agosto de 1492. Dicha política estaba destinada a imponer la supremacía del Papado —y la suya propia y la de sus hijos, por supuesto— en Italia y el resto del mundo. Por ello, Rodrigo Borgia había querido rodear la boda del mayor fasto posible, luego de una cuidadosa selección de pretendientes. El honor de emparentarse con el Papa había recaído en Giovanni Sforza, señor de la poderosa familia de los Sforza. Giovanni era un joven viudo de Magdalena Gonzaga, hermana de Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, y se decía que para su boda había influido grandemente la recomendación que de él hiciera su tío, el cardenal Ascanio Sforza, que tuviera activa participación en la elección de Alejandro VI, gracias, según se murmuraba, al cargo de Vice-Canciller (segundo en jerarquía después del Papa) con que le honrara y al obsequio de la casa que Rodrigo Borgia hiciera construir para sí con todo cuidado y esmero, amén de cuatro mulos cargados de objetos de plata.

Como decíamos, no había morada, por pobre que fuese, o palacio, que no se hubiese embanderado de arriba abajo, a *tutto colore,* en homenaje al fausto acontecimiento. Uno de aquellos palacios, situado no lejos del puente de St. Angelo y de la orilla izquierda del Tíber, conocido como el Palacio de Santa María del Portici, mostrábase singularmente adornado y embellecido, por lo cual se destacaba en medio de aquel despliegue de colores.

Dicho palacio, lo sabían todos los romanos, estaba habitado por tres damas de singular valimento, cuyos nombres pronunciaban con respetuoso temor: Adriana del Milá, Julia Farnese, llamada la Bella, y Lucrecia Borgia. Un verdadero regimiento de camareras, doncellas, peinadoras, modistas, criados, cocheros, palafreneros, etcétera, las asistían. Por el número de los servidores, sino por otra cosa, aquel palacio resultaba uno de los más importantes de Roma.

Adriana del Milá, sobrina del papa Alejandro VI, gozaba de gran predicamento en la corte papal. Rodrigo Borgia la distinguía con su particular afecto. Todo el mundo sabía el porqué. Roma, en este sentido, era una verdadera caja de resonancia, cuyas ondas se extendían por Italia y el resto del orbe.

Julia, la Bella, hermosísima hija de nobles patricios romanos, era una Farnese por su padre y una Caetani por su madre. Los Farneses procedían de una noble estirpe de la Etruria Romana. Los Caetani constituían una antigua y noble casa romana. Julia se hallaba casada con Ursino Orsini, hijo de Adriana. En Roma se conocía a Julia por el nombre irónico de "la esposa de Cristo", pues se decía de ella que era amante de Rodrigo Borgia, con el pleno consentimiento de su suegra. En ciertos períodos, Julia permanecía en este palacio, mientras su marido, el alegre y despreocupado Orsino Orsini salía en distintas cuanto frecuentes misiones que le encomendaba el Papa.

En cuanto a Lucrecia, su ilustre padre la había encomendado a la tutela de Adriana del Milá, porque se conceptuaba a esta dama como de notable saber y cultura. Lucrecia, lo mismo que Juan, César y Joffre Borgia, eran hijos, como todos saben, de Rodrigo Borgia habidos en Vannozza Catanei. La Vannozza, como la llamaban los romanos, era una espléndida matrona,

rubicunda, bien formada y mejor proporcionada de gracias, y de exuberante atractivo físico. Pero en cuestión de saber, eran tan escasas sus luces como abundantes sus dones físicos. Esto explica por qué se educó Lucrecia al lado de Adriana.

He aquí, pues, las razones por las que el Palacio de Sta. María del Portici se hallaba tan engalanado. Un movimiento pocas veces visto en él le daba el aspecto de una cancillería. Gentiles hombres y damas emperifolladas entraban y salían, cruzando la enorme puerta de madera claveteada, en medio del ir y venir nervioso y apresurado de doncellas, camareras y criados. No faltaban los hombres de recia contextura que por ir pesadamente armados y con peto, espaldar y gola, denotaban su condición de hombres de armas. También era posible ver a muchos hombres de iglesia. Siendo ferviente católica, Adriana del Milá favorecía con su influencia a un gran número de canónigos, clérigos y frailes menores, los que, por su intermedio procuraban obtener alguna nombradía del omnipotente Rodrigo Borgia.

El palacio de Sta. María del Portici, sin ser tan imponente como muchos otros de la época, constaba de tres pisos, rematados por una torre redonda y baja. En el frente se destacaba la enorme puerta de dos hojas y de gruesa encina claveteada y enchapada en hierro. Un *arengo* con adornos de hierro forjado se destacaba en el primer piso, y el resto de las ventanas, construidas al estilo ojival, también eran aherrojadas.

Transpuesta aquella entrada, se llegaba a un patio sobre el que daban los corredores de los tres pisos, en la parte principal. Dicho patio estaba cubierto por un techo de grueso vidrio y su piso había sido construido con mayólica de dibujos arabescos. Corredores y galerías se bifurcaban de los principales corredores, internándose en el edificio. Una escalera central, amplia, de mármol de Mármara, partía de uno de los extremos.

En aquel patio, en la escalera, alfombrada en mérito al acontecimiento, en los corredores y las galerías contiguas, como hemos dicho, el movimiento era intenso. Los rostros, húmedos y brillantes debido al calor reinante, demostraban ansiedad. Como si todos, damas, gentiles hombres, hombres de armas, clérigos y aún criados, esperasen o temiesen algo prodigioso. Los comentarios que se tejían a espaldas de los dueños de casa, provocaban frecuentes y ahogadas exclamaciones, que se procuraban acallar detrás de los puños de encaje o del abanico de las damas, adminículo muy de moda e introducido por las cortesanas españolas que siguieran a los Borgia, luego del encumbramiento de Rodrigo.

Rompiendo aquel grave y aún temeroso murmullo, un ruido al parecer incongruente se expandió de súbito por todo el palacio, sorprendiendo a unos e intrigando a otros. ¿Quién tenía no sólo el desparpajo sino la osadía de reír de tal jaez? Pero por eso mismo, pronto se comprendió que no otra persona, sino la misma Lucrecia, la niña mimada de la casa, podía atreverse a tal cosa. Y así parecieron confirmarlo los ecos de aquella juvenil risa y todos lanzaron suspiros de condescendiente alivio.

Entremos en la cámara, situada en el primer piso, de donde procedía aquella risa, a la que pronto hicieran eco otras. En la antecámara era posible ver varias personas, que por su aspecto y condición, así como por los objetos que llevaban, denotaban ser servidores a cuyo cargo estaría la tarea de vestir, peinar y acicalar a la novia, preparándola para el acontecimiento nupcial.

La contigua cámara era espaciosa y llena de luz, que entraba a raudales por una ventana de celosías abiertas. Una gruesa y colorida alfombra daba señorío al ambiente. El lecho, amplio y con dosel, se levantaba en el centro de la habitación. Sobre los muros, cubiertos de colgaduras y tapices, asomaban otros muebles, un tocador con una inmensa luna de Venecia, de marco dorado y repujado. Sobre uno de los costados se advertía un cortinado a medias corrido, lo cual permitía ver a tres jóvenes a cual más hermosa, que con el mayor desenfado rodeaban una bañera, cubierta de agua espumosa, donde se hallaba sumergida otra que, por la delicadeza de sus facciones, parecía una niña.

Aquella niña, pues por su edad lo era —había cumplido trece años en abril último— no era otra que Lucrecia Borgia. No sabemos qué había provocado la risa espantosa y franca de Lucrecia, pero debía haber sido una jocunda observación de Julia, la Bella, que también reía, lo mismo que Jerónima Borgia, y la hermana de ésta, Angela, primas de Lucrecia, a quienes Rodrigo Borgia había designado como damas de su ilustre hija. Julia Farnese era la mayor de las cuatro jóvenes y a la sazón, en 1493, contaba dieciocho años. Jerónima quince y trece Angela. Lucrecia desaparecía casi por completo debajo de un mar de espuma blanca y perfumada. Por momentos, mientras no dejaba de, reír, alzaba una rodilla y levantaba un tobillo, graciosamente, haciendo al mismo tiempo morisquetas que más hubieran sido propias de una niña que de una joven desposada pronta a cruzar el umbral de la cámara nupcial.

—¿Verdad que sí? —repitió Lucrecia.

Julia, a pesar de sus años y de ser una mujer casada, y con vasta experiencia amorosa, al decir del pueblo de Roma, sintió que las mejillas le quemaban. Para que no lo advirtieran, se puso de espaldas a la luz.

Entre aquellas jóvenes, Julia era indudablemente la más hermosa, la mejor formada. Alta, rubia, de exuberante cuerpo, cuyas onduladas formas no llegaban a ocultar los pliegues de la fina saya que llevaba. El busto, erguido, no se ocultaba a la vista del todo bajo los encajes y cuchillas de su escotado corpiño. Sin embargo, aunque era ella Julia, la Bella, en cuanto a la perfección de las líneas del rostro, ni Lucrecia ni Angela le iban en zaga. Especialmente la última, que llegaría a ser más hermosa que ella, tanto como para provocar con su hermosura una terrible tragedia, como lo habremos de ver luego.

—No puedo negarlo —respondió al fin Julia—. La noche de mi boda con Orsino temblaba como una gacela... Desde que el mundo es mundo, la mujer tiembla la primera vez.

—¿Aunque esa primera vez no lo sea en verdad? —inquirió Lucrecia, dejando de reír y con súbita gravedad.

Aumentó notablemente el sonrojo de Julia y su misma risa se ahogó también. Miró a Lucrecia frunciendo el delicado ceño. Por la grave expresión de sus ojos se podía ver su preocupación. ¿Qué

había querido decir Lucrecia?, parecía preguntarse. Pero la risa franca y espontánea de Lucrecia la desarmó y como Jerónima y Angela rieran también, Julia siguió su ejemplo. Nuevamente la cámara se pobló de argentinas carcajadas, que en tropel, a través de puertas y ventanas, se lanzaron hacia el exterior.

—Bueno, dejémonos de chácharas y apresúrate, Lucrecia —instó Julia, poniéndose seria—. O vas a llegar tarde a la ceremonia.

—Lo cual causaría muy mala impresión a Giovanni Sforza, que según es dicho, es un cumplido caballero —intervino Jerónima Borgia.

—Caballero o no, estará deseando que la ceremonia concluya de una buena vez —dijo Julia, seria. Tal observación, sin embargo, provocó nuevo desborde de risas.

—Julia... —Lucrecia miró con gravedad a la otra joven—. Magdalena, la primera esposa de Giovanni, murió de parto, ¿no es cierto?

—Cierto es.

—¿Crees que ello pudo ser consecuencia de la conducta de Giovanni durante la noche nupcial?

Julia no respondió en seguida. Miró sorprendida a la hija de Rodrigo Borgia, luego se encogió de hombros.

—No lo sé, por tanto, no puedo decírtelo, hija... —repuso al fin—. Menester es que te saques tales ideas de la cabeza, o tu noche de bodas será un fiasco. Y ahora, *signorinas,*

dejémosla con sus mozas de cámara y que la vistan.

Se produjo un revuelo y en medio de risas y exclamaciones, Jerónima y Angela se dirigieron a la salida, seguidas de Julia. Franqueada la entrada, irrumpieron las doncellas, llevando ropas de batista, blancas y primorosamente bordadas, con encajes de Flandes, y un peinador. Las voces de Julia y las muchachas se perdieron a la distancia.

Con prestos y graciosos movimientos, Lucrecia emergió del baño, cubierto aún su cuerpo de albos y relucientes copos de espuma, sin preocuparse por dejar mojada la alfombra, corrió a ponese frente al espejo. Por unos instantes se contempló en silencio, casi con gravedad.

—Magdalena tenía dieciséis años —pensó—. ¿Notará Giovanni la diferencia? Mi escaso desarrollo físico puede ser causa de su disgusto... Al *diávolo]* Me esforzaré para que no lo advierta siquiera...

Una de las doncellas la cubrió con una gruesa hazaleja y procedió a secarla, mientras las otras la untaban de aceite perfumado, la rociaban con agua y polvos de olor, todo esto con suaves y expertos masajes, mientras iban de un lado a otro, cual sombras. Si su señoría no se dignaba hablarles, ellas debían respetar su silencio.

Trece años, seguía pensando Lucrecia. Julia tenía quince cuando se casó con Orsino. Pero su experiencia amorosa databa de tiempo atrás. Lucrecia podía determinar la fecha. Recordaba el incidente con profusión de detalles... los que, incluso ahora, la cubrían de encendido rubor. Era como si una delicada ola de fuego la inundara de los pies a la cabeza.

Aquella noche, tres años antes, Lucrecia había recibido de Adriana, temprano, la orden de irse a la cama, lo mismo que Julia. La alcoba de Julia hallábase contigua a la suya y ambas se comunicaban por una puerta intermedia. Transcurridas un par de horas, Lucrecia había despertado, sintiéndose indispuesta, con fuerte dolor de cabeza y mareos. Incorporándose a duras penas, consiguió agitar el cordón de la campanilla. Su aya debía estar en la antecámara, velando su sueño Pero nadie acudió, aunque Lucrecia llamó varias veces más. Al fin, no pudiendo soportarlo, dejó el lecho, se cubrió con una bata, tomó el candelabro de tres luces y se dirigió a la alcoba de Julia. Pero no pudo entrar, porque la puerta intermedia estaba cerrada. Y aunque llamó con temeroso acento, no obtuvo contestación.

Se encaminó entonces a la salida, pero encontró la antecámara desierta. Tardó algunos momentos en recordar y comprender. En ciertas noches, Adriana impartía a la servidumbre la orden estricta de no dejarse ver y de mantenerse en sus habitaciones. Eso ocurría cuando Rodrigo Borgia, a la sazón Cardenal, venia de incógnito a visitar a su sobrina.

—Mi señor padre ha venido —se dijo Lucrecia—. Debe estar Con Adriana... Lo saludaré y de paso haré que me den algo para mi mal.

Aunque transida de frío y de temor, debido al silencio y la oscuridad reinante en el palacio, Lucrecia bajó a la planta baja y guiándose por un destello de luz, se encaminó en aquella dirección. Cuando hubo llegado junto a la puerta, que encontró entornada, iba a llamar, pero dejó de hacerlo al oír unas palabras.

—...¿crees que Lucrecia despierte? —preguntaba el Cardenal.

—No lo creo... También le di su parte del tósigo.

—Magnífico... El pensamiento de ella me hubiera privado del contentamiento que pienso hallar esta noche, aunque no veo por qué no llevaste a Julia a otra habitación...

—Hubiera entrado en sospechas, tío... Os digo que no os preocupéis, mas sí es preciso que me digáis algo sobre cuanto os tengo solicitado...

—¿Cuestión de toma y daca, eh?... Irás lejos, Adriana del Milá.

—Eso espero, sirviéndoos como os sirvo.

—Está bien, pide... ¿De qué se trata?

—De pagar vistas gordas y de llenar bolsas flacas, vuestra reverencia.

—Concedido... ¿Quemas?

—Vuestra protección para Alejandro... Nombrarlo cardenal si sois elegido por el Cónclave.

—Lo seré, vive Dios... Y Alejandro será Cardenal. ¿Qué más?

—No os pido nada para mí, excepto que me sigáis honrando con vuestra absoluta confianza.

—Cuenta con ella, y con un regalito que te enviaré después.

—Será bienvenido... ¿Queréis subir presto o preferís llevar un tente en pie entre pecho y espalda?

—Dame lo segundo. Bien lo vale la ocasión... Lucrecia renunció definitivamente a llamar y aunque sentíase más enferma aún, regresó a su alcoba con toda la prisa de que fue capaz. No comprendía bien el sentido de todo esto, pero algo golpeaba en su mente, advirtiéndola contra un peligro ignorado, contra una amenaza que intuía, certificada por la palabra "tósigo".

—Este malestar que siento no es casual —se dijo, cerrando la puerta de su cámara y apagando la luz—. Me dieron a beber un tósigo, por orden de mi señor padre... Si él se entera de que no estoy dormida, incurriré en su cólera... ¡y líbreme el cielo de semejante calamidad!

A tientas se acostó de nuevo y allí quedó, temblando no obstante la fiebre que sentía, todos los sentidos alertas, temerosos de algo cuya naturaleza no podía precisar. Y entonces lo oyó. Los pasos, pausados, leves, que subieron la escalera, siguieron por el corredor, se detuvieron unos instantes en su puerta, luego siguieron, lentamente, mientras Lucrecia, inundado el cuerpo de sudor, lanzaba un suspiro de alivio. Y los pasos se detuvieron en la puerta contigua. Luego pasaron al interior. Una puerta se cerró.

Sintiéndose cada vez más enferma, pero incapaz de emitir ni un gemido en demanda de socorro, Lucrecia se durmió. Pronto fue presa de una pesadilla atroz. Ella y Julia se encontraban en el Castillo de St. Angelo, la prisión del Vaticano y donde se encerraba a los enemigos del Papado. Era de noche y ellas huían por los corredores desiertos y obscuros, en tanto alguien, un monstruo, las perseguía. Julia resbaló y cayó en cierto momento. Despavorida, Lucrecia siguió huyendo. El monstruo se precipitó sobre Julia, dominándola con su descomunal y horrible figura, en tanto la joven lanzaba un grito estremecedor.

La inocente hija de Rodrigo Borgia despertó sobresaltada, empapada de transpiración. Aquel grito aún resonaba en sus oídos. Nunca estuvo muy segura de no haberlo oído en realidad...

—Su Señoría está temblando... ¿Es posible que haya tomado frío? —preguntó una de las doncellas, mirándola alarmada.

Lucrecia retornó a la realidad y en el espejo vio aquel rostro pálido y contorsionado, el suyo. Procuró dominar su estremecimiento y sacudió la cabeza.

—No, Pantasilea —respondió—. No es nada... Catalina, ¿quieres alcanzarme el peinador?

—Sí... sí, Su Señoría... ¡Oh, qué susto nos ha dado! —suspiró Catalina, la *Loca,* a quien Lucrecia llamaba también Deda, para diferenciarla de las otras dos Catalinas que tenía a su servicio, Catalina, la valenciana, y Catalina, la napolitana, llamadas por Lucrecia *Valentina y Napolina,* con el mismo propósito.

Lucrecia tenía varias doncellas a su servicio, demás de las nombradas. Una era Leila, una hermosísima joven mora que su padre trajera de España en su último viaje, que empezara

a profesar a su joven ama un afecto entrañable.

—¿Qué te sucede, Leila? —preguntó Lucrecia, volviendo a sonreír, olvidado por un momento el drolático recuerdo—, i Estás pálida y temblorosa!

—¡Perdón, Su Señoría!... Por un momento pensé... temí que...

—¿Qué Leila?... ¿Qué estaba enferma?... ¿Acaso imaginaste alguna cosa peor?... —Lucrecia se acercó a la hermosa y morena Leila, que no debía tener mucha más edad que su ama, y le acarició la mejilla—. En verdad, justifico tu alarma, Leila, dado los tiempos que corren, y aprecio más tu fidelidad... Pero no tengo nada, ¿lo oyes? Nada; sólo fue una sombra que se aposentó en mi alma por un instante, mas ya se fue... ¡Y ahora a reír, a reír todas!

Ciertamente contentas del cambio operado en su ama, las tres doncellas se echaron a reír de buena gana. Ninguna de las mozas de cámara, con excepción de Pantasilea, que debía contar con unos quince años, era mayor que Lucrecia. Ello permitía que entre el ama y sus doncellas se estableciera una corriente no sólo de afecto, sino de comprensión, lo cual habría de serle muy útil en el porvenir.

La risa de Lucrecia, sin embargo, tenía un extraño matiz. Un observador profundo habría dicho que reía para olvidar algo, o para dominar su instinto pasional, despertado ante la inminencia de un acontecimiento que la conturbaba enormemente por el significado de su naturaleza voluptuosa.

En el caso de Lucrecia, ambos aspectos configuraban la raíz de la inquietud nerviosa que la dominaba. En primer término, quería olvidar aquel recuerdo recientemente despertado, el cual —ahora que comprendía su exacto significado— la turbaba siempre, hasta el punto de estremecerla de pies a cabeza. Y no por temor, aclaremos, sino debido a que, siendo extremadamente sensual, sentía encenderse en ella, a su influjo, un agradable y voluptuoso fuego que la hacía suspirar y languidecer. Era fuego de la misma naturaleza el que llegara a conocer después, al hablar de ello con su hermano César, y que la poseyera de un modo completo, confundiéndose con su personalidad pasional y llegando a constituir la raíz de la misma, el *leit-motiv* de su conducta sexual posterior.

Lucrecia Borgia no ignoraba, pues, la interpretación cabal de la noche nupcial. Pero no era la perspectiva de la entrega y de la posesión, la promesa de generosos placeres, lo que la inquietaba de aquel modo, obligándola a reír en un tono marcadamente histérico. En los callados interrogantes que se formulaba a sí misma se podía advertir el temor. El temor de ser repudiada la misma noche de bodas.

¿Repudiada por qué?, se preguntará el lector avisado. Ese era el secreto de Lucrecia y no nos creemos tan omnipotentes, en nuestra condición de historiadores, para revelar dicho secreto. Reconozcamos, no obstante, a juzgar por su temblor nervioso, por el húmedo brillo de sus ojos claros, que fundadas razones debían existir como causal de tal temor. El hecho de que ella se valiese de otros pretextos como justificación de aquel sentimiento, no la exoneraba por cierto de la verdadera naturaleza del mismo.

No pasaría mucho tiempo en que Lucrecia, experta en lides amorosas, se reiría de sus temores de esta hora. Pero ahora era sólo una niña de trece años que asomaba al mundo con un natural y explicable temor de él.

* * *

Aquella misma tarde se celebraba la boda de Lucrecia Borgia con Giovanni Sforza, en el Vaticano. Una grande y calificada concurrencia se había dado cita allí, destacándose el cuerpo diplomático acreditado en Roma.

Una ola de apagados murmullos de admiración arrancó la presencia de Lucrecia, cuando apareció bajando la gran escalera de honor. Venía vestida a la española, con una saya entera de raso verde acuchillada y forrada en rica tela de oro, tomadas las cuchilladas con unas eses

de perlas, y toda ella bordada de riquísimas piedras. Llevaba collar, cintura y brazalete de perlas. Graciosamente agitaba un artístico y precioso abanico español. Los cabellos, largos y rubios, venían sembrados de perlas y diamantes.

Los murmullos parecieron aumentar cuando, detrás de la novia, hizo su aparición el cortejo de sus damas de honor, entre las cuales Julia, la Bella, ocupaba lugar de privilegio. Todas las miradas se concentraron en ella. Su verecunda historia, no ignorada por nadie en Roma y aun fuera de ella, le atraía la compasión de algunos, el 'desprecio de los más. Pero todos admiraban su belleza, tanto que un representante de Isabel de Este, esposa del Marqués de Mantua, le escribía diciéndole: *"...la quale invero e una bella cosa de vedere e dicessi essere la favorita del Papa".*

Lucrecia Borgia y su corte de damas bajaron por la escalera entre una doble fila de guardias papales vestidos de gala. En medio de la imponente capilla se había levantado un estrado, en el que había un sillón y dos reclinatorios. Su piso estaba cubierto por una gruesa alfombra de fondo amarillo pálido, recamado de flores que entrelazaban los blasones de los Sforza y de los Borgia.

En los asientos colocados al pie de las gradas del altar, hacia la derecha, al lado de la Epístola, habían tomado asiento los cardenales y arzobispos especialmente designados para la ocasión. En los de la izquierda hallábanse los embajadores de Ferrara, de Milán, de Venecia, de Francia y de España, y detrás de ellos los grandes señores de Roma, los Orsini, los Rímini, los Ricci y demás nobles representantes de las más rancias familias de Italia.

El público, compuesto de lo más granado de la aristocracia romana, de extranjeros corresponsales u observadores, de damas en trajes de gala, de *condottieros,* ocupaba las galerías, palcos y tribunas especialmente levantadas entre los arcos de la capilla.

El son de pífanos, trompetas y tambores anunció la aparición de la comitiva del novio, el cual, soberbiamente vestido, avanzó hacia el encuentro de la novia. La reunión se realizó en el pasillo central, frente al altar. A partir de este instante, juntos y tomados de las manos, avanzaron hacia el altar.

Un nuevo son de pífanos y trompetas anunció la presencia de Su Santidad, y todas las miradas se volvieron a él. Alejandro VI, cubierto por las más espléndidas galas de su regio vestuario, avanzó lentamente, precedido por el Conde de Pitigliano, capitán general de las fuerzas papales, al cual seguía el joven capitán Rodrigo Borgia, jefe de los guardias de *corps,* la mayoría de ellos españoles reclutados especialmente para servir a Borgia. Detrás del Papa venían los cardenales Ascanio Sforza, Julián de la Rovere y Giovanni dei Conti. El cardenal Sforza oficiaría la ceremonia, ejerciendo las funciones de diácono y subdiácono de honor los otros dos cardenales.

Comenzó la misa. El cardenal de la Rovere cantó la Epístola y el dei Conti el Evangelio. Después del Ofertorio y mientras se incensaba, como es de ritual en estos casos, los novios se arrodillaron delante del Papa, que estaba sentado en el sillón situado en el estrado y besaron alternativamente el anillo pontificio.

Al terminar el Pater, los novios se arrodillaron frente al altar y los cardenales de la Rovere y dei Conti extendieron sobre sus cabezas un velo brocado de oro. Concluida la sacra ceremonia, el cardenal Sforza tomó el libro registro de matrimonio y se lo presentó a Rodrigo Borgia para su firma como padrino de bodas. Pasó luego la pluma a los novios, y luego a los testigos. Se escucharon sones musicales y algunos vivas, en tanto varios pajes distribuían entre los presentes medallas alusivas al acontecimiento.

Los actos celébratenos se iniciaron inmediatamente después de la ceremonia nupcial, como estaba programado, y empezaron con una arenga pronunciada por el cardenal Sforza, relativa al matrimonio y a la responsabilidad de los contrayentes. A él siguió una égloga pastoral en honor del Papa, obra de Seraphin.

A continuación venía la cena íntima ofrecida por el Papa en honor de los nuevos esposos, en la cual tuvieron participación muy escasas personas, todas del parentesco y la íntima amistad de Rodrigo Borgia. Después de ella, se hicieron principescos presentes a los concurrentes, en medio de la algazara general de los beneficiados.

Una comedia de Plauto, *Menechmes,* se pasó a representar, pero la misma no fue del agrado de Su Santidad, por lo que fue suspendida después de dos horas. Las comedias en aquel tiempo tenían cuatro o más horas de duración y se conocen algunas que se extendían hasta doce horas y más.

Que la comedia fuese mala o no, no estamos seguros. Pero sí de que el jefe de la familia de los Borgia era muy aficionado a los bailes, afición que heredara, en gran manera, Lucrecia, quien se conceptuaba eximia danzarina. Hubo, pues, una especie de competencia de danzas, en la cual participaron muchas de las damas presentes, mientras los caballeros las colmaban de atenciones y requiebros. La fiesta, no obstante las restricciones, se hallaba animadísima. Los más exquisitos vinos y licores circulaban con profusión y sin más control que el propio.

Las mejillas arreboladas, el pecho palpitante, Lucrecia abandonó el centro del salón, mientras entusiastas aplausos celebraban su actuación. Giovanni Sforza, con las mejillas igualmente encendidas, aunque él no participara de la danza, salió a su encuentro.

—¡Oh!... —exclamó Lucrecia, llevándose una mano al pecho—. ¡Qué dulce embriaguez la de la danza!... ¡Cuánto daría por compartirla con vos, mi señor!

—Yo también, dulce esposa mía —respondió Giovanni, besándole galantemente las manos que tomara entre las suyas—. A propósito, ¿no creéis que ha llegado el momento de retirarnos?

—¡Por el cielo, Giovanni, hablad con más discreción!... ¡Mirad que todos nos observan!

—Me habéis dicho lo mismo hace un rato, Lucrecia... ¿Acaso retrasáis deliberadamente el instante que para mí será de gloria?

—¡Por favor, señor!... ¿No soy vuestra esclava? —replicó Lucrecia, conteniendo a duras penas los latidos de su pecho—. Mandad y os obedeceré.

__No quiero mandar... quiero que deseéis, tanto como yo, el momento feliz.

—Lo deseo ya, señor, creédmelo, sólo que... Lucrecia se interrumpió al ver que se acercaba Julia, la Bella. Estaba sencillamente resplandeciente y magníficamente seductora, tanto que había acaparado casi toda la atención. Por primera vez sintió Lucrecia celos de ella, no tanto por su belleza cuanto por su serenidad, fruto de su experiencia.

—¿Sucede algún contratiempo, Lucrecia? —preguntó Julia—. Su Santidad os ha venido observando y cree que acaso estáis riñendo. Dice que eso sería de muy mal presagio para vuestro matrimonio.

—¡Líbrenos Dios de tal calamidad! —respondió Giovanni—. No reñíamos, sólo que Lucrecia no quiere retirarse aún...

—Su Santidad comparte la opinión de Giovanni, Lucrecia. Debes acceder, pues ha pasado la hora del retiro. —¿Crees, Julia, que debo?

—¡Por supuesto, querida!... Además, Su Santidad desea que los invitados se retiren también.

—En tal caso... —Lucrecia se volvió a Giovanni, con mirada apelante—. Id vos adelante, señor... Procurad no ser visto. Yo iré en cuanto sea posible, si antes no me muero de vergüenza...

El rostro juvenil y ansioso de Giovanni se iluminó con una sonrisa.

—Pongo al cielo por testigo de que no deseo sino complaceros —dijo—. Ya me voy... Procurad no demorar mucho.

Y sin esperar respuesta, luego de hacer una genuflexión, se alejó a paso vivo, metiéndose por entre algunos invitados. Parecía llevar alas en los pies y no tardó en ganar la salida. Pero no había hecho sino asomar en la galería exterior, cuando alguien salió bruscamente a su paso. —Deteneos, Giovanni.

Sforza, no poco sorprendido, se detuvo. A la incierta luz de un hachón pendiente del muro de piedra observó al que saliera a su paso y lo reconoció. Quien le hablara con aquel acento imperioso no era otro que César Borgia, el hermano de Lucrecia.

A la sazón, César tenía diecisiete años y casi había logrado toda la estatura que lo distinguiera, aunque su corpulencia era la de un joven imberbe. Bajo el gorro de terciopelo, jacarandinamente inclinado sobre una oreja, la mirada de César brillaba. Giovanni se preguntó dónde había estado, pues no lo había visto en toda la jornada. Por el tufillo que se traía, se podía decir que había estado bebiendo. Lo cual no era óbice para que se mostrara tal cual era, altanero, desdeñoso, amenazante. Se puso ambas manos en jarrete, sobre el cinturón, la mano derecha no lejos de la empuñadura incrustada de piedras preciosas de la daga veneciana.

—¡Oh, César, sois vos! —dijo Giovanni, dando un acento alegre y despreocupado a su tono. ¿Queréis acompañarme?

—Vengo a preveniros, Giovanni —replicó César, sin más preámbulos—. No causéis daño a mi hermana... Que vuestra boda no signifique para ella sometimiento o sevicia o, ¡vive Dios!, lo lamentaréis ...

—¡César!... Vaya, me anonadáis... ¿A qué viene este ex abrupto? —Sforza consiguió tragar saliva. César Borgia, no obstante sus pocos años, era muy temido. Había tenido varios duelos, de los cuales nunca consiguieron salir bien parados sus adversarios. Además, corto de genio, montaba en fácil cólera a la menor provocación. Y cuando, como en la presente ocasión, había bebido un poco, era realmente dé esperar cualquier violencia de él.

—Refrenad la lengua, Giovanni o esta noche rio la pasaréis como esperáis... Por ahora os vengo a hablar como un amistoso pariente, pero recordad, la menor, ¿lo oís?, la menor ofensa o daño a Lucrecia y...

—¡César, ni que tuvierais celos de mi felicidad!...

—¡Callad!... Os estaré observando, muy de cerca. Sólo me interesa la felicidad y el bienestar de Lucrecia.

—En lo que a mí respecta, también y, ciertamente, César, no necesitaba de vuestra recomendación para cumplir mis deberes matrimoniales como es debido. Lucrecia no tendrá quejas de mí, os aseguro.

—Así lo espero... De lo contrario, iré a buscaros y a tomaros cuenta, aunque vayáis a meteros en la última cueva de Pesar o...

A pesar de su deseo de no provocar la cólera de César, Sforza sintió que le quemaban las mejillas de indignación y a punto estuvo de replicar con dureza; pero sin darle tiempo a ello, César Borgia giró sobre sus talones y se alejó, entrando en el salón.

En él tenía lugar, en aquel momento, una conversación interesante entre Julia y Lucrecia.

—...comprendo y aún justifico tus temores, Lucrecia, pero te aseguro que son injustificados —decía Julia, sonriendo bondadosamente—. Mañana todo habrá pasado y ni siquiera te acordarás de lo ocurrido.

—¡Plugiera al cielo que fuese tan sencillo, Julia, pero no lo es! —protestó Lucrecia.

—Vaya, empieza a preocuparme tu insistencia sobre el particular... ¿Se puede saber al fin de qué tienes miedo?

—Quisiera saberlo yo misma, Julia... Sólo sé que temo lo que pueda suceder esta

noche... Giovanni es un hombre experimentado. No dejará de advertirlo...

—¿El qué?

—La... la diferencia. ¿Has olvidado a Magdalena Gonzaga? Ella sí que pudo ofrecerle... ¡Oh, ahí viene César!

—¿Y qué?... ¿Por eso te sonrojas hasta el punto de sufrir una sofocación?

—Es... es el calor... —Lucrecia se volvió a César Borgia sin ocultar la ansiedad que se pintaba en su semblante—. ¡Oh, hermano mío, por fin has llegado!

Los ojos hundidos en una sombra difícil de traducir, César se acercó a las dos mujeres y saludó con frialdad a Julia, en tanto se inclinó a besar la mejilla de su hermana. La Bella miró a uno y a otra, frunció su delicado ceño, para terminar encogiéndose de hombros, al parecer renunciando a comprender.

—Te aconsejo que no hagas tantos remilgos, Lucrecia —aconsejó al fin, envolviendo con su cálida mirada al impetuoso César—. No es tan fiero el león como lo pintan... Y si no, pregúntaselo a César.

Dicho esto, con una cordial sonrisa, Julia se dio vuelta y se encaminó al grupo formado por Rodrigo Borgia, Adriana del Milá y el cardenal Sforza.

Lucrecia había apoyado una temblorosa mano en el musculoso antebrazo de su hermano y lo miraba interrogativamente. Pero antes de decir nada, César echó una rápida mirada a su alrededor, para asegurarse de que no los escuchaban.

—¿Y, hablaste con él? —preguntó Lucrecia, en un hilo de voz.

—Termino de hacerlo —respondió César, en el mismo tono—. No abrigues temor alguno... Se abstendrá de causarte ninguna ofensa, ningún daño.

—¿Lo crees en verdad?

—Sabe de lo que soy capaz. Por lo demás, está más muerto que vivo, de modo que... ni siquiera lo advertirá.

—¡Dios te oiga, César!... Y ahora, deséame suerte. —Razones de Estado, aconsejaron tu boda, Lucrecia. A no ser por ello...

—¡Guarda tu enojo, hermano mío y sonríe como yo lo hago! Si esas razones son poderosas, debemos sentirnos felices de sacrificarnos por ellas.

—Tienes razón. Ve, pues, y realiza el tuyo, que yo cumpliré el mío... —César se inclinó de nuevo a besar a la joven—. Y no lo olvides. Estaré rondando cerca, en compañía de mi fiel Micheletto. Un llamado tuyo y el miserable...

—¡Chist!... Adiós, César. Mejor dicho, hasta mañana... Y sonriendo con entera libertad, por primera vez en la noche, Lucrecia se alejó, tomando el mismo camino seguido poco antes por Giovanni Sforza. Mas no había avanzado diez pasos, cuando un llamado la detuvo. Era Adriana.

—Lucrecia, es impropio que una recién casada ande sola —le dijo su tutora, acercándose en compañía de Julia—. Permite que Julia te acompañe, y de paso, que de servir en las buenas como en las malas es cosa de hijosdalgo, ella te desasnará en algunos aspectos referentes a tu nuevo estado... Anda, Julia, vete con ella.

Lucrecia asintió, sin saber cómo negarse, y echó a caminar en compañía de Julia. Esta iba seria, como preocupada o intrigada por algo, de modo que callaba. En cuanto a Lucrecia, sus temores no la habían abandonado del todo, a pesar de las seguridades de César, pero no pudo menos de advertir el silencio de Julia.

—Bueno, te escucho —le dijo—. ¿Sobre qué deseas ilustrarme?

—¿Sabes una cosa?... Sospecho que no hay nada que no sepas.

Lucrecia se detuvo de golpe. La penumbra reinante en la galería impidió que se viera su repentina e intensa palidez.

—¿Qué quieres decir? —demandó.

—¿No hemos hablado de ello bastante?... Tus damas de honor, así como tus doncellas, saben bien *de* esas cosas. De los deberes matrimoniales de una esposa, quiero decir.

—En verdad, no puedo negarlo, sé bastante... Mi madre me lo explicó ayer, cuando fui a saludarla... —Echaron a caminar de nuevo.

—¿Han desaparecido, entonces, tus temores? —Sí... creo que sí. A decir verdad, estoy deseando el momento... ¿No ves fuego en mis ojos, calor en mis mejillas?... Es la emoción, el deseo. ¿Me viste danzar esta noche? Lo hice con todo el fuego que siento palpitar dentro de mí... ¿Sabes una cosa, Julia? Creo que nací para amar y ser amada, para gozar de la vida y de cuanto de bueno puede brindar ella: música, danza, vestidos hermosos, joyas... y junto con todo eso, ¡amor!

—Vaya, me alegra que se haya operado un cambio notable en tu persona, Lucrecia. Si antes te .dominaba el temor, ahora, la confianza es tu guía...

—Sí es verdad... ¿Y no es maravilloso? Ahora comprendo que tenías razón. No hay por qué tener miedo a la felicidad que puede brindar el amor.

—Dices bien... Bueno, hemos llegado y ahí vienen tus doncellas, en cuyas diligentes manos te dejo... —Julia abrazó y besó a la joven en ambas mejillas—. Hasta mañana, Lucrecia, ¡y que seas feliz!

Lucrecia asintió en silencio. Tenía lágrimas en los ojos y un nudo en la garganta. Como a través de una bruma vio como Julia se alejaba a paso menudito y vivo. Luego dejó que sus doncellas la condujeran al aposento de vestir, donde empezaron con su tarea de prepararla para la noche nupcial.

Y entonces descubrió que, a pesar de todos sus arrestos de valor, su miedo seguía latente.

La sensación vaga e inquietante de que iba a sucederle algo desagradable, acaso monstruoso y terrible, persistió en ella durante los preparativos previos a la ceremonia de la iniciación.

Lucrecia emergió al fin de la penumbra, cual una blanca diosa de la noche, y mientras Pantasilea, su doncella de cámara, se escurría discretamente, en puntas de pie se encaminó hacia el adoselado lecho, entre cuyas colgaduras el travieso diocesillo del Amor realizaría de las suyas. Al caminar, su figura se colocó al trasluz y a través de la vaporosa tela pudo verse las delicadas y sin embargo bien contorneadas formas de su cuerpo. En aquel momento, otra sombra, palpitante de emoción y deseo, salió del otro lado de la cámara nupcial y dos brazos cálidos, temblorosos a pesar de su fortaleza, rodearon a Lucrecia por la cintura.

—Lucrecia, esposa mía, mi adorada... ¡He soñado y deseado mil veces este glorioso instante! —murmuró Giovanni Sforza, depositando un ardiente beso en aquella perfumada nuca.

—Yo... yo también —repuso Lucrecia, en un hilo de voz, dándose vuelta y ofreciendo sus labios entreabiertos y húmedos de voluptuoso y apenas controlable deseo

En aquel momento, el temor creció como un horrible monstruo en Lucrecia y ella, *a* pesar de su ansiedad de amor, se vio substraída al placer de aquellos minutos inefables. Sin embargo, transcurridos los primeros instantes y viendo que Giovanni seguía adelante y sin protestar en sus expresiones amorosas, la seguridad y la confianza retornaron a ella y pudo al fin corresponder con todo su fuego, el fuego de los Borgia, al amor de su marido, y por primera vez durante la noche se sintió verdaderamente feliz.

* * *

La soledad, el silencio y las sombras habían reemplazado a la algazara, al temulento bullicio y al gentío que reinaran pocas horas antes en las calles adyacentes al palacio. Aquéllas eran las horas del amanecer, horas también de Himeneo y Cupido, retozones diocesillos, dueños y señores de la principesca morada y de las perecederas y mundanas glorias que en ella se cobijaban.

Abajo, entre las sombras de la callejuela posterior, dos figuras mantenían un extraño y tenso silencio, una sorprendente inmovilidad. Dos hombres, envueltos en sendas capas negras como la noche, embozados hasta los ojos, parecían esperar algo, o a alguien. Al fin, transcurrido un largo tiempo, una de las figuras se movió.

—Señor yo no sé lo que esperamos, pero sea lo que fuere, puedo asegurar a vuesra merced que no vendrá.

—Lo que espero no tiene pies ni cabeza, Micheletto.

—Mayor razón para ahuecar el ala y buscar el nido donde refocilarnos, que las cosas sin sentido sólo proporcionan disgustos.

—Estamos aquí por razones que atañen a la seguridad, el prestigio y aun el honor de los Borgia.

—¿Entonces por qué no armamos nuestra mano e irrumpimos donde hacen injuria a nuestro nombre, lavando con sangre la ofensa?

—Creo que ya no será necesaro. La amenaza ha surtido efecto.

—En verdad señor, mis luces son tan escasas que no comprendo nada de lo que decís... ¿A quién hemos amenazado con nuestra santa cólera, señor?

—¿Qué se te importa?... Si quieres conservar la cabeza sobre

los hombros, guarda discreción sobre todo lo que veas u oigas... Y ahora andando. Mejor ir a cobijar «n otro pecho nuestro des-pecho. Aquí ya nada tenemos que hacer... Andando, digo, y ya sabes a dónde.

—En saberlo me honro, señor que por algo soy vuestro alge-

Los pasos se alejaron y las sombras embozadas se confundieron con las otras de la noche.

CAPÍTULO II
DONDE SE TAMBALEA EL PODER DE LOS BORGIA

—¡Micheletto!...

—¡Soy con vos, señor!

César Borgia detuvo su nervioso paseo y miró hacia la puerta con impaciencia. Iba a llamar de nuevo, cuando su capitán de Guardias, Miguel Corella, el valenciano, más conocido por Micheletto, hizo su entrada. Micheletto era algunos años mayor que César, de complexión robusta, oscura, de mirada que se ocultaba ladinamente debajo de gruesas e hirsutas cejas. Iba vestido con sencillez, como cuadraba a un buen romano, pero nadie sabía que debajo de su chupa llevaba una cota de malla, con un enorme puñal al cinto, amén de la espada que como al desgaire colgaba del cinto exterior. Era fama que no había más diestro y ágil que él en el manejo de ambas armas, cosa que debía ser cierta, a juzgar por la fuerza de su brazo. El rostro cuadrado, que parecía esculpido en un tronco, era no sólo repulsivo, sino brutal. En suma, la sola presencia de este individuo producía temor al más templado, razón por la cual lo había traído Rodrigo Borgia de España. Sin embargo, estimando que su hijo César requería de un hombre fuerte, capaz y sin escrúpulos a su lado, que pudiera defenderlo en todas las acechanzas y emboscadas, frente a todos los peligros en que, necesariamente, habría de verse, se lo había cedido a él, empleando como cebo un buen empleo y un suculento sueldo. De más está decir que Miguel Corella, en gratitud por haber sido elevado a un gran rango y porque había unido su destino al de los Borgia, era un servidor fiel y abnegado, que nunca hacía más preguntas de las necesarias ni paraba mientes en lo que había de hacer, tanto fuese para despanzurrar o desnucar a un enemigo, como para servir de correveidile y alcahuete.

—Perdone Vuestra Señoría, pero hablaba con uno de los hombres puesto a seguir al señor de Pesaro, Giovanni Sforza.

—¡Hola!... ¿Y qué noticias trae? ¿Ha oídole decir algo respecto a... a su primera noche de bodas?

Ni media palabra, señor, si bien es verdad que lo ha visto entrar en varias tabernas y apurar sendos vasos del vino más fuerte, aunque sin llegar a tener la lengua gorda.

—¿Dónde está ahora?

—Nuestro informante dice que lo ha visto entrar en el palacio del cardenal Ascanio Sforza. Hace una hora de ello y no ha salido.

—¿El cardenal Sforza?... Puede ser casual, pero me palpito que algo hay detrás de esta visita intempestiva. Que lo sigan vigilando y que no pierdan uno de sus movimientos ni una de sus palabras —César Borgia se encaminó hacia la otra salida—. Mientras tanto, yo hablaré con mi hermana.

En aquel preciso momento, el cardenal Sforza, un hombre alto, sanguíneo, de sienes entrecanas, caminaba de un lado a otro de su despacho. Frente a él, hundido en un sillón, pálido y ojeroso, Giovanni Sforza ciertamente estaba lejos de parecer un esposo feliz.

—¡Qué infamia! —exclamó el Cardenal—. ¡Hemos sido vilmente engañados!... ¡Mediante una alianza con nuestra familia, lo que nos pondría de su lado, los Borgia pretenden reforzar su poder!... ¿Qué nos dan en cambio?... ¡El deshonor y la vergüenza!... ¡Ah, pero no se saldrán con la suya!... ¡César, el corruptor de Lucrecia y su padre, lamentarán habernos dado gato por liebre.

—¿Cómo tío?... Los Borgias son los amos... Me siguen y yo temo incluso por mi vida... César me amenazó.

—¿Dices que te amenazó? —El Cardenal se detuvo iracundo—, ¡Ah, infame, al engaño

agregó la injuria!... ¡Odié a los Borgia por advenedizos, ambiciosos y nepotistas! A pesar de ello, engañado por su verba, le di mi voto y el de mis amigos en el Cónclave... ¡Ahora, por esta incruenta burla contra nuestro ilustre nombre, los odio a muerte!... ¡Pero esto no se quedará así!... ¡Por el cielo que no! Ya verás, así como lo elevé, así caerá. Y lo hundiré en la infamia, de donde nunca debieron salir los Borgia, ¡malditos sean!

—¿Y mientras tanto, señor?

—Tener paciencia y fingir amistad y condescendencia. Es la política más conveniente. Luego daremos el golpe... Me comunicaré con mi hermano, Ludovico, el Moro. Como Rey de Milán, es posible que él conozca los medios de obtener una pronta venganza.

—¡Ah, señor, lleváis un bálsamo a mi corazón herido por la falsedad y el engaño!

—¡Pero cuidado con decir una palabra de esto, ni al amigo más íntimo o leal, o nuestras vidas no valdrían un ochavo! —Lo tendré siempre presente, tío.

Una escena parecida, una variación del mismo tema, tenía lugar en el palacio de Sta. María del Portici, hasta donde llegara César Borgia, en una esperada visita a su hermana. Cuando entramos en la alcoba nupcial, encontramos a Lucrecia reposando lánguidamente en el lecho, asistida por sus doncellas. César, que hiciera su entrada minutos antes, hizo una callada señal a su hermana, quien despidió a las doncellas.

—Dicen que él se portó como el más afectuoso y amable de los esposos, que en ningún momento demostró disgusto o pesar, sino gran contentamiento, como cabía esperar en un recién casado, y sin embargo Giovanni abandonó el palacio a temprana hora y aún no ha vuelto —dijo César, apenas quedaron solos—. Además, ha estado bebiendo... ¿cómo explicas todo esto?

—No creo que haya nada que explicar, hermano mío... Sólo puedo decir que fui y soy feliz al haber desaparecido la razón de mi temor... —Lucrecia, al decirlo, se estiró voluptuosamente en el lecho, llevando los brazos a la nuca, lo que destacó su busto a través de los encajes de su bata de dormir—. Y creo que Giovanni también lo ha sido —agregó, sonriendo picarescamente.

César Borgia dio unos cuantos y agitados pasos, involuntariamente crispada su mano en la rica empuñadura de su corta espada. Luego de lanzar uno o dos resoplidos, se detuvo de nuevo frente al lecho.

—Está bien —dijo entre dientes—. Dejemos por aceptado que habéis sido felices, que él no mostró disgusto ni pesar en ningún momento, que, por el contrario, no pudo haber sido más afectuoso... Sin embargo yo no me doy por satisfecho. Conozco a los Sforza

y sé que se puede esperar todo de ellos... Debes abrir bien los ojos, Lucrecia, y observar sus reacciones.

—No sé a qué llevará todo eso, pero lo haré, si tal es tu deseo.

—Razones de Estado lo aconsejan, Lucrecia. Un paso en falso, un escándalo que enlode nuestro nombre, y los Borgia nos hundiremos en la ignominia, que, es precisamente lo que desean nuestros enemigos.

—Creo que dices una verdad César. Ve con Dios, en paz.

* * *

Transcurrieron algunas semanas y ningún acontecimiento digno de importancia pareció alterar la vida que se llevaba en Roma en general y en el Vaticano en particular. Las relaciones entre el papa Alejandro VI y sus acólitos, entre los cuales César Borgia, no obstante su juventud, iba adquiriendo nombradla y ascendencia eran de lo más cordiales..

Pero esto sólo era en apariencia, en la superficie. Debajo de ella se podía presentir un mar de fondo, algo que inquietaba sin que se pudiera precisar la causa, ni el propósito. Los rumores estaban a la orden del día y provenían de los cuatro puntos cardinales de Italia. Agitaciones, conflictos, guerras, alianzas o acciones separatistas, reyes y reyezuelos ambiciosos, duques que no les iban en zaga en sus pretensiones, *condottieros* que se pasaban con sus hombres del servicio de un gran señor al de otro, traiciones, muertes, ejecuciones, asesinatos... Todo eso y mucho más iba llegando en información hasta el Vaticano, con lo cual el papa Alejandro VI movía las piezas de su gigantesco ajedrez, para no verse sorprendido con un jaque mate imprevisto.

Mientras tanto, para consolidar su poder mediante alianzas beneficiosas, Alejandro VI concertó el enlace matrimonial de su hijo Juan, Duque de Gandía, con doña María Enriquez, de la realeza española boda que se celebró el 24 de agosto de 1493, en Barcelona, con la presencia de los reyes Fernando e Isabel y de lo más granado de la corte española.

Al mismo tiempo, tendió las redes para que el menor de sus hijos, habidos en la Vannozza, Joffre que sólo tenía doce años en 1493 se desposara por poder en Roma, en el mismo mes de agosto, con doña Sancha de Aragón, hija natural del Rey de Nápoles,

Don Alfonso II el Bizco, y hermana de Alonso de Aragón, Duque de Bisceglia, que muy pronto emparentaría con los Borgia por otra sonada boda.

A principio de setiembre de aquel año, 1493, César Borgia, luciendo su vestimenta de Arzobispo de Valencia, hacía su entrada en el Vaticano, llamado por el Papa. No llevaba armas a la vista, como era su afición y costumbre, pero no había abandonado su altanera actitud, que sólo deponía frente a Su Santidad. En aquella ocasión, como en todas, lo acompañaba su inseparable séquito compuesto por Micheletto y unos cuantos hombres, los más resueltos, de su guardia personal.

Introducido sin tardanza a presencia de Alejandro VI, encontró a éste sentado en su trono. Estaba solo. .Esto demostraba que la conversación iba a ser en extremo reservaba. Alejandro VI no se confiaba sino en sí mismo. César Borgia se arrodilló delante de su augusto padre y le besó la mano.

—Siéntate, hijo mío —invitó Su Santidad—. Hemos de hablar largo y tendido, sin testigos, por ser cuestiones muy reservadas. —Os agradezco la confianza y el honor que me dispensáis, señor, pero acaso mi juventud no sea buena consejera, si lo que buscáis es un consejo —repuso César con dignidad y sumiso respeto .en tanto se sentaba en uno de los escalones, al pie del trono papal.

—Graves razones me impulsan, hijo mío, no a buscar tu consejo, sino información y elementos para juzgar la conducta de ciertos hombres, sospechosos de deslealtad para con el Papado. —Preguntad y gustoso os responderé, señor. Alejandro VI se hundió en el solio y apoyando la barbilla en una mano, consideró a su hijo por unos instantes, reflexivamente. Daba la impresión de preguntarse si, después de todo, valía la pena confiarse en aquel joven impulsivo, a veces irreflexivo, excesivamente ambicioso y cruel, amén de mujeriego y bebedor, amigo de concupiscentes jaranas, de las cuales participaba con algunas de las once mil prostitutas que había en Roma, tanto que su escandalosa conducta era conocida por todos. Terminó soltando un suspiro, que parecía decir que,, después de todo, ¿cómo reprochar al muchacho que fuese un producto de la época? Todos los jóvenes nobles llevaban una existencia similar, sembrada de lances de amor y de armas, salpicados de sangre o del lodo de la deshonra, en perjuicio de terceros, puesto que había muy pocos reparos respecto a la honra o la vida ajenas. Además, indudablemente, el muchacho era un Borgia, un hijo suyo, y de tal tronco tal astilla.

—Hijo mío —empezó a decir—, antes de ir al objeto de esta conversación, voy a darte una buena noticia... Hemos decidido nombrarte Cardenal.

César Borgia no parpadeó. Indudablemente, era un favor que había esperado llegara en cualquier momento, puesto que, al ser ungido Arzobispo, el año anterior, se había hablado de aquella posibilidad. El nepotismo era el menor de los pecados entre quienes tenían el sumo poder de la Iglesia en sus manos.

—¡Qué! —exclamó Borgia, montando en fácil cólera—. ¿No te alegra la noticia?

—Me alegra sí, señor, pero no me sorprende. Recordad que cierta vez discutimos de tal posibilidad. Y seguramente recordaréis lo que yo os dije, cuáles eran mis secretos anhelos...

—¡Pamplinas!... —El Papa Borgia se movió en el solio como si lo pincharan con agujas de tejer—. Razones poderosas, no personales ni de familia, sino de Estado, me han hecho elegir el camino de mis hijos. Juan, hoy Duque de Gandía, seguirá la carrera de las armas...

—Señor, con el debido respeto por vuestra sabia disposición, os diré que para la carrera de las armas creo estar mejor dotado que mi hermano Juan...

—¡Silencio y escucha!... A ti te tengo reservado mejores honores, hoy serás Cardenal, mañana, quien sabe, Papa... ¿Puede alguien aspirar a mayor honor que ser representante de Dios en la tierra?

—Con vuestro perdón, señor, si me dais a elegir, preferiría el honor terrenal de ser príncipe o soberano de algún Estado, conquistado con el brillo de mi ingenio y la fuerza de mi espada.

—¡Basta!... En verdad, César, que a veces pierdo la paciencia ante tu tosudez. Precisamente, por el brillo de tu inteligencia es que te elegí como un posible sucesor mío... ¿Qué más puedes esperar? Calla pues, y escucha y acata. Os escucho, señor.

—Juan, magnífico general de los ejércitos papales, tú cardenal y vice-canciller, tu hermano Joffre ilustre embajador ante las cortes europeas, Lucrecia hábil intermediaria, excelente portavoz de nuestros deseos ante las poderosas familias romanas e itálicas, y habré completado mi cuerpo de colaboradores de mayor confianza, formando así un poderoso y homogéneo grupo que ninguna conspiración podrá destruir, un poder que ninguna fuerza podrá derribar.

Ambicioso proyecto, si me permitís decirlo, señor, pero acaso prematuro. Lucrecia es casi una niña, lo mismo que Joffre. En cuanto a Juan, ama más los placeres de la vida y de la holganza v el vicio, que la honrosa y peligrosa carrera de las armas. Respecto a mí..

__Dios mediante, mi proyecto lo realizaré, si tú me ayudas, hijo mío. No sólo los Borgias tenemos enemigos que trabajan en la sombra para hundirnos, sino el mismo poder de la Iglesia se halla minado por la conspiración interna... No ignoras cómo Julián de la Rovere se alzó contra nosotros y nuestras decisiones, y cómo hube de perdonarle, para no hacer más grave el cisma. Ahora, según mis informaciones, Ascanio Sforza a quien yo le distinguí con mi amistad, conspira también...

—¡Hola!... Aunque no me sorprendería, siendo como es un Sforza. ¿Qué sabe Su Santidad al respecto?

—Muy poco, y tal es una de las razones por las que te he llamado... ¿Cómo son las relaciones entre Lucrecia y su marido?

—Cordiales, según mi saber —respondió César, sonrojándose a su pesar—. ¿Por qué lo preguntáis, señor?

—Porque se me ha ocurrido que ahí puede estar el quid de la cuestión. Antes de su boda, Giovanni apenas conocía a su tío. Después de ella, lo ha venido visitando con inquietante frecuencia. Las entrevistas son secretas, pues de otro modo sabríamos algo. Y eso no es todo. El cardenal Sforza ha enviado emisarios secretos a su hermano Ludovico, el Moro. ¿Qué se trae en las manos? También se han observado movimientos sospechosos de Virginio Orsini, del Cardenal Savelli y del Cardenal de la Rovere, así como de los Colonna...

—Conspiración en grande, a lo que parece.

—Sí, ¿pero en qué consiste? ¿Cómo va a descargarse el golpe? Eso es lo que tenemos que averiguar, hijo mío. ¿Comprendes ahora por qué serás nombrado Cardenal?

—¿Sólo yo, señor?.. Habrá murmuraciones. Recordad lo ocurrido con el nombramiento de mi primo Juan Borgia.

—Esta vez no nombraremos a uno solo, sino a once, entre ellos a Hipólito de Este, hijo de Hércules de Ferrara, con quien deseamos estar en buenas relaciones, y Alejandro Farnese...

—¿El hermano de Julia? Es un niño aún...

—Lo sé, pero debo cumplir una promesa... En fin, hijo mío —Rodrigo Borgia lanzó un suspiro—, el porvenir de la Iglesia está en nuestras manos. Como Cardenal podrás participar de las reuniones y concilios, podrás ver y escuchar, o recabar valiosa información ..

—Lo haré, señor. Ahora comprendo que debo sacrificar mis ambiciones al interés del Estado Pontificio.

—Eso no es todo, César .. Debes hablar con Giovanni y de un modo convincente recordarle su promesa de ir a vivir, con su esposa en el señorío de Pesaro. Debemos alejarlo de una posible conspiración y allá en Pesaro, Lucrecia podrá informarse con mayor facilidad de lo que esté sucediendo.

—Le hablaré también, señor, y podéis estar seguro de que irá.

—Bien... Luego te haré conocer la fecha en que serás ungido cardenal. Mientras tanto, procura conducirte como tal. Recuerda que constituimos el blanco de todas las miradas y el menor paso en falso servirá para desacreditamos más aún

—Lo recordaré, señor... —César se incorporó y besó de nuevo la mano de su ilustre progenitor—. ¿Deseáis algo más?

—Por ahora nada, excepto que saludes a Lucrecia y le reiteres mis deseos de verme convertido en abuelo...

César Borgia se inclinó profundamente y salió, dejando a su padre solo y pensativo en la sala pontificia. Alguien salió presurosamente al paso del joven Borgia. Era Pedro Calderón, a quien todos conocían por Perotto, camarero principal de Su Santidad, un joven español muy apuesto, hombre de confianza de Rodrigo Borgia.

—Llevadle algún refresco, Perotto —le dijo César—. Su Santidad lo requiere.

—Lo haré, señor, lo haré —repuso Perotto, inclinándose

César Borgia pasó erguido y respondiendo apenas a los saludos de cuantos esperaban en la antesala ser recibidos por el Papa, entre cortesanos y hombres de la Iglesia. En la galería próxima esperaban Micheletto y sus hombres. Colocándose detrás de su señoría, los hombres de armas marcharon sonoramente, orgullosos de servir a tan importante personaje, provocando a su paso muestras de temeroso respeto

* * *

En la suntuosa y sombreada cámara, todo era quietud, beatífica calma, voluptuoso dejarse estar. Los mismos tapices que coleaban de los muros, todos los objetos por allí diseminados, los artísticos vasos, hermosos floreros, candelabros de plata, incluso el adoselado y enorme lecho y otros muebles de época, parecían participar, en la hora lánguida del atardecer, de este lujurioso desgano. Contribuia a formar esta imagen mental una música suave, exótica cuyas notas se arrastraran por sobre el alfombrado piso, 'por las colgaduras, se deslizaban sobre el lecho, como si quisieran adueñarse de todo, incluso de la conciencia de quienes allí estaban.

Cubierta por un ligero peinador, que no llegaba a tapar del todo sus gracias, Lucrecia

Borgia se hallaba sensualmente abandonada en una otomana, apoyada la mejilla en un brazo A su lado, sentada en el piso, Leila, su doncella mora, tocaba el laúd.

—Sigue, Leila, sigue tocando —instó Lucrecia, entornando los ojos y hablando en bajo tono—. Tu música es como caricias de amante que se deslizan sobre una, produciendo sensaciones agradables, provocando deseos de dulce abandono... Tu música hace que seas mi favorita, Leila. Eso y tu modo de ser, hierático como una mole de granito del desierto de donde provienes, incapaz de hablar, de decir ni las propias cuitas y capaz, por otra parte, de guardar los más terribles secretos, puesto que no comprendes la lengua en que te hablo... Sigue tocando, Leila... No dejes de hacerlo, mientras me dejo llevar por las emociones, por mi secreta pena, por esta ansiedad que me domina y que debo ahogar... Quisiera compartir mi vida, deseo de amar, con alguien capaz de comprenderme, de hacerme feliz... ¿Giovanni, mi esposo? Frío como amante, severo como esposo, nunca ha hecho mi felicidad... ¿Por qué? *Tengo la impresión de que lo sabe todo...* Lo ha descubierto desde el principio. Pero calla por temor. Ese temor apaga su fuego amoroso y aunque finge amarme, en los instantes íntimos lo siento tan lejano como la luna. Mi unión con él no me depara ninguna ventura... Tal vez debiera decírselo a César, pero no lo haré. Giovanni moriría cruelmente... No es que lo ame, pero me daría mucha pena ser la causa de una muerte así... Sigue tocando, Leila, sigue por favor, y deja de mirarme con esos ojos oscuros como la profundidad y el misterio de la noche... Sí, Leila, alguien a quien amar, capaz de corresponder a mi amor con todo el fuego que yo siento dentro de mí, que nació conmigo, con César, con Juan, con todos los Borgia, que resulta muy difícil de apagar...

Las notas siguieron deslizándose suavemente, como caricias, mas de pronto hubo una ligera interrupción. Leila había detenido en el aire la mano que agitaba las cuerdas; su mirada se había profundizado y parecía querer llegar a la misma conciencia de su ama.

—Tal vez pienses que soy muy joven para pensar así, Leila, pero el fuego de que te hablo existió siempre en mí. Se insufló en mi en el mismo momento de mi gestación, con el ardor y la pasión de quienes participaron en ella... Por veces me digo que debe haber un modo de aplacarlo, sino de apagarlo. ¿Pero cómo? ¿Entregándome a todos los placeres mundanos? ¿Tal vez renunciando a ellos, para siempre, y haciéndome monja? ¿Dando a mis carnes los gozos que ansían, o lacerándolas con el cilicio y el látigo de siete colas? No lo sé... ¡Pero, ay, amiga mía, mi corazón llora por esta ausencia de amor, por esta inextinguible sed que no puedo apagar, que no sé cómo apagar!... Toca, Leila... —Lucrecia se incorporó a medias sorprendida. Había hablado en español. Idioma que Leila comprendía—. ¿Por qué no tocas? —preguntó.

Leila había dejado el laúd sobre su regazo y miraba a su ama en silencio, pensativamente. Sus ojos brillaban, con la humedad de las lágrimas que asomaban en ellos.

—Suplico a Su Señoría que me perdone —dijo al fin—. Me duele mucho su pesar y las palabras que ha dicho han llegado a mi alma. Quisiera hacer algo por ayudarla, por consolarla.

Lucrecia se sentó de golpe y se quedó mirando a su doncella con ojos desorbitados por la sorpresa.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Dices que mis palabras han llegado a tu alma?... ¿Quiere decir que has comprendido... todo?

Leila asintió.

Ha sido contra mi voluntad, amita —dijo—. A mi pesar, en el tiempo que estoy a vuestro servicio en Roma, he aprendido a entender, sino a expresarme, el italiano...

—¡Oh! —Lucrecia se llevó las manos al pecho—. ¡Y con las cosas que dije!... ¡Ahora conoces mis secretos!... ¡Oh!... ¡Creo que te mereces un castigo, el peor de ellos!...

Leila se inclinó profundamente, aunque se había puesto pálida. Bien sabía, por cierto,

que su misma vida dependía del capricho o el enojo de su joven ama.

__El más cruel de ellos no alcanzaría a privarme del afecto que siento por Vuestra Señoría, pero si os confieso mi saber no es con el propósito de incurrir en vuestro desagrado, sino con el deseo muy sincero y respetuoso de ayudaros... —¿De ayudarme?... ¿Cómo?... ¿En qué?

__puedo buscarle el consuelo y la comprensión que busca Su

Señoría... Mejor dicho, sé el modo de obtenerlo, con la mayor discreción, en el secreto más absoluto, de tal modo que nunca, jamás trascenderá.

Al oír aquellas palabras, Lucrecia enrojeció de emoción, de alegría. Se llevó las manos juntas al seno, como para aplacar los agitados latidos de su corazón

__Cuidado con lo que dices, Leila —dijo, apretando los dientes—. Puedo mandarte azotar hasta que te desuellen vida...

—¡Lo sé, amita, y corro deliberadamente el peligro de incurrir en su enojo!... ¡Pero ha sido tal la pena que me causó su triste soledad, su falta de amor, que arriesgo mi vida por salvar

la suya!

—¿Crees... crees que puedes lograrlo?

—Sé el modo de hacer lo... Esto no es para mí un misterio. En las cortes moriscas, en los serrallos, no se estima una buena odalisca si no es capaz de proporcionar a su ama satisfacciones a su espíritu tanto como de las otras.

—Leila, estás diciendo cosas terribles...

—Lo sé, lo sé —murmuró la doncella, cayendo de hinojos al frente de su ama—. ¡Sólo os pido que confiéis en mí!... Si hasta ahora fui una mole hierática del desierto, a partir de hoy seré una tumba.

—Mira que puedo tomarte la palabra... y ordenar tu ejecución si no cumples, o si me traicionas.

—Moriré gustosa si al menos intento proporcionaros la dicha que buscáis...

Un silencio tenso, amenazador, se impuso en la alcoba. Leila contuvo el aliento. ¿Se había equivocado? ¿No corría por las venas de aquel cuerpo juvenil, hermoso, prometedor, la sangre roja e impetuosa de los Borgia? ¿Iba a dominar en Lucrecia el instinto superior de honestidad y decencia y a ordenar que la azotaran hasta quitarle la vida por haberse atrevido a sugerir tamaña enormidad? Pero la joven y bella mora sonrió imperceptiblemente cuando la hermana de César Borgia se echó bruscamente en la otomana, dejando escapar un infantil grito de alegría.

—¡Sí, sí, mi Leila!... —exclamó jubilosamente—. ¡Lo quiero, lo deseo!... ¡Lo he venido deseando desde que abrí los ojos al deleite de los deleites!... ¡No hay nada tan grato y hermoso en la vida!... ¡Vete a buscármelo!

—Lo haré, amita, pero es preciso ir con extremo cuidado... Vos podéis ordenar que me azoten, pero alguien puede hacerme quitar la cabeza si entra en sospechas de que os sirvo de aquesta manera. Además, debemos tomar todas las precauciones para que las cosas salgan como es debido y no tengáis un día una amarga sorpresa. Además...

—¡Oh, no pongas tantos peros, que me muero por gustar el sabor de este deleite nuevo y peligroso! —prorrumpió Lucrecia, con juvenil impaciencia—. Mas habla de una vez... ¿Qué más quieres?

—Necesito la ayuda de alguien que os sea fiel hasta la muerte, como yo, pero nativa de esta pecadora Roma... Alguien que pueda hablar con soltura la lengua del Dante, y que

conozca todos los recovecos de la ciudad.

—¡Pantasilea!... No hay otra que reúna esas condiciones. Acaso mis otras doncellas españolas sean más fieles, pero ninguna habla tan bien el italiano ni conoce la ciudad...

—Sea, entonces Pantasilea... Pero advertidle que debe cumplir mis órdenes sin chistar y que la haréis desollar viva si suelta la lengua.

—Haré algo más que eso... ¡Llámala!... ¡Pronto!

* * *

Genaro Ricci, un segundón de la ilustre casa romana del mismo apellido, encontrábase, al filo de las diez de una noche oscura y tormentosa, al pie de uno de los muros de la Mole de Florent, no lejos del Ponte di Nerone y frente al río Tíber. Desde allí tenía una magnífica aunque impresionante visión del castillo de St. Angelo, que cual una severa advertencia del Papado se erguía sobre Roma. Aquellas pocas ventanas iluminadas tenían, sin duda, mucho que contar. ¿Cuántos prisioneros de Estado se herrumbraban allí? ¿Cuántos habían muerto, torturados? Todo Roma hablaba, por ejemplo, del príncipe turco, Djem. Hermano del Sultán de Turquía, había sido desterrado por éste y pagaba cuarenta mil ducados al Estado que lo mantuviese en prisión. El desventurado príncipe estaba encerrado allí, en el sombrío castillo de St. Angelo. El joven y apuesto Genaro sacudió la cabeza, para quitarse aquellos poco agradables pensamientos y recordó por qué estaba aquí. Ávido de aventuras y de placeres, como todos los jóvenes romanos de la nobleza, no había vacilado en acudir a una extraña cita que una mujer embozada le diera, con promesa de venturas sin par. Aunque era la primera vez que le sucedía una cosa igual, la cosa no le sorprendía en absoluto. Conocía muchas historias salantes de este tipo. Damas encumbradas, y otras que no lo eran tanto, y aun cortesanas, tenían por agradable costumbre el encubrirse en el misterio y dar cita a hombres desconocidos, satisfaciendo con ellos inquietudes no aplacadas en el seno de hogares y familias demasiado puritanas. Otras veces se trataba de esposas jóvenes con maridos viejos, o achacosos. Por otra parte, esto ocurrió siempre, no sólo en Roma, sino en todas partes, en todos los tiempos.

__Sin embargo, las emboscadas están a la orden del día en

Roma —se dijo el joven Ricci—. Raro es el día que no aparece un cadáver apuñalado o estrangulado en el Tíber. Por una ofensa cualquiera, por un quítame allá una paja, se eliminan a jóvenes como yo, demasiado cabeza calientes para darse cuenta del peligro. .. ¿Quién me asegura que la mujer embozada que me salió al paso en el mesón de maese Spoletto no es una enviada de cualquiera de mis parientes, a quien estorbo, sin saberlo, en la recepción de una capellanía?... —Genaro Ricci se ajustó el cinto, prendidas al cual llevaba una espada de larga hoja toledana y un puñal—. Pero si se trata de una emboscada, no me sorprenderán tan fácilmente...

El joven romano interrumpió su soliloquio. En aquel momento, las campanas del Castillo de St. Angelo empezaron a dar las diez. Debido al tiempo tormentoso, las campanadas resonaban con una sorda y prolongada cadencia, que en bajos ecos se extendió sobre las siete colinas de la ciudad eterna. Y no se habían extinguido aún aquellos ecos, cuando se oyeron pasos, pausados, apagados.

Debido a la profundidad de las sombras reinantes, era imposible ver más allá de los diez pasos. Genaro se llevó la mano a la espada y la desenvainó con ademán resuelto. El esperaba a una mujer, pero los pasos eran de varias personas.

—Señor... ¿estáis ahí? —llamó una voz suave, angelical, con claro acento romano.

Antes de responder, Genaro aguzó la mirada. Un oportuno relámpago vino en su ayuda. Gracias a su resplandor alcanzó a ver una litera de mano, conducida por dos robustos mocetones, y a la mujer embozada junto a ella.

—Sí, aquí estoy —respondió en bajo y tenso tono—. Avanzad con cuidado, si no queréis tropezar con mi espada.

—Envainadla, señor, que no la habréis de necesitar en la realización de los placenteros menesteres para los que sois llamado —dijo la embozada, y antes de que Genaro pudiera verla, una mano tibia y suave se apoyó en su brazo—. Venid y permitidme que os vende los ojos. Como habréis de comprender, mi señora no desea ser reconocida.

—Es de suponer... Podéis hacerlo, pues desecho mis temores de una emboscada.

Después de vendarlo, la misteriosa dama lo hizo entrar en la litera y ella se acomodó a su lado. En aquel momento empezó a llover, con fuerza. El monótono ruido de la lluvia y el de los pasos pesados de los mozos chapaleando en el lodo distrajeron la atención del joven romano, que no obstante sus esfuerzos, no hubiera podido decir a dónde iban. Algún tiempo después una pesada puerta giraba sobre sus enmohecidos y viejos goznes y la comitiva de Cupido hacía su entrada en un patio con piso de piedra. Genaro pudo percibir el característico olor a establo o caballeriza. No cabía duda, pues. Venía a la casa de una dama de posición.

Con ayuda de una mano amiga, el joven descendió de la litera y aquélla lo condujo a través de galerías, corredores y estancias, de peculiar olor a rancio y a cosas viejas y un tanto enmohecidas. ¿Qué otro lugar sino un palacio era aquél? Genaro sintió latir su corazón con fuerza. ¡Tal vez una princesa o alguna duquesa le otorgaría la gracia de sus favores! ¿Qué mayor fortuna podía aspirar un pobre segundón como él, que no tenía dónde caerse muerto? Estaba de él que pudiera sacar algún provecho a la situación. Se dejó, pues, llevar mansamente.

Al fin, después de un prolongado caminar, vinieron a detenerse frente a una puerta, a juzgar por el singular llamado que la dama embozada hizo en ella. La puerta se abrió. Un vaho perfumado y tibio le acarició el rostro. Fue introducido en la estancia y sus pasos se perdieron en una gruesa alfombra. Un perfume grato

y enervante exaltó sus sentidos, predisponiéndolo al amor y al deseo. La mano que se apoyaba en su brazo se soltó. Se oyó un ruido de faldas, un leve cuchicheo, el cerrarse de una puerta. Con el alma pendiente de un hilo, Ricci esperó. Fácil le hubiera resultado quitarse la venda, pero sabía que eso podía costarle caro. Además, él quería gozar de la aventura hasta sus últimas consecuencias. Esperó, pues, inmóvil, mudo.

Una voz suave e insinuante, angelical, llegó entonces hasta él, produciéndole un grato estremecimiento. Esa voz, plena de sugestión y de promesas de mil deleites, se confundió con el encanto de la noche, aumentando la sensual inquietud del joven.

—Podéis quitaros la venda y acercaros, si os place.

El joven romano se quitó la venda de un manotazo y miró. Una exclamación de infinito gozo, de admiración, escapó de su pecho. Se hallaba en una suntuosa alcoba sumida en una grata penumbra. Había un enorme lecho con dosel en el centro. En ese lecho, cubierta al desgaire por un transparente peinador, yacía en voluptuoso abandono una mujer joven, a juzgar por la redondez de sus formas, por el brillo de sus rubios cabellos, por la fresca carnosidad de sus labios entreabiertos y sonrientes, por el fulgor de los ojos claros que miraban detrás de un antifaz negro.

Lanzando gemidos de anticipado placer, nuestro joven se adelantó hacia el lecho y tomando aquella mano extendida la cubrió de un apasionado beso.

—Para ser una cita con el amor, habéis venido muy armado —dijo ella, envolviéndolo con una cálida mirada—. Dejad vuestras armas y venid a mis brazos, caballero de la noche, que sólo dispones de breve tiempo.

Una tenue música de laúd emergió de alguna parte y se esparció por la cámara, envolviendo con su mágico hechizo a quienes ansiosos de placer esperaban el instante de

abandonarse a la satisfacción plena de los sentidos. Bajo la silenciosa y sonriente observación de la enmascarada, Ricci se quitó las armas y el correaje. Una vez más cayó de rodillas al pie del lecho. La joven del antifaz lo miraba intensa y voluptuosamente y su sonrisa era el epítome de promesas de goces sin par en la tierra.

—Sois hermosa y atrayente como el pecado —le dijo él, besándole la mano con ardor—. Y yo, pecador impenitente, me pongo sumiso a los pies de tan soberana belleza.

—Que será vuestra, caballero de la noche, si además de discreto sois apasionado como yo lo deseo.

—Soy todo fuego, señora mía... A la vista de vuestra soberbia hermosura, me he convertido en un volcán pronto a desbordar fuego y lava...

—Entonces, venid —dijo ella, sonriéndole y atrayéndolo con suavidad—. Venid y dadme ese fuego y que él se confunda con el mío...

Los amantes se precipitaron a unir sus brazos y sus bocas, mientras la música suave y enervante se acentuaba y poco a poco se elevaba, en un crescendo que no tardó mucho en llegar al clímax, donde palpitante se mantuvo por algunos instantes, resonando con gratísimas notas que parecieron retumbar en el mismo seno del cerebro. De allí se desbordaron luego y como una impetuosa cascada se vaciaron en las ondulaciones del subconsciente, con notas, arpegios y solfas que habían perdido su resonancia anterior, convirtiéndose en vibraciones musicales tan breves que se extinguieron suavemente, empero sin morir del todo...

* * *

Giovanni Sforza miró a los cuatro hombres que mantenían silenciosas, pero amenazantes actitudes detrás de su omnipotente amo, César Borgia, y decidió guardar para otra ocasión más propicia las voces de protesta que asomaban a sus pálidos labios.

—¡Os juro, César, que hice cuanto pude para convencer a Lucrecia de ir a residir en Pesaro, pero ella se niega! —exclamó.

—Apenas puedo creeros. Mi hermana no haría tal cosa, por cierto que no.

—Hablad con ella preguntadle... ¡Yo no deseo otra cosa que estar allá, lejos de las intrigas y maquinaciones de esta ciudad!

—Está bien, lo haré, ahora mismo... He sido llamado por Su Santidad y presiento que tendré que darle una satisfacción al respecto... —César hizo una seña a sus hombres y ya iba a alejarse, cuando pareció recordar algo—. Podéis ir preparando el viaje —agregó en tono displicente—. Después de hablar con Lucrecia estará deseando salir de Roma.

Aquel encuentro había tenido lugar no lejos de la *piazza* de St. Angelo, donde resplandecía, en las primeras horas *de* la tarde, un sol magnífico. El ahora Cardenal de Valencia, seguido de sus cuatro

guardias de *corps,* como siempre encabezados por Micheletto, iba a tomar por la Via de Pánico, cuando advirtió un grupo de personas, en su mayoría gentes de pueblo, junto a uno de los paredones del Tíber. Señaló a uno de sus hombres.

__Ve allí, Vicenzo, y averigua qué ocurre —ordenó.

El nombrado asintió y se alejó presurosamente, yendo al encuentro del grupo. Éste se había formado en torno a un cuerpo yaciente y mojado, el cual era examinado con curiosidad no exenta de compasión. Vicenzo se acercó y pudo comprobar que se trataba de un cadáver. Pertenecía a un joven noble, a juzgar por sus ropas. Una sangrante herida causada indudablemente por un puñal, aparecía en su pecho, a la altura del corazón. Al ver al guardia de corps y al reconocerlo, los curiosos se apartaron con aprensión. Vicenzo preguntó entonces qué había ocurrido. Le informaron dos boteros que al ir a cruzar el Tíber habían visto flotar aquel cuerpo. Siendo un deber cristiano, lo habían extraído del agua.

—Es el segundo cadáver que extraemos en un mes —dijo el más viejo de los boteros—. Estamos acostumbrados a ello, pero suponemos que esta muerte habrá de preocupar a algunos. Podemos ver que se trata de un joven romano de noble familia. —¿Alguno lo conoce? —inquirió Vicenzo. Un hombre rústico, joven, se adelantó.

—Yo creo reconocerlo —declaró—. Soy mozo en el mesón de Spoletto, que está en la vía de Pavone. Este caballero solía ir con frecuencia. Anoche mismo creo haberlo visto, bebiendo alegremente con otros amigos...

—¿Sabe vuestra merced su nombre? —Oí que lo llamaban Ricci... Genaro, creo. —Bien, llevad el cuerpo cubierto a la casa de sus parientes, que alguno tendrá que pague el favor... Y vosotros, el resto, retiraos, que a mi amo, el Cardenal de Valencia, le disgustan las reuniones.

Y satisfecho por el resultado de sus averiguaciones, Vicenzo volvió al lado de César Borgia, a quien dio cuenta de lo que ocurría.

—Algún joven que se habrá visto comprometido en un duelo —comentó el Cardenal de Valencia, sin detener su marcha—. No creo haberlo conocido.

La presencia del joven cardenal causó considerable revuelo en el palacio de Sta. María del Portici. Sin esperar que lo anunciaran, César se introdujo en las habitaciones de su hermana, a quien encontró en su alcoba, asistida por sus doncellas. Lucrecia estaba pálida, ojerosa, pero de alegre disposición, o bien su alegría era fingida.

—¡César, hermano mío, que grata sorpresa me dispensas! —exclamó Lucrecia, extendiéndole una mano con aire de afectación—. Deben estar sucediendo cosas importantes en Roma, que te inducen a venir.

Sin responderle, César hizo un ademán despidiendo a las doncellas. Luego tomó asiento junto a su hermana y empezó a hablarle en grave tono. Lucrecia intentó replicar dos o tres veces, pero con imperioso acento, César *se* lo impidió.

—No sé cuáles son las razones que te obligan a permanecer en Roma ni ellas me interesan por el momento —concluyó diciendo el Cardenal de Valencia—. Debes comprender que no puedes permanecer un día más aquí. Nuestro padre se halla muy preocupado, pues existen evidencias de una grave conspiración, a la que los Sforza no serían ajenos. Debes evitar que Giovanni se vea envuelto en ella. En Pesaro no será de temer y podrás vigilarlo de cerca, ¿comprendes?

—Perfectamente, y con la mayor humildad, como Corresponde a una hija amante y respetuosa, acato la voluntad de Su Santidad. Pediré a Giovanni que realice los preparativos del viaje.

—Eso es, y cuanto más pronto, mejor.

Apenas el Cardenal se hubo despedido, en la cámara de Lucrecia entraron sus dos doncellas de mayor confianza, la mora Leila y Pantasilea.

—¡Hemos oído todo! —prorrumpió Pantasilea, juntando las manos—. ¡No podíamos desear mejor suerte, después de lo ocurrido anoche! ¡Lejos de Roma, nadie sospechará de nosotras!

Lucrecia lanzó un profundo suspiro.

—¡Pobre Genaro!... —murmuró—. ¿En qué infausto instante sintió la tentación de quitarme el antifaz?... ¡Después de lo felices que fuimos en tantas noches de ventura sin par!... ¿Comprendéis qué oscura existencia llevaremos en Pesaro?... A menos de enredarnos con pajes o criados, ninguna posibilidad de gozar del amor. ¡Ah, será como una expiación por lo que hemos hecho!

—¡Amita, mi mano no tembló cuando descargó el golpe mortal! —dijo en aquel

momento Leila—. Y pongo a Alá por testigo de que lo haré de nuevo si peligra el honor o la felicidad vuestra.

Por eso mismo os digo que no desesperéis... Ya encontraremos el modo de divertirnos, aunque sea en Pesaro.

Pedro Calderón, el Perotto, agitado y nervioso, salió al encuentro de César Borgia.

—¡Su Santidad os espera con impaciencia, señor! —declaró—. ¡Oh, están ocurriendo cosas terribles!... ¡La traición reina por doquier y ni aún en el seno de la Iglesia podemos vernos libres de los traidores!... Pasad, señor, pasad.

Rodrigo Borgia se paseaba agitadamente frente al solio papal, las manos a la espalda, la cerviz doblada sobre la cogulla, la mirada fija en el suelo. No estaba solo, pero bastó que hiciera su aparición el Cardenal de Valencia para que todos se precipitaran a la salida, a una muda señal del Papa.

—La más negra ingratitud, la traición más infame, han sentado sus reales en el Vaticano —empezó a decir Alejandro VI, sin dejar de pasear y como si hablara consigo mismo—. Estamos rodeados de enemigos, que no sólo procuran nuestra caída, sino la ruina de la Iglesia. Seres obcecados por la ambición, en quienes depositara mi confianza, han desertado, pasándose con armas y bagajes al enemigo... ¡Oh, creo que la Cristiandad nunca ha estado en tanto peligro como al presente! En la sombra y aun fuera de ella, los enemigos de la Iglesia conspiran, sin descanso...

—Señor, ¿puedo saber la causa de vuestra santa indignación? ¿Qué noticias habéis recibido, tan graves, que de aqueste modo os turban e inquietan?

—¡Las peores, hijo mío, las peores! —exclamó el Papa, alzando los brazos y yendo a ocupar su solio—. ¡Carlos VIII, rey de Francia, se dispone a invadir Italia, particularmente los Estados de la Iglesia!

—¡Oh!... ¿Con qué propósito?

—¿Qué otros sino los de provocar nuestra caída?... El infame y ambicioso Julián de la Rovere, que nunca me perdonará haberle ganado el trono pontificial, ha huido de Roma y ha llegado a Francia, siendo recibido con grandes honores por la corte francesa. Según mis informaciones, ha logrado convencer a Carlos VIII para que emprenda la invasión armada de Italia, como paso previo a su elevación al pontificado, del cual sería yo expulsado por la fuerza de las armas...

—Señor, en verdad, vuestras noticias son terriblemente dramáticas... ¿Qué pensáis hacer ante la situación?

—He tomado algunas medidas. El ejército papal, bajo el mando del Conde de Pitigllano, saldrá a ocupar posiciones en la frontera. Puesto que Juan, el Duque de Gandía, permanece aún en España, ocuparás su lugar, como segundo al mando. Partirás, pues, en seguida. El Conde de Pitigliano ha partido ya.

—Lo haré sin tardanza, señor... Pero, en rigor de verdad, ¿esperáis que con nuestras reducidas fuerzas, contengamos a un ejército tan poderoso como el francés?

—Por el momento es una medida precaucional. Aún confiamos en que Carlos VIII no se deje convencer por el cardenal de la Rovere. Por otra parte, si consigo mantener la unidad de los reyes y señores de Italia, es posible que el monarca lo piense dos veces antes de atacar. Dispersas y desunidas las fuerzas de Italia, seremos fácil presa. Unidas, nunca.

—¿Creéis posible mantener tal unidad?

—En eso estamos... Si los Orsini, los Sforza, los Colonna y demás señores continúan siendo aliados del Pontificado, hay esperanzas de salvación. De lo contrario...

—En muy débiles fuerzas basáis nuestro porvenir, señor.

Librodot

—Bien lo sé, pero confío también en la bondad del cielo. ¡La Iglesia no quedará a merced de los herejes!

—El cielo os oiga... ¿Puedo retirarme ya?

—Antes debo decirte que es preciso vigilar a estos señores romanos y a los poderosos de Italia... Vigilar de cerca, sus menores pasos. La traición se está incubando entre ellos, lo presiento. Los Sforza, por ejemplo. ¿De qué nos ha servido nuestra alianza con ellos? Ascanio Sforza se ha convertido en mi adversario más enconado, tanto como el cardenal de la Rovere...

—Lucrecia y Giovanni parten a Pesaro, señor. Tal vez eso ayude a poner a los Sforza de nuestra parte.

—Pero no confío mucho en ello... Vigila, hijo mío. O *miseras hominum mentes! O pectora caeca!* —-Y Alejandro volvió a hundirse en su solio.

* * *

Lucrecia Borgia y su esposo, Giovanni Sforza, acompañados de una numerosa comitiva integrada por las damas de honor, sus doncellas, pajes, criados, palafreneros, escribientes y secretarios, consejeros y aun tropas de guardia, hicieron su entrada en Pesaro, en junio de 1494.

Anoticiada del inminente arribo, la ciudad se había engalanado y preparado para una digna recepción; pero cayó una lluvia torrencial que deslució el recibimiento que tenían preparado los vasallos y ella no permitió que la hermosa y risueña ciudad se mostrara como tal a los ojos de la nueva Señora. El palacio donde debía residir, comparado con el del Portici, por ejemplo, o con otros que la hija de Borgia conocía, era muy modesto, estrecho y sombrío. Por todo lo cual, Lucrecia se mostró quejosa y disgustada desde el primer día.

Y que la vida allí le iba a resultar tediosa, agobiante, lo supo también desde los primeros días. Nunca había imaginado que la señora de un gran predio pudiera llevar una existencia tan insulsa, encerrada en sus habitaciones la mayor parte del tiempo, obligada a cumplir socialmente sólo cuando razones políticas o diplomáticas lo demandaban. Por otra parte, el señor de Pesaro no le permitía compartir los asuntos de buen gobierno. Se encerraba todos los días en su despacho con sus consejeros y colaboradores, pero ella nunca sabía lo que se había tratado. Como si esto fuera poco, Giovanni insistía en rodearla de un falso clima de arte y cultura. Poetas, escritores, filósofos locales eran invitados con frecuencia al palacio, y ella y sus damas de honor se veían obligadas a escuchar sus fatigosas declamaciones o charlas eruditas. Estas reuniones, más o menos informales, tenían lugar casi todos los días.

Si bien Pesaro era una ciudad alegre y jocunda, no tardó en comprender Lucrecia que su pueblo era devotísimo de los Sforza. Intentar una aventura amorosa allí hubiera sido como nombrar al verdugo y fijar el día de la ejecución. Por esta razón, no obstante la decidida actitud de Leila, que juraba que aquello no era peor que el serallo de un árabe celoso, debió evitar que la bella mora realizara un proyecto de buscarle un amante- secreto.

Todo esto contribuyó, pues, a que la vida en Pesaro ie resultara a Lucrecia una verdadera cruz, y no deseó sino el instante de que algún acontecimiento de importancia hiciera cambiar el curso de las cosas.

Tal acontecimiento no tardó en producirse. Alejandro VI, en sus esfuerzos por contener la ola de conspiración que amenazaba destruirlo, había impuesto la boda de Joffre Borgia, el menor de sus hijos habidos con la Vannoza, con Sancha de Aragón, hija del Rey de Nápoles. La alianza con el monarca napolitano, así lo esperaba, consolidaría su poder. La situación en general, a mediados de 1494, no parecía tan desfavorable a la causa de Alejandro VI. Su ejército en la frontera, al mando del Conde de Pitigliano y de César Borgia, si bien no constituía una fuerza impresionable o importante, serviría para demorar cualquier acción

Librodot

ofensiva francesa, en tanto llegaban los refuerzos enviados por los señores de Italia. De estos dependía, pues, el futuro del Vaticano.

Pero un hecho, que al principio pasó desapercibido, vino a echar por tierra las últimas esperanzas de Alejandro VI. Cierto día, a fines de junio de 1494, cuando algunos partidarios del Papa y de su familia, celebraban ruidosamente el feliz arribo de Lucrecia a Pesaro, por una de las puertas excusadas del palacio situado no lejos del puente de St. Angelo, que Rodrigo Borgia regalara al cardenal Ascanio Sforza, como recompensa por su voto en el Cónclave, y donde aquél moraba, salió un hombre que por sus ropas rústicas y raídas parecía un moro de muías. El buen hombre, llevando de la brida a sus animales, tomó el camino hacia la Porta dei Popólo y sin ser molestado por nadie la cruzó y se perdió de vista

Aquel hombre no era otro que el cardenal Ascanio Sforza. Y sólo tiempo después, cuando ya era tarde para evitarlo, supo el Papa que el cardenal Sforza había huido de Roma, yendo a Milán, a encontrarse allí con su hermano, Ludovico, el Moro.

Pero este golpe no fue el único que recibió Alejandro VI por aquellos días. No tardó en enterarse, en efecto, que otros importantes señores habían tomado también el camino de la traición, entre ellos Virginio Orsino, cabeza de esa familia, los Colonna, Trajan, y Pablo Savelli. De todo esto resultaba claro que una conspiración en forma, tramada dentro y fuera de Italia, no tardaría en eclosionar con toda fuerza, amenazando hacer trizas el poder temporal de los Borgia.

Y poco después, en efecto, Alejandro VI llegaba a conocer cual era la magnitud de aquella terrible conspiración. Ludovico el Moro, que arrebatara el trono de Milán, para consolidarse en el poder, pidió la protección de Francia. La Duquesa de Milán, legítima heredera de aquel trono, era hija de Alfonso II, Rey de Nápoles, que amenazaba hacer la guerra a Milán para que la Duquesa obtuviese lo que era suyo. En consecuencia, Ludovico el Moro, amigo de la Corte de Francia, pidió a Carlos VIII que invadiera Italia y atacara a Nápoles, que terminaba de aliarse al Papado por medio de la boda de Sancha de Aragón. Al mismo tiempo, el astuto Ludovico Sforza procuró ganarse el apoyo de Venecia y de otros estados y señoríos.

La maquinaria colosal estaba en marcha y no tardó en verse las consecuencias. El 11 de agosto de 1494, después de un consejo real, en el que estuvieron los embajadores de Milán, el Cardenal de la Rovere y otros delegados italianos de los conspiradores, el Ejército francés, al mando del rey Carlos VIII, partió hacia Italia. En rápidas jornadas cruzaba los Alpes el 2 de setiembre; el 5 estaba en Turín, y el 9 en Asti. Allí fue a recibirlo Ludovico el Moro, acompañado de su propio ejército y de una corte con las más bellas damas de la aristocracia milanesa. Por supuesto, con ellos iba también el cardenal Ascanio Sforza.

Después de una breve detención, destinada al descanso y al dulce hogar, al que tan inclinado era el soberano francés, el poderoso ejército siguió su marcha, sin encontrar resistencia. En verdad todavía no había llegado a la frontera de los Estados pontificios, donde se sabía se encontraba el ejército del Papado, pero resultaba dudoso que el mismo ofreciera una seria resistencia. Por todo ello, Carlos VIII encontraba muy pocos obstáculos en su avance y si algunas pocas guarniciones se resistieron, fueron pasadas rápidamente a cuchillo.

Carlos VIII estaba resuelto a ser el señor de Europa y de tener bajo su dominio al mismo Papado, al frente del cual pondría a un hombre de su confianza, el cardenal Julián de la Rovere. En lo que a sus planes se refería, la conquista de Nápoles sólo había sido un pretexto para invadir Italia.

Estas ambiciones estaban a tono con la edad y la personalidad de Carlos VIII, que contaba a la sazón unos veinticuatro años. Era bajo de estatura, medio encorvado y mal formado, feo de cara, con ojos abultados que debían ver poco, nariz aguileña más grande y gorda de lo natural, boca de labios gruesos y sensuales. Tenía la costumbre de agitar las

Librodot

manos al hablar, siendo también lerdo y confuso en la palabra.

Lanza en ristre, al frente de su ejército, Carlos VIII entró en Florencia el 17 de noviembre. El 28 del mismo mes prosiguió su marcha hacia Roma, sin encontrar resistencia alguna

¡El Ejército papal se había replegado hacia Roma para defender personalmente a Alejandro VI y a la ciudad, amenazados ahora abiertamente por los conspiradores *condottieri y* algunos vicarios de la misma Iglesia, que en nombre del Rey de Francia ocupaban posiciones estratégicas en la campiña romana y en el litoral!

En una palabra, el poder de los Borgia se tambaleaba, amenazando desplomarse en cualquier instante.

CAPÍTULO III
DONDE AUMENTA LA DESAZÓN DE LOS BORGIA

El papa Rodrigo Borgia, Alejandro VI para la Cristiandad, contempló con no poco orgullo, satisfacción y aun admiración, al rudo aunque apuesto mozo que, denotando en su rostro de líneas angulosas y duras las fatigas de marchas forzadas y en penosas condiciones, sombreado por la barba de varios días inclementes y carentes no sólo de comodidades y satisfacciones, sino incluso de lo más elemental a la vida, se erguía frente a él con energía y resolución.

—¿Habré estado equivocado después de todo? —pensó Su Santidad—. Tiene todo el aspecto de un hombre de armas... Alejandro debió ser como él. —Le extendió los brazos, en un impulso que reprimió tardíamente—, ¡César, hijo mío!...

—Me habéis llamado, señor, y aquí estoy.

—¿Y nuestro ejército?

—Intacto, aunque minado por los sacrificios y las privaciones. El invierno se muestra muy duro en la campiña.

—Intacto... —dijo Alejandro VI, echándose a caminar reflexivamente—. Me pregunto si no habría sido mejor verlo destruido, deshecho por la maquinaria bélica del francés. Al menos, habría sido una manera honrosa de perecer...

—Habláis de perecer, señor, palabra sacrilega en vuestros labios.

—¿Y qué otro porvenir nos espera?... Todo y todos están contra nosotros. Carlos VIII avanza sobre Roma. La última traición de Virgilio Orsini, que del servicio de Nápoles se ha pasado al de Francia, culmina los hechos infames destinados a nuestra destrucción.

—Pero si os conozco, señor, vos no sois de aquéllos que se abandonan a la desesperación.

—En efecto, tengo alguna esperanza, muy poca, de que la situación cambie... Todo depende acaso de la acción diplomática que estoy desplegando.

—A eso iba, señor. Si nuestras fuerzas materiales son escasas y aun incapaces de resistir por la fuerza de las armas, poseemos otras armas tanto o más valiosas que ellas... ¿Por qué no ponerlas en juego?

—Ya lo hice y estoy a la espera de los resultados.

—¿Me permite Vuestra Santidad preguntar qué pasos dio en tal sentido?

—Creo haber realizado una jugada genial de ajedrez, poniendo en movimiento a la dama...

—¿A la dama, señor? No comprendo.

—Lo comprenderás... si mi jugada resulta. Ahora puedes retirarte, El ejército que ocupe posiciones en las murallas y que todo esté dispuesto o bien para una retirada general, o para una eventual resistencia en el castillo de St. Angelo.

—Una plaza muy reducida y que puede ser destruida por la artillería francesa. ¿Os puedo preguntar por qué resistir allí?

—Ejercemos nuestro derecho de posesión sobre el castillo en nombre de todos los príncipes de la cristiandad. Preferiría morir en él a entregarlo.

—Tal vez tengáis privilegio, señor.

Y César Borgia, luego de inclinarse y besar la mano de su augusto progenitor, procedió a retirarse. Por unos instantes la mirada de Rodrigo Borgia echó fuego, mas poco a poco se

Librodot

calmó y aun terminó sonriendo, cuando la puerta de la cámara se cerró detrás del joven Borgia.

El joven capitán francés, Ivés d' Allegre, al mando de cuatrocientos hombres de caballería, avanzaba rápidamente por el ala derecha del ejército francés, en una especie de movimiento tenaza, cuando dos jinetes, de la patrulla adelantada, vinieron hacia él a todo galope, en medio de una nube de tierra. El Capitán frunció el ceño y alzó un brazo, dando la orden de detención al resto.

—¿Qué sucede, sargento Douvret? —preguntó cuando el primer jinete, un hombre rudo y de barba, llegó frente a él.

—Señor, acabamos de avistar una numerosa partida, compuesta por tres carruajes y varios jinetes, viniendo por el camino de Capodimonte.

—¿Gentes de armas?

—No creemos que lo sean, señor, por más que vimos varios hombres.

—Bien, los rodearemos sin ser advertidos y luego daremos la orden de detención.

El capitán d'Allegre llamó a uno de sus oficiales y le dio la orden de abrirse con sus hombres en abanico, tomando por un extremo, mientras hacía lo propio en el otro. Y realizando el movimiento envolvente, a una voz de mando, una gruesa partida de jinetes, lanza en ristre, avanzó sobre la comitiva.

Dos o tres descargas y algunos gritos bastaron para que los integrantes de aquella partida se desorientaran y lanzando gritos de alarma corrieran de un lado a otro, sin saber qué hacer. Se adelantó entonces el oficial y. en perfecto italiano anunció que todos quedaban a disposición del ejército francés, en calidad de prisioneros.

El capitán d'Allegre se tomó la molestia de reconocer en persona las literas y cuál no sería su sorpresa y alegría al comprobar que en ellas venían nada menos que Julia Farnese, la Bella, cuya fama, por su vínculo con Rodrigo Borgia, trascendiera las fronteras de Italia, Adriana del Milá, y sus damas de honor, doncellas y servidores. Julia y Adriana no ocultaron su desagrado y aun trataron de impresionar a los franceses con exclamaciones destempladas y aun amenazas, pero el apuesto Capitán no cambió de resolución.

—Si Insistís en vuestro descabellado propósito, Capitán —dijo entonces Julia con la mayor dignidad—, pido ser conducida inmediatamente a presencia de vuestro soberano. Ya veréis cómo él se porta más galantemente que vos.

El capitán francés no pudo menos de acceder a ello, considerando que las dos calificadas damas serían bien recibidas por Carlos VIÍI, en razón de su estrecho parentesco con el Papa. Y en efecto, aquella misma noche Carlos VIII sentaba en su mesa de campaña a las dos damas e iniciaba con ellas una amable y prolongada charla, de la que participaron sus consejeros más íntimos.

La historia no dice con exactitud qué fue lo que el soberano francés y las dos damas conversaron. Pero los siguientes pasos de Carlos VIII, en su avance hacia Roma y Nápoles, demuestran que abandonó la primera idea de entrar a sangre y fuego, trocándola por otra basada en un juego diplomático.

Algunos días después, el mismísimo Alejandro VI, vestido de jubón negro, listado de brocado de oro, la cintura cubierta por una bonita faja a la española, con puñal y espada, botas españolas y gorra de terciopelo muy galana, como correspondía a un cumplido caballero, salía al encuentro del capitán d'Allegre, quien, al frente de sus cuatrocientos jinetes detenidos ante las puertas de Roma, le hizo entrega de las ilustres prisioneras y de una nota de Carlos VIII, en la que el soberano francés le decía que, yendo a conquistar Nápoles como una necesidad para su buen gobierno, solicitaba del "Muy Santo Padre en Cristo, Alejandro VI, Papa por la Providencia de Dios, concedernos la misma cortesía que ha otorgado a nuestros enemigos: el

libre paso por sus territorios y las vituallas necesarias a nuestras expensas".

Esto hizo ver que la situación había cambiado, aunque no en mucho. Pero alejado por el momento el peligro de una sangrienta contienda, el papa Alejandro VI convino en permitir la entrada del ejército en las tierras papales y finalmente en Roma, donde se discutirían las condiciones finales del acuerdo.

Esta conducta diplomática morigeró bastante lo delicado de la situación. Ya no se trataba de un avance por la fuerza, ni de que el monarca francés convocase a una urgente reunión del Concilio, del que, según los proyectos de los traidores de la Rovere y Sforza, habría de surgir la deposición de Alejandro VI. En habiendo conversaciones, Borgia estaba seguro de lograr algunas ventajas que jamás conseguiría con las armas.

Se comprende, pues, cuál habrá sido su satisfacción al acompañar a las dos damas de su afección hasta su morada, con una guardia numerosa y bien armada, que hizo desfilar por la vía , Lata, en un último alarde de confianza y seguridad en el porvenir.

Pocos días después, según lo anunciara por medio de sus heraldos, Carlos VIII llegó frente a las murallas de Roma. Obtenido el permiso para entrar, el día de San Silvestre, que sus astrólogos personales declararan día fausto para su gloria, hizo su entrada

en la Ciudad Eterna por la puerta del Popolo, al frente de sus numerosas cuanto aguerridas y bien armadas tropas, las cuales desfilaron, como pocos días antes lo hicieran las reducidas fuerzas papales, por la antigua vía Lata, hoy Corso Vlttorio Emanuele. Mientras esto sucedía, Alejandro VI permanecía en el Vaticano, rodeado de todos sus cardenales de confianza, sus consejeros y colaboradores, sus tropas montando guardia dentro de los muros de la ciudad pontificial.

Hasta el último momento, Rodrigo Borgia no había sabido si abandonar Roma, como le aconsejaban muchos de sus consejeros, para resistir en alguna otra fortaleza, o ir directamente a Nápoles, ciudad que le ofrecía su amparo, o quedarse desafiando no sólo la destitución, sino la prisión y acaso alguna cosa peor. En verdad, se requería de gran valor moral para quedarse a la espera de los acontecimientos, siendo así que el mismo pueblo de Roma le resultaba hostil, gracias a la obra subterránea y adversa de los Orsini, los Colonna, los Savelli y muchos señores más, cuyas familias se pasaron al servicio del monarca francés con todos sus elementos, tanto en hombres como en armas y vituallas. En una palabra, había llegado a su crisis la conspiración de los enemigos de los Borgia.

—¿Por qué no nos vamos de Roma? —inquirió Rodrigo Borgia, estirando su cuello belicosamente, al serle formulada una pregunta de tal tenor por uno de sus colaboradores, demasiado impresionado a la vista del ejército francés. A la sazón se hallaban reunidos muchos personajes en una de las salas de la torre, desde donde se observaban los movimientos de los franceses—. Por la simple razón de que es precisamente, lo que desean nuestros enemigos. Si huyéramos tanto como si pretendiésemos emprender una estratégica retirada, nuestro poder sería destrozado entre las fauces de las fieras, sin nadie para defender el honor y el prestigio abandonados atrás. ¿Qué modo más completo de destruirnos a nosotros mismos que justificando, con nuestra abyección, las acusaciones de debilidad moral, corrupción, venalidad y cuántos infundios más han inventado ellos contra nosotros? *Maledicimur, et benedicirmis; persecutionem patimur, et sustinemus...*

—¡Señor, señor, mirad!... ¡El pueblo de Roma aclamando a los invasores!... ¡Oíd sus voces!...

El eco, sordo, lejano, amenazante, trajo efectivamente aquel rugir tremolante: "¡Francia!"... "¡Francia!"... "¡Viva el Rey!"... . "¡Viva Carlos VIII!"... "¡Vincula!"... "¡Vincula!".

Y a esas voces de defección innoble y bastarda se agregaban otras, que demostraban las predilecciones actuales de los inconstantes romanos: ¡Colonna!... ¡Colonna!... ¡Orsini!...

Librodot

¡Orsini!...

—*Circumdederunt me dolores mortis... et torrentes iniquitatis conturbaverunt me* — murmuró el Papa, doblando la cabeza sobre el pecho. Pero venciendo su momentáneo abatimiento, la alzó de nuevo y paseó su fulgurante mirada más allá de las murallas del Vaticano—. ¡Mas no se ha dicho la última palabra, rey Carlos!... Estamos frente a frente y munidos no precisamente de armas físicas. ¡Veremos quién triunfa en esta justa del intelecto!

Completado el grandioso desfile, las tropas francesas se establecieron, tal como se conviniera, en. la orilla izquierda del Tíber. sin acercarse ni al Castillo de St. Angelo ni al Vaticano. La noche del 31 de diciembre continuó el entusiasmo popular. El pueblo romano se desbordó por las calles de Roma, donde desfilaban miles de antorchas, donde se encendían centenares de hogueras. Los soldados franceses se vieron regalados de vinos y comidas, y cabe suponer que las once mil meretrices de que podía avergonzarse la ciudad ayudaron a mantener viva la simpatía por los franceses.

* * *

Estaban echadas las suertes. Se habían realizado las grandes jugadas y ahora ambos adversarios, el rey Carlos VIII y el papa Alejandro VI, esperaban los acontecimientos.

Cabe admitir, sin embargo, que la situación seguía siendo delicadísima para Rodrigo Borgia. El menor paso en falso, el más pequeño desliz, ¡y se esfumaría la gloria terrenal de los Borgia!

Fingiendo estar entregado a sus pías labores de todos los días, Aleandro VI no dio un paso para acercarse al monarca francés. Envió, sí, un calificado grupo de ciudadanos, a darle la bienvenida en nombre de la ciudad. El monarca se interesó por la salud del Papa e hizo algunas preguntas sobre sus colaboradores más cercanos. El 4 de enero de 1495, el Papa envió una diputación formal de cuatro cardenales, partidarios suyos. Dichos cardenales, sabiendo que el rey francés había obrado en particular cediendo a la sugestión de los cardenales rebeldes, de la Rovere y Sforza, siguiendo instrucciones de Borgia, se ocuparon de destruir los infundios de aquellos. Esto pareció causar algún efecto en el Rey.

Finalmente los emisarios del Papa llevaron a éste las demandas de Carlos VIII. Este exigía, primeramente, la entrega del castillo de St. Angelo; el Cardenal de Valencia, César Borgia, pasaría al ejército francés como Legado, pero sin que pudiera alejarse por su voluntad ni ser retirado con otra orden que la del Rey; la rendición de otras plazas fuertes papales; la restauración de todas las riquezas, derechos y privilegios de los cardenales y señores conspirados y, finalmente, la entrega del príncipe Djem, hermano del Sultán de Turquía.

Estas demandas, con ser más concluyentes, constituían un verdadero triunfo de la diplomacia desplegada esos días por Alejandro VI. ¡El rey Carlos VIII no imponía como condición ni la renuncia del Papa actual ni una reelección por medio de un Concilio, como lo requerían insistentemente el cardenal Julián de la Rovere y el cardenal Ascanio Sforza, los principales gestores de la conspiración! ¿Por qué?

La respuesta estaba en el deseo de Carlos VIII de ser *inmediatamente* coronado como rey de Nápoles, a donde se dirigiría si Alejandro capitulaba como si resistía. Por tanto, Carlos VIII quería a Borgia como Papa aliado que apoyase tal pretensión, y no esperar que otro ocupase su lugar, en un interregno prolongado y lleno de sorpresas, que demoraría aquella aspiración sabe Dios hasta cuando.

Conocedor de este íntimo anhelo del rey francés, Alejandro VI estuvo seguro de lograr la victoria final, incluso sin haber disparado un tiro. Con sus consejos y recomendaciones, logró que la familia de Aragón convenciese al rey Alfonso II, de Nápoles, para que no hiciera resistencia y entregase el trono al monarca francés. Mientras tanto, luego de convocar a un Consistorio, rechazó públicamente las demandas de Carlos VIII y se encerró en el castillo de St. Angelo, con tres mil hombres, dispuesto a resistir, si las cosas llegaban a tal extremo, el

asedio de los franceses.

De haberlo querido, tal asedio no hubiera durado ni una hora, decían todos, reconociendo el poder y la grandeza de la artillería francesa, reconocidos también en toda Europa. Pero el asunto Borgia tenía varios objetivos que perseguir con tal conducta. Uno de ellos, la de ganar la simpatía de los buenos romanos al negarse a abandonar, "y si es preciso morir", defendiendo aquella reliquia romana. Bastó en efecto, que algunos mercenarios gritaran "¡Borgia!... ¡Borgia!" en las calles, para que muchos, que ayer no más vivaran a los franceses, se pusieran de su lado. Al mismo tiempo, Alejandro VI envió emisarios secretos al monarca francés, asegurándole que el Papado no se opondría a sus aspiraciones en Nápoles, si el rey Alfonso renunciaba a su trono voluntariamente.

Como resultado de todos estos enredos diplomáticos, se llegó a un acuerdo, en que el Rey aminoró la exigencia de sus demandas, en tanto que el Papa, si bien accedía a algunas de ellas, en cambio formulaba otras propias. De este modo resultó que las fuerzas pontificales no obstaculizarían en ninguna parte el paso de las tropas francesas; César Borgia pasaría al Ejército como Legado Papal; el príncipe Djem sería entregado a los franceses; habría angustia para todos los completados. El castillo de St. Angelo seguiría bajo el dominio del Papa.

Las demandas para el acuerdo de Alejandro VI fueron las que el Rey francés le haría, un reconocimiento público de su autoridad, sometiéndose a la obediencia y el respeto que, como a representante de Cristo, le debía. El rey Carlos VIII, además, respetaría los derechos del Papa y se comprometería a hacerlos respetar por otros y a defenderlos, cuando intentasen invadir su territorio, lo mismo que en caso de guerra contra terceros. Este acuerdo fue firmado y refrendado por ambas partes.

Algún tiempo después tenía lugar el acto de obediencia. El 19 de enero hubo una reunión especial solemne con tal objeto, en que participaron el Rey francés y los príncipes y grandes de su ejército sus generales y oficiales; por la otra parte, los cardenales y los grandes de Italia, todas las embajadas. El rey Carlos VIII se levantó y con voz no muy firme, declaró: "Santo Padre, yo he venido para hacer acto de reverencia y respeto a Vuestra Santidad, como lo han hecho los reyes de Francia, mis predecesores... Os reconozco, pues, Alejandro VI, como Pontífice legítimo, Vicario de Cristo y sucesor de los apóstoles. Pedro y Pablo.

Al día siguiente, el 20 de enero, el Papa ofició una gran misa de campaña en la Plaza de San Pedro, a la que acudieron 20.000 soldados franceses y el pueblo romano, sin distinción de clases. Después de la misa, el Papa recibió el saludo y el homenaje de todos.

Rodrigo Borgia, con la genialidad y la astucia que parecía ser su esencia, había triunfado sobre los oscuros avatares que amenazaran su solio papal, convirtiendo en gloriosa victoria una segura derrota.

—Os admiro, señor —decía algún tiempo después César Borgia, durante el refrigerio que se sirviera en la cámara, en la que participaban los más íntimos—. El cielo ha escuchado vuestros ruegos y ha preservado el poder y la preeminencia de la Iglesia sobre los poderse temporales de los hombres...

—Siento, hijo mío, que háyame visto obligado a hacer algunas concesiones, como la tuya por ejemplo, y la del príncipe Djem... ¿No me guardas rencor por ello?

—¿Olvidáis que soy vuestro hijo, señor?... Ya sabré sacar algún beneficio de la situación.

—¡Hola!... Según colijo, tienes un plan, ¿verdad?

—No puedo negarlo, señor.

—Tal vez haya pensado en vos cuando accedí, en ese punto, a las demandas del francés... Y creo que se me ocurrió también pensar en el desdichado Djem. Te harás cargo de él.

—¿Tenéis alguna idea sobre el particular?

—El francés es un taimado y probablemente tenía un doble propósito cuando pidió que se lo entregara. Primero, obtener para su tesoro los cuarenta mil ducados que paga el sultán Bajzet por la detención y la atención de su hermano; segundo, tener un peón coronado para el caso de que se resuelva hacerle la guerra al turco.

—Vuestras deducciones son las correctas, señor.

—¡Vaya, me admira el desparpajo con que lo dices!... Voy creyendo que has nacido para ser un gran estadista. ¿Tienes alguna opinión personal al respecto?

—Sí... El Sultán será un gran amigo de quien le evite el peligro de un derrocamiento.

Su Santidad se interrumpió en el momento de llevarse un bocado, y miró a su hijo sin ocultar su admiración. Luego se echó a reir, alegremente.

* * *

Nos hemos referido anteriormente al príncipe Djem, el ilustre prisionero del castillo de St. Angelo.

La historia de este príncipe, conocida por todos en Europa en aquel tiempo, provocaba siempre la conmiseración de los corazones sencillos.

El príncipe Djem era hijo del gran sultán Mahomet II, y príncipe heredero de su corona. La fácil y exótica existencia que siempre llevara desde su más temprana juventud, hicieron que el príncipe se descuidara un tanto de los asuntos de Estado. Ello permitió que su hermano segundo, Bajzet, conspirase contra él, preparándose para cuando Mahomet II muriese. El Sultán, murió, en efecto, y Djem fue entronizado en su lugar, pero por muy poco tiempo, pues su hermano Bajzet le declaró la guerra, con fuerzas que había venido preparando en la sombra. Djem, abandonado por quienes sirvieran a su ilustre padre, sin ejército que lo defendiera, fue fácilmente derrotado y en la fuga encontró su eventual salvación. Eventual, porque Bajzet estaba dispuesto a terminar con él y con tal objeto envió una partida. Huyendo siempre sin cesar y sin encontrar en ninguna parte la protección que necesitaba, el príncipe Djem se dirigió a Rodas con el propósito de pedir amparo al Gran Maestro de la Orden de San Juan de Jerusalén, el caballero francés Fierre D'Aubusson. Este le dio protección, en efecto, lo cual no impidió que escuchara las proposiciones del usurpador sultán Bajzet, quien le hizo entrega de una importantísima suma en oro, a condición de que enviase al Príncipe a Francia, a una prisión. El astuto Sultán, conociendo la avaricia de los príncipes cristianos, agregó una suma anual de cuarenta mil ducados, pagaderos a la persona bajo cuya responsabilidad estuviese el prisionero. De esta manera, el desdichado príncipe vino a constituir un valioso acicate para muchos príncipes cristianos, que desearon tenerlo a su cuidado. Debido a las dificultades que presentaba la prisión de este príncipe, en cuyo favor empezaron a moverse los aristócratas y el pueblo de Francia, el Rey de Francia envió al prisionero al papa Inocencio VIII, y de este modo Djem pasó en herencia a Alejandro VI.

Este era el príncipe prisionero en el castillo de St. Angelo, pero su condición no era la de un prisionero común. El Príncipe gozaba de todas las prerrogativas que un ser humano podía esperar, excepto la libertad. Tenía un departamento para él y sus servidores; podía disfrutar de una excelente mesa, de bebidas de toda clase. Damas veladas, encubiertas o desenfadadas, lo visitaban frecuentemente, a veces por días enteros. En una palabra, aunque restringida, el Príncipe llevaba una existencia envidiable.

El ejército francés estaba realizando los últimos preparativos para su marcha sobre Nápoles. Se habían tomado todas las medidas para dar cumplimiento a las condiciones del tratado con el Papa. El anochecer del 25 de enero, víspera del día fijado para la entrega de César Borgia y del príncipe Djem a las fuerzas francesas, el Cardenal de Valencia, acompañado de su fiel Micheletto, se hizo presente en el castillo de St. Angelo y pidió ser

llevado inmediatamente a presencia del príncipe Djem.

Encontró al Príncipe en la grata ocupación de cenar, en compañía de una joven romana que viniera a hacerle compañía y de la cual no se separaba desde hacía más de un mes.

—Señor, me dispensáis un honor que no esperaba, aunque lo he venido deseando mucho tiempo —dijo el Príncipe, luego de despedir a la dama con un displicente ademán—. Vuestra nombradía ha trascendido los muros de este castillo.

—Lo mismo que la vuestra, Príncipe, que es admirada no sólo en Oriente, sino en Europa.

—¿Os dignáis hacerme compañía, Cardenal y aceptáis una copa de este generoso borgoña?... —Borgia asintió .con gravedad y del mismo modo fue a ocupar el asiento donde estuviera poco antes la dama. Desde allí estudió a Djem, con curiosidad e interés.

El Príncipe debía contar a la sazón unos cuarenta años, era alto, delgado, de complexión morena. En el rostro oscuro, de duras líneas, se destacaban los ojos negros, relucientes, penetrantes. Grandes sombras, indicio elocuente de su disipación, asomaban por debajo de los ojos. Su vestimenta era occidental, de origen francés y estaba cubierto por una bata de brocado, la que dejaba asomar el encaje de los puños y del cuello de la fina camisa.

—¿De veras que no adiviináis el propósito de mi visita? —preguntó César, al término de su examen.

—Estoy tan lejos de ello como del paraíso prometido por Ma-homa —replicó Djem—. ¡Qué queréis, vivo tan aislado del mundo! ... Supongo que no venís a decirme que el usurpador ha muerto y que me espera el trono de mi padre.

—Si así fuera, no veo que os emocionéis demasiado.

—He perdido la facultad de sentir emociones, señor. Desde que perdí la fe —fe en el género humano—, nada es capaz de sacarme de una voluntaria apatía, excepto acaso un hermoso cuerpo de mujer, un plato exquisito o un vino generoso.

—Si medís por tales inclinaciones vuestro desprecio a la humanidad, os diré que yo tengo las mismas y sin embargo no he perdido la fe en aquélla.

—Porque sois joven, señor... Cuando hayáis visto pasar lo mejor de la vida entre las cuatro paredes de una prisión, por rosada que sea, cuando hayáis olvidado, por impracticables, las nociones de bien, de justicia, de honor, cuando sintáis que vuestros atributos de hombre declinan y que la belleza ya no consigue inquietaros, entonces no desearéis sino hundiros en las sombras de la nada, en el vacío de la mente, o en el abismo de la muerte. El Príncipe dijo esto estirándose con desdeñosa altanería, como ocurre con quienes han sido ofendidos en el total de su conciencia, y a quienes las misma idea de la muerte ya no impresiona.

—Vos sois joven aún, Príncipe... Muchos grandes hombres empezaron a vivir a vuestra edad.

—Decís bien. Empezaron a vivir. Yo he vivido ya. —En vuestro tono no sólo hay desprecio, sino odio... ¿A quién odiáis tanto?

—A mi mismo, por haber sido débil, cobarde y mentecato. Débil porque no supe substraerme a los halagos de una vida fácil y placentera; cobarde porque no supe defender como correspondía derechos que eran míos; mentecato por haber creído en la bondad, el honor, y la fe cristiana... No olvidéis que fui traicionado por alguien que en nombre de vuestro Dios fue a combatir la herejía al oriente.

—Acaso os asiste razón para despreciar a la raza humana, para odiaros a vos mismo... Pero aún vivís, por tanto esperáis todavía algo de la vida.

—¡No me hagáis reír!... Mi vida no es sino una débil bujía que se consume lenta pero seguramente. Se apagará cuando ya no sienta en mi el ardor del deseo, cuando pueda

Librodot

contemplar, sin que mi naturaleza pasional se rebele, los soberbios atributos de la mujer hecha para el amor que, si me permitís, es la palabra más hermosa, la única sublime, del léxico humano.,.

—¿Según eso, no deseáis, no esperáis nada?

—Si no podéis evitar que la vela se consuma, nada... —El Príncipe paladeó su copa y miró a su Interlocutor frunciendo el ceño—. Pero vos, señor, no estáis aquí por nada... ¿Qué deseáis de este ser insepulto?

—Tal vez vengo a ofreceros la libertad.

—Ta no encontraría nada de grato en ella.

—El trono de vuestros mayores.

—El único poder que puedo desear todavía es el dominio de mi mismo.

—Riquezas, honor.

—He descubierto que las riquezas de la mente valen más. ¿El honor?... ¿En qué consiste esa palabreja? —¿Qué deseáis, entonces?

—Sólo la paz... Y eso tengo aquí en abundancia. —Acaso vienen a privaros de ella.

—Entonces os diré, ¡por lo que más querráis en la vida, por caridad, prestadme vuestro puñal para quitarme esta odiosa envoltura de la carne y elevar mi espíritu, libre, hacia las alturas! —y al decirlo, el Príncipe se puso de pie y estiró su brazo, patéticamente, con sinceridad.

—La sangre es repugnante... Hay medios mejores para lograr la liberación —respondió César con frialdad.

—¡Oh!... pálido, el Principe miró al Cardenal—. ¡Habláis de veneno!... ¡Del veneno de los Borgia!

—De la *cantar ella,* sí... Podéis elegir: la que fulmina como el rayo, o la que, privándoos poco a poco de la vida, os sume en el fácil sueño de la muerte.

Más pálido e impresionado que antes, el Príncipe miró a su visitante. Podía ver que hablaba en serio. Apuró un sorbo de su vaso, en tanto César extraía de su escarcela dos pequeños envoltorios.

—Veo que no bromeáis —dijo Djem con ronco acento—. Pero antes de elegir, ¿no creéis que tengo derecho a saber qué me espera si me rehuso a morir todavía?

—Os lo diré... —y César Borgia, con rápido acento en pocas palabras, dio cuenta de lo que había venido sucediendo desde la invasión de los franceses hasta el acuerdo—. Alejandro VI, muy a pesar suyo —concluyó diciendo—, debió acceder a vuestra entrega...

—¡Es extraño!... ¿Para qué me quiere Carlos VIII a su lado? ¿Sólo por los 40.000 ducados?... ¡No puedo creerlo! —había ironía, desprecio, en el Príncipe—. Tal vez vos podáis explicármelo, señor. —Puede no gustaros lo que os voy a decir... Pero sospechamos que Carlos VIII piensa llegar a un acuerdo y obtener ventajas con el sultán Bajzet... en base a vuestra entrega.

Djem no replicó nada y pálido y conmovido se le vio echar la cabeza hacia atrás. Sus ojos despedían un extraño fulgor. Su acento tembló ligeramente cuando dijo, estirando una mano.

—Por piedad, señor... dadme eso... la *cantarella.* ¡Prefiero morir cien veces a pudrirme en alguna de las ergástulas que mi querido hermano me tiene reservadas!

—Elegid.

—Prefiero la lenta, la que produce el sueño grato de que me habláis, la que no hace sufrir... ¡Dádmela, por favor!

Y con un rápido movimiento, el Príncipe se abalanzó sobre la mano extendida de César Gorgia y tomó los polvos blancos y traslúcidos que él eligiera. Con movimientos nerviosos, pero resueltos, vació aquéllos en su copa de vino, le agregó un poco de éste, y alzando la copa al trasluz, esperó a que se diluyeran. César Borgia lo miraba hacer, sin parpadear. Djem brindó.

—Por mi muerte y la liberación de mi otro ser, señor, y por vuestra gloria... Estáis llamado a grandes triunfos, lo presiento. Mas no olvidéis de meditar, en medio de los placeres que ellos os brinden, que los bienes mundanos son frágiles como la misma diosa fortuna que los da... ¡Salud!

Y el infortunado Príncipe vació su copa de un solo trago, luego de lo cual la arrojó contra el muro, haciéndola mil pedazos.

César Borgia se inclinó ante él y salió.

Estaba pálido y profundamente impresionado, lo cual no le impedía admirar el sereno valor de este príncipe oriental.

—Me gustaría morir como él —pensó—. Con la mayor dignidad.

Librodot

CAPÍTULO IV
DONDE SE VE LA GARRA DE CÉSAR BORGIA

Cuando Carlos VIII y su poderoso ejército francés dejaron Roma, el 28 de enero de 1495, con destino a la conquista de Nápoles, nadie hubiera podido decir que sólo tres semanas atrás el solio papal de Rodrigo Borgia tambaleaba peligrosamente. Ahora estaba más firme y seguro que nunca.

¿Se había producido un milagro? Nada de eso. Todo esto no era sino el resultado de una política hábil de una diplomacia inteligente, desplegadas por el genial Rodrigo. Cuando Carlos VIII dejó Roma, con gran alivio de todo el pueblo romano, el monarca francés se iba contento y satisfecho, convencido de que atrás dejaba, en Alejandro VI, un amigo y un aliado. No sabía él que Rodrigo Borgia seguía preparando sus magistrales jugadas de ajedrez, todas destinadas a dar pronto jaque y mate al rey.

El primer sentimiento que Alejandro VI explotó, en favor de su causa, fue el patriotismo de los italianos. Los reyes, duques y grandes baronet debían comprender que el destino futuro y glorioso de Italia peligraba con la presencia de las fuerzas francesas en su territorio. Conocedor, por informaciones reservadas, del disgusto de Ludovico, el Moro, respecto a los franceses, sus anteriores aliados, realizó gestiones e hizo ofertas de paz y alianza con él y con los otros poderosos señores. Sus gestiones en tal sentido tuvieron halagadores resultados. Pronto, sin saberlo Carlos VIII, se fueron preparando fuerzas nacionales destinadas a demandar, en su momento, la retirada francesa del suelo de Italia. Tal era la situación cuando Carlos VIII llegó a Velletri con su ejército, disponiéndose a descansar mientras obtenía nuevas vituallas. Y fue en esta ciudad donde le dió alcance la embajada española enviada por los reyes de Castilla y Aragón. Antonio de Fonseca, el jefe de la delegación, presentó sus credenciales al soberano francés, en presencia de toda la nobleza gala. Allí, en medio de la sorpresa general, el embajador español reprochó al Rey su actitud para con el Papa, a quien España, dijo, estaba obligada a defender. Calificó como de abusivo el acto de haber exigido que el cardenal César Borgia fuese tenido virtualmente como prisionero. Calificó como de usurpación histórica la conquista del reino de Nápoles contra la voluntad de Alejandro VI, que era el poder feudal de aquellas tierras.

Carlos VIII, obrando con suma prudencia, trató de justificarse, aduciendo que Alejandro VI había aceptado tal conquista, por cuanto el reino de Nápoles siempre había pertenecido a los soberanos franceses, y que lograda aquélla, volvería a dejar la cuestión a la decisión papal.

Frente a esta declaración y demostrando con su actitud que estaba obrando de acuerdo a un plan elaborado por el mismo Papa con el beneplácito de los españoles, el embajador Fonseca respondió que la conquista de hecho nunca podía estar por encima del derecho, y que en consecuencia denunciaba el tratado de Barcelona, celebrado entre los reyes de España y de Francia, documento que hizo pedazos frente a Carlos VIII, arrojándoselo a los pies.

La actitud del embajador español causó la estupefacción y el revuelo que es de imaginar. Hubo gran agitación en el ejército francés, en el cual circuló con insistencia el rumor de que España e Italia se coaligarían para arrojar a los franceses de la península.

La situación de prisionero, de César Borgia, denunciada por el embajador español, era cierta en algún grado. Tanto él como el príncipe Djem, no obstante ir rodeados de todas las comodidades posibles en medio de una campaña, con sus bagajes y pertenencias, servidores y criados, incluso una dama para el Príncipe, ocupaban tiendas contiguas, las cuales eran rodeadas y vigiladas por tropas. Esto no impedía, sin embargo, que César y el Príncipe se visitaran frecuentemente.

Así ocurrió aquella tarde, luego que la actitud del embajador español circulara como un reguero de pólvora por todo el campamento, llevando la aprensión a los buenos soldados

franceses. César Borgia, con ropas de campaña, envuelto por una capa corta,

aunque sin armas, se hizo anunciar y pasó a la tienda ocupada por Djem.

La misma y hermosa joven romana a quien encontrara en el castillo de St. Angelo estaba arrodillada junto al catre de campaña, desde el fondo del cual el Príncipe miraba con ojos febriles, hundidos. Se podía ver que estaba enfermo. Lo estaba ya el día en que los franceses dejaran Roma, llevándose a sus dos principescos prisioneros.

—¡Ah, sois vos, César! —exclamó en tono alegre el Príncipe—. Estaba deseando hablar con vos... ¿Qué noticias tenéis?... ¿Es verdad que el ejército español avanza a marchas forzadas?

—No os hagáis ilusiones en tal sentido, Príncipe. Antes de que los españoles estén en condiciones de hacer la guerra, pasarán siglos...

—No lo decía por mí, que, como van las cosas, soy hombre terminado, sino por vos... ¿Qué hará el Rey con vos?... ¿Qué destino os tiene reservado? —Djem se interrumpió, dominado por una tos febril que se prolongó por unos instantes. Estiró una mano implorante hacia la joven—. Petrina, por favor, ¿quieres darme un poco de vino?

Petrina clavó los ojos negros, profundos, en el Príncipe. Había lágrimas en el fondo de ellos. Pero accedió y le alcanzó la copa pedida. Luego de eso se colocó a la puerta de la tienda, desde donde se quedó contemplando el anochecer.

—Lo importante no es lo que el Rey quiera hacer conmigo, sino lo que yo he resuelto realizar —respondió César—. Vengo a visitaros porque es posible que nos separemos.

—¡Oh, qué lástima!... En verdad, César, aprendí a conoceros y estimaros. ¿Por qué?... Porque sois la antítesis de mí. Sois todo nervio y resolución, tenéis carácter y fortaleza de ánimo... —el Príncipe sonrió paternalmente, con velada tristeza—. ¿Vos prisionero?... Me dije siempre que vuestra presencia aquí tenía un objeto...

—Príncipe... ¿deseáis algo?... ¿Hay algo que pueda hacer por vos antes... antes de separarnos?

—No, César... Ya lo habéis hecho. Os lo agradezco por ello, os lo agradeceré toda la eternidad...

—Príncipe, ¿no deseáis dejar un mensaje, expresar un deseo, acaso enviar algunas palabras?

—No, César... El príncipe Djem ha muerto hace muchos años.

Nadie se acuerda de él. Sus palabras serían como voces de ultratumba.

—En tal caso...

—Adiós, César... Id con decisión al encuentro de vuestro destino.

César Borgia se inclinó, saludó y girando bruscamente sobre sus talones, se retiró.

—No puede durar mucho tiempo —pensó—. Quería asegurarme de ello antes de...

Se interrumpió. Pietrina estaba allí, mirándolo con intensidad, desde la profundidad de sus ojos negros. Pero sólo lo miró, ya que no despegó los labios. Lo miraba con fijeza, como para no olvidar sus rasgos faciales, para recordar siempre aquel rostro pálido y enjuto. Sintiendo una desazón extraña, César pasó de largo, haciendo su entrada, poco después, en su tienda. Alrededor de ella había muchos mulos y caballos, éstos desensillados, aquéllos descargados. Varias cajas, cofres y baúles, se veían amontonados aquí y allá. Eran las pertenencias del Cardenal de Valencia. Se decía que en ellos llevaba Borgia toda su fortuna.

Uno de los mozos de muías, a quien Borgia le hiciera una imperceptible señal, entró detrás de su amo en la tienda. Había otros tres, pero ellos, ignorando lo que ocurría, siguieron charlando en torno a la hoguera, sobre la cual hervía una marmita.

Librodot

El mozo de muías, que no era otro que Micheletto, disfrazado de tal asintió varias veces, en tanto su amo le hablaba. Luego salió y como una sombra se deslizó en la noche invernal, prontamente caída sobre la campiña. Corría un viento frío y el cielo estaba descubierto y estrellado.

César Borgia quedó solo en su tienda. Con excepción de sus criados el Cardenal de Valencia no había traído otro séquito, ni escribiente, ni ayuda de cámara, ni consejeros. Cuando se le preguntara el porqué había respondido que no deseaba causar más gastos de los necesarios.

Transcurrieron las horas. La noche se hizo más fría, más ventosa. El silencio más completo reinó en torno a los vivacs agonizantes. Los centinelas, ateridos, cabeceaban en sus puestos de guardia, envueltos hasta la cabeza en sus mantas. No existiendo posibilidad alguna de prontas acciones de armas, la disciplina se relajaba un poco.

En medio de la noche y del silencio, una nueva sombra, que

emergió de la tienda de César Borgia, se adelantó por el campo. El centinela, somnoliento, bostezando, lo vio pasar. Reconoció en él a uno de los mozos de muías. O creyó reconocerlo. Siguió cabeceando. La noche continuó su curso. El mozo de muías se sumergió entre las sombras, confundiéndose con ellas.

Clareaba ya el nuevo día, uno nublado y con amenaza de llovizna, cuando el sargento entró en la tienda del teniente Dupresnil, que envuelto hasta la cabeza dormía profundamente en su catre. Tuvo que sacudirlo varias veces antes de que despertara.

—¡Señor!... ¡Señor!... ¡El cardenal Borgia no está en su tienda!... ¡Señor!...

El oficial se sentó de golpe parpadeando.

—¿No está quién?... ¿El Cardenal?

—Sí, señor... Ha desaparecido.

—¿Cómo es posible?... ¿Y sus mulos de carga, y sus cofres?

—Ellos y la tienda están ahí, señor, pero el Cardenal...

—Debe andar por ahí, sargento... Quizá ha ido a visitar a su amigo el Príncipe. El Cardenal no se iría dejando sus tesoros de regalo a los franceses...

—Quizá tenéis razón, señor. Me alarmé al no encontrarle en su tienda y...

—¡Dejadme dormir, sargento!.

El sargento salió, mohíno. Al cabo de una hora volvió sin embargo, más agitado que antes. No obstante sus empeños, no había encontrado al Cardenal. La pertinaz lluvia que se descargara hacía más incómoda la situación. Refunfuñando, el oficial se dirigió a la tienda de Borgia. Encontró todo como si el Cardenal hubiese salido a dar una vuelta. Hasta sus ropas estaban ahí, dispersas sus botas, sus armas. Los criados, interrogados, dijeron que se sorprendían de que su amo no estuviese en la tienda. No lo habían visto salir. A la vista de los cofres y baúles, el teniente Dupresnil tuvo una idea. Mandó que abrieran uno. Fue necesario violentar la cerradura. Abierto el cofre, sin embargo, no se encontró nada de valor en él, excepto unas piedras. Los otros contenían igual "tesoro". Entonces el inexperto joven oficial cayó en la cuenta de que el cardenal César Borgia había huido.

La noticia cayó como una bomba en el campo francés y aunque se despacharon patrullas de persecución, .no fue posible encontrar a César Borgia; Carlos VIII envió un emisario al Papa, quejándose por ello. Alejandro VI respondió que lo lamentaba, pero que el

asunto estaba fuera de su control. No tenía la menor idea de dónde podía hallarse el Cardenal de Valencia.

Luego el ejército francés siguió su marcha sobre Nápoles. En el trayecto, una mañana, el

príncipe Djem apareció muerto. El príncipe había estado muy enfermo esos días. Carlos VIII no tuvo mucho tiempo para lamentar estos acontecimientos. Se estaban acercando a Nápoles y el ejército francés había tenido que destruir a dos fortalezas que intentaran detener su marcha.

A partir de entonces, los acontecimientos se precipitaron. El rey Alfonso II, de Nápoles, había abdicado y huido con sus riquezas, dejando a Fernando II en el trono. Pero ante la aproximación de los franceses, este príncipe también huyó a Ischia, una de las islas a la entrada de Nápoles. Carlos VIII entró en Nápoles sin oposición y aunque no hubo derramamiento de sangre las tropas invasoras causaron estragos con sus desmanes. El Rey de Francia se coronó a sí mismo -Rey de Nápoles y desde entonces sólo procuró *gozar* de aquel paraíso terrenal, poblado de seductoras Evas. Y si a la tentación sucumbió el Rey, con mayor razón lo hicieron los miembros de su corte, sus capitanes y soldados. Sin embargo, no todos salieron inmunes de esta aventura. El *mal de Galla* hizo estragos entre los franceses, sin respetar a nadie, ni al Rey.

Entregado a sus placeres, el sensual monarca francés se olvidó del resto de Italia y eso lo perdió. Ludovico, el Moro, arrepentido de haber traído a los franceses y ofendido por la altanería con que el monarca tratara a sus emisarios y aun a él mismo, entró en componendas con los venecianos y entró en la Liga contra Francia, que con el Papa formaron los reyes de España y los romanos y venecianos. El mando del ejército coaligado se dio a Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, esposo de Isabel de Este. Cuando noticias de esta coalición llegaron a Nápoles, alzose también el pueblo napolitano y su ejército se reorganizó como pudo. El 20 de marzo de 1495, Carlos VIII se vio obligado a batirse en retirada. Al pasar por Roma, intentó entrevistarse con Alejandro VI, pero éste esquivó la entrevista, yendo a Perugia.

Los preparativos de guerra tuvieron al fin un desenlace y los ejércitos italiano y francés se avistaron en Fornovo, donde tuvo lugar la batalla, con muchos muertos y heridos por ambas partes. Los italianos quedaron dueños del campo, pero los franceses consiguieron abrirse camino. Unas tropas que quedaran en Nápoles estaban corriendo serias contingencias, atacadas por Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán español.

Demostrando una vez más la naturaleza tan cambiable de los hombres de aquel tiempo, que no tenían escrúpulos y sólo veían de obtener ventajas, triunfos y glorias personales, con prescindencia de otras cuestiones, Ludovico, el Moro, que hiciera venir a los franceses y aun ayudara con recursos económicos, pertrechos y alimentos, amén de proporcionar tropas para el ataque de Nápoles, y que luego, fingiendo dejarse convencer por el patriotismo de los integrantes de la Liga, atacara al rey francés y aun participara en la batalla de Fornovo, antes de la total retirada del ejército francés decidió hacer las paces con Carlos VIII, sin consultar a los venecianos, sus aliados. De este modo creyó verse libre de la amenaza de unos y de otros, cuando en realidad lo que consiguió fue su odio y desprecio.

Puede decirse que aquí terminó la invasión de Carlos VIII a Italia y su aventura militar. Ciertamente Alejandro VI había pasado por una gran prueba, de la que consiguiera salir airoso debido a su genio y a su modo tortuoso de realizar las cosas. Para los tiempos que corrían, ciertamente, no había mejor política que ésa, como reconoce el mismo Maquiavelo.

Enterada Lucrecia Borgia de que su ilustre progenitor se hallaba en Perugia, obtuvo de Giovanni Sforza el consentimiento para ir a visitarlo allí. Giovanni no había tomado abiertamente el partido de sus famosos tíos, Ludovico, el Moro, y el cardenal Ascanio Sforza, y aunque en alguna medida debió contribuir en la conspiración, no se pudo probarle nada. Y el hecho de que estuviese en Pesaro durante todo aquel tiempo, por lo menos lo bienquistó con los Borgia. El reencuentro en Perugia tuvo, pues, para todos, un aspecto de amistosa reunión familiar.

En aquella ocasión, sin embargo, Lucrecia probó que tenía otras razones personales para ir a Perugia. Pasados unos días y cuando la efusión del reencuentro tomara por las sendas

Librodot

habituales de la convivencia familiar, la señora de Pesaro tuvo una oportunidad de ver a solas a su ilustre padre, en la que le solicitó, con la vehemencia y el calor que ponía en todas sus cosas, el permiso para dejar Pesaro y establecerse de nuevo en Roma, en compañía de su esposo, claro» está.

Conocemos las razones particulares que Lucrecia Borgia tenía para solicitar tal cosa; pero su esposo no era del mismo parecer, por lo cual se produjo un quita y ponga, al cual dio término el Papa con una orden en aquel sentido. Temiendo ser tomado como desobediente y altanero, Giovanni Sforza debió aceptar el viaje y el cambio que suponía el mismo. Giovanni y su mujer regresaron, pues, a Pesaro, donde empezaron a tomar medidas para el viaje.

Es inútil decir cuánta era la alegría de Lucrecia y de sus dos doncellas, cómplices y partícipes de sus hazañas, ante la evidencia de que aquella sombría temporada en Pesaro, con todas las restricciones impuestas a sus naturalezas jóvenes, llegaba a su fin. Lucrecia se prometía no regresar jamás. Por aquellos días, para evitar un cambio de Giovanni, se mostró con él más cariñosa que nunca. No obstante las reservas que siempre demostrara Sforza en las relaciones con su mujer, a medida que pasaba el tiempo se iban advirtiendo las admirables dotes físicas con que la naturaleza había dotado a Lucrecia. Esto, si no otra cosa, influyó para que Sforza no se separara de ella, como se lo aconsejaba su instinto. Giovanni nunca estuvo seguro de que aquel viaje le conviniera. En primer término, temía a los Borgia, particularmente a César. Además, allá en Roma era sólo un señor Sforza, en tanto que en Pesaro era el amo, dueño y señor de la vida y las haciendas de sus súbditos. No obstante tales reservas, cediendo a las sugestiones de Lucrecia. Aceptó el viaje. Y así fue cómo, en octubre de 1495, hacían su entrada en Roma.

• Hubo una gran recepción y los Sforza, con su numeroso séquito, se trasladaron al palacio de los Sforza, situado sobre la vía Lata, frente a un espacioso patio, conocido como la piazza Sforza. El palacio, imponente, con numerosas entradas, grandes salones, numerosas habitaciones, era un sitio ideal para la realización de los planes droláticos de Lucrecia, por lo que ésta no cabía en sí de gozo. Por lo pronto, aquí sería dueña y señora y no andaría temiendo el ser vigilada.

Numerosas fiestas siguieron a la llegada de los Sforza a Roma. Alejandro VI estaba satisfechísimo. Por primera vez desde su entronización, el pueblo y los señores de Roma trataban de igual a igual *a los* Borgia, considerados antes como meros advenedizos.

Las recepciones e invitaciones a los palacios, las comidas, los bailes, se sucedían frecuentemente. No había festividad religiosa en que el Santo Padre no tomara parte, oficiando a veces personalmente. Ahora se consideraba un honor y un mérito participar de los consistorios presididos por Alejandro VI, o concurrir a las misas oficiadas solemnemente por él.

Por lo demás, en Roma continuaba la vida que se hacía antes de la invasión de Carlos VIII. César Borgia se hallaba en Roma y aunque Cardenal, llevaba una vida licenciosa y tan desprejuiciada como los otros jóvenes nobles, bebiendo, jugando y holgando a *piaceri.* Las aventuras que esta existencia provocaba eran numerosas, los duelos frecuentes, y no había noche en que no muriese alguno y su cadáver apareciese al día siguiente en el Tíber. En Roma no se respetaba ni la honra ni la vida de nadie.

No había señor, príncipe o noble —ni los príncipes de la Iglesia escapaban a esta regla—, que no compartiese de aquella existencia. Los cardenales, que no llevaban vestiduras que los distinguiese como tales, sino ropas y armas comunes a los nobles, se veían con frecuencia envueltos en riñas o aventuras amorosas de diverso jaez, de modo que el caso de César Borgia no era una excepción. Famosas habían sido, por otra parte, las aventuras de Rodrigo Borgia, cuando era sólo un cardenal. Incluso ahora de Papa se le conocían muchas aventurillas de tal tipo y sus escapadas del Vaticano eran frecuentes. Vestido como caballero español y encubierto bajo una capa valenciana, concurría de incógnito a lugares sospechados

Librodot

de non-sanctos. De vez en cuando ,hacía también sus escapadas al palacio de Sta. María del Portici, donde seguía viviendo Julia Farnese, la Bella.

Pero en medio de aquella existencia, Rodrigo Borgia no olvidaba sus planes para el futuro. Ahora que su preeminencia era cierta, juzgó que había llegado la hora de reunir á sus hijos en Roma, dando a cada uno el papel que le correspondía. Primero César, ahora Lucrecia; realizó gestiones para que Juan, Duque de Gandía, viniese también a Roma, en compañía de su mujer. Hizo las mismas gestiones para que su otro hijo, Joffre, Príncipe de Stillace, por su boda con Sancha de Aragón, se estableciese también en Roma.

Los primeros en llegar a Roma, después de Lucrecia y Sforza, fueron Joffre y Sancha. El hecho se anunció como un acontecimiento y la ciudad fue declarada en día festivo, embanderada,

y el pueblo se Janzó a las calles, dichoso de tener un día de holganza.

En mérito al acontecimiento, se armó un palco en la antigua Via Plaminia, no lejos de la puerta del Popolo. Desde temprano se ubicaron en él los cardenales y los nobles allegados al Papa por razones de amistad o de interés. El arribo, anunciado para mediodía, se demoró un par de horas. Una hora antes, el Papa en persona, seguido de un numeroso séquito, llegó en una litera arrastrada por cuatro briosas muías, enjaezadas de negro con listados dorados. Entusiastas vivas, flores arrojadas con entusiasmo y profusión, hicieron ver que, o había muchos partidarios de los Borgia destacados allí, o el pueblo empezaba a sentir verdadera simpatía por ellos. Su Santidad saludó a la concurrencia, formada en dos filas sobre la antigua vía, agitando su brazo. Luego los que estaban más cerca le oyeron preguntar por alguien. La voz corrió entre el gentío: "¡César!" "¿Dónde está César?"

Un jinete alto, de complexión oscura, elegantemente vestido, una capa corta color violeta agitándose al suave viento, *se* adelantó. Sus calzones del mismo color y ajustados a las piernas, dejaban ver o adivinar su fortaleza muscular. En los últimos meses, César Borgia había aumentado en corpulencia, se había hecho más hombre, representando mucho más años de los dieciocho que tenía cumplidos. Un bigotillo corto y de puntas levantadas contribuía a darle un más severo aspecto.

César Borgia se acercó al palco donde ya se instalara Su Santidad, en medio de un agitar de estandartes y banderines, y descendiendo presto de su cabalgadura, fue a prosternarse a los pies del Papa y a besarle el anillo papal. Los vivas aumentaron, lo mismo que la murmuración general.

Entonces, inclinándose un tanto a él, Rodrigo le dijo algo a su hijo. Éste asintió, saludó a Su Santidad y retornó a su cabalgadura. César hizo un amplio movimiento, que desplegó su capa airosamente, y pronunció algunos nombres. Varios caballeros, jóvenes y nobles romanos, se adelantaron, seguidos de sus pajes. Borgia señaló hacia las murallas y en medio de un tremolar de voces y vivas, una numerosa partida salió al encuentro de la comitiva de Joffre Borgia y su esposa, Sancha de Aragón.

No más de quince minutos demoraron en descubrir, sobre la campiña, la nube de polvo que anunciaba la presencia de carruajes y jinetes. Los caballeros romanos hicieron galopar a sus hermosos corceles y salieron al encuentro de los viajeros. Se produjo un revuelo de cabalgaduras, de estandartes, de capas. Las literas, lujosas, pero cubiertas de polvo, se detuvieron. Varias hermosas damas asomaron en las ventanillas y agitaron alegremente manos enguantadas en pieles de cervatillos.

Guiado por el escudo de armas de Aragón, César Borgia avanzó hacia una de las literas más adelantadas. Una nerviosa exclamación, seguida de risitas apenas contenidas, le advirtieron que no había estado equivocado. Aquélla era la litera ocupada por su cuñada, Sancha de Aragón.

Al ver asomar aquella joven que le sonreía con tal gracia y que lo contemplaba con

temor no exento de admiración, César Borgia refrenó bruscamente su cabalgadura. Luego, como fascinado, o como un autómata, descendió del caballo y se acercó a la litera.

Sancha de Aragón, sin ser una beldad, era una hermosa joven trigueña, de rostro ovalado y de cutis blanco y aterciopelado, de grandes, hermosos y expresivos ojos glaucos. La cabellera trigueña, naturalmente ondulada, le caía graciosamente sobre los hombros desnudos, ya que la tarde era realmente estival. Vestía a la napolitana y lucía un hermoso vestido compuesto de saya y corpiños de seda verde, con ribetes de la misma tela. Los corpiños eran bajos, pero alta la camisa de encaje, cerrada en la garganta con una gargantilla de diamantes. Pendiente del cuello llevaba un cordón de San Jorge.

Repentinamente, Sancha se había puesto grave, luego empalideció y enrojeció alternativamente. La vista de aquel joven de mirada penetrante, soberbio, en su altivez, apuesto no obstante la dureza de sus facciones, parecía haberle causado una impresión terrible. En cuanto a César, que daba la sensación de estar contemplando un ser prodigioso, había perdido, por unos instantes, su cinismo y desplante.

César tomó la blanca y aterciopelada mano qué quedara colgando fuera de la ventanilla y reteniéndola entre las suyas, la cubrió de un beso que hizo estremecer aquel brazo y cuanto había detrás. Luego alzó hacia la joven una mirada que había perdido su fiereza.

—Vos sois, no podéis ser otra que Sancha de Aragón —dijo él, cubriéndola con sus apasionados ojos—. ¡Bendigo al cielo la oportunidad que me da de contemplaros y admirar vuestra belleza!

—Y vos sois César... Os reconozco, por el retrato que de vos me han hecho —repuso Sancha, sin acordarse de retirar su mano—. Vuestra galantería, por otra parte, es proverbial.

—Creedme, Sancha, a ninguna mujer he admirado como os admiro a vos en este instante... Sois como una maravillosa aparición, como una radiante y colorida mariposa que revolotea en el vergel en una tarde tibia...

—¡Cuidado, César, que soy vuestra cuñada!... ¡Oh, allá viene Joffre!,...

César apartó su mirada con renuencia de aquellos ojos verdes que parecían fascinarlo y soltó la mano sólo cuando ella se retiró con un movimiento brusco, alarmado. Y entonces se dio vuelta, a tiempo para ver a un jovenzuelo de unos quince años, moreno de cara, de cabellos rojizos y largos, vestido a la española, con calzones anchos, botas españolas, una corta espada al cinto. La mirada de César fulguró y nadie hubiera podido decir si de alegría por el encuentro, o de rencor por ser aquel desgarbado muchacho el dueño de la belleza que terminaba de subyugarlo.

—¡César, hermano mío! —exclamó Joffre, sinceramente alegre, echándose en los brazos de su hermano.

César murmuró también algunas frases de circunstancias y correspondió al abrazo de su hermano, aunque al hacerlo, deliberadamente, buscó la mirada de su cuñada. Sancha, enrojecidas las mejillas de emoción, bajó los ojos.

Hubo unos momentos de desconcierto y de revuelo. Todos los jóvenes señores que acompañaran a César, entre quienes estaba Giovanni Sforza, querían saludar también a la pareja, y a las damas de honor, y al resto de la comitiva. Finalmente logrado a medias aquel propósito, la comitiva partió de nuevo, esta vez escoltada por aquella noble delegación. César no se apartaba de la litera de Sancha.

Otra numerosa y aún más elegante partida esperaba fuera de los muros de Roma. Briosos corceles, lujosamente ataviados, llevaban a numerosas damas y caballeros. Entre las primeras estaban Lucrecia, Adriana del Milá, Julia Farnese; entre los segundos, varios Cardenales, apuestos nobles, algunos diplomáticos, como el Embajador de España.

Después de los saludos de rigor, Sancha fue invitada a montar en un hermoso caballo

blanco y de este modo encabezó la partida, teniendo a su derecha a Lucrecia, que resplandecía de belleza y

señorío y que parecía más feliz que nunca, y a su izquierda al Embajador español. De ese modo hicieron su entrada en la ciudad.

Fue emocionante el encuentro de Rodrigo Borgia con su nuera y su hijo, a quienes abrazó y bendijo, en medio de los aplausos y de los vítores de la concurrencia. Luego se inició el desfile por la antigua via Flaminá, flanqueada por el pueblo romano, que vitoreaba y aplaudía con entusiasmo, contagiado de la buena disposición general. Algún tiempo después, ios viajeros hacían su entrada en el palacio destinado a su morada y esa misma noche se iniciaban los festejos de recepción.

Durante las danzas que siguieran a la cena, en la que participaron centenas de damas y caballeros, de lo más granado de la sociedad romana, la élite de la Iglesia, tanto Lucrecia, como Sancha y las otras señoras, hicieron demostraciones de sus habilidades siendo muy aplaudidas por la concurrencia. El Papa estaba felicísimo. La fiesta resultaba mucho más animada y alegre de lo supuesto. Verdad era que había circulado con profusión y aun derroche la mejor calidad en vinos y licores, pero el entusiasmo era sincero como parecía ser sincera la amistad que se prodigaban entre unos y otros.

A despecho del ceño fruncido de su hermano Joffre, César Borgia no se había apartado un instante de su bella cuñada. Y parecía importarle un ardite la murmuración que su conducta provocaba. En cierto momento, Lucrecia se acercó a él y tomándolo de un brazo lo llevó hacia uno de los ventanales. Afuera había un gran resplandor. El pueblo romano bailaba y bebía en la plazoleta frente al palacio. De todas partes venía el rumor de la música, de las risas.

—¿Qué sucede, hermana mía? —preguntó en cierto momento César, en un vano intento de detenerse y volver al lado de Sancha—. En los meses que estás en Roma, no has demostrado tanto interés como ahora en estar en mi compañía... —No había razones para buscarla... Hoy, esta noche, sí.

—Hola... ¿Y cuáles son esas razones?

Lucrecia lo miró con gravedad. Debido al lejano resplandor de las hogueras, el rostro de César Borgia parecía haber endurecido en su expresión. Sus ojos brillaban.

—César, eres mi hermano, lo mismo que Joffre, o Juan, y os quiero a todos... —empezó diciendo ella—. Si alguien os causara daño, a uno de vosotros, os vengaría con mi propia mano...

—¿A qué viene este severo introito, hermana mía?

—César, yo te conozco... Cierta vez vi en tus ojos el mismo brillo que ahora les da vida, fuego, pasión. Sé que estás enamorado de Sancha, que la deseas...

—¿Y qué, si es así?

—¿No comprendes? —sollozó Lucrecia, lastimada por aquella dura frase—. Joffre es nuestro hermano... No podemos lastimarlo. Y esta noche vi lágrimas de amarga e impotente cólera en sus ojos...

Sorpresivamente, César se echó a reír, con desprecio, con burla, y también cólera.

—¡Lecciones de moral, a mí! -—exclamó sordamente—. ¡Y viniendo de ti!... ¡Nada menos que de ti!

Lucrecia enrojeció hasta la raíz de los cabellos, luego se puso pálida, como una muerta.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó.

César dejó de reír y apoyó una mano férrea en el brazo desnudo de Lucrecia. Sus ojos parecieron taladrar los suyos cuando los fijó con expresión todavía colérica.

—Bien sabes qué quiero decir... Pero no te lo reprocho. No podría hacerlo, bien lo sabes. Después de todo, somos lo que somos, y llevamos en nuestras venas la sangre cálida, apasionada de los Borgia. ¿Por qué habría de censurarte?... Sería como recriminarme a mí mismo, por lo que soy,, por lo que hice, por lo que puedo hacer aún...

—César, habla, te lo suplico... ¿Qué tienes contra mí?

—¿Contra ti?... ¡Oh, nada!... ¿Quién soy yo para prohibirte, o castigarte?... ¿Qué diablos se me importa que tus doncellas salgan de noche a recorrer las tabernas en busca de caballeros sedientos de amor para llevarlos a tus brazos?...

—¡Oh!... ¡Oh!...

—¿Qué se me importa que conviertas el santuario de tu cámara nupcial en una mancebía?... ¿Que puede afectarme si una de esas madrugadas tus criados sacan un cuerpo inerte, cosido a puñaladas y lo arrojan al Tíber?... Nada.

—¡Oh!... ¡Oh!... ¡Oh!...

—Nada... —prosiguió César, con la mayor frialdad—. Nada... Por tanto, a ti tampoco debe importarte que yo haya encontrado, en el fondo de los ojos verdes de Sancha, el amor que en vano he venido buscando en muchas cámaras como la tuya, en los cortijos o en los salones, y aún en los lupanares... Y ahora, hermanita, terminemos. ¿Quieres dejar de lanzar esas estúpidas exclamaciones? Estás llamando la atención. A propósito, ahí viene la prima Jerónima. Te dejo con ella...

Y sin esperar respuesta, César Borgia se alejó y volvió junto al grupo de jóvenes caballeros y damas que rodeaban a Sancha de Aragón. Ella lo miró y sus miradas cambiaron mudos pero elocuentes mensajes.

Las primeras luces del alba se filtraban por los ventanales del palacio cuando Sancha y Joffre, haciendo el papel de dueños de casa, despedían a los últimos invitados. Detrás de ellos, en el inmenso salón, ahora casi desierto, sólo parecían agitarse las sombras de todos aquéllos que allí, esa noche, encontraran una satisfacción de sus anhelos, un desborde a sus pasiones. Entonces, acompañada de sus damas, y de criados que las precedían portando sendos candelabros, Sancha emprendió el camino de sus habitaciones, mientras Joffre departía con algunos amigos rezagados.

Los criados, después de dejar las luces, se alejaban y lo mismo estaban por hacer sus damas, cuando un cortinado se movió y la figura de un hombre apareció entre ellas. Su aspecto era fiero, resuelto. El intruso no era otro que César Borgia.

—¡Callad y retiraos en silencio! —ordenó él, en tono amenazante—. Voy a tener una inocente plática con mi cuñada, pero nadie debe enterarse de ella... ¿Lo oís?... Nadie. De lo contrario, temed mi venganza... ¡Y ahora idos ya!

Las mujeres salieron ahogando los chillidos de temor que estuvieran a punto de soltar.

—¡César!... ¿Cómo os atrevéis?... —gimió Sancha, al quedar solos.

—Sin darle tiempo a decir más, César saltó sobre ella y la tomó con rudeza por los hombros. Sus ojos, llenos de fuego, de pasión, buscaron los suyos. Cuando los tuvieron subyugados, lentamente se inclinó y bebió en la fuente de aquellos labios temblorosos, húmedos, sin embargo, de deseo amoroso.

—Te amo, Sancha, como jamás he amado a mujer alguna —murmuró él al soltarla—. Por ti estoy dispuesto tanto a matar como a dar la vida... Nadie me apartará de ti, ¿entiendes? ¡Nadie!...

—¡Oh, César, me siento morir!

—No morirás... Yo te daré la vida, hoy, esta noche, y siempre... ¿No comprendes, amada mía?... Hemos nacido el uno para el otro...

Librodot

—¡Oh!... ¡Oigo pasos!... ¡Es él!... ¡El!...

—¡Lo alejarás de ti, de tu cámara!... ¿Lo oyes?... Yo vendré por tó más tarde... ¡y ay de él si lo encuentro!...

—¡No, César, no!... ¡Espera!

Pero el apasionado Borgia se alejó prestamente, agitando una mano, en tanto los pasos de su hermano se acercaban por el otro lado. Sancha dobló la cabeza sobre el pecho y lanzó un suspiro.

* * *

Poco tiempo después, el 10 de agosto de 1496, Juan Borgia, Duque de Gandía, hacía una solemne entrada en Roma, ciudad que se embanderó y declaró en fiesta por tal acontecimiento. Pero, debido quizá a que la esposa del Duque de Gandía, María Enríquez, se había quedado en Valencia, el recibimiento careció del calor y la simpatía que las damas de Roma prestaran para la ocasión anterior. Sin embargo, hubo una gran recepción en el palacio de los Squillace. Joffre y Sancha, muy amigos de fiestas y reuniones, habían querido ser los anfitriones de su ilustre hermano.

Fue en esta ocasión cuando se advirtió que Sancha de Aragón, debido a su natural simpatía, se convertía en reina de la fiesta, como había ocurrido en otras reuniones. Las damas la detestaban por ello, porque los hombres la rodeaban como las moscas a la miel. Se murmuraba abiertamente de sus relaciones con César Borgia, pero ello no era óbice para que muchos caballeros, entre solteros y aun casados, la colmasen de atenciones.

Una de las más afectadas por tal conducta era Lucrecia. Si bien en belleza, señorío *y* distinción podía competir con su cuñada, Sancha poseía un atractivo natural, una simpatía de que ella carecía. Y esto bastaba para que la *Apassionata* sintiese no sólo celos, sino rencor hacia su cuñada.

—¿Habéis visto qué descocada se muestra? —comentó en cierto momento, dirigiéndose a las dos o tres damas que la acompañaban—. No tiene el menor reparo en coquetear con varios hombres a la vez... ¡La muy impúdica! No se da cuenta de que está jugando con fuego.

_¿Lo dices por César...? Pues, al parecer, su propósito es subyugar a todos los Borgia.

—¿Por qué lo dices?

__¿No has advertido el interés, y aun la pasión, diría yo, con

que la contempla el Duque de Gandía, y el modo cómo ella le corresponde?... ¡Lucrecia cuidado, te están observando!

Lucrecia se había puesto .de pie, con violencia, mientras se abanicaba con energía. Angela Borgia la retuvo por un brazo e inclinándose junto a su OÍLO, le dijo:

—¿Después de todo, qué se te importa?... Mira a tu alrededor. Hay muchos galanes hermosos, apuestos. Todos a tu disposición. .. No tienes sino que elegir... y tus fieles mozas de cámara harán el resto.

Lucrecia se cubrió el rostro con el abanico y se volvió furiosa a su prima, pero la sonrisa y la natural simpatía de la bella Ángela la desarmaron por completo. Recordó Lucrecia que había sido ella misma, que en un momento de debilidad, le confiara a su prima su terrible secreto. Desde luego, lo había hecho también |¡£ con un propósito egoísta: el de tener alguien que, como ella, olvidara su condición para entregarse a compensaciones que, aun siendo agradables, eran pecaminosas. En una palabra, para no ser ni estar sola. Pero Angela con la mayor gentileza, había rehusado tal honor.

Desde un rincón, donde permanecía hundido en un amplio sillón, bebiendo copiosamente, rodeado de aduladores, como siempre, César Borgia era indignado y colérico testigo de los devaneos de Sancha. En cierta ocasión, habiase quejado de tal conducta. Con la

mayor gracia y la mejor de sus sonrisas, Sancha había respondido:

—¿No te das cuenta, amado mío, que lo hago para alejar sospechas sobre nosotros?... Si acepto los requiebros de los galanes, las personas respetables, entre ellas Su Santidad, pondrán en tela de juicio las murmuraciones que han empezado a circular respecto a nuestras relaciones.

En aquella ocasión, César Borgia había admitido que su amante tenía razón, pero ahora... ¿Y por qué precisamente con Juan? ¿Qué se proponía ella? Y en un colérico impulso, César, después de apurar su copa, la arrojó contra el piso. Hecho esto se lanzó a la salida, seguido de sus incondicionales. Aquella noche se produjo un mayor escándalo, una riña de proporciones, en la casa de mancebía de Mme. Gouncort, donde el Valentino tenía una amante.

Al día siguiente, César, que aún mostraba en su anguloso semblante los estragos de la noche anterior, en vano intentó ser recibido por Sancha, que permaneció encerrada en sus habitaciones. Y los informes que tenía no podían ser más desalentadores. El Duque de Gandía había permanecido al lado de Sancha hasta el último momento, ya retirados todos los invitados.

Un hecho de distinta naturaleza vino a colmar el disgusto de César Borgia. Alejandro VI, uniendo su invencible espíritu ne-potista al deseo de tener un hombre fiel en la jefatura de su Ejército, con lo cual también daba ejecución a su primitivo plan de engrandecimiento de los Borgia, nombró a su hijo Juan, Duque de Gandía, Capitán General de la Iglesia. Como puede suponerse, este nombramiento aumentó el prestigio del Duque, quien fue halagado por todos, en especial por los príncipes de Spillace y en forma particular por Sancha.

El Duque de Gandía, que apenas era un par de años mayor que César, llevaba sobre sí el inconfundible aspecto de los Borgia. Era más bien alto, delgado, nervudo, de rostro anguloso, de nariz afilada, los ojos oscuros, de mirar penetrante, detalle que en él se acentuaba debido a las cejas pobladas y negras.

Juan, invitado a una cena íntima, pocos días después de su nombramiento, en la casa de su cuñada, descubrió que Joffre no había podido acudir debido a un viaje inesperado. Por supuesto, César no estaba. En consecuencia, de la cena no participaban sino las damas de honor de Sancha, algunas amigas y sus respectivos esposos.

Después de la cena hubo una reunión de arte. Alguien declamó bellas poesías de Pontano, de Strozzi. Algunas damas bailaron luego con verdadera gracia, cosechando Sancha los mejores aplausos. Después de eso, las parejas se diseminaron por el inmenso salón y mientras los músicos seguían deleitando con trozos selectos de música, la conversación se generalizó. Fuese por casualidad o por cálculo, Juan de Gandía había venido a quedar junto a Sancha, a solas, y a juzgar por la actitud del joven Borgia, debía estarle confesando el fuego de su pasión a ella. Sancha sonreía complacida y también con su actitud inequívoca para muchos, daba a entender que tales sentimientos eran compartidos.

De pronto se oyó un estrépito de voces en la entrada del palacio, pasos precipitados, y antes de que Sancha o Juan advirtiesen lo que estaba ocurriendo, un hombre embozado se lanzó hacia ellos. Detrás del embozo, los ojos fulguraban siniestramente. Aunque no se le veía bien el rostro, todos reconocieron en el recién llegado a César Borgia.

Se oyeron algunas exclamaciones de temor, las mujeres chillaron, varios se precipitaron hacia las puertas, en tanto el visitante se plantaba en actitud amenazante frente a la pareja compuesta por Sancha y por Juan. No medió palabra alguna. No era necesario.

y entonces, cuando todos esperaban el desborde de la tragedia, después de muda pero elocuente contemplación, César Borgia se dio vuelta, siempre sin decir palabra, e hizo abandono del salón. Su mirada había despedido rayos, pero ése era el único indicio de su cólera.

Por algunos días, César Borgia no fue visto en Roma. Se decía de él que permanecía encerrado en la casa de Mme. Gouncourt, ebrio hasta la exageración. Fuese o no fuese verdad, no asomó por el palacio de los Squillace, al contrario de su hermano, que entraba y salía de allí como Pedro por su casa.

Cierto día, un César Borgia bien vestido y sin mostrar huellas de sus pasadas disipaciones, tan altanero y prepotente como siempre, se presentó en el Vaticano y pidió ver a Su Santidad. Rodrigo Borgia, que tenía en gran estima a su hijo, comprendió que algo debía estar ocurriendo y lo recibió sin tardanza. El, Papa estaba terminando su refrigerio de la tarde, atendido por su fiel camarero, el Perotto. Se hallaban otros tres personajes, todos miembros de la Iglesia, presentes, pero los mismos fueron despedidos tan pronto como el Santo Padre advirtió el ceño adusto de César.

—Has hecho bien en venir, hijo mío —le dijo Su Santidad, apenas el Perotto salió—. Precisamente, íbamos a enviar por ti... —Borgia miró a César por encima de la servilleta, pero el joven Borgia se mantenía erguido, colérico, desafiante—. Han llegado hasta nosotros ecos de tu conducta en los últimos meses. Nadie parece ignorar en Roma tus relaciones con Sancha... Joffre es un niño aún y acaso te teme y no puede defender su honor,

pero...

—Si Vuestra Paternidad no lo toma a mal, desearía hablar con vos de algo más importante que de esos chismes de corte...

—¿De algo más importante? —inquirió Alejandro VI—. ¿Razones de Estado?

—Sí, señor... ¿No creéis que ha llegado la oportunidad de castigar a los principales responsables de la conspiración anterior? Todos se preguntan cómo Su Santidad ha sido tan débil y ha podido perdonar semejante ofensa. Los de la Rovere, los Sforza, los Colonna y los Orsini, se campean orgullosamente, demostrando ningún temor al Papa y por ahí dicen que, incluso, están prontos a conspirar de nuevo...

—Tienes razón, hijo mío... No castigué a esos miserables, debido al acuerdo con Carlos VIII.

—Carlos VIII no está aquí para reclamaros por el cumplimiento de unas cláusulas que él no respetó... ¿Sabéis que en Bracciano, el feudo principal de los Orsini, se conspira abiertamente, que se está organizando allí un gran ejército, con el abierto propósito de atacar las posiciones de la Iglesia?

—En efecto, hijo mío, tengo informaciones en tal sentido y estamos tomando providencias para conjurar cualquier peligro... ¿Pero a qué viene esto? —inquirió Su Santidad, mirando de reojo a César.

—Señor, en cierta ocasión os supliqué que me dierais el mando de tropas, por estar ello más acorde con mi naturaleza. Tenéis un Ejército, que tarde o temprano marchará sobre Bracciano... —César, patética y sorpresivamente, cayó de hinojos ante el Papa—. ¡Señor, os lo suplico, dejad que yo tome el mando y ataque y destruya en los Orsini, para siempre, a la serpiente de la traición!... ¡Por lo que más queráis, señor!... ¡Dadme esta oportunidad!... ¡Quiero ir a la cabeza de las fuerzas pontificias y vencer o perecer en la demanda!

El Papa, no poco emocionado, por el acento de sinceridad de César, se quedó mirando a éste, reflexivamente. En verdad, grande debía ser su aflicción de espíritu, enorme su deseo de perdón, que le instaban a sacrificarse de aquel modo. ¿O acaso el rechazo de Sancha lo había afectado tanto que prefería morir a vivir desairado?

Alejandro VI movió la cabeza.

—No, hijo mío —replicó en tono pausado, pero firme—. En otra ocasión te señalé la misión que te tengo reservada... Te hablé también del papel que daría a Juan. Has visto cómo lo nombré Capitán General de mi ejército...

Librodot

__pero señor, Juan es un joven inexperto, no ha nacido para la guerra!

Acaso dices verdad, pero como es joven, ya aprenderá. No lo a Bracciano. Hemos decidido ya que Guidobaldo, Duque H Urbino experimentado hombre de armas, tome el mando de nuestro ejercito, llevando como ayudante a Juan...

—Señor, os lo suplico!... ¡Dadme esa oportunidad, aunque ni sea con mando!

Su Santidad se puso de pie y agitó la campanilla. César se Incorporó, comprendiendo que el Papa quería estar solo.

—Ve, hijo mío, y atiende los asuntos que te compiten y que, de realizarlos con la atención que merecen, te otorgarán el alivio espiritual que buscas...

César besó la mano de Su Santidad y salió, cabizbajo y aparentemente entristecido. En el Víale de Belvedere, fuera del departamento ocupado por Rodrigo Borgia, había dos caballos esperando, uno montado por Micheletto. César ocupó el otro y en silencio emprendieron la marcha.

—¿A dónde vamos, señor? —preguntó Micheletto, cuando llegaron a la Plaza de San Pedro.

—A la taberna más próxima —replicó César—, donde den bien de yantar y haya del mejor vino... ¡Andando!... ¿Qué me miras con tal cara? ¡Ah!, y cuando estemos allí, enviarás a llamar a Mignon.

—¡Sí, señor, sí! —exclamó Micheletto, feliz de ver de nuevo la alegre y buena disposición de su amo—. Precisamente por aquí, cerca, al otro lado del Ponte di Nerone, se halla el mesón de Spoletto, famoso por sus viandas, su vino y sus reservados...

Echaron a caminar hacia el citado puente, en silencio. Cuando estuvieron en campo despejado, Micheletto miró a su amo, que iba silbando entre dientes, evidentemente feliz, y le preguntó:

—Señor, hace poco, cuando veníamos, traíais el ceño adusto. Regresáis contento... ¿Me permitís preguntaros si Su Santidad accedió a vuestros deseos?

—No, mi buen Micheletto. Como lo esperaba, se negó.

—Entonces, no comprendo vuestra alegría...

—¿No te das cuenta que ha caído en el garlito?... Al negarme a mí, enviará a Juan a la guerra con los Orsini. Juan es un inex-

perto en el manejo de las armas. Lo matarán... Sancha volverá a mis brazos... Dime, ¿no es razón para sentirse alegre? Micheletto miró a su amo con admiración.

* *

Poco tiempo después Alejandro VI llamó al servicio al Duque de Gandía, con la misión de preparar el ejército para la campaña contra los Orsini, parapetados en su baluarte de Bracciano. El Duque contaba con el valioso consejo y la experiencia del Duque de Urbino y de ese modo, al cabo de pocos meses, emprendían la marcha con su ejército hacia el campo de batalla.

En Soriano, en la primera fase de la batalla, el Duque de Urbino y Juan Borgia creyeron la conquista no sólo fácil sino segura, y avanzaron sin cuidado. No habían contado, sin embargo, con otras fuerzas enemigas, que cayeron contra los flancos de su ejército, destruyéndolo. Luego, envueltos por fuerzas superiores, el Duque de Urbino y Juan Borgia debieron batirse denodadamente, al frente de los hombres de la guardia, pero sus esfuerzos resultaron vanos y el Duque de Urbino cayó prisionero, en tanto que Juan, herido ligeramente, conseguía escapar, confundido con algunos soldados y vestido como tal. Este descalabro

ocurrió el 24 de enero de 1497.

Como consecuencia de la desastrosa batalla, el Papa se vio obligado a hacer las paces, con algunas concesiones graciosas, con los Orsini. Pero el hecho acaso no hubiera sido tan amargo, de no haber terminado con las ilusiones que Rodrigo Borgia se había forjado sobre los talentos militares de su hijo predilecto.

—Que mi padre, por razones comprensibles, siga considerando a Juan el hijo de sus entretelas, es natural y humano —decía algún tiempo después César Borgia, golpeando la mesa de albo mantel manchado de vino, mirando con gesto de borracho a su confidente y único amigo, Micheletto—. ¿Pero por qué ella?... ¿Por qué lo prefiere a él, así derrotado, vencido, amargado?... ¿No soy yo más joven, más apuesto, más rico que él?

—Señor así de tortuosa es el alma de las mujeres, con el perdón de Vuestra Señoría, de modo que no debiera sorprenderos...

—Micheletto, esto no puede continuar... ¿Entiendes, bellaco? No puede continuar... Moriré si pierdo el amor de Sancha. Tenemos que hacer algo... algo...

__Podemos hacerlo, señor... No creo que la cuestión sea muy difícil

César Borgia, a pesar de los vahos alcohólicos que lo dominaban se estiró y miró con fijeza a su siniestro confidente. Micheletto se echó a reír, cínicamente. César Borgia, que comprendiera el oculto sentido de sus palabras, soltó también el trapo a reír. Ambos hombres rieron con la mayor y buena disposición. Entre ellos se había establecido una corriente magnética de criminal entendimiento, y se sentían felices de volver a experimentarla. Ambos eran, por decirlo así, carne y uña en el propósito delictivo. Lo seguirían siendo mientras con ello lograsen algún beneficio o triunfo personal.

Después de beber y yantar a *piacieri,* las disipadas costumbres de Roma reclamaban él logro de satisfacciones todavía más placenteras. César Borgia y su inseparable Micheletto ganaron la calle, obscura, desierta y silenciosa, sobre la cual titilaban las estrellas del cielo límpido de primavera, y echaron a caminar, no muy seguros de piernas. César empezó a desentonar como era su costumbre, a voz en cuello, una cancioncilla en boga en los ambientes dispendiosos de la meretricia ciudad que, según sabemos, contaba con once mil prostitutas, de las cuales siete mil eran españolas que siguieran a los Borgia en su afán de conquista y dominio.

—¡Un momento, señor!... ¡Nuestras cabalgaduras! —prorrumpió de pronto Micheletto, mirando entre las sombras—. Nos las han robado!

—¿Robado?... ¿Quién puede atreverse? —masculló César—. ¿Estás seguro de haberlas dejado aquí, bellaco?

•—Sí, quiero decir, el mozo de brida debía estar aquí con los caballos, esperándonos... ¡Condenado belitre!

—No puede estar lejos Micheletto. Vete a buscarlo...

Dando voces y haciendo eses, Micheletto se adelantó hasta la próxima esquina, donde dobló. Las calles estrechas e irregulares, de grandes arcos, de impresionantes muros hubiera atemorizado al más valiente, pero César Borgia se quedó allí canturreando.

De súbito, una sombra emergió de entre las sombras. Un hombre, a juzgar por el sombrero campanudo de copa y tendido de ala, que le ocultaba por completo el rostro, sobre el cual, además llevaba el brazo doblado sosteniendo la capa. El extremo de una larga espada colgaba a un costado. En la mano derecha, empuñada con fuerza, sostenía una daga veneciana de larga y afilada hoja.

La sombra avanzó como lo que era, sin producir el menor ruido sobre el piso irregular, a trechos cubierto por empedrado. Muy confiado y seguro de sí, César, de espaldas al desconocido de la noche, seguía canturreando, prometiendo una noche de amor a la dama de

sus entretelas.

—¡ Micheletto! —llamó en cierto momento—. ¿Estás ahí?

—¡Sí!... —se oyó la distante respuesta—. ¡Los encontré... y que me aspen si lo entiendo!...

Este fue el instante elegido por el misterioso individuo para dar un prodigioso y silencioso salto sobre César. La hoja marcó una breve y brillante parábola en la oscuridad, reflejando el distante brillo de las estrellas, mientras una voz ronca exclamaba:

—¡Muere, maldito!

CAPÍTULO V
DONDE LUCRECIA VE COLMADO SU DESEO

Haciendo inmediato eco a la voz de la muerte, se oyó un chirriante ruido metálico, luego una doble y aguda exclamación de sorpresa.

—¡Vive Dios!...

—*Che Diavolo!*

Durante un segundo el misterioso atacante se quedó en la contemplación de su rota daga, como si no diera crédito a sus ojos. Pero bastó tal segundo para perderlo. En lugar de retroceder echando mano a la espada, se dio vuelta e intentó lograr la salvación, luego del fracaso de su intento homicida, mediante el empleo de sus piernas. Su capa, movida por el viento, se agitó. Más rápido que él y no obstante su estado temulento, César Borgia estiró una mano, se apoderó del extremo de aquélla y tiró, con toda fuerza. El desconocido perdió pie y terminó rodando. Y no había tocado aún el suelo, cuando Borgia ya estaba encima de él, empuñando su propia daga, más terrible de ver todavía que la otra.

—¡Ah, infame!... ¡No es la primera vez que debo mi vida a la cota de malla!... ¡Antes de matarte sabré quién eres y por qué alzaste tu mano sobre mí!

—¡No, señor!... ¡Por piedad!... ¡No me matéis!

César Borgia se mostró más sorprendido que nunca. ¡Aquélla no era la voz de un hombre, sino la de una mujer!

César se incorporó y :si,n dejar de amenazar y de sostener por el cuello al personaje, lo ayudó también a ponerse de pie. En aquel momento se oyó ruido de pasos. Era Micheletto que llegaba con los caballos.

—Señor... ¿ocúrreos algo?... ¿Quién... ?

—¡Pronto, yesca y pedernal! —ordenó César, en quien desapareció su embriaguez—. ¡Quiero verle la cara a esta mujer!

—¡Vaya señor, ahora veo que habéis pillado un lobo de padre y señor mío!... Es un hombre y no una mujer con quien...

—¡Silencio, belitre, y haz lo que te digo!

Por el tono apreció Micheletto que su amo no jugaba al santo mocarro y como cuando tal cosa ocurría era hombre de temer, obedeció al punto. Una débil y fugaz claridad iluminó el rostro de aquel personaje, al cual César le quitó el sombrero con un brusco ademán. Y entonces, junto con un semblante pálido y bonito, se vio caer sobre los hombros una cascada de cabellos obscuros, brillantes y perfumados.

—¡Pietrina! —exclamó César, reconociendo a la joven que fuera la última amante del príncipe Djem. ¡Vos!... ¿Qué diablos...?

—Juré mataros luego que el Príncipe me dijo cómo y por qué moría... Desde entonces sólo busqué una oportunidad para vengarlo... ahora... ahora... —La voz temblorosa de Pietrina se quebró al fin en un sollozo—. Ahora estoy a vuestra merced... —De pronto se operó una transformación en ella. Soltándose bruscamente, mostrando un fiero brillo en los ojos, resolución en el tono, se descubrió el pecho y exclamó: ¡Pues bien, matadme!... ¡Aquí estoy!... ¡Es preferible estar muerta a vivir en el recuerdo de una existencia que se fue para siempre!...

César Borgia no se movió. Parecía no poco impresionado. Y la dulce y a la vez enérgica belleza de la joven romana parecía conmoverlo más todavía.

—No... no... espera —murmuró pensativamente—. Puedo perdonarte la vida... y no sólo

Librodot

porque eres joven y muy hermosa, sino... ¡Oh, Micheletto!... ¡Ya lo tengo!...

—¿El qué, señor?

—¡Imbécil!... ¿De qué hablábamos en el mesón?... Del ilustre vencido de Soriano. Bebedor y mujeriego como... ¡Sí, eso es!

—Empiezo a ver, señor... Tenéis un plan...

—¡Acaba de ocurrírseme!... —César se volvió a la joven y tomándola con suavidad por la barbilla, le dijo—: Eres una mujer con suerte... Has perdido un príncipe y acabas de encontrar otro. No tendrás por qué echar de menos esa dulce y cómoda existencia de que hablas...

__¡Oh, señor!... —exclamó Pietrina, juntando las manos—. ¿No me engañáis?.. - ¿Podéis perdonarme y aún...?

__Sí, sí, haré todo lo que te prometo y aún más, pero será a condición de que me sirvas fielmente y de que me ames...

__¡Os serviré, os amaré, señor, como la más humilde de vuestras esclavas!... ¿Y queréis saber la verdad? —Pietrina, viendo que no sólo había desaparecido el motivo de su negra desesperación, sino que el porvenir se le mostraba brillante y claro, volvía a ser la muchacha romana bien dispuesta a gozar de la vida y de sus placeres—. Desde que os vi por primera vez, algo repercutió dentro de mí... Creo que fue una premonición...

—Dejémonos de hablar por las coyunturas y vamos a los hechos. Ven... El reservado que dejamos en el mesón aún está tibio y con luz... Tendrás hambre y sed...

Y en medio de la risa jocunda de Micheletto, César y la dama desaparecieron en el interior del mesón.

*****

Carlos Calderón, el Perotto, el camarero y hombre de confianza del papa Rodrigo Borgia, era un apuesto joven que desprovisto de las modestas ropas que se veía obligado a llevar en el servicio, resultaba un soberbio ejemplar de varón. Mas bien alto, ancho de hombros, de tórax pronunciado, de miembros musculosos, tenía un rostro de líneas casi perfectas. Agregúese a ello su simpatía natural, y se comprenderá el porqué de las preferencias de las mujeres por él. Ahora que, el Perotto era un joven ambicioso y fuera de las horas de servicio hacía de las suyas en los serrallos ajenos, como halcón en palomares vecinos. Mozas de cámara, doncellas y aun alguna que otra dama de honor, ligera de cascos, habían gustado de sus requiebros amorosos. Pero él siempre miraba más arriba, cada vez más. Acaso abrigaba la intención de encumbrarse con ayuda de ese diosecillo travieso del amor y siguiendo por un camino distinto, sinuoso, pero útil y muy placentero.

Todas estas consideraciones parecieron ser las que se formulaba la bella e intrigante Pantasilea, la doncella de más confianza de Lucrecia Borgia mientras desde el lecho donde reposaba de las agradables fatigas del amor contemplaba a su amante vistiéndose. • Las ropas obscuras, severas, del camarero del Papa, iban ocultando gradualmente la atraccón física del apasionado galán. El Perotto silbaba quedamente, satisfecho, en tanto se vestía y de vez en cuando se echaba una miraba al espejo.

—¿En qué piensas, que de tal modo me miras? —preguntó él.

—En el porvenir.

El Perotto se volvió con presteza. Una ancha sonrisa surcó su semblante, en un gesto de comprensión.

—¡Vaya si habías sido amiga de tener cabida con las ilusiones!... ¿Quieres que dé estado legal a nuestras relaciones? —preguntó en tono burlón.

—No... eso puede venir después, si lo quieres —repuso Panta-silea, sentándose en el

borde de la cama y sin que le importara dejar al descubierto sus bellas extremidades—. Ahora pienso en *tu* porvenir, Perotto.

—Deja de darme ese nombrecito que me encocora, Pantasilea, y habla claro. ¿A qué te refieres?

—Eres un hombre joven, apuesto, de buena presencia. Vestido como un caballero, rendirías a todas las damas, por encumbradas que fuesen... ¿Has pensado en eso?

—Sí, puede ser —repuso Pedro, procediendo a ponerse la chupa de pardillo.

—Teniendo como amante a una de ellas, con su favor podías elevarte a la nobleza, a la fama, al dinero... .j

—¿No crees que andas demasiado en golondros?... ¡Dama encumbrada!... ¿Cómo habría de fijarse una en mí en habiendo tantos y tan apuestos jóvenes nobles, llenos de poder y riqueza, que sólo buscan el holgar como medio de distraer sus ocios?, Por ahora, bástame el hacerlo con mozas de cámara y doncellas como tú...

—Perotto hablo en serio... Yo conozco una que puec|e encontrar satisfacción en desligar el maleficio contigo... Una que, no siendo reina, está más encumbrada que una duquesa, má¿ alta que una princesa...

El Perotto se quedó con los brazos en el aire, en la actitud de irse a poner el capotillo, convertido en la estatua del estupor. Miró con fijeza a la joven y comprendiendo que hablaba en Serio, se acercó a ella y se sentó a su lado, en el borde de la <$ama.

—¡Pero, hija de Dios!... ¿Es que hablas con fundamentc|?

—¡Vaya si no!... ¿Crees que estaría perdiendo el tiempo 4quí? Hijo, vestido eres más insulso que un monaguillo... ;'

•Pero quién es la dama?... ZNO se te preocupe el saberlo. Lo importante es que yo te

ella Luego... ¡la posición, el dinero, la nobleza! llevaría ^ ^ qué habrías de darme todo eso?... ¿Nada más

oue p[6]or el gusto que te doy?

[4] ^rponto, vaya si eres incapaz de sacramentos... ¿Para que habría de dártelos sino para que los compartieras conmigo?

_-Ahora veo... Pero si es verdad lo que dices, pues, bueno, nuedes contar con ello. ¡Pero todo esto resulta demasiado fantasioso y tan en las nubes que, francamente...!

__Poco a poco, niño mío... Que te lo ofrezco y te lo puedo

dar es tan seguro como tener las espaldas cubiertas. En verdad, no 'hay nada más sencillo que darte la oportunidad, el resto... —Pantasilea se encogió graciosamente de hombros—, corre por cuenta tuya.

—¡Apenas lo puedo creer!... ¿Pero en verdad no te burlas de mí?... ¿No me has tomado en chacota?

—¡Quía, hombre!... Nunca hablé tan en serio como hoy. Existe esa dama, puedo llevarte hasta la alcoba de ella y aun desnudarte y meterte en la cama...

—¡Oh, si haces eso, eres la mujer más genial, la más ambiciosa, y digna por tanto de besarle los pies, como lo hago yo! — Y el apasionado Perotto descendió al punto a hacerlo, en medio de las risas de Pantasilea.

Cuando el jueguito hubo terminado, ella se estiró con gravedad que no contrastaba con su desnudez y dijo:

—Hay, sin embargo, dos inconvenientes.

—-Dime cuáles, reina mía, y si vamos a ascender en la riqueza, el honor y la nobleza,

Librodot

los venceremos al punto.

-r-Eso habrá de hacerse en deseando lo que deseamos... En primfer término está la Mora. Ella te conoce y sabe de lo nuestro. Si llega a verte en palacio, se lo dirá al ama...

—¡Oh, pues entonces ella es...!

—¡Calla!... No pronuncies nombres, o iras a terminar en el cenizal del Tíber... —Pantasilea dijo esto con un temblor, como si de pronto soplara viento helado sobre su desnudez. Dominándose, agregó—: Ese primer inconveniente lo salvaré yo. El segundo... es más delicado y depende de ti.

—¿De mí?

—Sí... Sabrás pronto quien es ella y aunque se te presente

encubierta, fingirás siempre^ ¿lo oyes?, siempre, que no la has reconocido. Eso es vital. Y jamás de los jamases digas o hagas algo que la induzca a sospechar que la has reconocido. En ese mismo segundo, tu vida no valdría un maravedí...

—Dalo por hecho, hija mía, y si sólo de eso depende nuestro grandioso porvenir dalo también por seguro.

—¿Resuelto, entonces?... Bien, queda pactado con este beso —después del beso, dado a conciencia—. Pero conste que el felón de traición o deslealtad en este pacto merecerá la muerte.

—Conformes. Yo te estrangulo y tú me acuchillas... Pero en este asunto vamos muy unidos en los intereses, de modo que lealtad hasta la muerte.

—Bien, vete a cumplir con tu trabajo —dijo Pantasilea, empezando a vestirse—, que yo realizaré el mío... Ya te veré si hay algo de nuevo.

* * *

El doctor Gaspar Torella, uno de los médicos de Su Santidad, Alejandro VI, llamado con urgencia por Lucrecia Borgia para atender a Leila, su doncella morisca se incorporó lanzando un apagado suspiro. Durante veinte minutos había estado examinando a la bella mora, que yacía inconsciente, con el pulso tan débil y la respiración tan leve que parecía estar ya muerta. Así había caído, sorpresivamente, en la misma alcoba de su ama, mientras realizaba una de sus tareas habituales.

—¿Y qué pensáis, doctor Torella? —demandó Lucrecia, con voz estrangulada por la emoción, juntando las manos en forma apelante y mirando del mismo modo al médico español.

—*Cantarella* —fue todo lo que dijo el galeno, sacudiendo la cabeza con pesar.

—¡Oh!... —boqueó Lucrecia—. ¡Pero eso es imposible!... Ninguno de nosotros, quiero decir, los Borgia, deseábamos la muerte de esta joven! Por el contrario, mis razones tenía yo para desearle larga vida.

—Señora, si os place, mandadla a examinar por otro médico, pero esta joven no recobrará los sentidos ni la vida... y eso es causa del veneno que ha ingerido...

Una aguda exclamación, un grito de dolor, más bien dicho, lanzado por Pantasilea, que arrodillada junto a la joven morisca la atendía solícitamente, interrumpió al médico.

__¡Señora!... ¡Ya no respira!... ¡Está muerta!

Exclamaciones y gritos de dolor y pesar llenaron la estancia y ganaron el resto del edificio, en tanto el médico certificaba la muerte de la infeliz morisca, un escollo en el camino de ambición de dos seres sin conciencia. Horas después, ya retirado el cadáver, Lucrecia, aún

Librodot

impresionada, seguía sollozando. A su alrededor estaban algunas de sus damas de honor, Angela y Jerónima Borgia, sus doncellas, las Catalinas y, por supuesto, la fiel Pantasilea, que parecía sentir como ninguna la muerte de su compañera.

Por fin llegó la hora de descansar y Lucrecia se retiró a su alcoba. Sus doncellas la desvistieron y atendieron hasta el último momento. La última en retirarse fue Pantasilea.

—Señora, bien sabéis cuánto quería yo a Leila —empezó a decir la astuta doncella mientras le arreglaba las ropas de la cama—, y no sólo por la amistad que nos unía en el servicio de vuestra señoría...

—¡Noble y fiel Leila! —sollozó Lucrecia—. ¿Quién pudo odiarla hasta el punto de desear su muerte?

—A eso iba, señora... Preguntad más bien *por qué.*

Lucrecia miró a su doncella desde el fondo blanco de su lecho, con expresión de alarma, de sorpresa, de temor, todo a la vez. No fue necesario que demandara una explicación. Su expresión era elocuente.

—Sí, señora. Buscad la respuesta al por qué, y sabréis quien.

—Si no me equivoco, tienes motivos para hablar así, Pantasilea... ¿Quieres explicarte?

Patéticamente, la taimada doncella cayó de rodillas al pie del lecho y juntando las manos prorrumpió:

—Ama y señora mía... creo que., el veneno, no estaba destinado a Leila, sino... sino... ¡a vos!

—¡A mí!... ¡Santo cielo!... ¿Qué dices?

—¿Recuerda la señora la infusión de hierbas aromáticas que iba a tomar esta tarde?... Pues, bien, cuando le dije a Leila que vuestra señora no la tomaría, porque había convidado a la señora Julia con ese *Lágrima Cristíe* que tanto le agrada, ella repuso que tal infusión le haría bien. Y tomarla y ponerse mal al punto, fue todo uno...

Lucrecia Borgia había dejado de sollozar y lamentarse. Sus ojos despedían llamas; su bello semblante, congestionado por la cólera, era la cara de la maldad. Volvía a ser. en esencia v espíritu, un Borgia, alguien que, frente al peligro, a la traición, estaba dispuesto a vengarse de un modo sangriento.

—¡Pronto!... ¡Habla!... ¡El nombre del culpable! —demandó con voz ronca, irreconocible.

—¡Plugiera a Dios el saberlo!... —replicó Pantasilea con estudiado dramatismo—. Pero si miráis a vuestro alrededor, acaso esté ahí, atisbando, esperando...

—¡Santo Dios!... ¿Cómo saber quién es?

—Alguien puede desear vengar una afrenta, un daño... Alguien que puede saber más de lo que hace suponer...

—¡Giovanni!... ¡Estás nombrando a mi esposo!

—Lo estáis nombrando vos, señora... Por supuesto, no existen razones fidedignas para creer que él...

—Giovanni, sí, podría ser... Su conducta en los últimos tiempos, es demasiado estirada y fría conmigo... Acaso me odia, pero... No, no lo creo. Es demasiado cobarde para matar a un Borgia. Sabe que los de su raza serían extinguidos hasta el último vástago...

—Pero, ¿y si supiera algo, señora? ¿Y si sabiéndolo callara, para evitar que el lodo cayera sobre el glorioso nombre de los Sforza?

—Acaso tienes razón, fiel Pantasilea, pero, ¿qué sugieres que haga? ¿Matarlo?.... ¿Hacer que la fiera cólera de César caiga sobre él y lo fulmine? ¡Pobre Giovanni!... No lo amo, pero

Librodot

tampoco lo odio tanto.

—Podéis alejarlo de Roma. Decidle cualquier cosa, que un peligro amenaza su vida, que existe una conspiración para enviarlo a prisión por el resto de su vida... ¿No ha muerto Virginio Orsini en el castillo de St. Angelo? Puede correr igual suerte.

—Alejarlo de Roma, ¿qué beneficio me reportará, ahora que ha muerto Leila?

—¡Oh, señora, confiad en mí!... Conozco a alguien que os dará satisfacción y gozo y de quien jamás tendréis motivos de queja ni de sospecha...

A estas palabras, todo el odio, el temor, la ansiedad y el disgusto de Lucrecia desaparecieron, dando lugar al interés y la curiosidad. Mientras la astuta Pantasilea daba razones, sus voces se fueron apagando hasta convertirse en murmullos. Lucrecia se movía en el lecho nerviosamente. No parecía sino esperar, desear el prometido instante del encuentro con aquel nuevo personaje, instrumento que habría de ser del logro de sus más ardientes deseos, pocos días después, Lucrecia Borgia tenía una prolongada y reservada conversación con su esposo, Giovanni Sforza. Al término de ella, el señor de Pesare hacía abandono de las habitaciones de su esposa pálido y presa de singular nerviosidad. Por algunos días más no se le vio en los sitios que solía frecuentar y por fin, el 24 de *marzo,* de aquel año del Señor de 1497, manifestó su deseo de confesarse y comulgar en la iglesia de San Crisóstomo, fuera de Roma. Obteniendo el permiso del Papa, dejó los muros de la ciudad eterna y se llegó hasta la iglesia. Pero en ella permaneció sólo breves minutos, porque saliendo por una puerta excusada, montó en un caballo que dos hombres de su absoluta confianza guardaban allí, y partió como una flecha, sin parar hasta Pesaro.

Aquella misma noche del 24, a temprana hora, puesto que no había razones para temer nada, un hombre joven, apuesto, robusto, era subrepticiamente introducido en las habitaciones de Lucrecia Borgia. El tal iba vestido con elegancia, como un caballero, y aun portaba espada. Carlos Calderón, el Perotto, pues era él, como lo habrán imaginado nuestros lectores, iba de la mano de Pantasilea. Le parecía un sueño el cruzar aquellas habitaciones perfumadas, de mullida alfombra, envueltas en acogedoras sombras, yendo al encuentro de la terrena dicha. Pero no había en él ni vacilación ni temor. Por el contrario, ahora más que nunca le parecía real su encumbramiento. Esto bastaba a darle los arrestos que le hacían falta.

Pantasilea se detuvo frente a la cerrada puerta de la alcoba de su ama y volviéndose y. sonriendo bajo su máscara, besó a su amante, plenamente, en la boca.

—Entra y hazla feliz, que no sentiré celos —murmuró junto a su oído.

El Perotto asintió en silencio, demasiado impresionado para hablar. Y entonces la puerta giró suavemente sobre sus goznes. Aquella alcoba, tenuemente alumbrada por una lámpara de aceite, tenía una excitante coloración rojiza, que se extendía sobre los muros acortinados, sobre el piso alfombrado, sobre el amplio y adoselado lecho. Su mirada se clavó en éste. En él reposaba una ninfa de hermoso y sugestivo cuerpo de redondeadas y espléndidas formas, de *a farcapelli come oro,* el cual le caía sobre el busto, cubriendo parte del mismo, el bello rostro desaparecía también en parte debajo del antifaz negro de seda, pero quedaba libre la fascinación de los labios rojos, carnosos y húmedos, que se abrían en una prome'tedora sonrisa.

Pedro se acercó al lecho e hincando una rodilla en tierra, se llevó a los labios la mano que le ofrecía ella y la besó con pasión. Un rayo de luz jugó entonces con su varonil y afeitado semblante. Lucrecia empezó a reír, suavemente, complacida.

—¿Puedo saber, hermosa Pitis, qué causa vuestra hilaridad? —preguntó Perotto.

—Vos... —murmuró ella, riendo apagadamente—, el camarero del Papa... ¿No resulta deliciosa la perspectiva de seducir a un hombre rodeado del olor de santidad?

Pedro se echó a reír también y por unos momentos se oyó el doble eco de las risas

despreocupadas, alegres. Hasta que el rumor de un beso las apagó. Ese beso, dado al principio con cierta reserva, con la tensión que la aprensión provocaba, pronto se convirtió en un ósculo apasionado, intenso, vibrante, a cuyo influjo los dos cuerpos vibraron también poseídos de un deseo supremo, sobrehumano.

Lucrecia Borgia, la *Apassionata,* sin otro afán que el de apagar aquel voluptuoso fuego que la consumía, cerró los ojos al besar y gracias al varonil vigor de su nuevo amante lo imaginó cual un príncipe encantado, dejando que él le proporcionara todo el deleite que sabía esperar de un hombre tal, placer que habiéndolo experimentado en otras ocasiones, nunca había podido aprisionarlo, de tal modo que la satisfacción resultase permanente. Y con gran , sorpresa y no poca alegría descubrió que el joven "con olor de santidad" era no sólo un experto eVi lides amorosas, sino que sabía hacer el amor de modo que el placer no resultara fugaz como en otras ocasiones.

Sois el hombre que mi apasionada naturaleza deseaba y sabéis darme cumplida satisfacción —le decía Lucrecia al oído, algún tiempo después, al asomar el alba en el horizonte e ir a despedirse con un nuevo y prolongado beso—. Venid esta noche... Os estaré esperando.

—Esta noche y todas las noches serán nuestras, mi hermosa y ardiente enmascarada — repuso el Perotto, en su papel de amante caballero.

—Decid más bien de nuestro placer... ¡Ah!, pero si no queréis romper este grato encantamiento de un modo trágico, jamás pre-

tendáis saber quién soy... —El tono frío de Lucrecia era estre-

mecedor.

__No intentaré descubrirlo... ¿Para qué hacerlo? Sois la mujer más bella y ardiente que un hombre puede desear como amante... ¿A qué pedir más?

__Si vuestra discreción corre pareja con vuestro vigor amoroso,

sin duda que llegaréis lejos, mi amor, en mi afecto... Ahora, dadme un beso y hasta la noche.

—Hasta la noche, hermosa Pitis.

Y el Perotto se alejó, íntima y enormemente satisfecho. En verdad, tenía razones para estar contento. Había satisfecho —aunque sólo en parte— su ansiedad amatoria, exacerbada con la idea de poseer a una de las mujeres más hermosas de Roma y además de nobleza casi real. Al mismo tiempo, había dado un enorme paso hacia el gran porvenir que Pantasilea, su amante, le hiciera entrever. ¿No era razonable que se sintiese dichoso? Así pareció confirmarlo el alegre y apagado canturreo que inició al alejarse por la vía discretamente envuelta en la bruma gris del amanecer.

* *

César Borgia retuvo entre sus brazos el cuerpo mórbido y tibio de su amante, en tanto cubría sus labios con un beso apasionado, beso correspondido por ella con sin igual fuego.

—Ahora comprendo por qué Djem no se separaba de- ti —dijo César, desprendiéndose de aquellos brazos—. Eres la mujer ideal para lograr la felicidad de un hombre turbulento y fogoso como yo...

—Te amo, César, y ni aun en los brazos del Príncipe me sentí tan dichosa de ser poseída... Procuro corresponder a esa dicha. Eso es todo.

—Me amas, dices, Pietrina... Me pregunto si será cierto.

—Es cierto, César. Te amo no sólo por los regios presentes que me dispensas, por la vida placentera y cómoda que me ofreces, sino por ti mismo. Te lo juro, ni al Príncipe amé así...

—Quisiera estar seguro de ello... Me gustaría probar tu lealtad y sinceridad.

—¡Nada me complacerá más que servirte, dueño y señor de mi cuerpo y de mi vida! —y Pietrina volvió a besar a su principesco amante con el fuego que daba a todos sus besos.

Aquellas amorosas y repetidas escenas de amor tenían lugar en las habitaciones que Pietrina poseía, en la vía de Gallo, cerca de la piazza Campo di Fiori, en una casa que Micheletto alquilara para la amante de su señor. Allí era donde ahora se encerraba frecuentemente el hijo de Rodrigo Borgia, para ocultar sus celos y su disgusto por la conducta de Sancha. La esposa de Joffre Borgia, mujer apasionada y de conducta tan liviana como culpable, se ingeniaba para hacer las cosas del mejor modo, de tal manera que recibía a César y le renovaba sus protestas de sincero y leal amor, para hacer lo propio horas o días después con Juan, Duque de Gandía. Ambos hermanos, distanciados por este motivo, rehuían verse y hablarse. Se rumoreaba que, de tener que encontrarse en la casa de su amante, el uno daría muerte al otro. El esposo no contaba en esta histórica disputa, pues como ocurre siempre —en aquellos tiempos también—, él era el último en enterarse. Muchos sostenían que Joffre Borgia no ignoraba estas relaciones, pero que, debido a su poca edad e inexperiencia, temía a sus dos hermanos y no quería malquistarse con ellos, pues hacerlo significaba la muerte a corto plazo.

César Borgia ocultaba pues en los brazos de la amorosa Pietrina todo el disgusto que le causaba su otra amante. Aquella noche ocurría como otras tantas veces. Sólo que en esta oportunidad, la resolución de César era firme. Con sus propios ojos había visto

a Juan entrar sigilosamente en la morada de Sancha.

—Bien, Pietrina, creo que ha llegado el momento de probarlo —dijo César, soltándose de aquellos brazos—. Siempre has dicho que estás dispuesta a todo por mí...

—¡Sí, sí!... ¡Lo digo y lo repito, y, sí es necesario, lo pregonaré por el mundo entero!

—En tal caso, escucha...

Por largos instantes, en medio de las exclamaciones de sorpresa de Pietrina, César Borgia expuso los lineamientos generales de su plan. Ella lo contemplaba con admiración no exenta de respetuoso temor.

—En suma, siguiendo cuidadosamente mis instrucciones, llevarás a ese caballerete al lugar elegido, ¿comprendes?

—Sí, perfectamente. Y no habrá nada más fácil. ¿Pero qué le harán a él?

—No mucho daño, si es eso lo que quieres saber... Una zurra,

de advertencia, para que aprenda a no meterse en asuntos ajenos, mucho más cuando éstos pertenecen a los Borgia.

—Entonces, cuenta conmigo, César. Me caracterizaré de hombre, como quieres, y realizaré mi tarea.

—Espléndido. Luego hablaré con Micheletto, para concertar los aspectos minúsculos de la cuestión...

Pietrina no lo dejó proseguir. Ávida, al parecer, de las caricias de su amante, se arrojó en los brazos de él, lanzando entrecortados gemidos de placer.

* * *

El doctor Gaspar Torella, médico de confianza y de cabecera de los Borgia, hombre maduro y experimentado, de manos suaves y dedos alargados, tuvo por bastante tiempo a la ilustre dama bajo su observación y examen. Lucrecia tosió, repitió una palabra sacramental, infló o bajó el vientre y aun permitió que los dedos ágiles y expertos del galeno exploraran sabiamente.

—Os repito, doctor, que excepto por esas náuseas, no siento ninguna molestia o dolor...

Lo que hacéis me parece innecesario. ..

El médico no respondió y siguió imperturbable su examen. Finalmente, lanzando un suspiro, se incorporó. Lucrecia, que conocía a su médico, supo por el suspiro de circunstancias, que algo andaba mal. Procedió a cubrirse, en tanto no quitaba los ojos de él. Torella procedió a guardar sus instrumentos, con movimientos calmosos que exasperaban. Parecía evitar la mirada de ella.

—Bueno, supongo que, después de todo, colmáis los anhelos de toda esposa —le dijo al fin, olvidando, al parecer, que Giovanni Sforza había huido de Roma pronto haría tres meses.

—Hablad doctor... ¿Qué queréis decir?

—¿No comprendéis?... Vais a ser madre.

—¿Madre?... ¿Yo?... ¡Oh!... *Ho voglia di receref*

—Sí, lo repito. Y tales molestias son causa de ello.

—¡Pero yo no quiero ser madre!... ¿Lo oís?... ¡No lo he querido en ningún momento!

—Vuestra señoría debe comprender que estos accidentes ocurren a veces contra la propia voluntad... Dios, en su infinita bondad...

—¡No quiero, no quiero! —gritó Lucrecia, al borde de un ataque

de nervios—. ¡Esto que me sucede es una calamidad y no una bendición!... ¡Y vos sois médico!... ¡Evitadlo!

—¿Evitarlo?... ¿Cómo destruir lo que Dios ha hecho?

—Vos sabréis cómo... Os colmaré de regalos, de dinero. Os haré grande... ¡Pero evitadme esta vergüenza!

—Señora —repuso Torella, inclinándose—, me pedís un imposible. Y no sólo por razones morales. Tenéis una constitución física muy delicada, cierta incapacidad orgánica que hace muy complicada la gestación. En estas condiciones, una intervención podría resultar de funestas consecuencias y aun ser'fatal.

—Os olvidáis, doctor, que los Borgia tenemos a nuestra disposición a alquimistas *$* herbolarios. Puedo restablecerme con una pócima adecuada al caso.

—Señora, si a vuestra edad habéis llegado al hastío de la vida, hacedlo. Porque tanto una iruervención como la ingestión de preparados abortivos os provocará, estoy seguro, os traerá graves consecuencias... —El galeno volvió a inclinarse, y presuroso por ponerse fuera del alcance de la furiosa hija de Borgia, agregó—: Y ahora, señora, os ruego me dispenséis. Tengo que atender a vuestro ilustre padre de una afección de gota.

—Bien, idos... Ya veré cómo me arreglo sin vuestro concurso. Pero no lo olvidéis. ¡Una sola palabra de esto y perderéis la cabeza!

—Lo sé, señora... Además, el juramento hipocrático me obliga a callar, de modo que podéis estar tranquila.

Apenas salió el médico, Lucrecia prorrumpió en gritos histéricos y cuando sus doncellas entraron precipitadamente, a la cabeza la fiel Pantasilea, su iracunda ama se entregó al morboso placer de romper contra los muros cuanto objeto estuvo a su alcance, al tiempo que profería palabras imposibles de traducir. Finalmente, mandó a salir a todas las mozas de cámara, excepto a Pantasilea.

—¡Estoy perdida y tú tienes la culpa! —vociferó apenas las otras salieron—. ¡El Perotto me ha puesto encinta!... ¡Y el matasanos ése , que Dios confunda, se niega a aliviarme de mi pecado! ...

—¡Oh, señora, qué calamidad! —exclamó Pantasilea, fingiendo alarma y conmiseración, cuando en el fondo de sí se alegraba de aquella circunstancia. ¡Pedro padre de

un hijo de Lucrecia Borgia! ... Después de eso, el honor, la nobleza, la riqueza. Lucrecia no permitiría que el padre de su único y primer hijo fuese un vulgar criado.

__¿Comprendes en qué brete estoy metida?... Todos sabrán que se trata de un hijo bastardo. ¡Si llegaran a saber que el padre es el Perotto!... ¿Cómo no pensé en que ello, a la larga o a la corta, habría de ocurrir?... ¡Ah, infame!... ¡Me proporcionaba gratas horas de placer para hacer que lo olvidara!

__¿Qué haremos ahora, señora? —preguntó Pantasilea.

—Eso es lo que me pregunto —replicó Lucrecia, echándose a caminar nerviosamente por la estancia, olvidada de que apenas llevaba ropas encima—. Debo pensar con calma... Cualquier cosa que haga, podría tener enorme trascendencia en mi futuro... ¡El Perotto!... ¡Válgame el cielo!... ¡Si mi padre o César se llegaran a enterar!

Pantasilea, repentinamente pálida, no supo qué decir. Finalmente, después de lanzar algunos improperios más contra el Perotto, contra los hombres en general, contra los médicos, después de romper un jarrón y una vasija, Lucrecia se dejó caer en el lecho.

—Por lo pronto, saldré de la escena —le oyó murmurar la doncella—. Debo hacerlo, para que mi estado no sea advertido... ¿Pero dónde puedo estar a cubierto de todas las miradas indiscretas?... ¡Ah, ya sé!... ¡En el convento!... ¡Sí!... ¿Cómo no se me ocurrió antes? Las monjas del convento de San Sixto me deben infinidad de favores y regalías... ¡Eso es!... ¡Pantasilea!

—Aquí estoy, Su Señoría.

—Ve y llama a las damas de honor. Haz circular la noticia de que pronto iré al convento para un retiro voluntario. Todos deben saber que ansio recogimiento espiritual para alcanzar indulgencia plenaria mediante el retiro, la confesión y la comunión... ¿Qué esperas? ¡Vete!

Pantasilea salió como una exhalación.

Pocos días después, en efecto, el 4 de junio de 1497, Lucrecia hacía su entrada en el convento de San Sixto, situado en la vía Appia. Y lo hizo *insalutato hospite,* o sea, sin despedirse de Su Santidad ni de ninguno de sus parientes.

Los comentarios que se tejieron en la Roma pagana de aquellos días, en torno a este suceso, no son para ser descritos. Se atribuía las razones del mismo a mil causas distintas, entre ellas que Lucrecia se haría monja por un desengaño amoroso, o que tomaría

los sagrados hábitos para rogar por la salvación del alma de sus impíos y pecadores parientes.

Pero entonces el acontecimiento quedó relegado a un segundo plano y aun olvidado. Un nuevo hecho vino a conmover y a horrorizar al mundo frivolo y al que no lo era, de Roma, centro del mundo. Y, como siempre, tal suceso tenía como personajes centrales a los Borgia.

* * *

Habíamos dicho que Madonna Vannozza Catanei, jocunda madre de la estirpe de los Borgia, era una espléndida matrona romana que, después de haber dado a Rodrigo Borgia una ilustre cuanto célebre progenie, quiso gozar de un plácido y merecido descanso. Lo que equivale a decir que buscó alejarse de las intrigas, maquinaciones y complots en los que, de una u otra forma, siempre se veían envueltos los' Borgia. Enriquecida y ennoblecida, Madonna Vannozza, moralmente protegida por Carlos Gánale, su tercer marido oficial (impuesto como los anteriores dos, según afirman los historiadores, por Rodrigo Borgia, para cubrir con cierta honorabilidad el pasado de su dama), llevaba una vida retirada, aun podríamos decir piadosa. Tenía varias y valiosas propiedades, como la casa o palacio de la vía Catour, o los famosos mesones de *El León, La Vaca y El Gallo,* negocios situados en los lugares más estratégicos de la Roma sibarita y meretricia.

Librodot

Ocho días después de haber ingresado Lucrecia Borgia al convento, o sea, ¿exactamente, el 12 de junio, César Borgia vino de incógnito a visitar a su madre, que dirigía y regenteaba personalmente el mesón de *El León^* el más importante de la cadena. Encerrados en una de las habitaciones privadas de la casa, madre e hijo estuvieron platicando por un buen rato, mientras Miche-letto y dos hombres más, de tan fiero aspecto como él, montaban guardia en el mesón, vaciando sendos picheles de vino.

César Borgia, sin aceptar la invitación de su madre para quedarse a despachar un sabroso lechoncillo, con gran sentimiento de sus guardias de corps, hizo abandono del mesón, y a fe que con buena prisa.

El día 13, Juan Borgia, Duque de Gandía, que se pasaba sacando el mayor provecho a la vida, se encontraba en la taberna *Santo ' Tomasso* situada en la vía Monserrato, frente a la iglesia del mismo nombre, en compañía de varios jóvenes de su propia edad y

condición, gozando del placer de una buena mesa, placer compartido con otros no menos agradables, a juzgar por la presencia de tres o cuatro mozas de actitudes desenfadadas y poses incitantes, de sugestiva belleza. Matizaban la vida ociosa y aparentemente puritana de los salones con una conducta dispendiosa, alegre y lupanaria.

Aquella noche, la taberna se hallaba, como de costumbre, colmada por una clientela de bien vestir, de pulido hablar y, lo que era más importante, de faltriqueras bien provistas. Las risas, las exclamaciones subidas de tono, los alegres gritos de las damas, los cánticos entonados a todo pecho por los que tenían inclinaciones artísticas, hacían que el lugar se viese dominado por un sordo y tremolante ruido, el cual provocaba el desentendimiento de algunos y las riñas de los más. Por el menor desliz, ante la menor ofensa, salían a relucir los brillantes aceros de las dagas o espadas que todos llevaban al cinto, como símbolo de distinción y nobleza.

Una costumbre imperante en aquellos tiempos, costumbre respetada por todos, incluso por las autoridades, era la de llevar antifaces. Si una dama que concurría a esos sitios quería guardar su incógnito, llevaba un antifaz y nadie, a menos de merecer el castigo del puñal o el cordón al cuello —signo de la villanía— se atrevería a quitárselo. No pocos caballeros usaban el mismo expediente y se decía, como cosa corriente, que el papa Rodrigo Borgia, cubierto su rostro por un antifaz, concurría a cierta casa de pupilaje, donde tenía una amante. Y que esto lo hacían con-frecuencia otros nobles y príncipes, así como arzobispos y cardenales, era cosa igualmente sabida. Por lo expuesto, a nadie podía extrañar que en la taberna de Santo Tomasso se advirtiese la presencia de varios enmascarados, entre hombres y damas.

Juan Borgia, apremiado en cierto instante por una necesidad, dejó aquella alegre mesa y la compañía de la dama rubia y exuberante que tenía sentada a su falda, y salió. Al hacerlo tropezó con _ varios conocidos y amigos y los saludó o fue saludado por ellos con amistosas exclamaciones.

De pronto, sin él advertirlo, alguien se interpuso a su paso. Juan chocó con esa persona. Se oyó una exclamación y casi en el mismo instante el .ruido de una bofetada. Adolorido, el Duque de Gandía miró con estupefacción al caballero enmascarado que tenía al frente.

—¡Caballero, no sólo sois un estúpido impertinente, sino un torpe cegato!... ¿Por qué no miráis por dónde camináis?

—¡Habéis levantado la mano contra mí, contra el Duque de Gandía! —masculló Juan, lívido de cólera—. ¡Sólo hay un medio de castigaros como merecéis!

—Ardiendo estoy yo en el deseo de daros una zurra... ¡Sacad vuestra espada y os demostraré que no necesito ser duque de farándula para ser un caballero!

—¡Vive Cristo!... ¡Salud y veámonos afuera, u os atravieso aquí mismo!

—Saldré, pero con la condición de que lo hagamos solos. Este será un duelo entre dos...

Librodot

No quiero tener a uno de vuestros amigos a mis espaldas.

El primero en precipitarse a la salida, fuera de sí, fue Juan. Por ser de noche y hora avanzada, además, la vía romana se hallaba desierta y silenciosa. Manuel, el mozo de muías, un joven español que le era muy fiel y que lo acompañaba en todas sus correrías, quiso acudir en su ayuda. JOan le hizo una seña para que se alejara. Entonces los dos personajes quedaron frente a frente. El Duque de Gandía tenía su estoque en la mano. Su adversario cubría su figura con la capa plegada sobre el busto y no había extraído su arma.

—¡Vive Cristo!... ¿Qué esperáis? —bramó Juan—. ¡Sacad vuestra espada u os atravieso sin merced!

Sorpresivamente, el personaje bajó el brazo y dejó al descubierto su frente. A la incierta luz que provenía de la puerta abierta de la taberna, se pudo ver que llevaba un jubón abierto, el cual dejaba ver una camisa igualmente abierta, con adornos de encajes, los cuales permitían ver parte de un busto erguido. Y entonces la mujer, pues no cabía duda que lo era, se quitó el sombrero de campanuda copa y ala tendida, y dejó que su hermosa cabellera cayera sobre los hombros.

—Y bien, Juan, Duque de Gandía, herid si os place —dijo ella—. Pero herid bien aquí, en el centro, donde late un corazón que sólo alienta por vos... ¡Herid y no tiemble vuestra mano que más vale estar muerta a vivir penando por el amor de un ingrato!

El joven duque se quedó de una pieza. Tan absurdo le pareció, aquello, que temió ser objeto de una broma. Se volvió. Ninguno de sus amigos había asomado. Nadie se preocupaba por el posible duelo. La vida licenciosa y alegre seguía su curso. La calle se

llenaba del rumor de las botellas, del resonar de los besos, de la música de las risas.

__¡Vamos!... —instó la desconocida—. ¿Qué esperáis?... ¡Herid!

Sin soltar la espada, Juan se acercó a la dama. Tan cerca que pudo aspirar su perfume, percibir su aliento de fuego.

—¿Quién sois? —preguntó, mientras la estudiaba—. A juzgar por vuestras ropas, por vuestra prestancia, sois una verdadera dama.

—Soilo.

—¿Y decís que me amáis?... ¡Extraña conducta para una mujer que ama!

—Soy una mujer que teme verse comprometida. Me valí de este recurso para llegar hasta vos. Para llamar vuestra atención, fingí un duelo...

—Decidme vuestro nombre.

—¡Imposible!... Respetad mi antifaz, mi secretud.

—Probadme que me amáis.

Por toda respuesta, la misteriosa y hermosa mujer se acercó a él y lo besó en la boca, plenamente. Juan se quedó sin aliento.

—Pues, bien, me amáis, y yo os amo, ganado por el misterio que hay en vos —dijo él, cuando ella se soltó—. ¿Qué esperamos para conjugar este maravilloso verbo?... Venid, entremos.

—No... No volveré a pisar ese antro.

—¿Dónde preferís oír los suspiros de mi corazón?... ¿En mi morada, donde solo en la noche sueño con la ventura de un amor compartido?... ¿Tal vez en la vuestra?

—En ninguna de esas partes... por esta noche —declaró la dama encubierta, dejando escapar una risita de complacencia—. Pero, os prometo, pronto tendréis noticias mías... Esperad y confiad. Os amo tanto que sólo estaré esperando el instante de unirme a vos. Yo os diré dónde... Y ahora, galante Juan, dejad que me vaya. Mi honra y acaso mi vida están en

peligro...

Juan no tuvo tiempo de replicar. Como entre sueños sintió que ella lo besaba, le apretaba significativamente una mano y luego se alejaba, como una sombra, sin producir ruido, para confundirse con la noche y perderse en su seno.

Cuando el Duque de Gandía volvió al lado de sus amigos, traía un semblante demudado y conmovido. Daba la impresión de haber visto una maravilla. Preguntado por sus amigos, respondió, sonriendo con velada tristeza:

—Una divina aparición acaba de alumbrar mi alma, sumida hasta ahora en la oscuridad del desamor... ,Fue un segundo, nada más. Me pregunto si algún día la volveré a ver...

Al día siguiente, 14, el Duque de Gandía se quedó hasta tarde en cama, rumiando el agradable sueño de la noche anterior. Vino a turbar su quietud un mensajero, a quien sus criados introdujeron al instante. Venía de parte de Madonna Vannozza. Invitaba a su muy amado hijo Juan a una cena íntima en el mesón de *El León.* Le rogaba su presencia sin falta, pues además iban a tratar un asunto importante. No teniendo ningún compromiso serio por el resto de la jornada, Juan hizo decir que acudiría sin falta, a las ocho.

El resto del día, sin nada que hacer, Juan visitó el Vaticano, sin ver al Papa, a algunos amigos, los sitios donde solía ir a beber unos picheles y, finalmente, regresó a su casa, con el objeto de cambiarse de ropas. Había terminado de hacerlo cuando llamó a Manuel y le dijo que le ensillara la mula.

Aquella noche, casi en el verano, hacía bastante calor y el Duque vistió ropas livianas, jubón acuchillado, de anjeo, calzones de seda, anchos, y calzas atacadas, de cuero negro y bruñido. Completaban la vestimenta un gorro de terciopelo y una capa de gran vuelo. Por tratarse de una comida íntima, no llevó más armas que una daga al cinto.

Vestido de aquel modo, el duque llegó hasta la caballeriza y se encaramó en su mulo, ricamente enjaezado. Después de dar la orden a su criado para que lo siguiera, partió al paso ligero del animal. Y no habría avanzado diez metros por la calle, cuando vio a la dama vestida de hombre y la cual aún llevaba el antifaz cubriéndole la parte superior del rostro. Parecía haber estado esperándole, o acaso, como se lo prometiera, fuese a su casa.

—¡El bello sueño de la noche convertido en hermosa realidad! —exclamó el Duque, después de descender precipitadamente de su cabalgadura y acercarse a la dama—. ¡Si supierais cuánto ha suspirado mi alma por vos!

—Os ibais —dijo ella, en tono de reproche—, después de todas las penurias que pasé por vuestra cuenta...

—Sí, prometí a mi madre ir a visitarla... ¡Pero olvidadlo, porque en este mismo punto desisto de ello!

—No, Juan... De ninguna manera. No permitiré que por mi culpa una madre vea rotas sus ilusiones. Debéis ir.

__¡Pero no quiero perderos!... Habéis venido, eso basta.

—¿Puedo sugeriros algo?... Podéis invitarme también. ¿No es la comida en el mesón? Además, voy vestida de caballero. Con mi antifaz, pocos advertirán la diferencia...

—¡Sois magnífica!... De tal modo complaceré a mi madre y os daré cumplida demostración de mi amor. ¿Queréis que mande a ensillar una cabalgadura para vos?

—No hace falta. Iré a la grupa de la vuestra.

—Andando, entonces... ¡Oh, qué feliz soy!... Nunca sospeché que ésta sería mi noche. La ventura que ella me promete no tiene igual para mí... A propósito, ¿cómo debo llamaros?

—Llamadme Caronte... quiero decir, hasta que nos conozcamos mejor. Entonces sabréis mi verdadero nombre.

Librodot

—¿Caronte?... Raro nombre para una mujer tan bella como vos.

Ambos personajes llegaban algún tiempo después al mesón de *El León,* situado en la vía del Pórtico d'Ottavia, no lejos del Teatro di Marcelli. Madonna Vannozza, vestida espléndidamente, lucía magnífica aquella noche. Se había peinado a la romana, con el cabello recogido, cubierto por un tenue velo. Conservaba mucho de su antigua belleza y ciertamente, no parecía la madre de aquellos dos robustos mozos.

Porque César estaba también allí. Iba acompañado del cardenal Juan Borgia, primo de ellos. A nadie pareció sorprender la presencia del misterioso personaje de antifaz. La Vannozza hablaba animada y alegremente. Una opulenta camarera hizo circular vasos de un vino exquisito. Luego la madre hizo un aparte con los dos hijos. Les reconvino por su actitud. Habían llegado hasta ella noticias de su disentimiento. Sancha no debía ser motivo de desafecto, sino de unión. Debían respetar en ella a la esposa del menor de los hermanos. Los Borgia debían mantenerse unidos, porque los peligros que los acechaban eran muchos. Tanto Juan como César asintieron, mostrando en sus graves semblantes su preocupación y arrepentimiento. Juan, mientras escuchaba, no dejaba de lanzar furtivas miradas a la dama del antifaz, no deseando sino que todo esto terminase cuanto antes.

Finalmente vino la cena, abundante, de variados y ricos platos, todo regado con un vino que desató las lenguas y la alegría general. Llegada media noche y luego de un cambio de miradas con *Caronte* el Duque de Gandía expresó su deseo de retirarse. Accedieron todos y la amable reunión familiar se dispersó, con la bendición de Madonna Vannozza, que acompañó a sus hijos hasta la puerta.

César Borgia, cosa que muy raramente ocurría, no había venido esta vez acompañado de su fiel Micheletto. Iba solo, nada más que con la compañía del cardenal Juan Borgia. Y como todos llevaban el mismo camino, resolvieron ir juntos. El Duque de Gandía y su invitado en la muía; César y su primo el cardenal, cada uno en su cabalgadura. Detrás, a cierta distancia, iba Manuel, a pie.

Durante el trayecto se habló poco entre ellos. En cierto momento, la enmascarada dijo algunas palabras al oído de Juan. Éste asintió, complacido. Poco después el grupo llegaba *a* la *piazza* de los Hebreos, donde el Duque, refrenando su cabalgadura, dijo:

—Bueno, carísimos hermanos, os dejamos. Yo y mi amigo tenemos aún una tarea que realizar esta noche —sus ojos brillaron cuando dijo esto, por lo que cabía suponer que tenía una aventura amorosa en perspectiva—. Os rogamos nos dispenséis.

-Id con Dios, hermano, y que la noche os sea placentera —respondió el joven Cardenal de Monreal, agitando una mano, mientras la pareja empezaba a alejarse.

César, extrañamente hosco y silencioso en las últimas horas, no hizo comentario alguno y ambos prosiguieron su marcha. Al cabo de un trecho y luego de recibir una nueva sugestión de la dama, el Duque de Gandía llamó a Manuel y le dijo que esperara en esa esquina, hasta su regreso, que no habría de demorar mucho. El fiel Manuel obedeció.

Y entonces la muía emprendió un alegre trote con su doble carga, por calles que por momentos se hacían más tortuosas e irregulares, donde la luna no llegaba a penetrar con el resplandor que dispensaba por doquier.

En determinado instante, al llegar a una oscura bocacalle, Juan sintió ruido a sus espaldas y se volvió sorprendiéndose al descubrir que estaba solo, que su dama había saltado.

—¡Caronte!... —llamó—. ¿Dónde estáis?... ¿Qué hacéis?...

Una sombra surgió de improviso a un costado. Un hombre embozado se acercó a él y antes de que pudiera impedirlo, lo tomó de la cintura y forcejeó para arrojarlo al suelo, cosa que consiguió sin mucha dificultad. Otra sombra, y otra, y otra, emergieron de los oscuros portones y muros y cayeron sobre el sorprendido y abrumado Duque. En sus manos brillaban,

Librodot

con siniestros destellos de muerte, largos cuchillos, Juan, comprendiendo al fin que había caído en una trampa de muerte, intentó gritar, luchar, defenderse. Todo en vano. Los brazos armados cayeron una y otra vez, con pasmosa celeridad, hundiéndose en aquellas carnes palpitantes y poco ha llenas de pasión y de vida ...

CAPÍTULO VI
DONDE RODRIGO BORGIA SE ARREPIENTE DE SUS PECADOS

No lejos del Puente de St. Angelo, meciéndose suavemente sobre las turbias aguas del viejo río Tíber, hallábase una pobre embarcación de bordas achatadas, cargadas de leña. El río, el bote, el impresionante puente, y el torvo castillo de más allá, la noche estrellada y la luna asomando por entre retazos de nubes blancas, conformaban un bello paisaje nocturno que, de haber podido ser captado por el pincel, habría hecho famoso al esteta que lo intentara. Pero allí, a tal hora de la madrugada, no había ningún artista presente. Salvo la muerte, que también lo es, puesto que al destruir construye. Y la muerte venía lentamente por el antiguo camino que unía el puente con la puerta del Popolo.

Un hombre de ropas astrosas y luenga y blanca barba, que por ser viejo permanecía en callado conciliábulo con las estrellas, yacía cuan largo era junto a una de las bordas. De pronto, al sentir el paso de varias cabalgaduras, y sorprendido por ello, se incorporó, asomando la cabeza por la borda.

Al principio no comprendió. La noche lunar y la pobre visual de sus viejos y pecadores ojos no le permitían distinguir bien las figuras. Un grupo de personas y dos animales se había detenido a cierta distancia de la orilla. Un hombre se adelantó entonces y miró hacia arriba y abajo del río. Hizo una seña y se acercaron otros dos hombres; entre todos hablaron de algo, señalando el río. Luego se adelantó uno de los jinetes.

—¿Por qué deliberáis a las tantas? —demandó el jinete—. ¿Hay alguna dificultad?

—Ninguna, señor Micheletto, sólo que...

—¡Calla, desdichado!... ¿Quieres ir hacer compañía al fulano en el fondo del río?... ¡Vamos, apresuraos!

El jinete hizo una seña y el otro jinete se adelantó hacia la orilla, dejando la protección de las sombras, donde se mantuviera parcialmente oculto. Al caer los rayos lunares sobre él, se pudo ver que no iba solo. Un cuerpo iba cruzado sobre la cruz del animal, los pies colgando a un lado, los brazos al otro.

A partir de aquel momento, todo sucedió rápidamente. El inanimado cuerpo fue descolgado y puesto sobre una capa extendida. Se colocaron tres o cuatro piedras de regular tamaño sobre el cuerpo, se ató todo con la capa. Tomando entonces unos por los pies y otros por la cabeza, después de ligero balanceo, arrojaron el cuerpo al río, en la parte que parecía o sabían que era más honda.

Se produjo un remolino de aguas, como si ,el viejo río protestara no por el macabro regalo que le hacían, sino porque turbaban de aquel modo su reposo de milenios. Finalmente, cuando las últimas burbujas desaparecieron, todo volvió a la calma y el silencio. El paisaje nocturno tornó a ser lo que era., La muerte había pasado; la vida seguía su curso. El viejo botero se estremeció y sin ruido se escondió en el fondo de su embarcación, a reanudar su coloquio con las estrellas, ahora cómplices, como él, de un crimen.

—Idos y despachad a Manuel —ordenó el cabecilla, dirigiéndose a dos de sus hombres, los que sabía más resueltos—. Vosotros, volved a casa y nada ha pasado. Yo iré a buscar al amo, como quedó convenido...

Los asesinos del Duque de Gandía se dispersaron en silencio, confundiéndose con las sombras de la noche, que parecían buscar con singular predilección.

* * *

Nadie hubiera reconocido en aquella hermosa y subyugante mujer al enmascarado de poco tiempo antes. Ahora llevaba una bata de fina y transparente tela, adornada con encajes y

cintas que la conformaban al sinuoso y atrayente cuerpo. Pietrina, pues era ella, según habrán colegido nuestros lectores, yacía voluptuosamente en una otomana, sosteniendo en una mano, con gentil gracia, una -copa conteniendo un licor ambarino. Toda ella respiraba fragancia, sensualidad, deseo. No lejos de donde ella estaba, en el lecho, se dispersaban las ropas de dormir que su amo y señor se pondría al llegar, cosa que ocurriría de un momento a otro. Así lo había hecho siempre, desde que empezaran aquellas relaciones que, en lugar de enfriarse con el hastío, aumentaban en intensidad amorosa.

—Me alegro de haber dado a César esta prueba de mi lealtad y mi cariño hacia él —pensaba Pietrina—. No dejará de reconocerlo y de apreciarlo. No tanto por los bienes que puede dispensarme, sino por el significado que ello tendrá en mi futuro... ¡Pietrina, la meretriz de Roma, elevada al solio cardenalicio, o quizá más alto todavía!... ¿No fue, en este sentido, una mujer afortunada la Vannozza? Sólo que yo no me dejaré convencer, hudiendo mi existencia en el anonimato... Quiero ser y seré la mujer, la amante, lo que fuere, del gran César Borgia, hombre llamado a un destino superior...

Un discreto y breve llamado a la puerta interrumpió su soliloquio. Una voz, de timbre suave y apasionado, que 'bien conocía, se oyó a continuación: —Abre, Pietrina, soy yo.

Con un destello de sus ojos oscuros, Pietrina bebió un sorbo de su copa y como estaba corrió a abrir la puerta. Franqueada ésta, Pietrina retrocedió, sorprendida. César no se hallaba solo. Micheletto iba con él. Un Micheletto de rostro hundido, de mirada profunda, amenazante, cruelmente resuelta.

Ahogada en su garganta la pregunta que estuviera a punto de formular, Pietrina retrocedió prestamente, lanzando un ahogado gemido. Había comprendido. La mirada de Micheletto no podía ser más elocuente.

—A ella, Micheletto... *¡Súbito!*

Como un sabueso de presa acostumbrado a escuchar la voz de su amo, Micheletto se lanzó en medio de la habitación y persiguió a la infeliz Pietrina, que más muerta que viva apenas atinó a caer sobre el lecho. Allí la alcanzó el ejecutor de César y tomándola con rudeza, insensible a la belleza que se movía desesperadamente aferrada a la vida debajo de él, la tomó por el cuello y sus rudas manos se cerraron como tenazas en torno de él. Pietrina emitió sonidos extraños, arañó, pataleó y se agitó desesperadamente por algunos instantes. Pero al fin, gradualmente, sus miembros cayeron fláccidos, inertes, yertos. Toda la espléndida belleza de la hetaira romana quedó destrozada, rota, bajo las rudas zarpas del victimario. Micheletto se incorporó con el rostro congestionado, cubierto de sudoroso brillo, pero imperturbable. Al quitar las manos de la garganta grácil y ebúrnea, la cabeza de Pietrina cayó a un costado. El cuello roto como el de una paloma. Los ojos abiertos, sin vida ni brillo se quedaron fijos sobre la incierta luz de la lamparita de aceite perfumado que alumbraba la escena.

* * *

Su Santidad, el papa Alejandro VI, se paseaba por su despacho privado, como era una de sus costumbres cuando se hallaba excitado. Mas en esta ocasión la causa no era de disgusto, sino de satisfacción. Agitaba un pergamino en su mano, mientras monologaba. El Cardenal de Monreal, Juan Borgia, asistía a la escena.

—:.. .la solución no puede ser mejor, para todos —decía Su Santidad—. Siempre tuve a Giovanni Sforza por un hombre discreto y razonable... Ante nuestra requisitoria, aceptó la disolución del vínculo matrimonial con Lucrecia, expresando como causal la impotencia... Sí, este documento, firmado por él, lo probará ante la posteridad. Ahora deberá refrendarlo Lucrecia con su firma ¡y ella quedará en libertad de contraer nuevo matrimonio! ,

—¿Cree, Su Ilustrísima, que el retiro de mi muy amada prima se deba al dolor que debió producirle el abandono de su esposo? —preguntó el joven cardenal, Juan Borgia.

—Posible es, mas ¿quién puede determinar la naturaleza de la mujer?... —Se volvió colérico hacia la puerta—. ¿Pero dónde está ese condenado de Juan? Él le llevará el documento a Lucrecia al convento...

En este momento se oyó un discreto llamado a la puerta y en la entrada asomó Joffre. Rodrigo Borgia lo miró sin ocultar su disgusto.

—Lo siento, señor, pero no se encuentra en sus habitaciones, y según mis informaciones, tampoco está en las que tiene en la ciudad.

—¿Es posible?... ¿Y dónde está, entonces, el Duque de Gandía? —Si Vuestra Santidad me lo permite —terció el joven cardenal Borgia—, voy a excusar a mi primo Juan... Anoche, cuando nos retiramos de la casa de Madonna Vannozza, nos dió a entender, a mí y a César, que tenía una cita galante, a la que acudió presto...

El Papa alzó los ojos y los brazos al cielo.

—¡Cita galante!...- ¡Válgame Dios!... ¿Es que no piensan sino en holgar?... ¿Dónde están las nobles inquietudes de los jóvenes? Llamados a cumplir grandes destinos, deberían estar planificando sus próximas hazañas, que les habrán de dar lustre y prestigio... ¡y en lugar de ello se van a lujuriar!... ¿Qué puedo esperar de semejantes hijos?... ¿Dónde está César?

—No lo hemos visto por hoy, señor. Creemos que deba estar en su palacio, en la ciudad.

Borgia lanzó un suspiro y miró tanto a su hijo Joffre, como a su sobrino Juan, como preguntándose a quien haría el depositario de su confianza. Se decidió, finalmente, por Juan Borgia. Se acercó a él y le alcanzó el pergamino.

—Toma, Juan —le dijo—, vete al Convento de San Sixto y entrevista a Lucrecia. Dile que debe firmar este documento y explícale las causas. En mi nombre, exprésale que no lo sienta, pues pronto habré de buscarle un esposo más encumbrado, más rico y de mayor porvenir que ese Sforza. Puedes decirle también que si su deseo es permanecer todavía en el convento, no la censuro, mas recuérdale que como Borgia, se debe a un imperativo mayor, que es el de realizar la grandeza de... de la Iglesia.

—Cumpliré al pie de la letra vuestras instrucciones, señor —repuso Juan Borgia, inclinándose.

En aquel momento se oyó un nuevo llamado a la puerta y en respuesta a la voz del Papa, hizo su aparición Pedro Calderón, el Perotto. Este tenía las mejillas sonrojadas, como si se hallara presa de una emoción muy grande, o de una fiebre.

—Perdone Vuestra Santidad mi intromisión —dijo humildemente el genial fornicador inclinándose ante Borgia-—, pero el excelentísimo señor gobernador de Roma, Conde de Spavelli, pide vuestra venia.

La sorpresa disipó la cólera de Su Santidad.

—¿El gobernador de Roma? —preguntó—. ¿Qué quiere?... Nada bueno debe ser. Hacedlo pasar.

El Perotto se inclinó varias veces más mientras retrocedía hacia la puerta. Momentos después hacía su entrada el Conde de Spavelli, un hombre alto, de sienes entrecanas, vestido con estirada elegancia, como correspondía a un hombre de armas. El Conde se inclinó ante el Papa y aun besó referente su anillo papal.

—¿A qué debemos el honor de esta intempestiva visita, señor Conde? —preguntó Alejandro VI, posando en él sus ojos de suave pero profundo mirar.

—Señor, vengo a daros una noticia que ha de causar en vos profunda desazón... Y preferiría dárosla personalmente.

Alejandro VI hizo un vago ademán y salieron Joffre, Juan y el Perotto. Se había puesto pálido, pero procuró conservar su serenidad. Momentos después, detrás de aquellas puertas

cerradas, se oía una aguda y dolorosa exclamación, seguida del estallido incontenible del llanto. El Conde de Spavelli terminaba de dar cuenta a Su Paternidad que su hijo Juan, Duque de Gandía, había sido hallado en el fondo del Tíber,-herido de once mortales cuchilladas. El descubrimiento se había realizado gracias a la Información de un viejo botero. El señor Gobernador de Roma reapareció, pálido y conmovido. A Perotto le dijo que fuese en busca de un médico, pues el Santo Padre se sentía mal.

Tal fue la forma cómo se conoció y divulgó la noticia del asesinato del Duque de Gandía, hecho que conmovió no sólo a Roma, sino a Italia y aún al extranjero, particularmente en España, donde, como sabemos, el extinto estaba emparentado con los reyes católicos, por su boda con doña María Enríquez.

Muy grande y sincero fue el dolor de Rodrigo Borgia por la muerte de aquel hijo que compartía con Lucrecia la predilección paterna. A instancias del dolor y en el deseo natural de estar solo, el Papa dejó el Vaticano y se encerró en el departamento que tenía reservado en el castillo de St. Angelo, donde en dos días no quiso ver a nadie ni recibió alimentos ni bebidas. Las horas se las pasaba incluso de noche, llorando amargamente, lamentándose por el triste destino de su amado hijo, en él cual depositara sus mayores y mejores esperanzas.

Abandonó el castillo para asistir al Consistorio del 19 de .Junio, al que asistieron todos los Cardenales presentes en Roma, excepto Ascanio Sforza, así como los embajadores español, napolitano, veneciano y mílanés. El Papa vio renovado su dolor cuando aquellos personajes le expresaron sus sentimientos de pesar y sin ocultar sus lágrimas, dio rienda suelta a su pena, diciendo:

—Amábamos al Duque de Gandía sobre todas las cosas del mundo y daríamos con gusto siete tiaras por volverlo a la vida. Dios, por nuestros pecados, ha querido mandarnos esta prueba, porque no merecía el Duque muerte tan terrible y misteriosa... Hasta nosotros han llegado voces absurdas al respecto. Se dice que el asesino puede ser Juan Sforza. Estamos seguros de que no es verdad. Y menos que sea su hermano César el responsable, o el Duque de Urbino, como se ha dicho. Dios perdone a quien haya cometido el crimen... Por este hecho, anuncio del cielo, estamos resueltos a atender de aquí en adelante a nuestra reforma y a la de la Iglesia. Confiaremos ésta a seis Cardenales y a dos auditores de la Rota. Los beneficios se conferirán únicamente a los que los merezcan. Queremos renunciar al nepotismo y empezar la reforma por nosotros mismos, para con nuestro ejemplo pasar a los de los demás miembros y llevar esta obra hasta el fin, para mayor gloria del Señor...

Apenas terminado el Consistorio y cuando el Papa quedó solo en compañía de sus más íntimos, entre ellos César, Joffre y el Cardenal Borgia, hizo llamar a su capitán de guardias, su sobrino Rodrigo Borgia, hermano del Cardenal, y de Jerónima y Ángela, damas de honor de Lucrecia. El tal era un joven apuesto —por aquel tiempo no contaba más de veinte años—, de porte digno, de gran prestancia física, como correspondía a un hombre de armas. Siendo capitán de guardias, su vestimenta era también adecuada, con peto, espaldar y gola. En el peto llevaba la insignia de la cruz que los distinguía a los guardias. Tan pronto como entró el joven oficial, el Papa despidió a los otros.

—Hijo mío —le dijo, apenas quedaron solos—, te hice llamar para darte una misión muy delicada e íntima amén de muy importante...

—Señor, no estoy sino para serviros y aun con mi vida os daría satisfacción dé ello. Confiad en mí.

—Por eso te llamo, Rodrigo, y porque confío plenamente en ti, tanto o más que en mis propios hijos, te di el cargo que ocupas. Pues, bien, quiero que hagas una investigación muy seria y descubras con evidencia cierta, quién es el asesino del Duque de Gandía.

—¡Oh, señor!... ¡Es una misión terrible!

—Pero, a lo que supongo, no muy difícil... No escatimes medios ni gastos. Lo único que

Librodot

me interesa es la verdad. El vulgo señala a varios responsables, pero no es posible castigar a todos o a uno por simples sospechas... Presumo que el instigador sea el cardenal

Ascanio Sforza que, como sabes, no asistió al Consistorio. Sabemos que ha huido a Genazzano y que conspira de nuevo con los Orsiní... ¡Mi cólera será terrible si puedo probarlo!

Rodrigo Borgia, no poco impresionado se inclinó reverentemente.

—Haré lo imposible por satisfaceros señor —dijo con sencillez.

Cuánta no sería la sorpresa del Papa al enterarse en las últimas horas de aquel mismo día que el capitán Borgia deseaba verlo con urgencia. Lo recibió y se encerró con él en su cámara personal, lejos de la indiscreción ajena. Quienes rondaban por las cercanías aseguraron luego que el Papa lanzaba frecuentes exclamaciones y aun interjecciones de grueso calibre, y parecía excitadísimo y colérico El capitán volvió a partir, en tanto Su Paternidad quedaba encerrado y negándose a recibir a nadie. Algunas horas después llegó César Borgia. Podía ser una simple coincidencia o no, la cuestión es que pasó inmediatamente a la cámara privada, la cual quedó herméticamente cerrada después de su ingreso. Se renovaron entonces las exclamaciones subidas de tono, de ambas partes; el Papa volvió a sollozar de dolor e indignación, lo que no le impidió apostrofar a su hijo con los términos más duros que, sin embargo, no llegaban a ser traducidos afuera, por impedirlo los gruesos muros. Aquella borrascosa entrevista duró una larga media hora y por fin el Papa pareció aplacarse, o acaso quedó abrumado por la confesión de César Borgia. Éste reapareció, finalmente, pálido y conmovido, echando fuego por los ojos. Dejó el Vaticano sin ser molestado por nadie Cuando llegó a la Plaza de San Pedro, donde, como de costumbre, lo esperaba Micheletto con los caballos, el Cardenal de Valencia montó en silencio, con expresión tan adusta que alarmó al siniestro personaje. Luego, cuando echaron a caminar, Su Señoría empezó a hablar.

—Eres un imbécil, Micheletto.,. El peor que conozco... ¡Arrojar el cadáver en presencia de un testigo!

—Oh, señor, vuestro enojo es injusto!... ¿Cómo podíamos saber que en ese bote había un viejo mendigo?

—¡Pudiste suponerlo, maldito!... Y eso no fue todo. En la mayor confianza, en la camaradería lógica de gandules, os llamabais por vuestros nombres... Micheletto aquí, Micheletto allá...

—El tal fue un craso error de uno de los nuestros...

—¡El mismo sirvió para descubrirlo todo!... —César Borgia hablaba en bajo tono, con lo cual demostraba que su cólera era terrible; Micheletto se puso en guardia. Pero, por fortuna para el, Su Reverencia fijó su atención en otro personaje—. Bien, es preciso destruir aquella evidencia. Alguien puede tener la misma ocurrencia que mi primo Rodrigo, interrogando a ese viejo...

—¡Lo destruiremos, señor!... ¡Ahora mismo!... ¡Y esta vez no cometeremos errores!

—Observación que habrás de cumplir en el futuro, Micheletto si quieres conservar la cabeza... ¿Sabes por qué no estamos ahora los dos muertos, destrozados en la cámara de las torturas de St. Angelo? Porque, después de todo, soy César Borgia y porque mi augusto padre me necesita para realizar sus planes...

Pálido y tembloroso al oír aquello, Micheletto tiró sin darse cuenta de las riendas de su caballo. Miró a su amo con gesto apelante, casi suplicante.

—Pero no temas nada, que Su Santidad nos ha perdonado graciosamente. .. Yo te digo, tiene sus grandes proyectos, me necesita. Ahora más que nunca... —De pronto, con escalofriante cinismo, César Borgia se echó a reír—. Y yo lo necesito a él... ¡pues aspiro a cosas más grandes todavía!

Librodot

* * *

Pasó el tiempo, cerrando heridas, suavizando dolores, mitigando penas. La vida seguía su curso, inapelablemente. El asesinato del Duque de Gandía dio lugar a otros acontecimientos que sin ser tan dramáticos, eran tanto o más importantes. Los Cardenales, que tomaran a pecho la reforma prometida por Alejandro VI, nombraron una comisión para el estudio de sus cláusulas y redactaron una Bula, que ponía coto a todos los conocidos abusos. Pero a su aprobación por el Papa y su consiguiente publicación se fueron dando largas y al fin quedó condenada a perpetuo olvido, en cuanto el dolor y el arrepentimiento de Rodrigo Borgia pasaron y de él se enseñorearon de nuevo y con más fuerza sus pasiones y carnales apetitos

No obstante la terrible noticia del asesinato de su hermano Juan, Lucrecia Borgia se negó a abandonar el convento. La cuestión de la disolución de su matrimonio con Giovanni Sforza era un hecho y pronto fue también una cosa del pasado. Lucrecia hizo saber a su augusto progenitor que estaba dispuesta a obedecerle, si con eso contribuía a su grandeza personal y a la de la

Iglesia. Pero, en tanto no se eligiese a su nuevo consorte, pedía humildemente permiso para permanecer en el convento.

Que Alejandro VI requería el concurso de sus hijos en la ejecución de sus planes de expansión y dominio quedó demostradcr cuando, a escasos dos meses de la muerte del Duque de Gandía, designó a César Borgia, Cardenal de Valencia como Legado papal para coronar al rey D. Fadrique, último de los monarcas napolitanos de la casa de Aragón. El 22 de julio partió pues César con numeroso y calificado séquito, y con la fastuosidad que tanto le placía. Cumplida la grata misión y realizada la coronación del monarca napolitano, después de haber participado activamente en todos los festejos a que dio lugar el acontecimiento, incluso con varias aventuras galantes que fueron nuevos motivos de murmuración y comentario, César Borgia retornó a Roma. Había establecido nuevas amistades, formado nuevas alianzas, prometido ventajas y obtenido otras. Un pensamiento capital fustigaba al joven Cardenal: llegar a ser César pero no sólo por el nombre, sino por las hazañas de su espada.

El 6 de setiembre de aquel año 1497, César regresó a Roma. Su Paternidad lo recibió magníficamente, sentado en su trono, rodeado del Sacro Colegio. Según el ceremonial, Alejandro VI abrazó y besó a su hijo, pero entre ambos no se cambió una palabra. Para todos se hizo evidente que un hondo resentimiento separaba a padre e hijo. El motivo de César Borgia, sin embargo, era otro. Joffre Borgia y Sancha de Aragón, su esposa, habían dejado Roma por orden de Su Santidad, yendo a encerrarse en el principado de Squillace.

Mas a partir de entonces y en la ejecución del plan que se tenía trazado, César Borgia permanecía frecuentemente en el Vaticano, no lejos de la presencia de su purpurado progenitor, quien lo llamaba con frecuencia, dándole diversas comisiones. De tal modo se fue consolidando de nuevo entre ellos la amistad aunque no el afecto de antes. Ambos se necesitaban. La realización de sus planes de ambición y poder no se vería favorecida si el uno no iba en ayuda del otro.

Ya sabemos cuáles eran los proyectos de grandeza personal y hegemonía papal que Alejandro VI perseguía. Hasta entonces, César Borgia no había tenido planes definidos. Pero su presencia en Capua, durante la coronación del rey Fadrique de Nápoles, le había dado la oportunidad de conocer a la hermosa hija de este

soberano, Carlota de Aragón. ¿Qué más natural, entonces, que ambicionase una boda con ella lo que, al morir Fadrique le convertiría en Rey de Nápoles?

Pero había un obstáculo, al parecer capital, en la realización de tan ambicioso proyecto: su condición eclesiástica. Como Cardenal jamás podría casarse ni con Carlota de Aragón ni con ninguna otra dama.

—Esta es la razón, señor, poderosa razón, si la juzgáis a la luz de los intereses del Estado, que me induce a rogaros toméis las disposiciones de rigor para que se me exima, con acuerdo consistorial, de mi condición cardenalicia...

—¡Cosa imposible!... ¡Cosa jamás vista! —bramó Su Santidad—. *Venio nunc ad istíus, quemadmodum ipse' appellat, studium, ut amici, eius, morbum et insaniam...*

—No lo juzguéis tan imposible señor... Todos abominan de mi licenciosa conducta; vos mismo habéis anatemizado mis lamentables hechuras «leí ayer, mi mala vida, mis notorias deshonestidades ... Pero es que yo nací para hombre de acción, que ambiciona, ama u odia con todas las fuerzas de su ser. Además, pensad un poco, si me caso con Carlota de Aragón y llego a heredar el trono de Nápoles, podré realizar mi principal proyecto de formar y armar un gran ejército, con el que podré intentar la conquista de los demás reinos, poniendo a todos ellos a los pies de Vuestra Santidad, para mayor gloria de la Iglesia...

Incluso Alejandro VI debió guardar un admirativo y acaso respetuoso silencio frente a la entusiasta y no muy loca declaración. En aquellos minutos de silencio que siguieron, Rodrigo Borgia guardó una actitud grave y concentrada, sopesando sin duda las causas favorables de la cuestión. Finalmente, asintió.

—Está bien —declaró—. Veré que haya una reunión secreta del Consistorio, en el que pediré tu secularización...

—¡Oh, señor, gracias! —exclamó César, cayendo a los pies de Su Santidad e intentando tomarle la mano para besársela. El Papa se lo impidió tomándolo por los hombros y ayudándole a ponerse de pie.

No tienes que darme las gracias, César. Hemos estado equivocados y reparamos un error, eso es todo.... De haber accedido a tus deseos, hace tiempo, quizás hoy... —Rodrigo sintió que su voz se quebraba y no concluyó su frase. Al dejarse caer en su solio, hizo un ademán que César interpretó correctamente, dejando la estancia.

Poco tiempo después, en efecto, se reunía el Consistorio de Cardenales y resolvía en forma secreta exonerar a César Borgia de los atributos cardenalicios que se le otorgaran.

No cabe explicar la satisfacción del ambicioso Borgia logrado este primer triunfo. Empezó inmediatamente a formalizar y dar cuerpo a sus planes. El Papa, a sus instancias, dirigió una conceptuosa misiva al Rey de Nápoles, don Fadrique, padre de Carlota de Aragón, insinuando muy gentilmente la posibilidad de una boda entre César Borgia y Carlota.

En tanto se conocía la respuesta del Rey de Nápoles, que César no dudaba habría de serle favorable, su Santo Padre no perdió tiempo y con el deseo de granjearse la buena voluntad de los aragoneses, entró a negociar la boda de Lucrecia con Alfonso de Aragón, Duque de Bisceglia, hermano de Sancha de Aragón e hijo natural, como ella de Alfonso II y de la bella Trusia

En esos trámites y en diversiones y entretenimientos u ocupaciones propias de su edad —en 1497, el Valentino tenía veintidós años—, dejó pasar César Borgia el resto del año. Pero había adquirido gran experiencia y el deseo de ser apreciado y respetado como gran señor, lo hicieron cauto y menos desaprensivo. Vestido como un verdadero príncipe, llevaba la existencia normal de uno de sangre. Durante el día era un cumplido caballero que si no hacía vida de salón, se ocupaba de su jauría, de sus halcones o de sus caballos,,o bien participaba en cacerías, muy frecuentes por entonces entre los grandes señores.

Las noches eran ya otra cosa. Apenas las sombras del crepúsculo caían sobre la ciudad de las siete colinas, los señores experimentaban -un notable cambio-. Se vestían ropas elegantes y perfumadas, debajo de las cuales llevaban la infaltable cota de malla. Los más se cubrían el rostro con un bonito antifaz, para hacer más sugestivas las aventuras galantes. César Borgia había adoptado por esta costumbre, desde que desapareciera del escenario una

mujer a quien él conociera y que lucía muy bien con su máscara. Esta costumbre, de más está decirlo, disminuyó notablemente la mala fama de que gozaba César en los ambientes desaprensivos de la Roma alegre. Evitando el ser reconocido, podía realizar una de las suyas y escapar sin sufrir daño en su persona o en su fama.

César Borgia no olvidaba a Sancha de Aragón. Por el contrario, la forzosa separación —que él debía respetar para no incurrir en la cólera de Su Paternidad— había hecho que la añorase con

verdadera nostalgia. Las gracias y encantos que encontrara en ella no tenían parangón con otras. Por tanto, todas sus aventurillas amorosas no resultaban sino un pobre paliativo, que él gustaba para no dejarse dominar por el aburrimiento y la hipocondría. Tanto no olvidaba a Sancha que por esos días circulaba una historia respecto a él y a sus amores con su cuñada. Se decía, en efecto, que César había enviado un secreto emisario al principado de Spillace, para ofrecer a su hermano Joffre el capelo de cardenal que él, César, iba a renunciar, a cambio de la mano de sil mujer. Joffre, decían los maldicientes, se había opuesto indignado a la proposición. Que esta historia fuese cierta o no, señala de algún modo la personalidad oblicua de *El Príncipe.*

Así las cosas, llego a su fin el año del Señor de 1497. La celebración de Navidad, Año Nuevo, y las carnestolendas, dieron extraordinaria animación a la ciudad eterna siempre dispuesta a celebrar alegremente cualquier acontecimiento. El nuevo año de 1498 parecía habría de ser fructífero en muchos aspectos. Todos, desde el Papa para abajo, esperaban grandes acontecimientos y su prometían medrar en llegada la ocasión, cada uno por su cuenta. Durante las fiestas mencionadas se consumieron en Roma miles de toneles de vino, miles de lechones, pollos *y* terneras, amén de otros animales de gran estima culinaria como los faisanes plato delicadísimo y raro en la mesa de los grandes señores.

En las noches de esos días el viejo y fatigado río Tíber recibió, como siempre, su mortal carga de seres que la vida arrojaba como uña resaca, en sus orillas. Los muertos violentamente, hombres y mujeres, ricos y pobres o comuneros, aparecían y desaparecían entre sus turbias aguas, cargadas de otras más turbias todavía. Pero nadie podía poner freno a tales excesos de las pasiones humanas. No había representantes del orden y de la ley. Los corchetes y alguaciles sólo estaban destinados a cuidar la vida de los grandes señores que ocupaban importantes cargos públicos, a proteger los palacios en que moraban.

Tal era la vida que se llevaba en Roma, al empezar aquél memorable año de gracia de 1498.

* * *

Al promediar el mes de febrero y apenas pasados los carnavales romanos, César recibió una información que lo inquietó sobremanera. Lucrecia, su hermana, se negaba a abandonar el convento. Y, lo que era más grave todavía, según la misma opinión del Santo Padre, se negaba a una boda con el Duque de Bisceglia.

Esta actitud no era del agrado del Valentino porque al rechazar Lucrecia al infante de Aragón en forma tan abierta, se granjearía la animadversión de los de esa casa y aún era posible que Sancha, a quien esperaba ir a buscar en cuanto se viese libre del férreo puño de Su Santidad, se disgustase por tal motivo, ya que el desaire a su hermano Alonso podía tomarlo como una ofensa a sí misma.

Por todo lo cual, aquel 20 de febrero, de mañana, César Borgia resolvió hacer una visita a su hermana, en el mismo convento de San Sixto. Juzgando que su condición, y carácter le eximían de todo tratamiento protocolar, hizo la visita sorpresivamente, sin ningún aviso previo. Así es que, cuando las buenas monjas del convento sintieron frente al portón el característico ruido de caballerías y armas, se encontraron frente a un señor de impresionante aspecto y luciendo armas flamantes, que con su sola presencia las contundió y sonrojó en

Librodot

extremo. Olvidábamos decir que César Borgia iba acompañado de sus guardias de corps encabezados por el infaltable Micheletto.

Expresado el deseo de Su Señoría de ver a la ilustrísima señora Lucrecia, las buenas monjas corrieron en todas direcciones, sólo atinando a ponerse lejos de la ira de aquel señor de fiero aspecto, que expresaba ser hermano de doña Lucrecia, es decir, el famoso y muy temido César Borgia.

—¡Vaya, esto sí que tiene gracia! —exclamó César Borgia, soltando la carcajada al ver aquel desbande general—. ¡Ni que hubiera dicho que era el *diávolo* en persona!

Tanto el señor Borgia como su fiel ejecutor de órdenes habían bajado de los caballos y cruzado aquel viejo portón, de modo que se encontraban en un corredor con columnas, sobre el cual caían numerosas puertas. A un costado asomaba un hermoso y bien cuidado jardín, bañado por el sol de la mañana, muy débil en esta época del año.

—Si Su Señoría tiene a bien fijarse —señaló Micheletto—, verá que aquella puerta se halla abierta. Presumo sin dármelas de sabihondo, que a alguna parte nos llevará.

—Pues, andando, mi buen Micheletto, y tú adelante., por si estas buenas hermanas, en la suposición de que somos demonios disfrazados de caballeros, nos arrojan un balde de aceite hirviendo. ..

—¡Calle, señor, que se me puso la carne de gallina! —respondió Micheletto, soltando la carcajada.

Los pasos, pesados, de los dos hombres, resonaron extrañamente en el poco ha silencioso patio al cual no tardaron en llegar, después de cruzar aquella entrada. Sobre el mismo caían cuatro corredores dobles, bajo el amparo de un campanario, que se elevaba en una de las esquinas, sobre la estructura de la iglesia. Tanto en la planta baja como en el primer piso, los intrusos advirtieron la presencia de varias monjas, que apenas los veían se alejaban corriendo, lanzando exclamaciones ahogadas y haciéndose cruces.

—Si no fuera quién soy y viniera en son de paz, la conducta de estas buenas religiosas me sacaría de quicio... ¿Puedes decirme, Micheletto, por qué se comportan así estas mujeres?

—Ignórolo, señor... Pero, suponiendo que la señora Lucrecia es la reina del convento, cabe esperar que ocupe las mejores habitaciones. Aquéllas que veo allí, en lo alto, me parecen las más indicadas.

—Vamos allá y terminemos, antes de que 'pierda la cabeza.

Cruzaron el patio, subieron por aquella escalera de ladrillos y llegaron al corredor superior. Avanzaban por él cuando, un tanto sorpresivamente, una monja de cierta edad y grave aspecto, salió al encuentro de ellos. Estaba notoriamente pálida y aun parecía temblar bajo sus seculares hábitos.

—Perdone, Su Señoría, si indago el motivo de su presencia en esta casa del Señor, donde está prohibida la entrada de los hombres...

—Soy César Borgia y deseo ver a mi hermana Lucrecia —respondió el Valentino, con sequedad.

—Y yo soy la abadesa del convento —replicó la religiosa, inclinándose—. En condición de tal, muy humildemente, os ruego os retiréis.

—¿No habéis oído? —César Borgia había empezado a montar en cólera y no lo ocultaba—. Quiero ver a mi hermana. Nadie me lo impedirá. ¿La tenéis secuestrada, acaso?

—Lejos de nuestro ánimo semejante cosa, señor. Pero Su Gracia está delicada y en cama, y ruega a Su Señoría, quiera disculparla, dejándome a mí el recado o el asunto que lo trae.

—No me iré sin hablar con ella. De modo que, señora mía, indicadme cuál es su

Librodot

habitación.

—Lo siento, señor, pero os ruego no forcéis vuestra permanencia en esta casa de Dios.

—¡Y yo demando que no forcéis mi cólera, si no queréis arrepentiros!... ¿Cuál son sus habitaciones?.. ¡Hablad!... Todo este misterio me trae mala espina y a fe que no me iré sin desentrañarlo. .. ¿Vais a decirlo, o no?

La abadesa, más pálida que antes, había unido las manos por dentro de los mitones de sus mangas, y aunque estaba más muerta que viva, no respondió. Y adoptó la misma actitud cuando Cesa" repitió su pregunta, más encolerizado esta vez.

—¡Micheletto, hazte cargo de ella! —exclamó al fin, perdida la paciencia.

Micheletto extrajo su impresionante daga toledana y armado de ella saltó sobre la infeliz mujer, que abrió los ojos desorbitadamente, a punto de caer dominada por el miedo. Pero el temor a la muerte pudo más que todas las consignas y con brazo tembloroso, sin poder articular palabra alguna, por más esfuerzos que hacía, señaló hacia una de tantas puertas.

Llegar a ella en unos cuantos trancos, fue cosa sencilla. Estaba cerrada y aun cuando César Borgia cayó sobre ella, golpeando con los puños, no se abrió. A una nueva señal de su amo, Micheletto se precipitó sobre la puerta y la abrió de un violento empellón.

César se precipitó en una especie de antecámara, donde no había más mueble que un armario, un rústico catre, una mesa y una silla. El piso, de ladrillo, veíase parcialmente cubierto por una vieja y descolorida alfombra. En esa habitación estaba una mujer, una moza de cámara a juzgar por su aspecto, joven y bonita, pero terriblemente asustada. Ella se interponía en una puerta de comunicación con otra cámara.

—¡Lucrecia!... —demandó César—. ¿Dónde estás?

—¡Perdón, señor!... ¡No podéis pasar!... ¡La señora está enferma! —suplicó la doncella, aferrándose dramáticamente a los vanos de la puerta.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —inquirió el Valentino, echando fuego por los ojos. Su calenturienta imaginación le hacía suponer que había algo oculto y siniestro en todo esto. Tal vez Lucrecia había sido muerta, asesinada.

—Soy Pantasilea, señor, la doncella de confianza de la señora... ¡Ella os ruega que no entréis señor!... ¡Por amor a Dios!

Una nueva señal de César y Micheletto cayó sobre la doncella, dominándola con EU fuerza. Franqueada la entrada de este modo, en medio de los gritos de Pantasilea, César se precipitó en la cámara, mirando a todos lados con detención. La habitación hallábase sumida en una sospechosa penumbra, ya que permanecían corridos los cortinados de la única ventana.

—¿Qué quieres, César, que no respetas mi retiro y mi enfermedad? —sollozó Lucrecia en un rincón, bajo las coberturas de su lecho—. Te lo ruego vete... Nada tienes que hacer aquí. Respeta la casa de Dios...

Por toda respuesta César descorrió el cortinado y dejó que la luz exterior inundara la cámara. En el centro de ella había un lecho amplio. Un armario de ropas asomaba sobre un muro desnudo, blanco. Extrema austeridad había en el amueblamiento. La impresión de frío que se recibía al entrar desaparecía en parte gracias a la lumbre que ardía en una chimenea.

Lucrecia hundida, perdida en el amplio lecho y casi totalmente cubierta por las mantas, miraba a su encolerizado hermano con ojos desorbitados. Lo conocía; sabía de los arrebatos de furia en los que fácilmente se dejaba caer, de los excesos a que era capaz de llegar cuando creía afectado su honor, su nombre, su porvenir.

Cada vez más sorprendido y sin haber comprendido aún, César se acercó al lecho, buscando el rostro de Lucrecia. Y como ella se afanara en esconderlo, tiró de las sábanas con tal fuerza que, involuntariamente las bajó más de lo prudente.

Librodot

Hacerlo y lanzar una aguda exclamación de sorpresa, de consternación, de furor, fue todo uno. La prominencia era demasiado notoria para no verla. Lucrecia se hallaba en el último período de su embarazo.

—¡Condenada pécora! —exclamó sordamente estirándose con un siniestro brillo en los ojos—. ¡Con que era esto!... ¡Encinta!... ¡Estás embarazada!... ¡Por los clavos de Cristo!

Demasiado impresionada y temerosa para hablar o defenderse, Lucrecia sólo atinó a cubrirse de nuevo, posando sus ojos desencajados en su hermano, esperando, temiendo acaso que echase mano a su daga, para ahogar en sangre la terrible afrenta.

—¡Con que era por esto que desde hace ocho meses has estado encerrada aquí, sufriendo las inconveniencias y las incomodidades del claustro!... ¡A fe que eres la pelandusca más sucia y descarada que conozco!.. ¡Burlarse nada menos que del Sacro Colegio, permitiendo que declare *no consumado* tu matrimonio con Sforza, y tú aquí, esperando un sucio bastardo! Porque no cabe duda de que lo es... Si no me equivoco, hace un año que el cobarde de Sforza huyó de tu lado... ¿Eh?... ¡Habla!

Lucrecia, terriblemente pálida, el rostro cubierto de sudor, asintió. Se sentía morir. El ser que llevaba en las entrañas se agitaba dolorosamente en su seno. Apenas tenía aliento. La habitación le daba vueltas, las airadas voces de César resonaban extrañamente en sus oídos, como voces de seres fantasmales surgidos de un mundo atemorizante, oscuro, hacia donde ella iba con los pies descalzos, fríos.

César se inclinó sobre ella y hablando con los dientes apretados, alarmante índice de su cólera, espetó:

—Y ahora, hermanita pecadora, mujer del arte, si no quieres que te estrangule con mis propias manos, o que destroce en tus mismas entrañas al ser que llevas ahí, vas a decirme al punto el nombre del culpable... ¿Lo oyes?... ¡El nombre!... —César sacudió a su hermana sin misericordia—. ¡El nombre, te digo, maldita zorra!... ¡El nombre!... ¡El nombre!...

Sólo después de repetirlo varias veces, sin recibir respuesta ni indicios de que había sido oído, comprendió César que su hermana había perdido el conocimiento. Se incorporó, asustado. Una mujer en tales condiciones podía no sólo perder a su hijo, sino... Se lanzó hacia la salida. Varias monjas, rodeando a su abadesa, se hallaban reunidas en el corredor, a cierta distancia de la puerta. Al verlo aparecer, cual espectro de la venganza, quisieron huir en desbandada, pero las voces del Valentino las detuvieron.

—¡Pronto, por el cielo!... ¡Un médico!... ¡Un médico!... ¡Mi hermana se muere! -suplicó fuera de sí. Luego de lo cual corrió hacia la escalera, seguido de Micheletto. Cuando César saliera, Pantasilea se había precipitado hacia su ama, lanzando exclamaciones de temor y desesperación.

Los dos hombres cruzaron a grandes zancadas el patio cuando César, al recordar algo, se detuvo bruscamente.

—Esa mujer —dijo entre dientes, señalando y mirando hacia arriba—, la moza de cámara, quiero decir, imbécil... vete a buscarla. Tráela a rastras si es necesario... ¿No dijo que era la doncella de más confianza?... ¡Ella debe saber el nombre del ofensor!... ¡Corre!...

Micheletto no se hizo repetir la orden.

* * *

El Santo Padre muellemente sentado en el sillón favorito de su privada cámara, mientras leía con devoción un breviario, dejaba

que su camarero, el Perotto lo rasurara a conciencia. Este era uno de los pocos momentos durante el día en que el Papa podía concentrarse en sus pensamientos mientras fingía leer. A veces, naturalmente —en especial cuando quería saber algo—, iniciaba la conversación, lo que bastaba para que el fiel Perotto hablara hasta por las coyunturas, dándole

cuenta de lo que deseaba saber y mucho más. Pero si el señor no despegaba los labios, el camarero sellaba los suyos. En esta ocasión, tal ocurría. Alejandro VI no tenía ganas de hablar. Graves asuntos de Estado demandaban su atención y concentración. Cosa contraria ocurría con Calderón, que de buena gana se hubiese despachado un guiso de lengua, comentando las cosas maravillosas que estaban por ocurrir en el mundo.

—¡Oh, si Su Santidad supiera que soy el padre del primer nieto que va a tener! —pensaba el indino—. ¿Cómo recibiría la noticia? ... Naturalmente, cuando lo sepa, quieras que no, tendrá que honrarme con algún nombramiento digno de mi nueva condición... —un desliz de su mano hizo que produjera un pequeño corte en la mejilla.

—¡Qué haces, desdichado!... ¡Me has cortado! —bramó Su Santidad—. ¿Por qué te tiembla la mano?

—¡Perdonad, señor!... ¡No ha sido nada!... ¡Sólo un pequeñísimo rasguño que desaparecerá con alumbre!... ¿Lo veis, señor?... ¡Ya está!... ¡Ni la menor huella!

—Ten cuidado, Pedro... Ya sabes que la vista de la sangre me enferma... —entonces, por primera vez, Rodrigo Borgia pareció advertir la nerviosidad de su camarero—. ¿Qué ocurre, hoy, muchacho?... Estás desconocido.

—Con la anuencia de Vuestra Santidad, os diré que, en verdad, ocurre algo... algo que cambiará el curso de mi existencia.

—¡Hola, con que esas tenemos!... ¿Y se puede saber qué es lo que de tal modo... ? —Su Santidad se interrumpió, estirando el cuello y escuchando—. ¿Qué pasa ahí afuera? —demandó—. Siento un inusitado estrépito... ¡Sí, sucede algo!... ¡Ve a ver qué pasa, Pedro!

Alarmado y sin saber por qué, el Perotto miró hacia la puerta como fascinado. Algo lo retenía allí, como clavado en el piso. Una especie de hálito frío, como la caricia de una mano yerta, le había pasado por la mejilla. Procurando vencer su enfermiza condición, consiguió adelantar al fin un par de pasos, pero apenas lo había

hecho cuando la puerta se abrió de un empellón y apareció César Borgia, convertido en el dios iracundo de la venganza. Fuera de sí, las ropas en desarreglo, la mortífera daga en la mano allí en el umbral se detuvo un segundo, mientras buscaba e identificaba al ofensor.

Pedro Calderón reculó con presteza. Aún no sabía, ni podía imaginar lo ocurrido, pero al ver aquellos ojos cargados de sangre, que parecían ascuas, buscando con insistencia los suyos, comprendió que algo había salido mal.

—¡Ah, infame! —rugió César Borgia, lanzándose hacia él— ¡Al fin doy contigo!

Despavorido, el Perotto empezó a chillar como una rata acorralada, mientras iba a ponerse detrás de Su Paternidad, que se había puesto de pie.

—¡Detente, César! —ordenó el Papa—. ¿Qué significa esto?... ¡En!... ¿Qué haces?... ¡Santo cielo!... ¡César!... ¡No!... •

Pero era ya tarde y ni él ni el mismo Cristo, que apareciera en aquel momento frente al iracundo y ciego César Borgia, hubiera impedido que éste consumara su venganza, lavando con sangre, allí mismo, la afrenta hecha a los Borgia.

¡Y la corta y terrible espada entró y desapareció, varias veces, en el cuerpo del ambicioso cuanto desdichado Pedro Calderón, alias el Perotto!

En tanto la víctima se prendía desesperadamente del Papa, en procura de un amparo que no podía tener, la sangre, al salir a borbotones de aquellas mortales heridas, salpicó la blancura del paño de afeitar que Su Santidad llevaba al cuello, salpicó sus ropas y aun su paternal rostro, lo mismo que sus manos, el sillón en que desvalidamente se apoyaba, el piso alfombrado, los cercanos cortinados y las coberturas del lecho papal.

—¡Muere, maldito!... ¡Toma!... ¡Toma!... —seguía rugiendo César, mientras descargaba

Librodot

los golpes, convertido en un incontrolado e insano homicida.

—¡César!... ¡No!... ¡No!... —gimió el Papa, presa de violentas cuando repentinas náuseas—. ¡No!... ¡No lo mates!... —alcanzó a agregar, antes de perder pie y el sentido, y de caer desplomado en el sillón, junto al cuerpo todavía palpitante de su demasiado fiel camarero.

Y entonces, sólo al ver caer el cuerpo de su augusto padre y temiendo haberlo herido acaso en su ciega cólera, César dejó de

hundir su daga en aquellas carnes poco ha llenas de vida, de ambición y deseo, ahora yertas y en camino a la descomposición... *Post mortem, nihil est.*

Aquella misma noche, una noche oscura, fría, desde una embarcación que silenciosamente bajara por el río, dos hombres arrojaron el cadáver desnudo y sin cabeza de una mujer joven y bella, a juzgar por la tersura de su piel, por las formas suavemente redondeadas, por la prominencia y dureza de su busto. Arrastrado por el peso de las piedras atadas en pies y manos, el cuerpo desapareció rápidamente en las frías aguas del Tíber.

Uno de los individuos que hiciera el macabro trabajo se incorporó lazando un suspiro. De haberse podido ver en la oscuridad y a través del antifaz que llevaba, se hubiera reconocido en él a Micheletto, el ejecutor de las sentencias de muerte de César Borgia.

Lucrecia Borgia jamás volvió a ver a la ambiciosa y desdichada Pantasilea.

CAPÍTULO VII
DONDE LUCRECIA CONOCE LA FLECHA DEL PARTHO

Los poderosos, en la cima del poder y la gloria terrenales, suponen que es posible eludir la responsabilidad histórica de ciertos hechos con sólo ocultarlos al conocimiento público. Ignoran esos hombres que siempre existirán valores imponderables que trascienden los muros visibles e invisibles de la coerción, para mostrarse a la luz cuando los poderosos y su efímera gloria pasen, lo mismo que el temor que contribuyeran a crear, al fomentar la extinción, a sangre, fuego o veneno, de las posibles fuentes delatoras.

Así ocurrió en el cruento caso que terminamos de relatar. Los poderosos, en esta ocasión los Borgia, pasadas la emoción y la conmoción que provocaran los episodios recién vividos, a los que se agregó el posterior alumbramiento de Lucrecia Borgia, hicieron lo humanamente posible y aún más para evitar que aquéllos trascendieran al pueblo de Roma y al mundo en general. Vano empeño. Siempre existirá ese factor mencionado, pendiendo como una espada de Damocles sobre la testa de los tiranos. Un cómplice, un testigo involuntario, algún criado, algún ser minúsculo y olvidado, cualquier circunstancia imprevista, incluso el tardío arrepentimiento, pueden hacer que los hechos penosamente ocultos salgan a la luz y a la verdad.

Pronto circuló por Roma la noticia, primero, del asalto al piadoso convento de San Sixto, luego el asesinato del Perotto, al que se vinculó, como era dable suponer, el hallazgo del cuerpo decapitado en el Tíber. Y cuando se supo, igualmente, que Lucrecia Borgia había dado a luz un hijo, este hecho explicó los dos anteriores y Roma entera tuvo su buena oportunidad para comentar, a *sotto voce,* estos sucesos que, como el asesinato del Duque de Gandía, mostraban de cuerpo entero a los Borgia y sus instintos cavernarios.

Un nuevo incidente vino a exacerbar la difícil situación creada para los Borgia a raíz de tales acontecimientos. Giovanni Sforza, juzgando que habíale llegado la oportunidad de vengarse de ellos, lanzó su flecha del Partho, la calumnia, haciendo circular la infamia de qué tal hijo de Lucrecia no era del Perotto, como se suponía, pobre víctima propiciatoria, sino del mismo César, o acaso tal vez del verraco de su padre, Rodrigo Borgia.

Crease o no, esta terrible calumnia creció y aun fue aceptada como cierta, no sólo por los resentidos de aquel tiempo, sino por algunos historiadores que recogieron la infamia y adornándola la hicieron circular a su vez.

Después del asesinato de su camarero, Alejandro VI estuvo varios días enfermo, encerrado, negándose a recibir incluso a sus más inmediatos colaboradores. Había ordenado que César no abandonase el Vaticano ni las habitaciones que en él tenía reservadas, como todos los Borgia, en tanto resolvía su situación. Cabe suponer que en esos días el futuro de César debió verse muy en aprieto.

Pero al fin primó el buen criterio familiar y una vez más César recibió el interesado perdón del Santo Padre, quien justificaba de algún modo aquel exceso de cólera, ya que por culpa del drolático asunto, corríase el grave peligro de que todos los enlaces propuestos, para mayor gloria de la Iglesia y para el beneficio de los Borgia, quedasen en la nada. Si los de la Casa de Aragón tenían sentido y un poco de dignidad, Alonso, Duque de Bisceglia, nunca se casaría con Lucrecia. Por coincidencia muy comprensible, según expresara César en su defensa, era posible también que el rey Fadrlque de Nápoles se negara a casar a su hija Carlota con él.

Como consecuencia de todo este razonamiento, Alejandro VI perdonó a su hijo y restablecido ya de su pasajera dolencia, consecuencia, principalmente, de la penosa impresión recibida, volvió a ocupar su sitial con mayor dignidad aún que antes, escudándose con el más solemne desprecio dé la flecha del Partho lanzada por Giovanni Sforza.

Librodot

El 14 de marzo de aquel año, 1498, nació este primer hijo de Lucrecia, en la mayor secretud, como hemos dicho. Tanto que sólo muy contadas e íntimas personas estuvieron en el conocimiento del hecho. Luego el tal hijo desapareció tan misteriosamente como había venido, para reaparecer sólo algún tiempo después, cuando en una Bula lo reconoció Alejandro VI como a un Borgia. Este es el *infanus romanus* de que habla la historia.

Para contrarrestar la maledicencia, a instancias de su augusto progenitor, Lucrecia no tardó en presentarse en los salones, acaso más bella que nunca, luciendo vestidos que eran un sueño, y aparentemente en el mejor estado de salud. Esto desconcertó un tanto a los murmuradores y Rodrigo aprovechó la coyuntura para insistir en sus proyectos matrimoniales. César, el más interesado en ello, era un factor decisivo.

Sin embargo, las negociaciones matrimoniales de Alejandro VI con la corte de Nápoles no tuvieron el resultado que el Papa y particularmente, el Valentino deseaban. El rey Fadrique se negó resueltamente a dar la mano de su hija Carlota al ex Cardenal. Y a una amable sugestión que por carta le hiciera Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, amigo de Alejandro VI, en tal sentido, le respondió que prefería perder su reino y aun la vida antes de consentir en semejante boda

—¿Se niega eh? —bramó César, golpeando con el puño el pupitre de trabajo del Santo Padre, cuando éste, que lo hiciera llamar con tal motivo, le dio cuenta de aquel rechazo—. ¡Ya veremos quien se sale con la suya!

—¿Cómo piensas lograr un asentimiento que parece tan categóricamente imposible?

—Carlota de Aragón está en Francia y pertenece a la Corte del Duque de Orleáns de quien me hice muy buen amigo durante mi permanencia en el Ejército de Carlos VIII...

—A propósito del rey Carlos, ¿sabes que está muy enfermo? Recibió un golpe en la cabeza, en su castillo de Amboise. Si ocurre su deceso, el Duque de Orleáns subirá al trono con el nombre de Luis XII...

—¡Mis pecadores oídos nunca han escuchado mejor noticia!... Partiré a Francia en cuanto sea posible.

—No antes de que Lucrecia se case y debes ayudarme en esa tarea, César. Eres el más llamado a destruir la adversa influencia que, con tus hazañas, has creado en torno al nombre de los Borgia.

—Confieso mi culpa, señor —repuso César, bajando la cabeza, y os prometí moderar mis pasiones e impulsos... Yo también necesito pensar en el porvenir.

Las gestiones casamenteras de Alejandro VI, en cambio, tuvieron pleno éxito en el caso de Lucrecia. Con dádivas, promesas y recompensas, además de la rica y consabida dote, consiguió no sólo vencer la renuencia de los de Aragón, sino los escrúpulos del apuesto y joven Alonso de Aragón, firmándose el contrato de boda el 20 de junio de 1498, al poco tiempo de conocerse la noticia de la muerte del rey Carlos VIII de Francia, a quien sucediera en el trono, como estaba anticipado, el rey Luis XII. Esta noticia causó el más intenso júbilo de César Borgia, quien ya no vio sino el momento de partir a Francia. Un nuevo motivo de satisfacción lo encontró en la reanudación de sus relaciones amorosas con Sancha de Aragón, quien, con su séquito personal y su esposo, Joffre Borgia, llegaron por esos días a Roma.

Por fin, sin ceremonia alguna y casi furtivamente, el 15 de julio hizo su entrada en Roma el Duque de Bisceglia, Alonso de Aragón, que a la sazón contaba diecisiete años y era, según dicen las crónicas de la época, "el señor más hermoso que se viera en Roma". Vestido con sencilla elegancia, a la española, llevaba birrete de terciopelo con adorno de pluma, una chupa de seda, con sobrevesta de terciopelo haciendo un bonito contraste de colores, calzones acuchillados y calzas apretadas. Al cinto lucía un hermoso cinturón con hebilla de piedras preciosas y al costado llevaba una espada corta, de empuñadura de oro con incrustaciones.

Librodot

El 21 de ese mismo mes se celebró y consumó secretamente el matrimonio de Lucrecia y Alonso. La misa de las bodas quedó diferida para el siguiente domingo 5 de agosto, fecha en que empezaron también los festejos. Un testigo presencial de tales festejos, nada menos que la mismísima Sancha de Aragón, relata en una epístola a su tío, el rey Fadrique de Nápoles, las incidencias de tales festines.

La tal epístola resulta una amena y detallada descripción de los banquetes pantagruélicos que en el Vaticano se celebraron con tan fausto motivo; una pintura exacta, un cuadro animado y fidelísimo de las costumbres y las malas costumbres de aquella época y de las corrompidas cortes, y nos muestra a los prelados y cardenales bailando con las damas del palacio, matando toros a la española, haciendo una montería con disfraces y otras cosas excéntricas. Narra con primor hasta los más nimios y singulares pormenores, como tal vez no lo hicieran un afamado modisto parisino o un competente cronista de salones, los trajes, atavíos y tocados de damas y galanes. Enumera los espléndidos regalos de joyas y orfebrería con que a la desposada obsequiara su padre, Alejandro VI, y la corte cardenalicia. En suma, dicha epístola narrativa nos ofrece, escrita con deliciosa ingenuidad y no afectado realismo, una página vibrante, llena de luz y color, de lo que fueron aquellas fiestas.

Durante el baile, César Borgia, que estaba un poco bebido, bailó con Sancha una *baja y* una *alta,* danzas en boga. Rodeándola de atenciones que no quiso ocultar, la llamaba con los nombres más dulces o la acariciaba y aun besaba. Muy ceremoniosa y formalmente la invitó a una corrida de toros, a la que concurrieron diez mil personas, los grandes señores con sus respectivos palcos, *en* los que cabían sus ayudantes, pajes y servidores, amén de las damas de honor, y de las doncellas de sus esposas.

César Borgia, que organizara aquella corrida con el propósito de figuración y de mostrar su fuerza física y su destreza, entró en la plaza con otros doce jinetes, entre quienes, como puede suponerse, se hallaba Miguel Corella, el Micheletto, perteneciendo todos ellos a la guardia personal del Valentino.

Para la ocasión, César vestía una camisa muy rica de canutillo de oro, con encajes de seda y sembrada de pedrería, que doña Sancha le diera para aquel día. Encima de ella llevaba una marlota blanca, al costado una espada con empuñadura de oro macizo; un bonete de terciopelo carmesí, con torzales de oro y penacho blanco, y borceguíes azules, labrados con hilo *de* oro, completaban su atuendo.

Al frente de sus hombres y montando un soberbio caballo blanco, el Valentino hizo su aparición, siendo entusiastamente aplaudido por la concurrencia. Luego, inmediatamente, los trece hombres, por tumos se entregaron a la tarea de lidiar a los toros. Dicha tarea no consistía, como al presente, en capear, banderillar y luego estocar a los toros, sino en perseguirlos por todo el ruedo a caballo y armados de lanza.

El pintoresco relato que hace Sancha de Aragón, de la participación de César, es el siguiente y lo ofrecemos como una curiosidad:

"Se corrieron ocho toros desde las 19 horas hasta las 24 (?); mató el señor César, sólo de su mano, dos toros de aquesta manera; que después de haber corrido mucho el primero, diole una lanzada cerca de la cabeza que le pasó la mitad de la lanza por el pescuezo; después de descansar un rato cambió de caballo, aunque ya había mudado otros tres, y él sólo se agarró con otro toro muy bravo, y porque había muerto al primero con la lanza, dejó aquella y tomó otra de la misma manera y corrió este toro por espacio de media hora; después arrojó la lanza y puso la mano a la espada, y dióle una tan gran cuchillada en el pescuezo, que le echó en tierra muerto luego sin más ferida..."

Todo hacía suponer que la boda de Lucrecia y Alonso, por felicísima, anticipaba un matrimonio igualmente feliz y duradero. La mocedad de Alonso, casi dos años menor que Lucrecia, su varonil hermosura, su apacible carácter, la simpatía de la sangre, hasta el afecto

Librodot

que se tenían Sancha y Lucrecia, ahora doblemente cuñadas, hacían que fuera el Duque de Bisceglia un marido a quien no es extraño que Lucrecia cobrara, desde luego, grande afición.

Ya en tren de bodas, el Santo Padre casó poco después a sus sobrinas, Jerónima y Angela Borgia, la primera con Fabio Orsini. Se advierte el propósito del Papa de formar alianza de este modo con sus tradicionales enemigos, los Orsini. Tiempo después, Angela Borgia casaba con Francisco de la Rovere$_y$ sobrino del cardenal Julián de la Rovere, e implacable enemigo de los Borgia, mas este esponsal se disolvió. Por el tiempo de esta boda, sin embargo, el Cardenal fingía amistad con el Papa.

Por fin, el *17* de agosto de 1498, César recibió la anuencia paterna para renunciar públicamente al *capello* cardenalicio, renuncia que tácitamente fuera aceptada desde él año anterior, pero que el Papa no había oficializado aún. Como ese mismo día llegaba a Roma Luis de Villeneuve, Embajador del nuevo rey de Francia, Luis XII, ante el Vaticano, quien le traía a César Borgia el título de Duque de Valence, cabe suponer que tal hecho precipitó el reconocimiento público de la renuncia. Junto con el título, Su Majestad francesa invitaba a César a visitar la corte, que se hallaba en Chinon. De más está decir, que el Valentino aceptó ambos con gran contentamiento.

Después de ingentes preparativos, el 19 de octubre de aquel año partió César, revistiendo su partida la solemnidad y el fausto de la de un monarca. En este viaje tenía puestas el Papa grandes esperanzas, tanto para el encumbramiento de su hijo como para el acrecentamiento de su poder temporal y del permanente de la

Iglesia. Alejandro VI esperaba que César, por mediación del Rey de Francia, obtendría al fin la mano de Carlota de Aragón.

Pero una vez en la corte francesa, César pudo entrevistar personalmente a Carlota, recibiendo de su parte el mismo y firme rechazo. Se ha dicho que Carlota sentía repulsión hacia el ex Cardenal, en parte por las historias que se contaban acerca de él, en parte por la triste fama de los Borgia y finalmente porque no deseaba ser llamada la "señora cardenala".

Este franco rechazo quizá desagradó al Valentino en extremo, pero apenas tuvo tiemptí de lamentarlo. Enterado el rey Luis XII del asunto, expuso la posibilidad de que se casara con otra Carlota, su propia hermana, quien aceptó la sugerencia y no hubo impedimentos para concertar el enlace. Informado el Papa sobre el particular, dio su asentimiento, porque los franceses ayudarían al Valentino, como en efecto lo hicieron, a conquistar la Romana. En consecuencia, preparando la invasión, Alejandro VI empezó por declarar a los señores de Rimini, Pesaro, Imola, Forli, Urbino, Faenza y Camerino, desposeídos de sus feudos, por no haber pagado a la Santa Sede el debido tributo.

Tal era la situación política cuando el astuto y ambicioso cardenal Ascanio Sforza decidió que con un golpe de efecto podía hacer que la misma sufriese un cambio notable. Desde algún tiempo antes había venido ganándose la amistad y la confianza del Duque de Bisceglia, que, como esposo de Lucrecia, tenía fácil acceso a las habitaciones del Papa y participaba en todas las reuniones familiares. El hermoso joven, tan incauto como inocente, cayó fácilmente en las maquinaciones del Cardenal Sforza.

De ese modo, cierto anochecer, cuando se vestía para acudir a una cena íntima que se serviría esa misma noche en el Vaticano, en honor de uno de los Borgia, que cumplía años, Alonso de Aragón recibió la visita de un hombre embozado, que una vez ante su presencia se dio a conocer como el Cardenal Sforza. Al preguntarle el asombrado cuanto inexperto joven a qué se debía tal misterio, el Cardenal, sin más preámbulos, entró a explicar cuál era su plan. El mismo, substancialmente, consistía en vaciar en la copa de Su Santidad ciertos polvos que llevaba consigo. Dichos polvos, aseguró el astuto Cardenal, eran completamente inofensivos. Sólo harían que el Papa se quedase dormido como un leño durante algunas horas.

—¿Cuál es el objeto de todo esto? —siguió diciendo el Cardenal,

Librodot

que volviera a cubrirse el rostro con su antifaz y a envolverse en la capa negra—. Uno muy simple: yo y mis amigos, los Orsini, Colonna, y cuantos estamos contra la invasión de los feudos italianos por tropas francesas y condotieros sin conciencia, secuestraremos al Papa y le obligaremos a que desista de sus proyectos. Sólo lo dejaremos en libertad cuando firme públicamente un documento en tal sentido.

—Bien, señor, comprendo y aun aplaudo vuestras patrióticas intenciones, ¿pero por qué me habéis elegido a mí como agente principal de tal enredo? ¿Olvidáis que soy pariente del Papa?

—No, no lo hemos olvidado, como tampoco olvidamos que sois, fundamentalmente, un Aragón. Y junto con la suerte de muchos barones romanos y los señores de Rimini, Pesaro, Imola, Forli, etcétera, corre la de los de Aragón. Una vez que César complete la conquista de esos señoríos, pasará a Nápoles con la misma intención y el rey Fadrique será destronado, y perseguidos los de la Casa de Aragón, e incluso vos mismo podéis ser eliminado con facilidad, en cuanto no sirváis más a los propósitos de dominio de los Borgia.

Las razones eran muy plausibles y el joven Alonso lo pensó durante un buen rato, mientras terminaba de vestirse. Sí, si se podía lograr que el Papa firmase un documento tal, se evitaría la guerra y aquellos dominios se salvarían de la invasión.

—¿Decís que estos polvos son inofensivos y sólo facilitarán el secuestro? —inquirió el joven Duque, buscando los ojos de Sforza

—Os lo puedo jurar por mi sagrada investidura- —respondió el Cardenal con la mayor gravedad.

—Entonces, dádmelos... Esta noche los vaciaré en la copa de Su Santidad, así sea lo último que haga en la tierra.

Ese fue el principio. Cuando Sforza se retiró tan sigilosamente como había venido, el Duque de Bisceglia pasó a las habitaciones de Lucrecia, quien era vestida por sus doncellas con el mismo objeto. Por este tiempo, pasados los días de ansiedad y temor, Lucrecia había logrado una completa salud física y un restablecimiento moraL Por joven, apasionado y hermoso, amaba al Duque, quien satisfacía con plenitud su ansiedad amatoria, de la misma manera que Alonso había llegado a profesarle un afecto casi sin límites, ya que apenas se separaba de ella, ni de día ni de noche, encontrando complacencia y contentamiento en todas las cosas que hacían juntos, aun cuando sólo fuese jugar inocentemente, Como

ocurría algunas veces. Como esta situación feliz se venía prolongando sin inconvenientes, Lucrecia considerábase dichosa y esto contribuía a que su salud física fuese espléndida. Además, a los dieciocho años, toda mujer bonita se hace hermosa. Lucrecia había llegado a la perfección máxima en la belleza. Tenía un cuerpo hermoso, sugestivo, un rostro que sin llegar a ser tan bello como el de Julia, la Bella, o de Angela, su prima, era tenido como uno de los más hermosos de Roma y aún de Italia. Un cronista de la época decía que Lucrecia era de estatura mediana, de figura esbelta; su rostro era oval y tenía la nariz bella y bien perfilada, los cabellos dorados, los ojos claros, la boca mediana, pero de labios sugestivos, los dientes pequeños y relucientes, el busto erguido y terso, *ornato con decente valore.* Todo en ella respiraba alegría y sonrisa.

Tal fue la Lucrecia que, escapando de las manos de sus doncellas fue al encuentro de su joven y amado esposo. Luego entre risas, besos y caricias, tomados estrechamente de las manos partieron hacia el Vaticano, donde llegaron un poco antes de que empezara la cena.

Había varias personas reunidas ya allí, todas de estrecho vínculo con Su Paternidad. Tíos, sobrinos, primos y las esposas y esposos de ellos. Ciertamente, los Borgia constituían una numerosa progenie, una casta temible. Contra un enemigo común que afectase al clan de alguna manera, eran unidos; pero ello no impedía que entre sí sintiesen celos, envidias, encono y hasta odio, muchas veces mortal.

Librodot

Uno de aquellos parientes, que sentía envidia de Lucrecia por su fama y belleza, se acercó a ella y luego de depositar venenosos ósculos en sus mejillas, sonriente, le dijo:

—¡Oh, querida!... ¡Estás lindísima, a pesar del aborto que me dicen has sufrido!... ¿Qué de verdad hay en ello?

—Te han informado bien —repuso Lucrecia, clavando en su pariente su serena y sin embargo hiriente mirada—. Tuve una caída, al jugar con una de mis doncellas en el jardín de nuestro palacio. Estuve mal y sufrí mucho por la pérdida...

—¿Sufriste mucho?... Entonces no ha sido lo que dijeron.

—Pero ahora me siento de nuevo feliz... ¡muy feliz! Creo que... que esta vez sí... ¡seré madre!

—¡Oh, querida, cuánto me alegro!... De todos modos puedes esperarlo. Dicen que la experiencia en esto es muy valiosa...

En tanto su bella y sonriente esposa cambiaba aquellos dardos con su pariente, el Duque de Bisceglia se deslizó por entre los presentes, bordeando la enorme mesa ya preparada con los utensilios de oro y plata que se habrían de utilizar, las copas de cristal de Bohemia, los platos y fuentes de finísima porcelana francesa. La cabecera de la mesa estaba aún desocupada, pues Su Santidad permanecía en sus habitaciones. Mientras fingía buscar los asientos que les correspondían, para cada uno había sido asignado de conformidad con el cargo o la relación que existía entre el invitado y el Papa, el joven e inexperto Duque iba sopesando la posibilidad de cumplir su plan. En la mano apretada llevaba el pequeño estuche. Bastaría, pues, abrir los dedos, para depositar los polvos en la copa señalada. La cuestión era hacerlo sin que nadie lo advirtiese, o su cabeza no permanecería sobre sus hombros ni un segundo después de ser descubierto.

—Tendré que aprovechar el momento en que toda la concurrencia preste atención a una sola cosa —pensó, mientras caminaba en torno a la mesa, sonriendo a unos, saludando a otros, inclinándose ante las damas que clavaban sus ojos, insistentemente, en él—. Y tal momento será cuando haga su entrada el Papa.

Por fin llegó a la cabecera de la mesa. Había dos o tres personas allí, conversando sobre los sucesos de Francia, la distinción de que había sido objeto el Valentino y su boda con Carlota de Albret, hermana del monarca francés. Se comentaba que César Borgia había preparado rápidamente sus legiones de condotieros y que avanzaba a marchas forzadas sobre las ciudades declaradas rebeldes. Fingiendo prestar atención, el Duque esperó el instante. Se hallaba a un paso de la cabecera. Los camareros del Vaticano iban y venían, trayendo fuentes, bandejas, depositando jarrones de vinos de todo color y *bouquet,* sirviéndolos. Uno de aquellos caballeros era el cardenal Alejandro Farnese quien, siendo hermano de Julia, la Bella, podría ser considerado como de la familia. Colocándose al lado de él, pero de costado a la mesa y junto a la cabecera, Alonso esperó.

No mucho rato. Ruido de voces, de pasos, de armas, y el murmullo general de los presentes, algunos aplausos y los vivas consiguientes, a los que son tan aficionados los romanos, indicaron que Su Paternidad hacía su entrada. En efecto Alejandro VI, seguido de cerca por el Cardenal de Monreal, Juan Borgia, y del hermano de éste, el capitán Rodrigo Borgia, hizo su aparición; saludando amablemente con una mano y sonriendo a los presentes, hizo un rodeo dirigiéndose hacia la cabecera de la mesa.

Alonso de Aragón se apartó prestamente de ella. Estaba pálido, sudoroso y aún su mano temblaba. ¡Había conseguido realizar la hazaña!... Si bien que no había sido fácil. ¿Cómo saber cuál era la copa que el Papa usaría? Fuerza había sido decidirse.

Tuvo que dejar de pensar en ello, porque Lucrecia se acercó a él y lo llevó a los asientos señalados. A la derecha del Santo Padre se sentó el cardenal Juan Borgia, al lado de éste,

Lucrecia, junto a ella, Alonso de Aragón. A la izquierda del Papa, Alejandro Farnese estiró su grave figura en tanto que Julia sonreía a todos amablemente a su lado.

Su Paternidad echó la bendición y dijo unas palabras alusivas al acontecimiento y a la personalidad del festejado, que era nada menos que el Cardenal Juan Borgia. Luego hizo una señal y los camareros sirvieron un vino dorado, muy exquisito, que serviría para el brindis. El Duque de Bisceglia debió forzarse a sí mismo para apartar la mirada de la copa fatal, la que llenada como las otras, fue levantada por la mano... ¡del cardenal Juan Borgia!

Aquellos momentos resultaron para el joven esposo de Lucrecia sencillamente mortales. Cuando Alejandro VI hizo el brindis y todos se llevaron la copa a los labios, cerró los ojos para ver cómo el joven e inocente cardenal vaciaba su copa, satisfecho del honor que se hacía de enaltecer sus escasos méritos. Pero el mal estaba ya hecho y tratar de impedirlo habría sido suicida. El Duque calló, pues, y esperó que el Cardenal se durmiera.

—Tiemblo al pensar que mi error causará enorme perjuicio a la causa de Sforza —pensó—, pero peor, sería si no se tratase sólo de polvos inofensivos.

—Que eran polvos inofensivos aquéllos pudo verlo el joven Duque, pues el cardenal Juan Borgia siguió bebiendo, comiendo y bailando toda la noche, en compañía de sus parientes y amigos, eligiendo particularmente la de las damas más jóvenes y bonitas, costumbre de ésa y de todas las épocas. Al amanecer se fueron retirando todos y el último en hacerlo fue el festejado. Probablemente a su juventud y fortaleza se debía que los polvos aquéllos no le causaran efecto.

Cuando la litera del joven Duque y su esposa llegó al palacio que ocupaban, una sombra embozada se metió en el patio, esperando el paso del Duque, que luego de acompañar a su esposa

hasta la cámara matrimonial, salía a dar un recorrido, asegurándose de que todo estaba en orden.

—¿Habéis cumplido? —preguntó el Cardenal Sforza, pues era él, dejando brillar en la sombra sus ojos, signo de su ansiedad.

—Lo siento, señor, pero cometí un error... —y ante la ahogada exclamación de Sforza agregó—: Vacié los polvos en la copa del cardenal Juan Borgia y él los bebió... Pero tranquilizaos, que no durmió...

—¡Qué habéis hecho, insensato! —exclamó Ascanio de Sforza, reculando con alarma y temor.

Y sin dar tiempo al Duque a que se explicara más, huyó precipitadamente. Alonso terminó encogiéndose de hombros. Sentía haber causado este disgusto y esta desilusión a su amigo, pero tendría que esperar mejor oportunidad. Con este pensamiento reconfortante, el joven Duque volvió al lado de su esposa.

Al día siguiente por la tarde, estando de visita en el palacio de Sancha el Duque de Bisceglia se enteró que el cardenal Ascanio Sforza había dejado Roma la noche anterior.

—Presumiblemente ha ido a ponerse a las órdenes de su hermano el traidor Ludovico, el Moro —le dijo Joffre—. ¿Y sabes la otra novedad, querido cuñado?... Anoche bebió, comió y bailó tanto el Cardenal de Monreal, nuestro primo Juan, que cayó enfermo. Dicen que está delicado...

Sin saber exactamente por qué, Alonso de Aragón se puso muy pálido. Rogó a Lucrecia para retirarse más temprano. No podía anticipar nada, pero esta repentina enfermedad... ¿no estaría vinculada con la alarma y la subsiguiente huida de Sforza? ¡Oh, qué terrible si él, inconscientemente, había sido el ejecutor de un atentado mortal! •

Al día siguiente, un pálido y no poco conmovido cardenal, Alejandro Farnese, pidió ser recibido por Su Santidad. Éste lo hizo pasar. /

—Señor —le dijo el Cardenal luego de los saludos respetuosos de rigor—, perdonad que venga a turbar vuestras ingentes ocupaciones, pero desde ayer vivo en permanente zozobra *é* intranqui-, lidad, que hoy se acentuaron, al conocer la gravedad del estado' del Cardenal de Monreal...

—¿Qué queréis decir? —inquirió Alejandro VI, enarcando las cejas—. Ya sabéis que no me agradan las reticencias. Hablad.

—Señor, ¿es cierto que vuestro sobrino está muy enfermo?

—Sí, mis propios médicos lo atienden y me han confesado su preocupación. Pero yo, que conozco la naturaleza humana, me digo que es la consecuencia de los excesos de la otra noche...

—Señor, ruego a Vuestra Santidad y al Cielo me perdonen si lo que voy a decir es una herejía... ¡pero creo que la enfermedad del Cardenal no es casual!

—¡Qué decís!... ¿Tenéis algún fundamento para hablar así?

—Es más, señor... Creo que el destinatario de aquellos polvos no era el Cardenal, ¡sino vos, señor!

—¡Polvos!... *Quod scelus misen luent?...* ¡Oh, Cardenal, mirad bien lo que decís! —exclamó el Papa, agitado, dejando su solio— ¡Estáis hablando de un atentado!... ¡De un crimen!

—Bien lo sé, señor... Pero os digo lo que vieron mis ojos, lo que percibió mi sentido...

—¡Hablad, entonces, y presto!... ¿Quién es el asesino?... ¿Quién el alevoso traidor Borgia que ha osado volcar el veneno en nuestra copa?... ¡Hablad!

—No era un Borgia, señor, sino...

—¡El nombre!... ¡El nombre del infame, para que sea borrado con sangre del cuadro de honor de nuestra familia!... *O miseras hominum mentesl* —exclamó Rodrigo Borgia, por momentos fuera de sí.

—¡Plugiera a Dios que me equivocara, señor!... En verdad, daría mi *capello* por estarlo... porque sé que os voy a causar gran dolor...

—¡El nombre de ese bastardo o no respondo de mí!...

—¡El duque Alonso de Aragón, señor!... ¡Os juro que a él vi realizar un furtivo movimiento con la mano sobre aquella copa de la cual bebió el cardenal Juan!... Al principio creí haber visto mal, pero al enterarme de la enfermedad...

El cardenal Farnese se interrumpió; preguntándose si le escuchaban. El Papa había vuelto a caer en su asiento, abrumado, abatido por aquella información. Con ojos perdidos, congestionado el rostro, la expresión ausente, permaneció un buen rato en silencio, respirando con dificultad. Mil y tormentosos y crueles pensamientos parecieron agitarlo y conmoverlo íntimamente, como el fuego y la lava conmueven las entrañas del volcán antes de vaciarse hacia el exterior. Finalmente, lanzó un profundo suspiro, sacudió la cabeza y empezó a hablar, como si monologara.

—No... No es posible... Tenemos que estar equivocados...

Lucrecia no sería capaz de acción tan horrible, y ese muchacho ama a Lucrecia, y hace lo que ella dice... Por todo esto, debe haber un error. No hubieron tales polvos, ni Alonso los vació... El Cardenal se halla enfermo de haber comido y bebido tanto...

—¡Sí, sí, señor!... ¡Eso es!... ¡Con vuestra infinita sabiduría, veis las cosas mejor que nosotros, míseros pecadores!.. ¡Sí, sí, es como vos decís, señor! Tenemos que estar equivocados...

—Dejemos, pues, las cosas como están, sin dejar de vigilar y mantenernos alertas. Si

Librodot

Juan muere... entonces... ¡entonces veremos!

Su Eminencia se inclinó varias veces, asintiendo, y retrocedió hacia la salida, sintiéndose feliz de que el paso que diera no había provocado una catástrofe, como temiera. Pero bien conocía a Rodrigo Borgia y sabía por tanto, que el volcán echaba humo y chispas. Pronto, tal vez, vomitaría fuego y lava...

Aquella misma noche, alguien susurró al oído del Duque de Bisceglia que su sospechosa conducta había sido observada y denunciada al Papa. Su vida, entonces, pendía del grueso de un cabello. Ese alguien le recordó al joven Duque que Giovanni Sforza había salvado su vida gracias a una oportuna fuga. Alonso de Aragón vaciló y caviló largas horas; su afecto por Lucrecia era sincero y no deseaba abandonarla. Pero quedarse significaba ser detenido y morir bajo el puñal de los sicarios o en el tormento. Y un acontecimiento lo decidió: hasta su palacio llegó la noticia de la muerte del cardenal Juan Borgia, como consecuencia del veneno que manos desconocidas vaciaron en su copa.

Alonso se disfrazó y con ayuda de un criado fiel, enterado de que su palacio era vigilado día y noche, consiguió salir de él. Poco después conseguía trasponer la puerta Famina o del Popólo y encomendaba su fuga a la velocidad de su caballo.

Apenas tuvo conocimiento de que su amado sobrino Juan, Cardenal de Monreal había muerto y presumiblemente debido a la ingestión involuntaria de veneno, el Papa envió la orden de que detuviesen al joven Duque y lo llevasen a su presencia. La noticia de que había huido fue la confirmación de sus sospechas y envió una partida de jinetes, encabezada por Rodrigo Borgia, su capitán de guardias y hermano del cardenal fallecido. Mientras tanto, hizo comparecer a Lucrecia, a quien reprochó con cólera la conducta de su marido, demandando al mismo tiempo una explicación a la misma. La sorpresa, el anonadamiento, el amargo desborde

de lágrimas de Lucrecia fueron tan visiblemente sinceros que el Papa le pidió perdón por sus palabras; ella no estaba enterada del complot para asesinarlo, pero ello no eximía al Duque de su grado evidente de culpabilidad.

Teniendo el rostro cubierto de lágrimas, Lucrecia se echó a los pies de su augusto padre y juntando las manos le suplicó por la vida de Alonso.

—¡Os juro, padre mío, que él es también inocente! —sollozó—. Alguien, algún malvado debió comprometerlo... El os lo explicará todo. ¡Señor hacedlo por la vida que se agita en mis entrañas!... ¡No dejéis a mi hijo sin padre!... ¡No cubráis de sangre su cuna!

Enternecido, el Papa posó la mano en la cabeza de su hija y sonriéndole, le dijo:

—Está bien, Lucrecia.. Alonso no sufrirá daño alguno, con la condición de que nos diga toda la verdad. Quiero conocer el rostro de mis enemigos.

Poco después regresaba el capitán Borgia, solo, indicando que no había conseguido detener al fugitivo, que se había refugiado en la fortaleza de Genazzano, baluarte de los Colonna. El capitán trajo también la noticia de que habían visto huyendo, disfrazado, al cardenal Sforza, en dirección a Nepi.

Hombre experimentado en toda suerte de complots de tal naturaleza, a la luz de aquellas informaciones pudo reconstruir el rompecabezas.

—No cabe duda de que mi viejo amigo Ascanio ha sido el creador de esta nueva intriga —pensó, mientras trazaba sus planes—. Se dirige a Nepi y de ahí procurará ir a Génova en alguna embarcación, de donde le será fácil llegar a Milán, al lado de su hermano Ludovico. De haber muerto yo, en este momento Ascanio sería acaso el Papa y no habría necesidad de una guerra para contener a mi hijo César. Ahora la guerra es inevitable y Ascanio va a integrar las fuerzas enemigas... Veamos ahora como podemos Conjurar el peligro de una rebelión en masa, que pueda atacar a César, mientras avanza hacia Rimini, Pesaro, Imola,

Forlí, Urbino, y las otras posiciones por la retaguardia... Veamos, sí...

Y Alejandro VI se inclinó sobre sus papeles, concentrando su atención en todo el problema y en sus diferenciaciones. Como resultado de sus geniales jugadas, llamó a Lucrecia y le hizo saber que la nombraba Regente de Spoleto, ciudad hasta entonces siempre gobernada por Cardenales Legados del Papa. Antes de partir para

Spoleto, Lucrecia le escribió a Alonso, dándole parte del nombramiento y pidiéndole que se vieran allá, ya que ella no podía vivir sin su amor. Aquel mismo día púsose Lucrecia en camino, con un numeroso séquito, del que formaban parte sus damas de honor, Jerónima y Angela Borgia, Fabio Orsini, marido de la primera, su hermano Joffre, doncellas y criados y una compañía de arqueros como escolta. En otra epístola dirigida a Alonso, el Papa lo trataba con el mismo afecto de siempre y le pedía que se reuniera a su esposa en Spoleto y que ambos fuesen después a Nepi, cuyo feudo perteneciera a Ascanio Sforza y que él había investido a Lucrecia. El joven Duque de Bisceglia, muy enamorado de su esposa, ardía en deseos de estar con ella, y ante promesas de evidente perdón, se trasladó a Spoleto, viviendo a su lado meses idílicos, en plena expresión y satisfacción de todos los anhelos amorosos. Porque el joven Duque amaba a Lucrecia no con el ardor de un hombre experimentado en el amor, sino con la pasión de alguien que no ha, conocido jamás dicha igualada y que por tanto no halla mejor modo de sublimarla que entregándose a ella con todo *su* ser. En cuanto a Lucrecia, lo amaba por su varonil apostura, por su belleza y mansedumbre, por el vigor y la continuidad de sus expresiones amorosas y porque en él satisfacía con plenitud los más anhelados goces, con mayor satisfacción acaso que la obtenida del pecaminoso ayuntamiento.

En setiembre, el 25, de 1499, Alejandro VI se trasladó a Nepi, en compañía de cuatro cardenales de mayor confianza y de una numerosa guardia, y allí esperó a la pareja. Por mediación de Lucrecia, el Duque estaba enterado del perdón de Su Paternidad y había expuesto la verdad de la historia del atentado, explicando su parte en ella. De modo que todo parecía estar aclarado y perdonado. Impuesta de su autoridad, Lucrecia pidió a su augusto padre permiso para trasladarse con los suyos a Roma, donde esperaría el nacimiento de su hijo. Accedió Borgia a ello. Ya en Roma, Lucrecia tuvo a su hijo, el día 1? de noviembre de 1499, al cual impuso el nombre de Rodrigo de Aragón.

Mientras todos estos acontecimientos tenían lugar y Roma volvía a ser la alegre y dispendiosa Roma, y sus salones volvían a hervir de animación, colorido y música, llevando el cetro de la

elegancia y la belleza, las tres gracias —Julia, la Bella, Lucrecia y Angela Borgia— pertenecientes a la corte papal, no muy lejos de allí se desataban acontecimientos que habrían de marcar época en la historia de Italia.

Después de consumada *su* boda con Carlota D'Albret, la hermana del Rey de Francia, Luis XII, el prestigio y el poder de César Borgia habían crecido notablemente. Cumpliendo la palabra prometida, Luis XII decidió ayudar al Papa a destruir a uno de sus más declarados enemigos. Ludovico Sforza. Después de realizar pactos con los venecianos y el Duque de Saboya, interesados también en destruir a Ludovico Sforza, Luis XII empezó por enviar hombres y armamentos a Trivulzio, que estaba constantemente atacando los confines del ducado de Milán. Luego envió fuerzas organizadas a las órdenes del conde Ligny. Luis XII movió entonces su corte hacia el sur y en Lyon se preparó para entrar en Italia. Por otra parte, Venecia, aliada del Rey francés e indirectamente del Papa, entraba también en el ducado de Ludovico por el otro extremo. Cabe destacar que César honrado con la confianza y la amistad del Rey francés, ocupaba un sitial de honor a su lado. Todos decían que se había iniciado con buenos auspicios la carrera del joven Duque de Valence, llamado el Valentino.

Ludovico el Moro, viendo que sus fuerzas no resistían los dispersos avances enemigos, puso a salvo sus hijos y sus riquezas, confiándolos a su hermano, el cardenal Ascanio, quien pasó con ellos a Alemania, donde esperaría el curso de los acontecimientos.

Abandonado por el pueblo al cual sojuzgara con dureza y explotara sin misericordia, con un ejército no adecuado a tan duras circunstancias, asaltado por todos los confines su ducado, Ludovico comprendió que la derrota estaba en el orden natural de las cosas y en consecuencia decidió huir y abandonar Milán para salvar la vida y el honor. Luis XII y su numerosa cuanto calificada corte, hizo su entrada en Milán el 6 de octubre de 1499, al frente de sus tropas, en un desfile de poderío y de riqueza que se habría de recordar por mucho tiempo. Los carros del Duque de Valence y su séquito fueron los más aplaudidos por el pueblo, agolpado en ambas aceras de su vía central y más importante. Al desfile siguieron los grandes festejos para conmemorar el acontecimiento. El pueblo italiano, siempre ansioso de diversión y de circo, tanto de excitante a sus nervios como de espectáculo para la vista, colmó las calles y plazas de Milán, aplaudiendo a las galanas tropas francesas y brindándoles las demostraciones de su aprecio.

Luis XII, que tenía el ejemplo de lo ocurrido con su antecesor en Nápoles, no permaneció mucho tiempo en Milán. Antes de abandonar la ciudad, accedió a las insistentes demandas de César Borgia, para que ayudara con hombres y armas en la conquista de los feudos que se negaban a pagar tributo a la Iglesia. El 7 de noviembre le hizo entrega de setecientos hombres de armas, cuatrocientos al mando de Antonio de Bessey, y trescientos al de Ivés D'Allegre, viejo conocido nuestro, por haber sido él quien captu rara a Adriana del Milá y a Julia Farnese, cuando la invasión de Italia por Carlos VIII.

César Borgia partió inmediatamente para Roma, dejando que su esposa, teniendo todavía en sus labios los recuerdos de su grata pero corta luna de miel, partiese para Francia con el rey Luis XII. Las tropas francesas debían continuar viaje hacia la Romana, mientras el Valentino se dirigía rápidamente a la ciudad de las siete colinas, donde lo esperaba el Papa, que había conseguido preparar y armar un importante ejército, al mando de importantes condotieros, como los Orsini, los Conü, Vitelli, Baglione y otros, los que, convencidos de que era mejor para ellos estar al servicio de un amo poderoso, habían puesto su capacidad y sus hombres al servicio de la causa de la Iglesia.

Los acontecimientos se precipitaban rápidamente. El Valentino entró en Roma el 13 de noviembre, recibió aquel ejército de ocho mil hombres y volvió a partir el 21 al frente de él, con la bendición papal para el logro de todas las victorias que habrían de dar honra y prez a la Iglesia. César avanzó, pues, a marchas forzadas, hacia Romana, yendo al encuentro de las tropas francesas que le esperaban allí. Roma quedó hirviendo de emoción y entusiasmo. Los preparativos de guerra fueron suficiente pretexto para que los salones y las tabernas elegantes se colmasen de gentes ansiosas de alegrías y placeres mundanos.

Un acontecimiento que se produjo en Milán estuvo a punto de torcer el curso de la historia. Ludovico el Moro había contratado los servicios de mercenarios suizos al enterarse que Luis XII había dejado Milán. Avanzó, pues, sobre su ducado y lo reconquistó con la rapidez que lo había perdido. En Novara los dos ejércitos se enfrentaron, pero los suizos, convencidos por los franceses, resolvieron a última hora abandonar a Ludovico el Moro, el cual, finalmente, fue hecho prisionero y enviado a Francia, siendo en-

cerrado en la fortaleza de Loches, donde murió tras largo cautiverio. El dominio de los Sforza había terminado.

César Borgia avanzó hacia Romana. Alejandro VI había hecho preceder éstas sus armas temporales por otras espirituales, declarando decaídos de todos los derechos, a los vicarios de las ciudades declaradas rebeldes; a Catalina Sforza, que retenía a Imola y Forli a nombre de su hijo mayor, Octaviano; a Malatesta, de Rímini; a Varano, de Camerino; a Manfredi, de Faenza; a Guidobaldo, de Urbino, y a Giovanni Sforza, de Pesaro, éste marido anterior de Lucrecia Borgia. La declaración de la pérdida de los derechos fue dada en juicio formal por un tribunal pontificio. El papa Rodrigo Borgia, hijo de la Curia romana, sólo sabía actuar de acuerdo en derecho, llevando todas las cuestiones *ad punctum juris.*

Librodot

Por consiguiente, la campaña militar que emprendía César, en la mente de las poblaciones de los Estados Pontificios, era una guerra de liberación, no de conquista. Alejandro VI, como todos los monarcas absolutos, al combatir a los grandes feudatarios se había ligado al pueblo por lazos de un interés común. Los vicarios de la Iglesia no querían respetar a su Soberano, cuyas propiedades y beneficios explotaban para sí mismos. El acto papal de declarar desposeídos de todos sus derechos a tales vicarios y tiranos, dio esperanza a los pueblos sometidos por éstos, sublevándolos moralmente, hasta el punto de desear que las tropas pontificias aparecieran para ellos declararse en rebeldía abierta.

Las fuerzas del papado se dirigieron principalmente sobre Imola, baluarte de Catalina Sforza, una mujer cuyo nombre llena las páginas de la historia de la época. Se dice que era una mujer bella, femenina, y sin embargo belicosa, de carácter fuerte, cruel. De sutileza nada común, llegó incluso a engañar a Nicolás Maquiavelo, y convenció a Alejandro VI que debía ayudarla. Catalina Sforza, prototipo de la mujer independiente de su época, había tenido tres maridos y numerosos amantes, a la par que muchísimos hijos. Para sucesivas bodas con otros hombres, hizo matar a sus consortes, los príncipes Riario y Feo, en circunstancias tenidas como particularmente crueles incluso en aquellos tiempos.

Viendo Catalina Sforza que las fuerzas que iban sobre Imola eran poderosas dejó esta ciudad al mando de Dioniglio Naldi, su amante del momento, y se encerró en Forli, para defenderla personalmente. Imola, sin embargo, no ofreció resistencia. Debido a un movimiento popular interno, los de Imola abrieron las puertas de su ciudad, haciendo su entrada en ella el Valentino, en medio de las aclamaciones del pueblo.

César, sin dar tregua a sus adversarios, atacó Forli sin pérdida de tiempo y la ciudad se rindió luego de algunos encuentros sangrientos, en los que se tomaron prisioneros, entre ellos a dos hijos de Catalina Sforza. Pero la fortaleza donde ella se refugiara resistió, gracias al denodado ejemplo de la Condesa, como se la llamaba, a Catalina. Los sucesivos cuanto sangrientos asaltos fueron rechazados una y otra vez.

El Duque de Valence, a quien aquella resistencia le disgustaba mucho, pues ponía en peligro el éxito de su campaña, estudió la situación, buscando un modo de acelerar el trámite de la rendición, ya que un asalto general sería muy costoso en hombres y material. Reunido con sus jefes, en su tienda de campaña, comentó sobre el particular, recabando pareceres. Uno de aquellos hombres se adelantó. Era Micheletto, elevado a la categoría de general.

—Si vuestra señoría lo aprueba, podemos poner en juego los sentimientos maternales que toda mujer tiene —declaró el astuto cuanto cruel y sanguinario personaje—. Habernos dos hijos de Catalina entre nuestros prisioneros. Póngamelos a la vista de fas murallas y pidamos la rendición de la madre a cambio de la vida de los hijos.

—Idea plausible, mi buen Micheletto —replicó César, con un brillo en los ojos—. Ponedla en práctica ahora mismo.

Poco tiempo después, en efecto, se producía un inusitado movimiento entre las tropas sitiadoras, que habían rodeado por completo las altas murallas de la fortaleza. Comprendiendo que *se* acercaban momentos acaso decisivos para la campaña, los hombres dejaron de holgazanear junto a sus pertrechos de guerra, a *sus* vivacs, a sus tiendas, y se acercaron al límite del tiro de ballesta que los separaba de la fortaleza, para observar lo que estaba ocurriendo.

Fue aquél un momento solemne, tenso. De entre las compactas y fieras filas de guerreros franceses e italianos se desprendió un grupo como de cinco hombres. Dos de ellos eran jóvenes, tanto que el bozo apenas asomaba en sus labios. Iban desnudos hasta la cintura y con los brazos fuertemente atados a las espaldas.

Cada uno de ellos iba custodiado y sostenido por dos soldados, cada uno de los cuales apoyaba la punta de una corta espada en el torso desnudo. El que iba adelante, que no era otro

que Micheletto, avanzó descaradamente hasta cierto trecho, impávido ante las flechas que caían no lejos de él.

Por fin, alzando los brazos en señal de mensaje de paz, elevó su voz y pidió que Catalina Sforza se asomara a las murallas, que él, general del ejército sitiador, iba a parlamentar con ella en nombre de su señor, el Duque de Valence, al mando de las tropas papales.

Se produjo un revuelo arriba en las murallas y ni quedó duda de que la petición había causado sorpresa. Las exclamaciones de algunos defensores y sus ademanes, señalando a los prisioneros, dio cuenta también de que los habían reconocido.

Por fin, después de una más o menos prolongada espera, una mujer alta y bella, de unos cuarenta años, se asomó en la muralla. Llevaba una saya de fino paño, cuyo color esmeralda resplandeció bajo el sol del atardecer. Una vincha sujeta en torno a las sienes disminuía el flotar de su cabellera dorada al influjo del suave viento que soplaba en la altura. En una mano sostenía una gruesa y larga espada y en la otra un escudo, como signos de su valor y resolución. Como comandante de un grupo de hombres dispuestos a morir, no llevaba adornos ni afeites.

Apoyándose en la espada como en un báculo, estiró la dorada cabeza y con voz de timbre metálico preguntó qué deseaba el enviado del Duque. Con acento tonante, al que imprimió toda la amenaza de que podía hacer gala, Micheletto dio cuenta de la propuesta que venía a formular. En concreto, dos vidas por una rendición.

—¡Si no aceptas, valerosa señora, mis hombres ejecutarán ante tu vista a los hijos de tus entrañas, prisioneros nuestros, que aqui ves! —concluyó Micheletto, señalando a los apuestos e imberbes jóvenes, en cuyos desnudos torsos se apoyaban, amenazantes, las puntas de las espadas.

Sorpresivamente se oyó una risa temblorosa de acento dramáticamente burlón, allá en la cima de las murallas. Alzando la barbilla con épico gesto de desprecio, Catalina Sforza replicó que el señor Duque se podía ir al diablo.

—¡Decidle que, si a Dios pluge, puede quitarme lo que él me dio! —gritó, agitando la espada, que en su férrea mano parecía

una pluma—. ¡Pero nunca sus vidas serán el precio de la traición y el deshonor!... ¡Mis hijos sabrán morir con honor, que para eso han nacido!... ¡Y como mujer que soy, aún podré engendrar otros hijos tan nobles y valientes como ellos!

Acaso en el temor de no haber sido oída y cabalmente interpretada, Catalina rubricó aquellas patéticas frases con un ademán suficientemente explícito. Se alzó las faldas de su saya y mostró a los sitiadores el instrumento con que la naturaleza la dotara para el cumplimiento de su insigne misión de maternidad.

Un inmenso y tremolante alarido batió el campo de batalla, cubriéndolo de uno a otro confín. Unos gritaban enardecidos a la vista del generoso espectáculo ofrecido por la iracunda Catalina, y los defensores de las murallas por lo que vieron a su vez, en un rápido suceder. Apenas conocida la respuesta de Catalina, Micheletto bajó la mano bruscamente. ¡Y las amenazantes espadas desaparecieron casi íntegramente en los cuerpos temblorosos de los dos jóvenes prisioneros!

En el mismo instante, como si hubiera habido un tácito acuerdo, ambos ejércitos se atacaron con furia, con renovada resolución de vencer o morir. César Borgia, que desde la entrada de su tienda observara y fuera testigo de todo lo ocurrido, montó en su brioso caballo blanco y dio la señal de ataque.

Un ataque fulminante, sangriento, que, de acuerdo a una estrategia previa, realizaron las tropas sitiadoras, bajo la protección del demoledor fuego de artillería. Las fuerzas papales avanzaron lentamente hacia las murallas, portando escaleras, arietes, planchadas, arrastrando

Librodot

los morteros y las culebrinas, todos los pertrechos y las armas que habrían de servir en el ataque y la defensa. En cuanto a los defensores, que parecían haberse contagiado del enardecimiento de Catalina, volcaron sobre los atacantes toda su furia y sus armas, desde flechas, ballestas, granadas de artillería, piedras y maderos ardientes, así como aceite y plomo hirvientes. Ni sitiadores ni defensores daban o pedían cuartel. Los heridos y los muertos caían sin exhalar un gemido, sin pedir merced en su agonía.

De esta manera, ataques y rechazos se sucedieron en las horas del anochecer, de la noche, el amanecer, y en las de la mañana siguiente, prolongándose por la tarde y la noche siguientes. Al asomar el sol de nuevo sobre el horizonte, las murallas, calcinadas, rotas, mostraban un aspecto desolador, pero los defensores aún

continuaban batiéndose denodadamente. Su número, sih embargo, había disminuido fatalmente. Las pérdidas sufridas por los atacantes habían sido mayores, pero mayores también sus reservas; podían reemplazar con dos hombres a cada uno que caía. Consiguientemente, diezmados los defensores, César Borgia preparó a sus hombres para el último asalto y aquella tarde las tropas papales consiguieron, al fin, rendir la fortaleza, debiendo para ello entrar a degüello de sus últimos defensores.

Una partida de hombres, de las varias destinadas al único objeto de descubrir a Catalina Sforza y preservarle la vida, tomándola prisionera, la encontró escondida entre las ruinas de la fortaleza. Intentó resistirse y llegó a matar a dos o tres hombres, incluso hizo fuerza para clavarse su espada en el corazón, pero fue dominada y encadenada, siendo conducida así a presencia de César Borgia.

Ya en presencia del Valentino, Catalina lo llenó de insultos y aun le escupió en la cara, pidiéndole que le diera muerte allí mismo.

Por toda respuesta, César Borgia, que se pusiera pálido e incluso echara mano a la espada, para vengar aquella mortal ofensa, terminó sonriendo despectivamente, con un singular brillo en loa ojos ocupados en estudiar a la denodada dama de pies a cabeza Volviéndose a Micheletto, su lugarteniente, le dijo:

—Hay un medio de aplacar a las fieras y es dominándolas del único modo posible... ¡Llevadla a mi tienda!

Abrumada, Catalina dobló la cabeza sobre el pecho. Aquélla era la ley de la guerra, el privilegio del vencedor, la humillación del vencido. Una ley brutal, terrible, pero ante la cual el condenado, sin medios o modo de arrancarse la odiosa existencia, debía someterse fatalmente...

Empujada sin merced por aquellos sicarios, Catalina Sforza entró en la tienda de su vencedor y esperó la última humillación.

CAPÍTULO VIII
DONDE EL DOLOR ATENAZA A LUCRECIA

El 26 de febrero de 1500 celebró César Borgia su entrada triunfal en Roma, trayendo prisionera a Catalina Sforza. Recibiéronlo solemnemente los cardenales y los embajadores. El Papa, que lloraba y reía de gozo, le confirió las insignias de Gonfalonero de la Iglesia y la Rosa de Oro. Roma, una vez más, se vistió de fiesta para celebrar estos acontecimientos y sus calles y edificios se vieron colmados de gentes y de banderas. Los buenos romanos, reconciliados con la autoridad máxima de la Iglesia, en toda ocasión procuraban testimoniarle su afecto y respeto. Para que esta demostración resultase un verdadero acto apoteótico, sólo hizo falta que aquel año, 1500, fuese declarado del Jubileo. Franceses, ingleses, alemanes, españoles, suizos, portugueses, húngaros, noruegos y católicos de otros países, se unieron, pues, a los romanos, en sus manifestaciones de solidaridad con el Papa y de fe con la Iglesia.

Colmado de honores, de títulos y de riquezas, César Borgia se dispuso a gozar dignamente de aquellos meses de tregua, mientras se preparaba un ejército todavía más poderoso que el que llevara a Romana. El objetivo claro, aunque no expresado, era la conquista de Nápoles, continuación de su campaña para el completo dominio de los Borgia y su creación como el amo absoluto de las tierras conquistadas. El 19 de marzo, el Papa lo hizo vicario de Imola y Forli, arrebatadas a Catalina Sforza. La ilustre prisionera, encerrada primero en la fortaleza de Belvedere, en el mismo Vaticano, fue trasladada al castillo de St. Angelo, luego de una tentativa de fuga de aquélla. La liberó tiempo después, según se dijo, cediendo a instancias de Luis XII, yendo Catalina a residir en Florencia.

* * *

La vida dispendiosa, alegre, despreocupada y placentera, volvió a imponerse en Roma. La afluencia de extranjeros católicos daba a la ciudad un aspecto permanente de fiesta. Mientras tanto, los salones de los grandes señores y aun de los que no lo eran se veían constantemente colmados de invitados, siendo el menor pretexto válido para reunir a gentes que sólo buscaban la diversión y el placer como razón de existencia. Lo mismo podía decirse de la vida aún más placentera, aunque ligeramente encubierta, que esos mismos señores llevaban en las tabernas y mesones. Y también las damas más encumbradas, aunque de dudosa conducta moral, así como las cortesanas y aun las vulgares hetairas. Aquellos meses, en suma, fueron los más esplendentes para la Roma pecadora y licenciosa.

A no ser por las continuas riñas y duelos que matizaban la *dolce vita,* debido en particular a la presencia de oficiales y soldados mercenarios, franceses, suizos, alemanes, españoles, que estaban siendo alistados en el ejército que preparaba y armaba el Valentino, entre quienes no tenían a menos dilucidar sus diferencias con la punta de la espada, ningún acontecimiento vino a conmover las plácidas reuniones y tertulias de los salones, hasta que...

Nuestros lectores conocen a Orsino Orsini, hijo de Adriana del Milá y esposo de Julia Farnese, la Bella. Mientras Orsino habla sido un joven inexperto, incapaz de ver más allá de sus narices, y no precisamente debido al defecto visual que tenía, por el cual se le llamaba amistosamente el *Tuerto,* había sido un fácil instrumento en la intriga de amor tejida a su alrededor entre Julia y el hombre que se la cediera por esposa, para acallar las murmuraciones: Rodrigo Borgia. Mientras había sido joven y con poca visión de la vida, Orsino Orsini incluso sirvió a Su Santidad, en todos los papeles, en todas las misiones que él le encomendara, para alejarlo de Roma. Pero los años iban pasando y con ellos Orsino iba adquiriendo experiencia, madurez de juicio, clarividencia. Y cuando regresó de una de aquellas misiones y se encontró con que su esposa, de la cual estaba separado hacía más de un

Librodot

año, había dado a luz a un niño de extraordinario parecido físico con el Papa, entonces vio con claridad el oculto sentido de algunas bromas de que era objeto por parte de sus amigos, la mayoría hombres de armas, como él.

Debido a ésta un poco tardía comprensión, Orsino Orsini regresó a Roma con las tropas triunfales que trajera César Borgia. La larga separación con su esposa Julia no fue motivo para un placentero reencuentro, pues la Madonna Julia rehuía su compañía, como siempre ocurriera en el pasado. Por todo lo cual Orsino se entregaba a los placeres fáciles de la bebida y el holgorio en las tabernas, departiendo públicamente con mujeres de conducta pública y aun haciendo alarde de ello. Pero en el fondo, Orsino era un ser amargado, que no obstante su defecto visual, leía el más abierto desprecio en los rostros de todos. Bebía, pues, con exageración, para olvidar su afrenta, y buscaba la compañía de mujeres que no hacían mucha cuestión de su honra, para compensar el desamor en que vivía.

La medida se colmó, sin embargo, una noche, en que un capitán español quiso llevarse a una damisela con la cual Orsino presumía de dueño. Menudearon las frases irónicas, las duras y al fin el insulto grosero, brutal, del español, quien mencionó el parecido físico de Laura Orsini con Su Reverendísima Paternidad.

Salieron a relucir las espadas y no en vano Orsino había estado combatiendo por todos aquellos años en que su bella Julia combatía de otro modo. Experto en el manejo de la espada, furioso, no tardó en dar cuenta del español, haciéndole pagar con la vida la ofensa que le infligiera.

Pero la sangre derramada no resultó bastante paliativo a la vergüenza y el deshonor, como tampoco todo el vino que ingirió después. Finalmente, convencido de que había sólo un modo de acallar las murmuraciones para siempre, se dirigió al palacio que ocupaba la Bella y no obstante la prohibición que tenía de entrar en sus habitaciones, se precipitó en ellas, espada en mano.

El relato que del hecho hicieron los criados y cuantos alcanzaron a ver a Orsino dispuesto a vengar su vieja y dolorosa afrenta, dice que el aspecto del pobre hombre era conmovedor. No tenía el aspecto de un fiero vengador de honras mancilladas, sino el aspecto de quien debe realizar un acto doloroso contra su mismo deseo y voluntad. Derramando copiosas lágrimas y suplicando a Julia por lo que iba a hacer, irrumpió en la alcoba de ella... Esos mismos testigos anunciaron luego que Rodrigo Borgia tuvo sólo el tiempo preciso para salvar su vida y huir llevándose sus

ropas por una puerta excusada, que Orsirio no conocía. Julia, más bella que nunca, se había sentado en el lecho y con voz inocente y ojos de sueño interrumpido, preguntó qué sucedía. Díjoselo el compungido y no poco avergonzado Orsino. La Bella se echó a reír y para desarmarlo por completo, incluso lo acarició y besó y aun dejó que ocupara en su lecho el espacio recientemente desocupado.

—Eres un tontuelo —repetía Julia, acariciándolo para adormecerlo— al escuchar esas difamaciones de nuestros enemigos... ¿Cómo has podido suponer tal cosa de mí?... ¡Y decir que mantengo relaciones nada menos que con el Papa!... ¡Válgame el cielo!... ¡La maldad de la gente no tiene límites!

Pero ni el vino, ni las almibaradas palabras, ni las caricias de Julia bastaron a adormecer la conciencia despertada en Orsino. De modo que él, en medio del placer que le hiciera ganar su resuelta actitud de esta noche, declaró con firme y resuelto acento: —Sea como fuere, querida esposa mía, y aun confiando generosamente en tus protestas de fidelidad, he resuelto que, a partir de esta noche, la situación entre nosotros habrá de variar en lo capital... Mi madre no tiene derecho a retenerte en este palacio. Nos iremos, pues, a vivir a nuestra propia morada. Yo dejaré el servicio del Papa y dedicaré mi vida a honrarte y amarte. Poco a poco nos alejaremos de la amistad de los Borgia y tú volverás a ser una noble Farnese, que por la

Librodot

gloria de su nombre no-necesitan medrar a la sombra de ningún Borgia.

En la penumbra de su alcoba, Julia ahogó un gesto de alarma y temor. ¿Qué diría Rodrigo Borgia al enterarse de esto?

La respuesta de Su Paternidad la conoció dos días después, cuando venciendo a duras penas la celosa vigilancia de su marido, pudo verlo en la casa de Lucrecia. Encerrados por algunos minutos en una cámara, sin más testigos que su conciencia, los dos personajes cambiaron impresiones sobre el particular. Julia expuso sus quejas y el Papa escuchó atentamente. Al final y luego de madura reflexión, Alejandro VI movió las piezas de este juego y expresó lo que, a su juicio, era necesario hacer.

—No le demuestres ni disgusto ni rencor, sino buena y alegre disposición —fueron sus recomendaciones—. Acepta todo lo que él quiera ofrecerte. Si él reitera eso de mudarse a otra casa, dile que ya lo tenías todo dispuesto y querías darle una sorpresa...

—¿Que yo lo tenía dispuesto?

—Sí... Alguien se ocupará de buscaros una casa principesca y allí iréis a vivir, en cuanto se completen los detalles de ornamentación y arreglo.

—¡Oh, señor!... ¿Me condenáis a vivir con él?

—¡Qué remedio, hija, qué remedio!... Mas te prometo que no será por mucho tiempo...

—Señor, podríamos arreglar la situación...

—No sigas, hija. Evitemos la maledicencia. Se habla mucho ya del veneno y del puñal de los Borgia... ¡Y si algo que no fuera enteramente casual le sucediera a tu marido, la gente nos inculparía a nosotros!...

Julia, la Bella, miró con sorpresa a Su Paternidad y luego, sonriendo comprensivamente, besó la mano que él le tendía y dejó la estancia con cierta premura. Podía oír los pasos de Orsino Orsini, que venía a buscarla. En cuanto al Papa, se quedó por un largo rato. Nadie, excepto Lucrecia, sabía que estaba allí.

Dos días después Orsino insistió en la mudanza. Como apremiada por la necesidad, Julia le rogó que esperara un poquito más. Nada sino lo necesario para que terminaran los arreglos de la casa. Al preguntar Orsino, sorprendido, de qué casa, Julia le dio la sorpresa, diciéndole que había comprado una con sus ahorros Orsino se alegró sinceramente al saberlo. Esta circunstancia le permitía disponer de otro modo de sus propios ahorros. Se prometió hacerlo alegremente en cuanto estuvieran instalados en la nueva casa.

Con gran sorpresa suya, tampoco Adriana del Milá, es decir, su propia madre, demostró ninguna sorpresa o disgusto cuando Orsino le hizo saber que en unos días más se mudarían a su nueva casa. Y complacido por este resultado, el Tuerto se encargó de hacer circular la información del cambio y a quien quiso escu-. charle le explicó cómo dominaba a su mujer y, sobre todo, cómo la tenía sometida a una rígida vigilancia.

—De ese modo demostraré a todos los que traen en boca a uno que jamás hubo nada entre mi querida esposa y ése de quien hablan —concluía diciendo.

Por fin llegó el día de la mudanza, la cual, como puede imaginarse, se realizó con todo el boato y el despliegue de mozos de cuerda y de mozos de muías que participaron en el traslado. Orsino Orsini, ufano, sudoroso, iba y venía, ayudando a esos buenos hombres. Por la noche al terminar la cena familiar, hubo una reunión

íntima, durante la cual se bebió y bailó. Poco después de medianoche se retiraban todos, sin embargo, a instancias de Julia. Luego los dos esposos fueron a ocupar su alcoba.

Un tanto sorpresivamente, Orsino Orsini se quedó dormido a medio desvestir, caído de bruces sobre el lecho. Julia terminó de desvestirlo y lo metió en la cama. Luego, del mismo modo sorpresivo, Julia salió. Tenía otra alcoba, de la cual no dijera nada a su marido. A ella

Librodot

se trasladó y con ayuda de sus doncellas, se acostó.

Poco después todo era silencio y quietud en la casa. Todos sus moradores debían dormir muy profundamente, porque el repentino estrépito que se sintió en horas de la madrugada apenas si despertó a alguna de las criadas. Eso bastó, sin embargo, para que cundiera la alarma. Una a una fueron despertando las criadas, los criados y finalmente la misma Julia. Nadie parecía saber lo ocurrido. Súbitamente alarmada, Julia, seguida de sus doncellas, que iban portando candelabros, se encaminó hacia la alcoba donde dejara a su marido entregado a los brazos de Morfeo. No pudo abrir la puerta. Algo se lo impedía. A sus gritos vinieron dos o tres robustos mocetones los cuales consiguieron vencer la puerta. Y entonces Julia, la Bella, cayó desmayada de la impresión.

El interior de la alcoba se hallaba convertido en un depósito de escombros. El lecho desaparecía debajo de ellos, lo mismo que quien la ocupara en vida. ¡Todo el techo se había desplomado sobre Orsino Orsini, el Tuerto!

Al punto se tejieron mil conjeturas sobre el extraño accidente en el cual perdiera la vida el soldado de tantos y memorables combates. Los más cínicos de los murmuradores decían que el Tuerto había muerto por ver demasiado bien el *indecente parecido* de su hija Laura con la cabeza de los Borgia.

* * *

Este accidente, por la personalidad del extinto, vinculado a la íntima esfera de Rodrigo Borgia, fue la comidilla de turno en todos los lugares donde se reunían las gentes de posición y dinero sin nada útil en qué emplear su tiempo. Pero el mismo fue prontamente olvidado, por otros acontecimientos que, pequeños o grandes, matizan la vida de toda ciudad capital, muy especialmente en aquel tiempo, en que Roma constituía la capital del mundo cristiano, y no sólo de nombre.

Podía decirse que el ejército papal que César Borgia venía armando y preparando se hallaba ya a punto, pero el Valentino no daba muestras de partir. Era un secreto a voces que la causa de tal renuencia se hallaba en Sancha, de cuyos amorosos brazos le costaba separarse.

Había alguien en Roma a quien disgustaba profundamente estas relaciones casi públicas de César Borgia y Sancha de Aragón. Y no nos referimos precisamente a Joffre Borgia, quien prefería ocultar su amarga vergüenza en brazos que no eran precisamente los de su esposa. Quien hervía de indignación y verecundia toda vez que incidentalmente se referían a tal hecho, no era otro que Alonso de Aragón, hermano de Sancha y esposo, como sabemos, de Lucrecia.

Y Alonso no se ocultaba en expresar su profundo desprecio por el causante de tales murmuraciones. Inútiles habían sido los ruegos de Lucrecia para que no se enemistara con su poderoso y cruel hermano. Alonso, por otra parte, sentía aumentar su odio por César, puesto que lo sabía preparándose para la guerra contra el reino de los Aragón, es decir, contra Nápoles, último de sus baluartes.

Cronistas dignos de fe de la época dicen que a fines de junio de 1500, un airado Alonso visitó a Sancha en su propia casa y le enrostró su culpable conducta. Probablemente le pidió que no viera más al infame que iba a destruir a los Aragón, que los estaba destruyendo ya al mantenerla públicamente como su querida. Qué le respondió Sancha, se ignora, pero Alonso salió de aquella casa más furioso de lo que había llegado.

Al enterarse de este incidente —César estaba bien informado de cuanto ocurría en Roma, incluso en la intimidad de las alcobas de los grandes señores—, el Valentino se expresó con el mayor desprecio hacia él joven marido de Lucrecia.

—¡El estúpido e infatuado novillo! —exclamó—. Ya me tiene harto con sus reservas y observaciones sobre mi conducta... ¡Y nada menos que él, que a punto estuvo de matar a mi

señor padre! ... ¡Y que ya estaría cien veces muerto, a no ser por el amor que profesamos a Lucrecia!

—Señor, tal conducta no llamaría mayormente la atención, pues en tratándose de un joven sin experiencia y con demasiados escrúpulos, es de comprender que obrara así —señaló muy oportunamente— Micheletto, el lugarteniente del Valentino. Pero su comportamiento va más lejos de ello...

—¿Qué quieres decir?

—¿Recuerda Su Señoría al hombre, presumiblemente español, con quien vimos al señor Duque de Bisceglia en reservado coloquio?

—Recuérdelo perfectamente. Probó ser un fiel católico que había venido a Roma para celebrar el jubileo... ¿Por qué lo mencionas ahora, mi buen Micheletto?

—Porque acaba de morir, señor... A manos de nuestros buenos amigos, por supuesto. ¿Qué delito cometió? Nada menos que el de ser veneciano, y no español, como sostenía. Pero todavía hay más.

—Explícate sin ambages, Micheletto, o pierdo la paciencia.

—Sabéis, por supuesto, quién es Bartolomeo de Alviano.

—Sí, el *condottiere* más famoso e importante de los venecianos... —El Duque se estiró—. ¡Hola! —exclamó—. Empiezo a ver dónde quieres llegar... ¿Ese hombre, era un enviado de de Alviano?

—Exactamente, señor. Lo confesó antes de morir... —Micheletto mostró la más torva de su sonrisas—. Bien sabe Vuestra Señoría que en eso de desatar lenguas, nuestros hombres no tienen rivales, y no lo digo precisamente para que los premie vuesa merced...

—Y ese hombre habló con Alonso. Tal Vez Alonso es un espía de los venecianos... A mi juicio, Alonso siempre fue un traidor, alguien que odia hasta el nombre de los Borgia —El Valentino, bruscamente, se puso de pie. Arrojó un bolsillo con nuevas y tintineantes monedas de oro sobre la mesa del figón donde terminaban de comer. Su gesto era ausente—. Toma y paga, Micheletto, y el resto reparte entre nuestros amigos... Yo iré a ver a Su Paternidad. Quizá no sean de su agrado las noticias que le lleve...

Dicho lo cual salió a grandes zancadas. Algún tiempo después se le veía cruzar el puente, seguido de su guardia de corps, y entrar en el Vaticano. Desde que César fuera honrado por su padre con los más altos honores que la Iglesia podía conferir a sus servidores, jamás lo detenían las puertas cerradas. De tal modo, César llegó hasta la misma cámara de Su Santidad, donde éste departía con algunos de sus cardenales. Aunque César no pidió hablarle en privado, por la hosquedad de su rostro se dio cuenta Rodrigo Borgia de que algo sucedía y despidió a los cardenales.

La historia no ha podido desentrañar lo que los dos hombres hablaron en aquellas dos largas horas que duró la entrevista

secreta, pero debieron ser muy importantes los asuntos tratados [v] los mismos debían tener una solución favorable, a juzgar por sonrisa de amplia y siniestra satisfacción que César Borgia mostró al dejar el Vaticano.

Pasaron algunos días más y Roma siguió viviendo en el esplendor de sus glorias mundanas. La naturaleza joven del Duque de Bisceglia le hizo olvidar pronto la enojosa situación en que lo dejaba la conducta de Sancha y siguió concurriendo a los salones, a los cortejos, tomando parte en todas las ceremonias, siendo agasajado y admirado en todas partes por su belleza varonil, que parecía acentuarse a medida que pasaba el tiempo. Se decía que Lucrecia amaba de verdad a su esposo, de quien tenía ya un hijo y esperaba a otro. Ello explicaba su comportamiento ejemplar durante su matrimonio con Alonso. Lucrecia veía satisfechas sus ansias amorosas y eso la hacía feliz.

Librodot

Lucrecia y su esposo vivían cerca del Vaticano, al otro lado de la Plaza San Pedro, en un pequeño y cómodo palacio con frente a la plaza Rusticucci. Esta proximidad permitía que tanto uno como otro estuvieran frecuentemente en las habitaciones privadas del Santo Padre, a veces hasta participando de sus comidas o concurriendo a los festejos a que daba lugar el jubileo.

En la noche del 15 de julio, una noche oscura como boca de lobo, aunque calurosa en extremo, la Plaza de San Pedro yacía en el silencio y la quietud que sigue a los grandes acontecimientos. Durante el día había habido allí una gran concentración humana. La grey católica procedente de otras tierras, habíase reunido para testimoniar su fe y su devoción a la Iglesia, representada por el Vicario de Cristo, Alejandro VI. Después de la bendición y de algunas palabras pronunciadas por el Papa, el gentío se había retirado en piadosa unción, entonando algunas agrupaciones cánticos religiosos. Después la noche se había cerrado sobre el Vaticano, así como sobre el resto de Roma y ahora en la *piazza San Pietro* no quedaban sino destruidos y rotos vestigios de aquella concentración humana, los cuales el viento de la noche arrastraba de un lado a otro de la plaza-.

Es decir, tal silencio y quietud eran sólo aparentes. En una de las vías que iban a desembocar sobre la plaza, conocida como vía di Porta Cavalleggeri, que parecía haber sido elegida de ex profeso porque era la más oscura, hallábase un grupo de hombres con extraño e inquietante aspecto de mendigos, de ropas andrajosas, sombreros de alas vencidas, que les cubrían el rostro con tanta efectividad como los antifaces que llevaban algunos. Esos 'hombres, seis en total, guardaban una inmovilidad absoluta junto a los muros y portones donde se guarnecían, tanto que parecían otras tantas sombras.

La noche seguía su curso, lentamente. En su palacio, mejor dicho en su alcoba, asomada a una de las ventanas que daba a la plaza San Pedro, Lucrecia Borgia esperaba el regreso de su amado Alonso, que se encontraba en el Vaticano, donde fuera a hacer una visita. Lucrecia no había ido con él, porque su pequeño hijo, Rodrigo, había tenido un poco de fiebre aquella noche. Catalina, La Loca, asomada como ella, comentó:

—¡Qué oscura está la noche, señora!... Una noche propia para crímenes y para cadáveres arrojados al Tíber...

—¡Cállate, *Dedal* —ordenó Lucrecia a su doncella—. ¡Siempre estás viendo visiones macabras que...!

Catalina, la Loca, a quien Lucrecia llamaba *Deda,* para diferenciarla de las otras tres Catalinas a su servicio, lanzó de pronto una exclamación que interrumpió las palabras de su ama.

—í Señora!... ¡ Por amor de Dios, mire vuesa merced, y verá que no estoy tan loca como dicen!... ¡ Allí, en la vía de Mascherino, hay varios jinetes esperando no sé qué!

Lucrecia se asomó a la ventana donde se asomara Catalina y miró, pero por más que profundizó las sombras no alcanzó a ver mucho, excepto unas sombras estáticas que parecían no ser otra cosa.

—Si son jinetes, como dices, y que a mí no me parecen, tal vez se trate de los hombres de algún grande esperando a su señor...

—¿En la vía de Mascherino?... El único palacio existente allí, el de Accoramboni, está deshabitado...

—¿Quieres cerrar esa ventana, Deda?... Una corriente de aire podría causar daño a mi hijo... —Lucrecia se inclinó sobre la cuna de su hijo y lo contempló arrobada, juntando las manos—. ¿Por qué no vendrá de una vez Alonso? —preguntó—. Se está haciendo tarde... Menos mal que no está muy lejos.

—Si su señoría lo quiere, puedo enviar a un par de criados más —dijo Catalina—. Con

ellos y con los que el señor Duque llevó, tendrá una guardia más importante... En una noche como ésta, nunca se sabe, puede pasar cualquier cosa...

__¡Calla, Deda!... ¿Quieres asustarme? Pero, está bien, envía a esos hombres y haz decir al señor que se apure en volver.

Catalina salió presurosamente mientras Lucrecia volvía a la contemplación de su hijo. El niño se había recobrado y la pequeña fiebre había desaparecido, lo que le daba al pequeño Rodrigo un sueño apacible. Lucrecia sentíase dichosa; amaba y era amada, tenía este pedazo de su ser allí, como un rosado puñado de carne y sentía en sus entrañas la presencia de otro ser maravilloso, que colmaría de felicidad su existencia. Este presente no sólo era halagüeño, sino grato. Lamentaba haber sido una mujer de instintos livianos y, sobre todo, lamentaba el haberse entregado a excesos pasionales que sólo sinsabores e inquietudes le habían proporcionado. En este instante no podía menos de recordar a su otro hijo, el primero, causa de la vida, la pasión y la muerte de su padre, el infortunado Perotto. También a ese hijo amaba. Tal vez algún día podría reunir a todos sus hijos y vivir con ellos una vida de paz y de honor.

Volvió a entrar Catalina, impetuosamente, como era su costumbre, informando que había despachado a los dos hombres.

—Les recomendé que hicieran regresar al señor Duque al instante —dijo—. Además de ser oscura y amenazante la noche, no hay duda de que lloverá pronto. Siento la tormenta en mis huesos...

Lucrecia sonrió comprensivamente, mas olvidándose de ella volvió a sus gratos pensamientos.

En aquel preciso momento se observó un movimiento de sombras en la parte superior de la escalera de San Pedro. Los dos criados enviados por Catalina daban encuentro al Duque de Bis-ceglia y los dos criados que él trajera, uno de los cuales portaba un hachón encendido. Luego todos juntos empezaron a bajar la escalera, Alonso de Aragón adelante, sólo precedido del que llevaba la luz.

Y no habían llegado todavía a la plaza propiamente dicha, cuando las seis sombras ocultas en la vía de Porta Cavalleggeri dejaron cautelosamente sus escondites y avanzaron hacia el Duque y sus criados, siguiéndolos por unos instantes como sus sombras, sin que los primeros lo advirtieran.

Y entonces, a una muda señal de uno de los enmascarados y falsos mendigos, éstos se adelantaron y rodearon al Duque. Sorprendido y alarmado el Duque reculó al tiempo que echaba mano a su espada. Demasiado tardío el movimiento, quedó paralizado

por el ataque fulminante de uno de los mendigos, que cayó sobre él descargando el golpe de su daga. Herido en el pecho el Duque se desplomó pero con el ánimo suficiente para gritar en demanda de auxilio. En tal momento desapareció la luz que alumbraba la trágica escena, pues el criado que llevaba el hachón cayó atravesado por una estocada. El resto de los criados sin atinar a nada, se dispersó lanzando gritos de terror, perseguidos por los enmascarados, mientras tres de éstos seguían descargando furiosos golpes de daga y puñal.

Por unos momentos aquello fue un pandemonio de gritos iracundos de los atacantes, de terror de los criados, y de dolor del Duque que pedía auxilio. En cierto instante, perdido el sentido, el Duque enmudeció. Uno de los enmascarados se incorporó.

—¡Condenado mozalbete! —masculló entre dientes—. Resultó hueso duro de mondar... ¡Hala!... ¡Lleváoslo y arrojadlo al Tíber!

—¡Micheletto!... ¡Mira! —gritó uno de los que saliera en persecución de los criados—. ¡La guardia palatina!... ¡Viene hacia aquí!

Así era, en efecto. Atraída su atención por los gritos, la guardia armada y numerosa

Librodot

acudía al lugar de donde procedían aquéllos. Al comprobar esto, el cabecilla echó a correr, al tiempo que gritaba:

—¡Pronto, a los caballos!

Y entonces, como si hubieran oído la orden del cabecilla, los jinetes que se escondían en la vía de Mascherino salieron al galope, llevando de las riendas a seis caballos más. Uno y otro grupo se encontraron en la plaza Rusticucci, los falsos mendigos montaron y toda la partida, unos cuarenta jinetes en total, emprendió una furiosa carrera hacia la Puerta Pórtese que algunos momentos después cruzaba sin inconvenientes, perdiéndose en la noche.

Asistido el herido Duque por los guardias palatinos, que lo reconocieron en seguida, fue conducido de nuevo al Vaticano. Aún . respiraba, si bien el derramamiento de sangre era abundante, debido a las numerosas heridas que recibiera.

En aquel mismo instante, Lucrecia Borgia era atendida por sus desconsoladas doncellas. Había caído sin sentido, como fulminada, al oír aquellos gritos de socorro en la plaza, en los cuales reconociera la voz del hombre amado.

Algunas horas después, atendido por los dos médicos de Su

Santidad, Alonso de Aragón, Duque de Bisceglia y Príncipe de Stillace parecía recobrarse milagrosamente.

—Informad al Santo Padre —dijo el doctor Torella viejo conocido de los lectores, al camarero que viniera a preguntar por el estado de salud del ilustre herido— que don Alonso de Aragón se ha recobrado un tanto de la pérdida de sangre sufrida. Debido a que llevaba una cota de malla, ninguna de las heridas recibidas fue mortal, aunque sí muy dolorosas y sangrantes. Dios mediante, confiamos en un futuro restablecimiento.

La nueva del estado del herido circuló con presteza por el Vaticano, y llegó hasta Lucrecia, apenas recobrada de su desmayo. Lucrecia quiso trasladarse inmediatamente al Vaticano, pero el médico se lo prohibió. Era el mismo doctor Torella quien la atendía.

—Vuestro esposo ha sido trasladado a uno de los departamentos del *palazzo* Belvedere —le informó— donde se ha montado una doble guardia por temor a que el ataque de los asesinos se repita. No debéis preocuparos, pues creemos que curará... Sois vos, señora, quien debe cuidarse ahora. Recordad lo que os dije la primera vez: un aborto, natural o provocado podrá, podría resultar fatal para vos...

—¡Pero yo quiero ir al lado de mi esposo! —sollozó Lucrecia—. ¡Quiero ver con mis propios ojos cómo está!... ¡Quiero cuidarlo y atenderlo en persona!...

—Sancha, la hermana del señor Duque, ya está allí y os prometo que vos también iréis en cuanto yo vea que el peligro ha pasado. Mientras tanto, descansad.

—¡Dios mío, bien comprendo que me enviáis este castigo por todas mis culpas! —sollozó Lucrecia apenas el médico se retiró.— ¡Os ruego solamente que descarguéis vuestra santa cólera sobre mí y no sobre los seres que amo!... ¡Tened piedad de ellos, Señor!

* * *

Habían pasado algunos días. El Duque de Bisceglia, un poco más restablecido de sus heridas, permanecía en aquellas habitaciones del palacio Belvedere. Lo atendían cinco médicos, los dos del Vaticano, otros dos, médicos personales suyos, que le envió el rey Fadrique de Nápoles su tío, y los Colonna, de quienes el joven Duque fuera muy apreciado, enviaron otro. Quince hombres armados hasta los dientes, hacían guardia permanente. A la cabecera

del herido se hallaban Lucrecia y Sancha, y Alonso sólo comía de los platos preparados por ellas.

Nadie sabía cómo ni quién había preparado aquél atentado, así como se ignoraba las

causas del mismo. Como siempre ocurría en estos casos, y debido a la personalidad del atacado, se tejían mil historias, unas de política otras de amor y aun se esgrimían poderosas razones de Estado. Una cosa, en medio de todo esto, era cierta: los asesinos habían fracasado en su intento. ¿Volvería a repetirse el atentado?

Debido a este interrogatorio que nadie se atrevía a responder, se había redoblado la guardia, y se evitaba que manos extrañas preparasen los alimentos por temor al veneno. César Borgia, gonfalonero de la Iglesia, mantuvo el orden público y dispuso que nadie llevase armas en las proximidades del Vaticano, bajo pena de muerte. No satisfecho con esto, dispuso que se llevara a cabo una severa investigación, la cual, como puede suponerse, no llevó ninguna luz sobre todo lo que ya se sabía.

Más días pasaron. El restablecimiento del joven Duque era admirable. Muchas de sus heridas se habían cerrado, otras estaban en vías de cicatrizar. Lucrecia y Sancha se turnaban en la atención permanente del ser amado. Juzgando que su presencia era ya innecesaria, los médicos de Nápoles regresaron a su ciudad. César comentando este hecho con el Papa, observó acaso ajustadamente, que esos médicos solo eran espías de Nápoles, que habían venido a establecer el grado de preparación del ejército que se derramaría de nuevo sobre Roma, luego sobre Nápoles.

En tanto el restablecimiento del Duque de Bisceglia se hacía evidente, quienes permanecían a su lado no pudieron menos de observar su aire taciturno, casi hosco. La presencia de las mujeres apenas lo movía a una sonrisa. A duras penas era posible hablar con él, ya que no despegaba los labios. Al principio, las dos mujeres habían atribuido este hecho al estado del herido, pero ahora, pasado el peligro, cerradas la mayoría de las heridas, tal actitud no se justificaba. En cierta ocasión, Alonso trató a su hermana con evidente disgusto, a pesar de la delicadeza de sus atenciones, lo que la hizo salir llorando. Sancha le contó a Lucrecia del incidente.

—Querido mío —le dijo Lucrecia a su esposo, poco después, mientras le daba de comer personalmente—, hoy sorprendí a Sancha llorando, poco después de salir de aquí... ¿Me puedes decir por qué?

__Pregúntaselo a ella:

__Se lo pregunté... Dice que tu conducta es abominable, que la miras como si ella hubiese enviado a los asesinos...

__¡Calla! —replicó Alonso, mientras sus pálidas mejillas se teñían del subido arrebol de la cólera.

Lucrecia lo miró con detención. Por cierto, ahora podía comprenderlo, Alonso se hallaba bajo la influencia de algo que tenía muy metido dentro de él, acerca de lo cual no se atrevía a hablar, ya sea por rencor o temor, o lo que fuese. Pero ella creía saber a qué atenerse. Se murmuraba mucho —y ella no lo ignoraba— sobre la presunta responsabilidad de César en el atentado. ¿Era la misma y loca idea la que fustigaba la mente de su amado? Podía saberlo si...

—Querido mío, bien sabes que te amo y que incluso daría con gusto la vida por ti, y por nuestro hijo... Nadie como yo —con excepción acaso de Sancha— ha sentido lo ocurrido. Todos deseamos que el culpable sea hallado y castigado. El Papa ha pro-. metido...

Sorpresivamente Alonso se echó a reír, con una risa amarga, desdeñosa. Lucrecia volvió a mirarlo, convencida ahora de que había estado en lo cierto.

—... que, sea quien sea, será tratado como un criminal. En cuanto a César...

Resultó como si mencionara el nombre del diablo. Alonso se sentó de golpe en la cama, olvidado de sus heridas, el rostro en principio lívido, luego pálido y cubierto de sudor. Miró a su esposa con ojos fulgurantes cuando exclamó, gritó, mejor dicho:

—¡Cállate!... ¡Nunca menciones en presencia mía ese nombre, que maldigo!... ¿Lo

Librodot

oyes?... ¡Nunca!... ¡Nunca!... —Y volvió a desplomarse, transido por un exacerbado sentimiento de odio.

—¿Pero por qué? —inquirió" Lucrecia—. ¿Por qué odias a mi hermano?... ¿Porqué?

—¡Lo mataré —masculló el Duque—. ¡Lo mataré como a un perro, apenas pose la vista en él!... ¡Anda, corre a decírselo!... ¡Al fin y al cabo eres su hermana!... ¡Una Borgia!... ¡Estás tan llena de pecado y de infamia como ellos y como Sancha, que se ha contaminado en su contacto con tal infame!

—¡Pero por qué, por qué! —demandó Lucrecia, empalideciendo terriblemente.

—¡Porque fueron los asesinos pagados por él los que me atacaron! —replicó el Duque fuera de *sí*—. ¡Lo sé!... ¡estoy seguro!... Uno de los sicarios llamó "Micheletto" al cabecilla de mis atacantes---- ¿Quieres más pruebas?... ¡Y ahora, por amor de Dios,

déjame solo!

Lucrecia se precipitó fuera de la alcoba deshecha en llanto. Sancha que esperaba en la antecámara y que oyera todo, se echó en sus brazos y juntas lloraron desconsoladamente.

Sólo con mucha insistencia y un tratamiento impermeable al desprecio de Alonso, consiguieron las dos mujeres ser permitidas en la alcoba del enfermo. Pero Alonso había vuelto a su ofensivo mutismo, del cual no salía sino para hablar con los médicos. Sólo una vez le vieron sonreír, cuando Lucrecia le llevó a su hijo.

Transcurrieron más días y el estado del herido mejoró notablemente, tanto que los médicos le autorizaron a dejar el lecho y a tomar sol junto a la ventana, sentado en un sillón. Las visitas menudeaban si bien se permitía el acceso sólo a los íntimos del Duque. En cierta ocasión en que recibiera la visita del Papa, qUé iba acompañado de César, pareció que el enfermo caía de nuevo fulminado, pero se recobró cuando ellos se fueron. Su Señoría pidió entonces que dejaran pasar a su ayuda de cámara. Y éste escuchó de los labios de su amo la petición más sorprendente que se podía esperar de un herido. El Duque deseaba estar en posesión de sus armas, su daga, su espada.

—Puedes traerme también, si es posible, una ballesta, o un arco y flechas —le pidió—. Mas procura por todos los medios que nadie sepa, absolutamente nadie, ni mi esposa o mi hermana, que las traes. ¿Has oído, bellaco?... ¡Oh te haré rebanar las orejas!

El criado cumplió fielmente y de ese modo el Duque pareció sentirse más confiado o más seguro. Se pasaba horas enteras junto a la ventana, mirando los jardines de Belvedere, sobre el que irradiaba el sol de verano. Generalmente, prefería estar solo y así se lo hacía saber a las dos mujeres que no sabían ya qué hacer para halagarlo, o complacerlo.

Cierta mañana, el 18 de agosto es decir a poco más de un mes desde el atentado y después de haber recibido la visita de los médicos y de haber recabado de ellos la certeza de que pronto podría restituirse a la vida social el joven Duque se hallaba cerca de la ventana, aparentemente tomando sol pero en realidad observando con detención cuanto ocurría en el interior. Parecía buscar o esperar algo. Y entonces de pronto se puso pálido y se estiró hacia atrás, en tanto en su rostro asomaba una fea expresión de odio insano. Acto seguido olvidando el dolor de las heridas todavía frescas se incorporó y buscó debajo de la cama, donde guardaba sus armas.

Afuera en el jardín de Belvedere, dos hombres paseaban, seguidos de otros dos que iban más atrás y que, indudablemente, eran guardias. Uno de los .primeros hubiera sid6 reconocido al instante, pues la figura de César Borgia era muy conocida; su acompañante, como puede suponerse, su lugarteniente y confidente el ejecutor frío y determinado de todas sus órdenes no era otro que Micheletto. Ambos hombres venían hablando en voz baja, un tanto preocupados, mientras recorrían el extenso jardín.

Y entonces reapareció Alonso de Aragón en la ventana. En la mano sostenía un arco y

una flecha. Había pedido a su ayuda de cámara una ballesta pero por ser un objeto voluminoso, no había podido pasarlo. Pues, bien, con esto le bastaría. Asomándose con cautela miró a los dos paseantes. Había un siniestro brillo en sus ojos.

—Lo importante es que la herida sea mortal —pensó, clavando aquéllos en la esbelta figura de César—. Debo librar al mundo de esta sanguinaria bestia... y debo hacerlo de un modo rápido y efectivo... Espero que mi mano no tiemble... Pero no debo herirle en el cuerpo. Bien sé que lleva una cota de malla... El único lugar vulnerable que veo es el cuello. Pues, bien, será el cuello... ¡Dios me ampare si yerro el tiro!

Alonso aspiró profundamente, procurando vencer el temblor de sus manos, mientras colocaba la flecha y ponía en tensión el arco. Realizado esto, poco a poco se asomó a la ventana y esperó a que la pareja pasara frente a ella, momento en que la distancia se acortaría *y* haría posible una mayor efectividad en el logro del blanco.

Trancurrieron algunos instantes. Los músculos y los nervios en aguda tensión empezaron a causarle un dolor físico apenas soportable. El rostro se le inundó de transpiración; la respiración se tornó pesada, angustiosa. Pero al fin la espera pareció llegar a su fin. El arco se tensó un poco más, todo lo posible. La punta de acero de la flecha buscó y marcó su trayectoria en el espacio, teniendo como objetivo final el cuello movible del Valentino.

Un brusco y sordo silbido marcó el disparo de la flecha, mensajera de muerte, la cual voló locamente hacia su objetivo, en procura del robusto y terso cuello destinado a servirle de envoltura. Pero la nerviosidad y el odio habían alterado el pulso del arquero y la flecha pasó a escasos dos dedos del blanco, yendo a clavarse en tierra, a pocos pasos con un ruido vibrante y sonoro.

Los dos hombres cuyos finos oídos, estaban especialmente hechos para la guerra y la vida agitada y peligrosa que llevaban, volcaron rápidamente la mirada hacia aquella ventana, llegando a, sorprender a Alonso cuando, arco en mano, procuraba desaparecer a la vista.

Una sola mirada entre ellos, entre César y su hombre de confianza, bastó para que se entendieran plenamente, sin necesidad,; de ninguna explicación. Y ambos echaron a correr hacia el interior del edificio. Como una exhalación cruzaron corredores, subieron escaleras y al fin llegaron frente a la puerta de la cámara de Alonso. No había nadie allí, excepto los guardias que el mismo Valentino hiciera poner. Micheletto cargó contra aquella puerta, la cual se abrió de par en par.

De pie junto a su lecho, más pálido que un muerto, sosteniendo la espada en una mano temblorosa por lo débil, se hallaba el Duque de Bisceglia. Los ojos de éste, fulminantes, cargados de sangre y de odio intenso, buscaron la figura del Valentino. El hermano de Lucrecia se había detenido en la puerta y desde allí se concretó a mirarlo a su vez con "una cólera que impresionaba por su fría determinación.

—¡A él, Micheletto! —ordenó César, mordiendo las palabras—. ¡Mátalo!

Micheletto cargó sin hacerse repetir la orden. Por un segundo, se le vio vacilar, en el intento de extraer su espada o su daga. Pero con una desdeñosa y siniestra sonrisa pareció rechazar la idea y agitando los brazos como aspas de molino se lanzó sobre el Duque, quien quiso defenderse con la espada. Mas siendo débiles y lentos sus movimientos, muy poco le costó a Micheletto desarmarlo y entonces ambos hombres cayeron sobre la cama. Sin un segundo de vacilación, Micheletto crispó sus manazas sobre la garganta de Alonso de Aragón y lo estranguló poco a poco, sin pestañear, sin conmoverse, sin acusar los golpes y aun los puntapiés que la víctima le aplicó en una desesperada cuanto tardía acción defensiva. Y entonces el apuesto e infortunado joven dejó de luchar y de moverse. Sus miembros cayeron sin vida, los ojos, salidos de las órbitas, miraron con una mirada vidriosa y sin calor, y la respiración agitada cesó de pronto, mientras la boca de labios contorsionados y feamente

abierta dejaba asomar la lengua hinchada y congestionada.

La varonil apostura de Alonso de Aragón se había convertido en la horrible máscara de la muerte.

Librodot

CAPÍTULO IX
DONDE LUCRECIA VUELVE A LAS ANDADAS

La noticia de la muerte de Alonso de Aragón sorprendió a Lucrecia cuando ee disponía a dejar su palacio y acudir al lado de su marido por el resto del día, después de haber venido a cumplir algunas tareas. Oírla y caer desplomada por segunda vez, fue todo uno. Sus doncellas acudieron al grito de Catalina, la Loca, quien, fámula al fin, le trasmitiera la fatal nueva.

—¡Pronto, llamad al médico! —ordenó la prima Jerónima Borgia, que acudiera a los gritos—. ¡Su Señoría se desangra!... ¡Pronto, por amor de Dios!

El segundo golpe, más terrible que el primero, tuvo, pues, consecuencias más graves!, ya que Lucrecia perdió al segundo hijo de Alonso. Y este trance la puso entre la vida y la muerte, estado en que se debatió por varios días. Finalmente, pudo más su juventud y su naturaleza y ee recobró de la enfermedad.

Pero más le costó restablecerse del infortunado golpe recibido. Lucrecia, mujer al fin y al cabo, que llegara a profesar a Alonso sincero afecto, sintió mucho la muerte del gallardo mozo que fuera su esposo durante dos años y que así colmara su ansiedad amatoria, tan pronunciada en todos los de su raza. Era natural que derramara abundantes lágrimas y prorrumpiera en amargas quejas, en agudos reproches contra el instigador de la muerte del Duque. Se dice que, apenas restablecida, fue en busca de César y lo trató con fiereza y decisión, pero no en balde era el Valentino un gran diplomático. Supo explicar lo que buenamente no tenía explicación y así Lucrecia volvió a su casa, si resentida aún, ya no colérica.

Estimando que la presencia de Lucrecia en Roma, con sus continuos desbordes de lágrimas y reproches, era perjudicial para la causa de los Borgia, César convenció al Santo Padre para que enviara a la joven a Nepi, cuya señora era. El 30 de agosto, con un séquito de seiscientos jinetes y varias literas, en las cuales iban sus damas de honor y sus doncellas, amén de toda la servidumbre que necesitaba para mantenerse no sólo hermosa sino bien vestida, partió Lucrecia para la ciudad de que era señora.

En el viejo *y* solitario castillo, reconstruido por Alejandro VI para recibirla dignamente en la ocasión en que se lo cediera a ella, de esto hacía más de un año, Lucrecia pudo entregarse plenamente al dolor de su pérdida, derramando ardientes lágrimas.

Pero el tiempo, ese curador maravilloso, hizo su obra y agotado aquel caudal de lágrimas Lucrecia volvió lentamente a la vida, a ser lo que era, lo que siempre había sido, *super omnia clara et jocunda e tutta festa.* Cansada de aquella especie de enclaustramiento, escribió al Papa pidiéndole permiso para regresar a Roma y obtenido el mismo, se trasladó de nuevo, con todo su séquito a la ciudad eterna, donde pronto volvió a convertirse en la señora de la alegría y la disipación, animadora de fiestas y reuniones.

Por esos días, insistentemente, ya se hablaba de una nueva boda para ella. Incluso en vida de Alonso de Aragón, el Papa, siempre previsor, había venido pensando en quién podía ser el sucesor del Duque de Bisceglia, para el caso de que se produjese un rompimiento con él, ya que las relaciones con los de Aragón, por causa del reino de Nápoles, se hacían cada vez más difíciles.

Era admisible que, muerto Alonso de Aragón, surgiesen nuevamente muchos aspirantes a la mano de Lucrecia, pero Rodrigo Borgia, previsor como hemos dicho, ya tenía señalado su candidato. Este era nada menos que Alonso de Este, hijo del Duque de Ferrara, y hermano de Isabel de Este, esposa de Francisco Gonzaga, Señor de Mantua, El Papa creía firmemente que la alianza de las dos casas, aseguraría a la vez la suerte de Lucrecia y la de César, después que él desapareciera del escenario de la vida. Alejandro VI se preocupaba mucho por tal futuro.

Librodot

En consecuencia, el Papa habían examinado detenidamente la cuestión desde el principio, tomando una resolución. Debía entregarse en cuerpo y alma a recobrar para la Santa Sede el antiguo dominio que el rey carolingio le había dado, y a hacer de César el grande y poderoso Vicario de tales territorios. Lucrecia debía servir a tal fin como lo estaban sirviendo las armas del ejército del Valentino y de los soldados del Rey de Francia.

Alfonso del Este, príncipe heredero de Ferrara, contaba a la sazón unos veinticuatro años y era viudo de Ana Sforza, la bellísima hermana del que fuera Duque de Milán, Juan Galeazzo. Eran los Este, reinantes en Ferrara como duques feudatarios de la Santa Sede, una de las casas más ilustres y encopetadas de Italia. Alejandro VI deseaba que Lucrecia llegase a reinar como consorte en un Estado cuya amistad era preciosa para los ambiciosos planes de César, que no se contentaba con la Romana, de que era ya Duque, y tenía sus ojos puestos en Bolonia y en Florencia.

Convencido de la excelencia de sus planes, el Papa encomendó a uno de sus amigos, el cardenal Ferrari, para que interpusiera sus buenos oficios ante el Duque de Ferrara, Hércules de Este, exponiéndole la utilidad de un enlace de su hijo Alfonso con Lucrecia Borgia. El cardenal Ferrari cumplió su cometido y trasmitió al Papa la respuesta del Duque de Ferrara. Éste pedía doscientos mil ducados como dote, en efectivo, veinte mil en joyas, la supresión del tributo de cuatro mil ducados anuales que el ducado debía pagar al Vaticano, los territorios de Pieve, Cento y Puerto Cesenático, además de algunos "beneficios" para su otro hijo, el cardenal Hipólito de Este. Se consideró esta desmedida petición como una rotunda negativa del Duque.

Pero Rodrigo Borgia no se dio por vencido ni ofendido, pues había previsto tal actitud. Encargó a su mandatario que hiciera presente al Duque las- ventajas que le ofrecía su propuesta, con las desventajas en caso de rechazarla, como ser, la enemistad del Papa, la de César Borgia y acaso la de Francia, nación amiga del Papado y de César.

Mientras llevaban esta respuesta, al Duque de Ferrara, César Borgia partió de Roma con su ejército, entró en contacto con el ejército francés, comandado por el Mariscal Aubigny, y avanzó a sangre y fuego hacia el reino de Nápoles, finalmente capturado y vencido. Como la alianza con los franceses estipulara la partición de ese reino entre Francia y España, el rey Fadrique debió huir, dejando a sus espaldas un reino destruido y abatida la Casa de Aragón, a la que tanto odiaba César, a pesar de hallarse enredado en amores con Sancha de Aragón, o acaso por ello mismo.

La rápida y fácil conquista de Nápoles y la mediación del Rey

francés, en favor de la propuesta del Papa, decidieron al fin al Duque de Ferrara a aceptarla, en base a nuevas condiciones, entre las cuales se reducía a la mitad el precio de la dote exigida.

Pero si grande era el deseo de Alejandro de ver a su hija establecida en Ferrara, mayor era *él* de Lucrecia de que se realizara la boda, a pesar de la repugnancia que sabía inspiraba a su futuro esposo y de las condiciones para ella tan humillantes. Fue Lucrecia quien, tomando en manos el asunto y los intereses del Duque de Ferrara, que eran ya los suyos, acabó por conseguir de su padre que aceptara las condiciones exigidas por el Duque, y se suscribió un acta legal en el Vaticano el 26 de agosto de 1501, firmándose el contrato matrimonial el 19 de setiembre, en Ferrara.

La fausta nueva de la firma de las capitulaciones nupciales en Ferrara, se recibió en Roma con grandes muestras de júbilo. Las baterías del castillo de St. Angelo dispararon sus salvas, iluminóse el Vaticano y los partidarios de los Borgia recorrieron ruidosamente las calles de la ciudad eterna, haciéndolas sonar con sus alegres voces.

En cuanto a Lucrecia, no tuvo límites su alegría. El sentarse en el trono de Ferrara y reinar en una de las cortes más antiguas e ilustres de Italia, era la realización de un sueño que

llegaba tras nueve años de vida inquieta y de tremendos infortunios conyugales. Había visto anulado su primer matrimonio por la declarada impotencia de un marido de notoria virilidad, y el segundo disuelto por mano fratricida. Su fama, podía decirlo ella, no era muy cristiana, pues se la consideraba pasible de los pecados más horrendos, como lo eran los de incesto, una de las causas por las que Alfonso de Este se negara a casarse con ella. Frente a esta horrible flecha del Partho, nada significaban, es cierto, sus otras aventuras, incluso la tenida con el Perotto o sus otros innúmeros amantes.

—Es verdad que deseo llegar a la cumbre de la humana grandeza —les decía a Jerónima y Ángela, sus primas y confidentes, hablando sobre el particular—; pero creedme, más ansío salir de Roma y establecerme en un lugar apacible y digno que me ayude a olvidar y borrar un pasado que, confieso, no me honra. Si a Dios plugiera el darme un esposo bueno y comprensivo, os lo prometo, no viviré sino para hacerlo dichoso..i

Sin embargo Lucrecia olvidaba a menudo que no sólo era hija de un Borgia, es decir, de sangre apasionada, sino que se veía obligada a vivir en un ambiente de notoria concupiscencia, donde apenas si había lugar para el arrepentimiento y la expiación, mercedes que suelen venir con la declinación de los años y no cuando la sangre joven se alborota a cada instante y demanda satisfacciones a su enardecimiento. Sin darse cuenta quizá se veía arrastrada, pues, por la corriente de desenfreno e inmoralidad que imperaba en todas partes, hasta en los palacios de los glandes. No era ella la única mujer joven y bella que permitía en su alcoba a jóvenes segundones o sin fortuna que, siempre ávidos de aventuras de todo tipo, se avenían a satisfacer los gustos y caprichos de las descocadas damas de alcurnia. Y todos estos pecados los cometía Lucrecia muy a pesar de sus deseos de enmienda y de vida beatífica y serena. El mal ejemplo acuciaba sus carnes y el medio ambiente hacía el resto.

En suma, Lucrecia volvió a las andadas en Roma porque era una mujer como todas las de su época, que se dejaba dominar por la influencia del ambiente desenfrenado, aunque íntimamente acaso abominara de tal existencia de pecado. Ello explica por qué, mientras por un lado se realizaban negociaciones para la regia boda, ella participase en todas las fiestas y reuniones, de donde se recogía a sus habitaciones muy alegre y con los ojos brillantes, no tan cansada como para no abrir sus puertas al apuesto galán de ocasión que Catalina, la Loca, su confidente de hoy, le proporcionaba. Esos galanes, desaprensivos y despreocupados, acudían a tales citas galantes preciso es aclararlo, ignorando quién sería su dama de la noche. De haber sabido que era Lucrecia, la hermana del celoso y temible César, hubieran huido despavoridos.

* * *

Después de la breve y sangrienta campaña de Nápoles, César Borgia regresó a Roma y participó de todas las fiestas que se realizaban en el Vaticano, mientras llegaba a Roma la embajada y comitiva que venía a buscar a Lucrecia para conducirla a Ferrara. En el Vaticano había todas las noches música, canto y bailes, porque uno de los mayores placeres de Rodrigo Borgia era ver bailar a mujeres hermosas. A tales fiestas, que duraban generalmente hasta las luces del alba, asistían los enviados del Duque de Ferrara, quienes debían admirar la belleza de Lucrecia y la gracia con que bailaba.

Deseando participar en los homenajes que se rendían a Lucrecia, César muy amigo de bacanales, preparó una fiesta pantagruélica al estilo de la Roma imperial. Se comió y bebió sin freno y durante su transcurso, como los bailes resultasen aburridos, César Borgia dispuso que se llamase a las damas —que no eran otra cosa que cortesanas a quienes alquilara con anticipación— y que se bailase el *baile de las castañas.*

Este anuncio arrancó un aplauso general de los señores, a la sazón ya vencidos por los estragos de la bebida. La música aumentó de volumen y los mismos músicos parecieron rejuvenecer ante el anuncio. Y entonces hicieron su entrada en el inmenso salón, en cuyo alrededor se dispusieran las alargadas mesas, unas cincuenta mujeres, todas jóvenes y hermosas, vestidas con tenues sayas y velos, vistosos tocados y bonitas sandalias de colores

Librodot

con ornamentos de pedrería.

Las jóvenes empezaron a bailar entonces no siguiendo un plan coreográfico, sino cada una por su cuenta, si bien al ritmo musical, procurando demostrar sus habilidades. Al hacerlo, cuando el Duque de Romana, el Valentino, lo ordenó, empezaron a quitarse las ropas. Una nueva orden del Valentino y esta vez hicieron su aparición unos cincuenta robustos mocetones, vestidos muy ligeramente, quienes eligieron entre las cortesanas a su pareja y siguieron bailando con ellas en movimientos cada vez más osados, cada vez más sicalípticos, en tanto sayas y velos volaban por los aires. Entonces César volvió a dar una orden y aparecieron varios criados portando cestos con castañas, las cuales vaciaron en el piso. La consigna era que cada pareja se pusiese de rodillas y recogiese el mayor número de castañas, ya que se distribuirían valiosos premios entre los ganadores.

En medio de la batahola que el drolático espectáculo provocara, pues las risas y los aplausos así como las incitaciones y las exclamaciones, no cesaban, los participantes se movieron, caminando a gatas, recogiendo las dichosas castañas. Los señores, tanto hombres como mujeres, estas últimas con las mejillas arreboladas, reían y aplaudían a más no poder, cuando los más entusiasmados en recoger castañas chocaban sus cabezas con las grupas de otros rezagados, o cuando se disputaban abiertamente un puñado de castañas. No pocos caían unos encimas de otros, en una mezcolanza de cuerpos y cabelleras rubias y morenas. Finalmente no quedó una castaña en el piso y el Valentino, luego del recuento, procedió a dar los premios.

La bacanal no concluyó ahí, pues según refiere un testigo (*) presencial, "los señores se entregaron a más satisfactorios placeres", siguiendo el ejemplo de César, que no era precisamente el más pudoroso. Esta descripción de lo ocurrido en aquella fiesta dará una idea más aproximada sobre la moralidad de la época.

El 9 de diciembre de 1501 salió de Ferrara, precedida de trece heraldos y varios pífanos, la lucida cabalgata de quinientos jinetes capitaneados por el cardenal Hipólito de Este, hermano de Alfonso, de la que también formaban parte otros dos hermanos, Ferrante y Segismundo, además de muchos otros parientes y amigos ferrareses, personas todas de rango. Trece días duró el viaje, y desde el castillo de Monterosi, a unas quince millas de Roma, al que llegaron harto maltrechos, empapados y embarrados por efectos de las invernales lluvias y pésimos caminos, envió Hipólito un mensajero a pedir órdenes al Papa, quien dispuso que hicieran su entrada por la puerta del Popolo.

La entrada de los ferrareses en Roma fue uno de los más espléndidos espectáculos del pontificado de Alejandro VI. A las diez de la mañana del 23 de diciembre llegaron aquéllos al Ponte Molle, donde los recibieron el Senador de Roma, el Gobernador y el Barigello, o jefe de policía, con unos dos mil soldados de infantería y caballería. A medio tiro de ballesta de la puerta del Popolo salió a su encuentro la comitiva de César compuesta por cien gentiles hombres a caballo y doscientos suizos a pie, armados de alabarda, con el uniforme pontificio de terciopelo negro y paño amarillo y gorra empenachada. Tras ellos iban el Valentino y el embajador de Francia, vestidos ambos a la francesa.

Desmontaron los jinetes cuando los dos grupos se enfrentaron y el Duque de Romana abrazó al cardenal Hipólito, y cabalgando a su lado dirigióse hacia la puerta, donde los aguardaban diecinueve cardenales, con un séquito cada cual de doscientas personas. Dos horas duró el recibimiento con un diluvio de discursos de bienvenida y gracias, y ya atardecido, al son de trompetas, pífanos y cuernos, encaminose la cabalgata por el Corso y el Campo di Fiore al Vaticano. Aguardábalos Alejandro VI rodeado de doce cardenales, y después de haber cumplido con el Papa, los príncipes de Ferrara fueron conducidos por César a casa de Lucrecia, la cual salió a recibirlos a la escalera, del brazo de un caballero anciano con traje de terciopelo negro y cadena de oro al cuello, saludando a sus cuñados con una inclinación de cabeza, como era moda en Francia.

Lucrecia, en esta ocasión, vestía una camora, o sea, un traje blanco de brocado de oro, y una *sbernia, o* manto forrado de cibelina; las mangas eran también blancas, de brocado de oro, acuchilladas a la española; lucía un tocado compuesto de cofia de gasa verde, sujeta con un listón de oro y orlada de perlas, y al cuello un grueso collar de perlas del que pendía un enorme rubí. Se sirvieron refrescos, repartió Lucrecia unos cuantos regalos, como recuerdo, obra de famosos joyeros romanos, y los príncipes de Ferrara y su séquito se fueron muy contentos habiéndoles parecido Lucrecia muy hermosa, gentil y graciosa.

Al día siguiente se dio comienzo a los festejos y es fama que los tales superaron en fausto a los de las otras dos bodas de Lucrecia. Hubo cabalgatas triunfales y luchas de atletas, y carreras de caballos, y comedias, bailes y banquetes. Además, corridas de toros, que los italianos llamaban *cade al toro,* en las que el Valentino y sus doce caballeros volvieron a hacer de las suyas, ganándose la admiración general por el alarde de valor y su resistencia física.

Para otorgar mayor realce a los festejos, Alejandro VI adelantó la fecha del Carnaval, lo que permitió que los buenos romanos se entregasen libremente a toda clase de locuras, favorecidos por el uso generalizado de los antifaces. Quienes hicieron su agosto en esta ocasión fueron las honestas y deshonestas meretrices que abundaban en Roma.

El 30 de diciembre celebróse en el Vaticano el matrimonio. Salió Lucrecia de su Palacio, llevada de la mano por sus cuñados Ferrante y Segismundo, y seguida de toda su corte y de cincuenta damas. Vestía para, la ocasión de brocado de oro, a la francesa, con mangas abiertas que llegaban hasta el suelo y manto carmesí, forrado de armiño, cuya larga cola llevaban sus doncellas y en la cabeza una cofia de seda y oro, sujeto el cabello por una sencilla cinta negra. El collar de perlas denotaba la inclinación de Lucrecia por estas joyas, y el colgante se componía de una esmeralda, un rubí y una perla de gran tamaño.

Su Paternidad la aguardaba en la Sala Paolina, sentado en el trono y teniendo a su lado a su hijo César y a trece cardenales. Presentes estaban también los embajadores de Francia, España y Venecia, pero no el de Alemania. Empezó la ceremonia con la lectura del poder del Duque de Ferrara, a la que siguió la plática de rigor que pronunció el obispo de Adria, el cual tuvo que abreviarla por habérselo así ordenado el Papa. Ferrante, en representación de su hermano Alfonso, dirigió a Lucrecia la pregunta de rigor, y habiendo ella respondido afirmativamente, le puso al dedo el anillo nupcial, diciéndole:

—El muy ilustre Señor Alfonso, vuestro esposo, os envía por su espontánea voluntad este anillo matrimonial, y yo, Ilustrísima Señora Lucrecia, os lo presento en su nombre. A lo que Lucrecia respondió:

—Y yo lo acepto por mi espontánea voluntad y libremente. De todo lo cual se levantó acta en instrumento que redactó un notario. El cardenal Hipólito presentó entonces las joyas que regalaba el Duque de Ferrara a Lucrecia, por valor de setenta mil ducados , y de las cuales no se había hecho mención en el acta notarial "para el caso de que la nueva duquesa faltara a sus deberes para con Alfonso y éste no se viese más obligado de lo que quisiese respecto a las alhajas", según instrucciones de Hércules de Ferrara a su hijo Hipólito. La entrega la hizo el cardenal Hipólito con singular arte. Colocó ante el Papa el cofre, lo abrió, y ayudado por el tesorero ferrares, fue presentando las joyas, de la manera más adecuada para realzar su valor y hacerlas mejor apreciadas. El Papa las tomó en las manos y mostró a Lucrecia las cadenas, pendientes, brazaletes, sortijas, las piedras preciosas y, sobre todo, un magnífico collar de perlas que había sido de Leonor de Aragón, primera esposa de Hércules de Ferrara.

Los invitados a la ceremonia presenciaron, desde las ventanas del Vaticano las carreras de caballos y una justa, que tuvo por escenario la Plaza de San Pedro, y de la que resultaron cinco heridos, por servirse los combatientes de armas de filo. Trasladáronse después a la Cámara del Papa y allí empezaron los bailes, danzando Lucrecia con su cuñado Ferrante, con Segismundo y con su hermano César. Bailaron también las doncellas de Lucrecia, que podían competir con las de Ferrara en belleza y gracia. Una hora después empezaron las comedias,

Librodot

con una de Plauto, que por lo extensa no se terminó, y luego otra igualmente en latín.

En los días siguientes hubo más festejos, trayendo cada día aparejado el suyo. Hubo una cabalgata, organizada por la ciudad de Roma, con trece carros alegóricos; comedias, morescas, bailes a la moda, en uno de los cuales tomó parte César, inclinado a mezclarse con el pueblo. El 2 de enero de 1502 tuvo lugar una corrida, en la que participó el Duque de Romana con sus caballeros, entre ellos el inseparable y torvo Micheletto. Con el Duque iban ellos, todos armados de rejones. De uno de los toros se hizo cargo el Valentino, clavándole el rejón entre los dos cuernos y cayendo el animal muerto.

Muy aplaudido después de esta hazaña, el Duque dejó su caballo y volvió a pie, con doce compañeros, con unos rejones de asta fuerte e hierro largo. Cuando el toro atacaba, se ponían ellos muy juntos y lo herían de muerte. El mejor lance resultó el de un toro bravísimo, que embistió a los peones, derribó a otros dos' con poco daño y a otro lo enganchó y lo echó al aire, cayendo muerto. Tres caballos de gran precio fueron muertos por los toros. Después que los ferrareses cobraran en efectivo la dote y Lucrecia recibiera las Bulas que el Duque de Ferrara reclamaba para sí, partía de Roma el cortejo de Lucrecia, que el Papa Borgia había querido que fuese el más fastuoso de cuantos se vieran. Formaban parte del mismo, cardenales, nobles damas, caballeros, hombres de armas, de los doscientos de la escolta especialmente presentada por César Borgia, doncellas, las cuatro Catalinas, Nicolasa y Madonna Adriana del Milá, sobrina del Papa y aya de Lucrecia. Entre las damas de honor, Lucrecia se llevaba a sus queridas primas, Jerónima y Angela Borgia, esta última de tan esplendente belleza que a su paso sólo provocaba palabras de elogio, y Laura Orsini, la del *indecente parecido* con el Papa e hija de Julia la Bella y supuestamente del difunto Ursino Orsini, el Tuerto.

El 6 de enero de 1502, después de despedirse secretamente de su madre, del *infanus romanus,* hijo que tuviera en el Perotto, y de Rodrigo de Aragón, hijo de Alonso, a quienes no volvería a ver jamás, partió Lucrecia hacia la sede de su ducado. A las tres de la tarde de tal día partió la gran y calificada comitiva. Iba Lucrecia montada en una muía blanca, con riquísima gualdrapa y arreos de plata, vestida con un precioso traje de viaje que daba gusto verla, cabalgando entre los príncipes de Ferrara y el Cardenal de Cosenza, Francisco de Borja, muy amigo de Lucrecia ya quien le debía el capello. Hasta la *piazza* del Popolo la acompañaron todos los cardenales, los embajadores y los magistrados de Roma, y un buen trecho fuera de la ciudad, César y el cardenal Hipólito, que regresaron luego al Vaticano.

Rodrigo Borgia se había despedido de su hija, a solas, en la Sala del Pappagalli, departiendo un largo rato en su compañía. Después de abrazarla y besarla, salió a verla, con los ojos cubiertos de lágrimas y el corazón henchido de emoción, mirándola ansioso hasta que la enorme comitiva se perdió a lo lejos, en medio de una nube de polvo. Fue como un presentimiento de que jamás habría de volver a ver a esa hija a quien había querido en grado superlativo, al decir de uno de sus biógrafos.

El mismo Alejandro VI en persona había trazado y prescrito el itinerario que la regia comitiva habría de seguir para llegar a Ferrara, y en ese trayecto se empleó nada menos que veintisiete fatigosos días, debido a que las jornadas fueron breves y muchas las etapas, a consecuencia de que las damas de Lucrecia, poco acostumbradas a cabalgar, siquiera fuese en muías, se mostraban en extremo cansadas.

En todos los pueblos por donde pasaban, donde Lucrecia era ya conocida y famosa, se agasajaba a la nueva Duquesa de Ferrara en mérito a su condición y con los honores correspondientes. Así ocurrió en Foligno donde llegaron el 13 de enero, luego en Nocera, y en Gualdo, en Gubbio. A dos millas de esta ciudad salió al, encuentro de Lucrecia la duquesa Isabel de Gonzaga, hermana de Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, esposo de Isabel de Este, hermana de Alfonso, actual marido de Lucrecia, de quienes nos ocuparemos con frecuencia a partir de hoy. En Urbino la comitiva fue recibida por Guidobaldo, que sirviera

Librodot

como condotiero al Papa en la desastrosa batalla de Soriano, en la que participara con Juan Borgia, Duque de Gandía. Los señores de Urbino estaban lejos de sospechar que dentro de poco se verían despojados de sus estados por el ambicioso César y obligados a huir, por lo cual festejaron a Lucrecia como a una verdadera soberana.

De Urbino pasaron a Pesaro, donde fue Lucrecia recibida con grandes demostraciones de júbilo y respeto popular, como en todas las ciudades conquistadas por César y que constituían el ducado de Romana, o sea en Rímini, Cesera, Forlíy Faenza e Imola. El 29 de enero la comitiva entraba en Bolonia, donde el tirano Juan Bentivoglio y su mujer, Ginebra Sforza, tía de Giovanni, procuraron ocultar los sentimientos que abrigaban hacia los odiados Borgias. El cortejo se embarcó en numerosas embarcaciones y por el canal que unía a Bolonia con el Po, aquella misma tarde del 31 de enero hacía su entrada Lucrecia en el castillo de Bentivoglio, situado a veinte millas de Ferrara, donde tuvo la grata y a la vez inquietante sorpresa de recibir la visita inesperada de Alfonso de Este, que llegara allí disfrazado y de incógnito.

Repuesta de su sorpresa, Lucrecia acogió a su marido con simpatía, devoción y sumisión, *a* todo lo que Alfonso de Este correspondió con mucha galantería, en las dos horas en que la pareja se mantuvo en íntima plática, al cabo de las cuales Alfonso de Este regresó a Ferrara como había venido. De más está decir que Lucrecia había empleado en la ocasión todos sus recursos de seducción, a los cuales debió ceder Alfonso, el rudo, a juzgar por la sonrisa de complacencia con que emprendió la partida.

En Malalbergo, situada a poca distancia de Ferrara, salió al encuentro de Lucrecia una hermana de Alfonso, Isabel de Este, esposa, como hemos dicho, de Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua. Isabel de Este, la mujer más elegante de Europa, según se decía de ella, no apreciaba nada a Lucrecia, en parte por su fama, en parte por su juventud y belleza, y en parte porque competía con ella en elegancia. Había debido, sin embargo, ceder a las instancias de su padre, el duque Hércules, y salir a recibirla con vivas demostraciones de alegría. En Torre della Fossa, donde el canal desemboca en uno de los brazos del Po, esperaban el Duque de Ferrara, su hijo Alfonso y los demás miembros de la corte.

Saltó a tierra Lucrecia y la besó ceremoniosamente su suegro, después de haberle besado ella la mano, y subieron todos a un bucentauro, o sea, una barca lujosamente aparejada, en la que fueron presentadas a la Duquesa los embajadores y los nobles señores ferrareses.

La entrada de Lucrecia en Ferrara tuvo lugar el 2 de febrero y fue un hermosísimo espectáculo. A las dos de la tarde fue a buscarla el duque Hércules con los embajadores y la corte, y del Palacio Alberto partió el desfile. Abrían la marcha cuarenta y cinco ballesteros a caballo, con el uniforme blanco y rojo de la Casa de Este; seguíanles ochenta trompetas y muchos pífanos, y luego los nobles de Ferrara y las cortes de la Marquesa de Mantua y la Duquesa de Urbino.

Detrás, a caballo, rodeado de ocho pajes y vestido a la francesa, de terciopelo rojo, iba Alfonso de Este, con sus hermanos Ferrante y Fernando, y su hermanastro Julio. Tras de ellos venía el cortejo de Lucrecia, los caballeros españoles, los cinco obispos, los embajadores, los cuatro diputados de Roma, seis tambores y dos bufones.

Lucrecia de Borgia, radiante de belleza y felicidad, montaba un blanco corcel, con la dorada cabellera suelta sobre el manto de brocado de oro forrado de armiño, y al cuello el magnífico collar de perlas y rubíes que le envidiaba Isabel de Este. Iba sola, bajo palio, cuyas varas llevaban ocho doctores de Ferrara. Fuera de palio, a su izquierda, por expresa invitación de Lucrecia, iba el embajador de Francia. Detrás, a caballo y vestidos de terciopelo negro, iban el Duque de Ferrara y la Duquesa de Urbino, con un séquito de parientes de la Casa de Este, y a continuación las damas, que acompañaban a Lucrecia, o sea, Adriana del Milá, Jerónima y Angela Borgia, la pequeña Laura Orsini. Finalmente, en varias carrozas, las doncellas romanas que Lucrecia trajera con ella y las que Ferrara pusiera a su disposición.

Librodot

Al llegar Lucrecia frente a la puerta de Castel Tedaldo, el entusiasmo popular hizo estallar salvas y fuegos artificiales, los que espantaron y empinaron al caballo que la joven Duquesa montaba. Antes de que nadie pudiera acudir en su auxilio, dio con su atrayente humanidad en tierra, de donde la alzó el Duque, su suegro. Sin más daño que el susto, montó ahora en una mansa muía blanca y la cabalgata siguió la marcha, llegando al anochecer al palacio ducal, apeándose Lucrecia con ayuda ahora de su esposo, al pie de la escalera de mármol.

Aguardaban allí Isabel de Este, Marquesa de Mantua, acompañada por un seleccionado ramillete de bellezas Estenses. Ya en el interior del palacio, Lucrecia tuvo que oír pacientemente loa encomiásticos epitalamios de los poetas cortesanos. Mas al fin los jóvenes esposos pudieron verse libres de tantos agasajos y retirarse a sus habitaciones.

Seis "días hasta que terminó el Carnaval, duraron las fiestas con que el Duque de Ferrara quiso celebrar el matrimonio de su primogénito, que consistieron principalmente en banquetes, bailes y comedias. Estos festejos los calificó de ceremoniosos y fríos

Isabel de Este, pero acaso su opinión tuvo que ver con la aversión que sentía por su cuñada.

Agotada por las penurias del largo viaje y por los asaltos amorosos de su marido, Lucrecia durmió muy mal la primera noche en Ferrara, por lo que no dejó su lecho hasta el medio día siguiente. Después de una frugal colación se presentó ricamente vestida a la francesa y acompañada de los embajadores. Todo el día se pasó bailando y por la noche se representó el *Epidicus, o* El Pendenciero. Tampoco se levantó más temprano Lucrecia al día siguiente, en que se bailó igualmente hasta las seis, y se representó por la noche *Bacchides,* que por su contenido y larga duración, pareció fastidiosa. Por ser viernes, la mayor parte de las damas asistieron a la comida vestidas de negro... El sábado 5 no se dejó ver Lucrecia en todo el día, por dedicarlo a su lavado de cabeza y a escribir cartas. El domingo oyó Lucrecia misa en la Catedral, donde un' camarero del Papa entregó a Alfonso de Este una espada y una gorra, bendecida por Su Santidad. Después del mediodía, los príncipes y princesas fueron a buscar a Lucrecia para conducirla a la sala del festín, donde ella bailó con una de sus doncellas unas bajas francesas muy galanamente, según comentó la Marquesa de Mantua. Por la noche todos asistieron al aburridísimo espectáculo de la comedia *Miles gloriosus,* el Soldado Fanfarrón, que por lo ruidosa y extensa no gustó a nadie. El lunes se presentó La *Asiriana,* obra deleitable, y por último, el martes, se puso en escena La Ramera, una obra que, como lasciva y obscena, sólo fue del agrado de unos pocos.

Había terminado el Carnaval y con él las fiestas de boda, iniciándose el desfile de retorno de todas las delegaciones. Pronto quedó Ferrara libre de una buena parte de los extranjeros que vinieran a las celebraciones. La ciudad retornaba a su ritmo habitual de trabajo y comercio. En las esferas de los grandes señores, se reí-nició también la vida normal, en la que ahora tenía participación activa la joven Duquesa, que de tal modo quedaba incorporada a su trajinar palaciego y aristócrata.

El cambio que se producía en la vida de Lucrecia Borgia resultó de positivo beneficio. Esposa de un hombre joven, fuerte, experimentado en lides amorosas no podía sino considerarse satisfecha en uno de los puntos más débiles de su extraña personalidad. Ello sirvió para que, como en el caso de su matrimonio anterior, por algún tiempo se considerara no sólo una esposa feliz, sino una mujer que había hallado en el matrimonio su verdadero destino. Con esta idea en la mente, no resultó extraño verla participar, con alegría y sincero entusiasmo, en todas las cosas que atañían a su condición de duquesa, esposa del futuro señor de Ferrara, y distribuyó beneficios y prebendas no sólo a los cortesanos que la rodeaban todos los días, sino al mismo pueblo, que empezó a aclamarla en toda ocasión en que se dejaba ver en las calles de Ferrara.

En una palabra, Lucrecia parecía estar convencida de haber hallado en su matrimonio

Librodot

con Alfonso de Este y en su permanencia en Ferrara el destino que siempre ella había soñado y deseado. Sin embargo, Lucrecia no tomaba en cuenta los esguinces de su compleja personalidad. No sabía o no se daba cuenta de que aún le esperaban muchos días de pruebas, de dolor, de sufrimiento, de lágrimas... Como alguien que se ve arrastrada por una impetuosa e invencible corriente se toma de una rama, así ella se había tomado de su nueva posición, esperando que ella la ayudara a escapar de aquella terrible succión, sin saber que el verdadero peligro estaba en su otro yo, en el super ego que la empujaría al abismo tan pronto como se presentara la oportunidad.

Y esa oportunidad, desgraciadamente, no se hallaba muy lejos. No fue, sin embargo, el resultado de una vida ociosa o aburrida. Graves y trascendentes hechos en la vida de los Borgia la arrastrarían, por así decirlo al fin que ella, en su fuero interno superior, deseaba evitar, huir: el de rendirse a un amor prohibido. Porque su instinto le decía que cuando ello sucediera, sus lágrimas de desesperación correrían tanto como la sangre que se habría de derramar...

Su instinto le decía también que este grato presente sólo era una tregua, un agradable paréntesis en su vida, que ella debía aprovechar y gozar con los sentimientos más puros de su ser. Tal convencimiento la llevó a buscar, con toda sinceridad, con el mayor entusiasmo, no sólo el afecto de su esposo, sino de todos los de Ferrara, desde el señor Duque al último de sus vasallos. El tiempo diría si lo había logrado o no.

Porque no se olvide que, en esencia, Lucrecia era una Borgia. Y como tal todavía habría de rendirse a las exigencias irresistibles de una naturaleza mórbida y pasionalmente insatisfecha. Las consecuencias como veremos pronto, habrían de ser terribles.

Librodot

CAPÍTULO X
DONDE CÉSAR BORGIA MUESTRA SU VERDADERA FAZ

La taberna del *Pappagalli,* situada sobre la vía del mismo nombre, cerca del Ponte dei Fiorentini, era una de las más prestigiosas de la Roma de aquel año de gracia de 1502, tanto por sus exquisitos vinos y sus excelentes viandas, cuanto por la discreción de sus reservados. Un inmenso asador, del cual pendían crujientes cochinillos, jugosos pollos y pavitas, grandes trozos de ternera a punto, cuya manivela daba vueltas un muchacho de aire torpe y sonrisa fácil, de rostro inflado y grasiento, coronado por una mata de cabe" líos desgreñados, atraía a los más calificados personajes, amantes de la buena mesa y del mejor holgar, como la miel atrae a las moscas. Damas y damiselas, meretrices honestas, y de las que no lo eran, así como caballeros de aventura mercenarios y condotieros, se mezclaban y aun codeaban con señores y damas de egregios apellidos, los cuales concurrían allí con la única y respetada protección de los antifaces. Una vez dentro dé la fortaleza de un reservado, nadie hubiera sabido diferenciar las risas y los besos de las damas de alcurnia de los de las damas de la calle; pero en ello precisamente parecía estar el *savour grillará* de la cuestión.

La planta baja del edificio la cubría en toda su extensión la taberna propiamente dicha, un inmenso local de techo bajo y cubierto de gruesas vigas, con enormes y alargadas mesas alrededor de las cuales, en rústicos bancos, se sentaban alternativamente hombres y meretrices honestas a quienes, por el momento, no interesaba el negocio de los reservados. Un gran mostrador, -detrás del cual se apiñaban los toneles de vino, y la estantería de botellas y botellones de todo tipo y color, completaba el pantagruélico ambiente. Un pronunciado olor a vino y a carne asada predominada en él.

Risas alegres, despreocupadas, roncas de vino, parecían estremecer el local, pues todos reían, hombres y mujeres, tanto los que estaban allí meramente para beber y comer, cuanto las parejas que matizaban las sesiones de amor con otras de recuperación. Todos reían con notable contentamiento al oír los relatos picarescos e intencionados de dos hombres, ricamente vestidos, cubiertos los rostros por sendos antifaces, que bebían de pie junto al mostrador. Ambos, por la poca firmeza de sus piernas, se podía ver que estaban más que achispados. Uno de los caballeros, pues indudablemente Jo eran, alto y delgado, llevaba al costado espada y daga de empuñadura incrustadas de piedras preciosas lo cual era indicio de su riqueza y señorío; el otro, más bajo y corpulento, si bien llevaba ricas ropas, daba idea de ser de menor condición. Los dos hombres se trataban con gran familiaridad y competían a decir cosas más disparatadas y picarescas.

—Ciertamente, en todas las campañas se ven cosas terribles, pero las mismas se olvidan en teniendo la oportunidad de echar mano a una robusta moza... —dijo un hombre entrado en años, con el aspecto> inconfundible de haber sido soldado.

—¡Ah, en cuanto a eso, no habéis visto lo que ocurrió en Capua! —exclamó el hombre corpulento que se hallaba junto al mostrador, soltando la carcajada—. ¡Aquello sí que es digno de contar!

—¡Calla te digo, Micheletto! —masculló en bajo tono y entre dientes su compañero—. Lo ocurrido en Capua jamás debe mencionarse. ..

—Dejadme, señor —replicó el otro—. Procuraré dejaros más limpio y puro que un recién nacido.

—¡Capua! —exclamó uno de los presentes—. ¡Esa sí que es historia, buen hombre!... ¡Contadla!...

Micheletto sin hacer caso dé la mirada fulminante que le lanzó su compañero, tomó un buen sorbo de su pichel y sin soltarlo, y limpiándose los labios con la manga, empezó su

Librodot

relato.

—Bueno, todos sabéis lo ocurrido allí... Nosotros pertenecíamos al ejército del Valentino, que en unión del ejército francés, comandado por el mariscal D'Aubigny, marchaba sobre Nápoles. Las marchas, si bien forzadas, no se habían visto turbadas por verdaderas batallas. El enemigo se replegaba sobre Nápoles y en algunos casos aislados encontrábamos pequeños grupos de hombres armados que ofrecían escasa resistencia y eran destruidos con facilidad. Así llegamos frente a Capua, en el temor de que acaso encontraríamos una más seria resistencia, por lo cual nos sorprendió ver salir de la ciudad una nutrida delegación, la cual venía a entregar al Valentino las llaves de la ciudad declarándola abierta al paso de nuestras tropas. Entramos, pues, en la ciudad, desprevenidos y si bien no nos recibieron con flores precisamente, al menos no creíamos advertir peligro en la conducta aislada y hosca de sus habitantes. Como es de rigor en estos casos, se distribuyeron las guardias y el resto de la soldadesca se dispersó en busca de buen vino y de mozas alegres...

—¡Ah, hermosa profesión la del soldado! —exclamó con nostalgia el viejo soldado que hablara antes.

—Si no me interrumpís, buen hombre, tendréis motivos para maravillaros... —Micheletto volvió a vaciar su pichel y prosiguió—: Pronto tuvimos la primera sorpresa desagradable. No había taberna, mesón, figón, ni siquiera un ventorro o una chirlata abiertos. En cuanto a las mozas de ésas alegres, como muchas de vosotras, de ésas... ¡ni esto! Se habían esfumado como tragadas por la tierra.

—Menudo chasco, ¿eh?... ¿Qué sucedió entonces? —La sorpresa más desagradable, la más sucia y sangrienta, ¡vive Dios!... ¡De pronto cayeron sobre los desprevenidos soldados verdaderas lluvias de ballestas, flechas, y cuanta arma voladiza se había inventado!... De las esquinas, del interior de las casas de inocente aspecto, de todas partes emergieron hombres armados de espadas, dagas y picas, descargándolas sin merced sobre cuanto hombre extranjero veían en esas calles de Dios!... Fue una verdadera carnicería, os aseguro, y muchos de nuestros hombres, tanto franceses como del ejército papal, perecieron allí con escaso honor, sin tiempo siquiera para defenderse, sin saber quién atacaba o por qué...

Micheletto se interrumpió, visiblemente emocionado. Con el pichel en la mano ahogó, sin embargo, su desazón y depositando aquél, vacío, sobre el mostrador, soltó una extraña y fiera carcajada, la cual incluso impresionó todavía más que su terrible relato. —¡Ah , pero, como diría nuestro Santo Padre, *Una salus victis mullam sperare salutem!* —prorrumpió, sin ocultar su satisfacción—. Aun dispersos y desarmados, nos defendimos con dientes y uñas y dejando atrás a nuestros compañeros muertos o heridos, regresamos hacia la sede de nuestro ejército... Allí volvimos a organizarnos, a descubrir que faltaban decenas, centenas y aun miles de los nuestros. Eso enfureció hasta el delirio a la soldadesca. A los gritos de "¡Traición!... ¡Traición!" se buscaron las armas, loa caballos. Nuestros jefes el mariscal D'Aubigny, el Valentino, y los condotieros, en vano quisieron impedir que las tropas se lanzaran ' a las calles de Capua. Aquello era como pretender detener una avalancha o una inundación... Nuestros hombres se vaciaron, pues, como un torrente de espadas, dagas y picas sobre las reducidas fuerzas que pretendieran destruirnos a traición, y una *vez* más la sangre corrió, esta vez a raudales, por las obscuras calles de la ciudad... No hubo casa que no fuese asaltada, incendiada; familia que no perdiese *a* un hijo, a un hermano, a un esposo, o cuyas vírgenes y aun las que no lo eran, no fuesen violadas a la vista de todos. Y los gritos furibundos de los hombres se mezclaron con los gritos de auxilio de las mujeres y de agonía de los ' heridos. ¡En pocas horas, Capua convertido en la sucursal del infierno!...

Un silencio profundo, casi hosco, se hizo en la taberna. Todos los presentes, dominando su estremecimiento, miraban a esos dos hombres, testigos presenciales, actores probablemente, en todos los horrores relatados. Todos los rostros, tensos, parecían expresar el mismo pensamiento. La traición, indudablemente, había merecido un castigo, pero nunca uno

Librodot

como el que destruyera a la pobre ciudad.

—¿Y no hubo medio de detener tal carnicería? —preguntó un hombre, uno de los más impresionados y que por su modesto aspecto parecía un tendero o comerciante.

—¿Qué si no lo hubo?... ¡Ya lo creo que sí! —explotó Micheletto, soltando nuevas y alegres carcajadas—. Yo no sé cómo ni quienes lo hicieron, pero la verdad es que se presentó ante él Valentino una nutrida delegación de las damas más hermosas y atractivas de Capua, solicitando el perdón y ofreciendo como pago la honra de aquellas jóvenes...

Esta vez resultaron incontenibles las voces, unas airadas, otras ^ alegres, las exclamaciones de alegría o consternación, que partieron de todos los ángulos junto con las estentóreas carcajadas de los más cínicos.

—¡Admitamos que el Valentino es un perico entre ellas! —exclamó uno de, los presentes—. ¿Pero cómo hizo para satisfacer a todas?

—El Duque no es ningún tonto —replicó Micheletto luego de cambiar un rápida mirada con su compañero—. Eligió a cuarenta jóvenes, a las más hermosas y atractivas, y con ellas formó su harén... El resto fue repartido entre la oficialidad... ¿Y habréis de creer que las sacrificadas lo sintieron? —inquirió el cínico Micheletto, estirando el cuello y volviendo a reír—. ¡Os puedo asegurar que no!... Yo tuve a una de ellas en mis brazos. Se entregó sin reticencias, y eso que, siendo virgen, hubiera tenido razones para hacerlo. Pero la hacía feliz la circunstancia de haber contribuido a salvar a su ciudad de la destrucción completa...

Muchos rieron y festejaron aquellas palabras, denunciando el espíritu desaprensivo de la época, mas unos cuantos callaron y aun mostraron franco disgusto.

Durante algunos minutos, mientras los dos amigos junto al mostrador llenaban sus picheles y bebían con buena y alegre disposición, en la taberna dominó el murmullo general de los comentarios y de las opiniones al respecto. Aprovechó el acompañante de Micheletto para decirle:

—Has estado magnífico, Miguel... Te agradezco por dejarme, como has dicho, limpio como un recién nacido.

—Ya lo habréis de ver, señor... ¡En teniendo oportunidad, no habréis de sufrir pulgas! —Y Micheletto volvió a reír con cinismo.

—¡Buen hombre! —llamó uno de los presentes—. Ya que parece sois un principal en el ejército del gonfalonero de la Iglesia, decidnos qué sucedió en Faenza... A estar a nuestras noticias, allí también se repitió lo sucedido en Capua.

—No fue tal —respondió Micheletto, poniéndose serio—. Lo ocurrido en Faenza entra en la clasificación de un asunto de guerra...

—¡Referidlo!... ¡Referidlo!... —pidieron varias voces.

—Bien, lo haré... y nada más que por daros satisfacción. —Micheletto refrescó la garganta y prosiguió—: Como sabéis, entre los estados papales que se negaron a pagar tributo al Papa se hallaban los vicariatos de la Romana. Con toda justicia, Su Santidad despojó de sus investiduras a los Malatesta, de Rímini; a los Sforza, de Pesaro; a los Riario, de Imola y Forli; a los Varano, de Camerino; a los Manfredi, de Faenza, y el Valentino recibió la alta misión de despojarlos del poder. Sabéis igualmente que primero cayeron Imola y Forli, esta última defendida por Catalina Sforza, la... abnegada y denodada...

—¡Esperad!... ¡Esperad!... —llamó uno de los presentes, la atención de Micheletto—. ¿Es verdad que el Valentino le hizo, digamos, ver el lado agradable de la derrota?

—El Valentino es un hombre de armas y un sagaz político —respondió vivamente el compañero de Micheletto, estirándose amenazante—, y como tal sabe apreciar y, lo que es más, aprovechar, todas las circunstancias que ayuden a lograr el triunfo, ya en los campos de

batalla como en los más sutiles de la diplomacia.

—Bien respondido, a fe mía —asintió Micheletto, volviéndose sonriente a su amigo—. De ello os daré cumplida fe ante nuestro señor... Prosiguiendo, después de la captura de Forli, tarea sencilla resultó tomar también Pesaro y poco después Rímini. Pasamos entonces a Faenza, sitiándola, porque la ciudad se negaba a rendirse. ¿Sabéis por qué?... ¡Por la simpatía que le despertaba su joven gobernante, Astorre Manfredi, el más hermoso efebo que hayan visto mis pecadores ojos!...

—¿Es tan hermoso como dicen?

—¡Más, mucho más, creédmelo!... La más bella doncella que vistiera ropas masculinas no sería como él —Micheletto se pasó el dorso de la mano por los labios, aunque no había bebido—. Pues, bien, el pueblo de Faenza adoraba...

—¡Aún lo adora! —exclamó sorpresivamente otro de los que allí estaban—. Tan pronto como él y su hermano Giovanni Battista obtengan su libertad, ¡Faenza se alzará para darles la bienvenida!

Micheletto y su amigo cambiaron una mirada. Los ojos del otro enmascarado brillaron intensamente, en tanto Micheletto, sin hacer, aparentemente, caso de la interrupción, proseguía:

—Adoraba, decía, al apuesto doncel. Debido a ello, Faenza se resistió... Se hubiera resistido quién sabe por cuánto tiempo más, a no usar nuestro jefe una de sus armas favoritas. Minada la resistencia de la ciudad, gracias a la traición, pudimos entrar en ella de sorpresa. Se produjeron algunos breves encuentros con los defensores, pero tanto Astorre Manfredi, como su hermano Giovanni Battista, fueron apresados...

—¡Bajo la formal promesa de que serían puestos en libertad apenas llegados a Roma! —señaló el mismo personaje de antes—. ¡Pero pronto hará un año que ambos jóvenes están encerrados en el castillo de St. Angelo!

—Como veis —prosiguió Micheletto, imperturbable—, en Faenza no sucedió lo mismo que en Capua... Es cierto que hubo asal-

tos, violaciones, pero eso ocurre siempre en toda ciudad tomada No sería...

—¡Basta! —prorrumpió el amigo de Micheletto, tomándolo con fuerza de un brazo—. ¿No te parece que has hablado bastante?... Y sábete que tu estúpida charla me fastidia, lo que me hace recordar que tenemos una cita donde el hablar será olvidado y el hacer honrado... ¿Quieres venir conmigo?

—¡Voy, voy! —respondió Micheletto, echándose a reír.

Y luego de vaciar rápidamente su pichel, salió detrás de su amigo, en tanto se oían las risas despreocupadas y alegres de loa parroquianos. Uno de éstos se levantó y se acercó al hombre que interrumpiera poco antes a Micheletto.

—No sé quién sois ni se me importa —le dijo, hablándole al oído—, pero si en algo apreciáis vuestra vida, idos... ¡El caballero que estaba al lado de ese charlatán, según creo, no era otro que César Borgia!

—¡Válgame el cielo! —murmuró el pobre hombre, poniéndose pálido e incorporándose—. ¿Estáis seguro? —Y como el otro asintiera en silencio, el hombre se escurrió en silencio y con prisa, desapareciendo por otra puerta opuesta a la que salieran Micheletto y su amigo.

Los dos hombres, caminando entre las sombras, se alejaron un trecho, hasta el lugar donde un mozo de muías sostenía dos de éstas, ricamente enjaezadas.

—Habrás de recordar el rostro de ese hombre, del que te interrumpió —dijo el primer enmascarado, cuya voz, ciertamente, resonaba como la del hijo de Su Paternidad—. Apenas lo

vuelvas a ver, lo matarás, con la mayor discreción.

—Así harélo... ¿Puedo saber por qué lo condenáis?

—Ese hombre, no cabe duda, es un agente de Faenza. ¿No advertiste el calor con que hablaba?... Tal vez está en Roma con el propósito de libertar a los Manfredi.

—Si os parece, señor, puedo regresar y despacharlo.

—No, ahora no... Tenemos algo que hacer.

—¿Dónde, señor?

—Sigúeme y lo sabrás.

Los dos jinetes dejaron las sombras de la vía angosta y de empedrado irregular que seguían y salieron a la plaza Giovanni di Fiorentini, quieto y silencioso espacio cuadrangular sobre el que caía el lejano y apacible resplandor de las estrellas. Tomaron después por la vía de la Mole, hasta llegar a la cabecera del puente St. Angelo.

—Empiezo a comprender, señor —murmuró Micheletto—. Me estaba preguntando por qué no tomamos el otro puente para ir al Vaticano...

—A veces, Micheletto, tienes el defecto de soltar la lengua con demasiada facilidad —le dijo su amo—. Refrénala, si no quieres que algún día te cause un grave disgusto.

—Refrenada está ya, señor, y no diré esta boca es mía aun cuando me lo pregunten, del suave modo que saben hacerlo, los santos inquisidores.

César Borgia, pues él y no otro era el misterioso caballero del antifaz, como habrán comprendido nuestros lectores, y su acompañante, llegaron frente a la guardia del castillo de St. Angelo. Una vez que se diera a reconocer —lo que provocó no poco revuelo entre el personal de la guardia—, fue rápida y respetuosamente admitido. El capitán de guardia, llamado por el Valentino, hizo un animado aparte con él. El capitán pareció impresionado al principio, pero luego asintió varias veces.

—Tendréis los ocho hombres, señor —le dijo—. Pero ya no será. tan fácil buscarles otras ropas...

—Que cubran sus uniformes con cualquier cosa, incluso saya de monje —replicó con impaciencia el Valentino—. Y que estén listos y alerta a nuestro llamado. Ahora iré a hablar con los prisioneros.

—Bien, señor... ¿Deseáis una escolta?

—*No* hace falta... En cambio, dadnos luz.

Provistos de una linterna sorda, César y su ayudante cruzaron el patio de la guardia y profundos conocedores de la sombría estructura del castillo, se introdujeron por un oscuro y largo pasaje, de muros de piedra, que iba ascendiendo a medida que avanzaban, proyectadas sus sombras, como enormes fantasmas, sobre los húmedos y fríos muros.

A trechos, en las esquinas, en ciertas entradas o salidas de corredores, al pie de escaleras, estratégicamente distribuidos, encontraron muchos centinelas armados de alabarda, los cuales los dejaban avanzar en cuanto oían el santo y seña, sin que- pareciera importarles el antifaz con que ambos personajes cubrían sus rostros y ocultaban su identidad.

Al fin emergieron a la cordonata llamada de Alejandro, por haber sido Rodrigo Borgia quien la mandara a construir, tomaron por un pasaje lateral y fueron a un estrecho corredor de piedra, sobre el que asomaban varias puertas, bajas y macizas, de madera reforzada con hierro. El Valentino, que sabía perfectamente bien dónde estaban, se detuvo frente a una de esas puertas. En silencio señaló otra de las puertas, situada más allá de tres intermedias.

—Ve y hazte cargo del hermano —le dijo en tono apenas audible—. Y ya lo sabes, nada de sangre... Luego ven, pero no entres si no te llamo.

Micheletto miró a su señor, sorprendido, pero ocultó rápidamente el gesto picaresco que iba a mostrar en su expresión, como índice de la comprensión de la actitud del Valentino. Luego, sin volver la cabeza, se alejó hacia la otra puerta.

César Borgia introdujo con todo cuidado la llave que tenía en su poder en la vieja y enmohecida cerradura, procurando no hacer ningún ruido al abrirla. Pero, no obstante su precaución, cuando finalmente abrió la puerta y el interior se vio iluminado, pudo verse a un joven imberbe, en mangas de camisa, tan hermoso como un ángel, que contempló al Duque entre sorprendido y alarmado, mientras retrocedía al fondo de la celda.

El Valentino no dijo palabra alguna y entró, depositando la lámpara sobre una pobre y rústica mesa, luego de lo cual regresó a cerrar la puerta, con llave.

—¡Sois vos, el Valentino! —dijo Astorre Manfredi, pues era él el joven prisionero—. ¿Qué queréis de mí?

El Valentino no respondió. Consideró a su prisionero, de pies a cabeza. Luego sonrió, con una sonrisa que, el antifaz hizo menos siniestra, menos lóbrega.

El apuesto efebo iba a decir algo más, pero debió callar ante el repentino cuanto fulminante ataque de César, el cual cayó sobre él y ambos rodaron, en breve pero fiera lucha, sobre el duro lecho del prisionero. Este, en su desesperación, lanzó algunos gemidos, los cuales fueron dominados pronto por la fuerza y la violencia del ataque.

Después de despachar a Giovanni Battista Manfredi, el Micheletto regresó al corredor. Su tarea había sido fácil, limpia, como le gustaba a César. Ahora se detuvo frente a la otra puerta, esperando, escuchando, sonriendo con una sonrisa que hubiera espantado a un demonio que tuviera la virtud de leer los pensamientos. Por fin, al cabo de un tiempo bastante largo, la pesada puerta

crujió sobre sus enmohecidos goznes y apareció el Valentino ajustándose las ropas. Detrás de él, alguien sollozaba y gemía. Una mirada bastó para que ambos personajes se entendieran.

El Micheletto se precipitó en la prisión. Hubo un ruido de agitación y lucha, pero muy breve, y los sollozos y gemidos cesaron, Cuando Micheletto salió de la celda, el Valentino se alejaba por el corredor. Se volvió para decirle:

—Espera ahí... Enviaré a los hombres a recogerlos.

Al día siguiente, luego de una borrascosa entrevista con e) Papa, durante la cual no se supo qué dijeron ambos personajes, César Borgia anunció la inminente partida de su ejército, tantas veces demorada. Se produjo enorme movimiento en Roma, pues el que más y el que menos tenía un pariente, un amigo, en ese ejército. Se decía que el Valentino iría a completar la conquista de los restantes Estados de la Romana. Luego de terminada esa campaña, era probable que el Papado enfrentara al Gran Señor Turco. Días de gloria esperaban al invencible ejército Pontificio.

Otra noticia, sin embargo, acalló y no poco, por la indignación que produjo, el entusiasmo de los romanos y los partidarios de los Borgia. Dos boteros encontraron en el río Tíber, en las proximidades del puente de St. Angelo, los cadáveres desnudos de dos hombres jóvenes, a quienes se reconoció luego como Giovanni Battista y Astorre Manfredi. El último de los nombrados, el hermoso efebo, había sido objeto de un incalificable atentado. Pronto circuló la voz de que César Borgia lo había hecho estrangular, después de saciar en él infandos apetitos.

Vox populi, vox Dei.

* * *

Después de haber casado tan brillantemente a su hija Lucrecia, Rodrigo Borgia consideró llegado el momento de prestar atención a los otros problemas que esperaban su

Librodot

solución. En consecuencia, se dedicó a ordenar las posesiones que había conquistado para la Iglesia. Las propiedades de los señores romanos, con sus ciudades y castillos, las fue poniendo en gran parte bajo la administración directa de la Sede Apostólica, y asimismo los territorios ocupados por el ejército papal en Romana. En todas esas ciudades habían dejado delegados papales, cuyo nombramiento fiscalizaba el Valentino, con instrucciones precisas sobre la mejor obra de gobierno, para ganarse la voluntad de los pueblos.

Pero la situación en general no era muy halagüeña. Siempre existía el peligro de una guerra generalizada de los cristianos contra el Gran Señor Turco, que amenazaba constantemente las posiciones de Venecia y Hungría, aliadas del Papado. Por otra parte, la situación en Nápoles era muy delicada. Después de la partición que de ese reino se hicieran franceses y españoles, habían surgido inconvenientes no contemplados en los tratados de partición, lo que promovía la posibilidad de una guerra entre ambas naciones, por la hegemonía de aquel reino, como en verdad ocurrió tiempo después. Pero actualmente Alejandro VI quería dar solución a los diferendos de un modo pacífico, mas su acción se veía obstaculizada por los resentimientos y la falta de comprensión de ambas partes.

Así estaban las cosas cuando, el 13 de junio de 1502, dejó Roma el ejército del papado, bajo el mando del Duque de Valence y Romana. Alejandro VI había convenido en que, para fortalecer las posiciones ganadas por la Iglesia, era necesario demostrar su poderío, anexando nuevos estados y conquistando otros.

Numerosos y muy famosos eran los *condottieri* actualmente en servicio en el ejército papal. Podía mencionarse entre ellos los Orsini, Vitellozo Vitelli, Oliverotto da Fermo, famosos guerreros y jefes, cada uno, de miles de aguerridos soldados mercenarios, entre los que era posible encontrar de todas las nacionalidades, tanto italianos como franceses, alemanes, suizos, venecianos, españoles y aun moros. Por el poder de sus ejércitos estos *condottieri* eran en aquellos tiempos muy solicitados por los monarcas o los reinos que juzgaban en peligro su estabilidad política y gubernamental.

Cuáles eran las razones precisas que aconsejaran esta rápida salida del ejército papal, luego de tantos meses de inactividad, no se supo en Roma y aun es probable que los mejores informados no lo supieran, porque el Valentino los supo engañar bien a todos. El *condottieri* de la Iglesia, Vitellozo Vitelli había avanzado con sus tropas sobre territorio de Florencia. Como se decía que el Papa tenía intenciones de atacar este reino, se creyó que el Valentino iba en ayuda de aquél.

Pero ya en marcha el ejército papal, repentinamente, se recibió la orden de marchar sobre Urbino. Como se recordará, Guidobaldo, Duque de Urbino, creía hallarse en las mejores relaciones con los Borgia en particular y con el Papado en general. Esta amistad le había inducido a cooperar con hombres y armas en la formación

del ejército pontificio. Enterado por sus observadores de la salida del mismo, no se había preocupado, por cuanto, como todos, juzgaba que el Valentino avanzaba sobre Florencia.

Hombre pacífico por excelencia, amante de la buena mesa y de la vida dulce, el Duque de Urbino, sin imaginarse que la guerra se hallaba tan cerca, hallábase en grata compañía, en una villa fuera de la ciudad, cuando su colaborador de más confianza le informó que un gran ejército marchaba hacia Urbino.

Gran desconcierto, no sólo entre sus gobernantes, sino en ej mismo pueblo, causó la noticia. Sin pérdida de tiempo, Guidobaldo envió sus mensajeros al Duque de Romana, para presentarle sus saludos, oficialmente, y para indagar las intenciones que traía el Valentino. César le retribuyó sus saludos y le mandó decir que visitarían la ciudad de paso, que iban hacia Camerino, estado *vecino* al de Urbino, donde sus señores, los Varano, se resistieran a la autoridad de la Santa Sede y se negaran a pagarle sus tributos.

El observador que regresara del campamento del Valentino era un hombre capaz y dio

cuenta a su señor que nada bueno podía esperarse de la sospechosa conducta del Borgia, por lo cual, siendo ya demasiado tarde para preparar un ejército y resistir un ataque, lo más aconsejable era huir. Así lo hizo Guidobaldo, con gran sentimiento de su parte, pues sólo le fue posible llevarse lo imprescindible, huyendo a Mantua con su esposa y sus servidores más adictos, ya que ni siquiera podía llevar un gran séquito.

El Valentino entró, pues, en Urbino, sin derramamiento de sangre e inmediatamente tomó posesión de la ciudad y de las tierras que componían el estado de Urbino, en nombre de Su Santidad, Alejandro VI.

La noticia de lo acaecido a los Duques de Urbino produjo penosa impresión, no sólo en Mantua, donde fueron a refugiarse por unos días Guidobaldo y su esposa, Isabel de Gonzaga, hermana de Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua y esposo, a su vez, de Isabel ' de Este, cuñada de Lucrecia Borgia, a quien, como se recordará, se había dado una magnífica recepción en Urbino.

En una epístola que César Borgia dirigió a Alejandro VI, explica las razones por las cuales debió avanzar sobre Urbino y tomarla, aunque sin derramamiento de sangre. Según él, el Duque de Urbino se hallaba en connivencia con los Varano, señores de Camerino, y era posible que, al sitiar esta ciudad, resolviese atacar al ejército papal por retaguardia. En consecuencia, había tratado de evitar tal posibilidad.

Lo evidente de esta política, según el análisis histórico, es que el Valentino ya empezaba a actuar por su cuenta, con, miras a su encumbramiento personal, antes que el de la Iglesia. En consecuencia, al ocupar Urbino con sus tropas, ganaba prestigio, poder, riquezas, y aun podía reforzar su ejército con más soldados y enorme cantidad de pertrechos y armas.

Tomada Urbino, el Valentino concentró su atención en el próximo estado, o sea, Camerino, donde los Varano gobernaban con mano dura. El pueblo y la burguesía local, muy religiosa, no amaban a sus señores y desde las noticias de Imola y Forli, habían esperado el avance de las fuerzas arrolladoras de César.

El Señor de Camerino no era otro que Julio César Varano, a la sazón de unos setenta años, que en su juventud asesinara a su hermano Roberto para adueñarse del poder. El Señor de Camerino tenía varios hijos, todos ellos experimentados hombres de armas. Con ayuda de ellos, pues, mantenía un gran ejército, que en los últimos tiempos engrosara con los exilados de los estados vecinos sometidos por el Valentino, cada uno de los cuales, por tal razón, quería realizar su propia guerra contra César.

El Duque de Romana, con una notable estrategia, distribuyó su ejército, haciéndolo avanzar sobre Camerino desde distintos puntos. Su propósito era atraer a las fuerzas enemigas a campo abierto, lo que debilitaría las defensas de la ciudad, si se conseguía destruirlas. Los cuatro frentes de batalla quedaron, uno bajo el mismo mando de César, otro al de Francisco Orsini, otro al de Oliverotto y el cuarto al de Giovanni Orsini.

Aníbal Varano, hijo del viejo Julio, al aparecer las tropas de Francisco Orsini, avanzó sobre ellas al frente de su caballería, realizando un inteligente movimiento envolvente que a punto estuvo de destruir por completo este cuerpo de ejército. Sólo la proximidad del Valentino, que avanzó a revienta caballo sobre la ciudad evitó un desastre de magnitud. La ciudad de Camerino fue finalmente rodeada con fuerzas de caballería, infantería y artillería, después que se arrasaran las tierras, las aldeas y pueblos circundantes.

Todo hacía presumir que el sitio sería largó y sangriento, pero mucho antes de aquel arrollador avance, el genial Borgia, durante los meses de inactividad aparente en Roma, había enviado a sus agentes, con la misión de ganar la confianza y el apoyo de *los* católicos de la ciudad. Esos agentes realizaron con tanta conciencia su misión que, estando la ciudad ya sitiada, empezaron a producirse disturbios y tumultos populares en distintos puntos. Taies tumultos, en otras circunstancias, hubieran sido rápidamente ahogados en sangre, pero ahora

Librodot

era imposible contenerlos. Después de un consejo con sus hijos y colaboradores, Julio César Varano decidió entrar en conversaciones de paz con los sitiadores.

El pueblo se mantenía alerta y este ir y venir entre las posiciones propias y las enemigas, con banderas de parlamento, le hizo advertir lo que estaba ocurriendo. Un nuevo y más importante tumulto tuvo lugar entonces dentro de la ciudad y la turbamulta, luego de dominar a las guardias y de apoderarse de las armas, abrió las puertas de la ciudad al ejército invasor.

El primer cuerpo de ejército en entrar en la ciudad fue el de Francisco Orsini, quien tomó prisioneros a todos los Varano y luego realizó operaciones de limpieza. El pueblo, creyéndose liberado de una odiosa tiranía, se volcó en las calles de Camerino para recibir con gran pompa y honor a César Borgia, y se asegura, por testigos presenciales, que jamás se había visto la ciudad tan engalanada y contenta por su liberación.

Conocida la toma de Camerino en Roma, causó el regocijo del Papa y del pueblo, que celebró la noticia con grandes manifestaciones callejeras. Su Santidad otorgó a su hijo los títulos de César Borgia de Francia, por la gracia de Dios, Duque de Romana, de Valence y de Urbino, Príncipe de Andria, Señor de Piombino, Gonfalonero y Capitán General de la Iglesia.

Como se supo después, Alejandro VI elevó a Camerino a Ducado, que otorgó al *inianus romanus,* Juan de Borgia, hijo de Lucrecia y del Perotto, investido ya del Ducado de Nepi, cuyos bienes administraba el Cardenal de Cosenza, Francisco de Borja, amigo predilecto de Lucrecia.

Aún resonaban en la ciudad de Camerino los ecos de las celebraciones populares, cuando César Borgia, rodeado de su corte de señores y damas, disfrutando de los deleites bucólicos y las delicias de los sentidos, hizo un aparte con su lugarteniente, Miguel de Corella, el Micheletto.

Micheletto había llegado hacía unos instantes y estaba haciendo señas desesperadas para que las viera su señor sin que los otros las apercibieran. Pero acaso ello hubiera sido imposible. Las parejas se hallaban entregadas a un grato juego amoroso previo, en los que menudeaban los besos, los pellizcos, las caricias cada vez más osadas, que arrancaban pequeños gritos de fingido pudor a las damas. En cuanto al Valentino, una rubia de espléndidas formas se hallaba sentada en su falda y bebía de su misma copa, dejando que el señor Duque hiciera mientras tanto de las suyas.

Por todo ello, César Borgia tenía las mejillas arreboladas cuando hizo aquel aparte con su lugarteniente. Sus ojos brillaban de deseo y no ocultó su ansiedad cuando preguntó: —¿Y, has tenido suerte?

—¿Suerte?... Muy escasa, mi señor. Esta ciudad debe ser muy corrompida, porque sólo hallé tres vestales dignas de .vuestra condición y gusto. ¿Queréis venir a verlas?

A un mudo asentimiento de César echaron a caminar y Micheletto condujo al Duque a otra ala del palacio, rodeado de guardias y donde por doquier se veían hombres de armas. Por fin llegaron frente a una puerta, junto a la cual había un centinela. Franqueada la entrada, los dos hombres se encontraron en la antecámara y luego la cámara o antiguo dormitorio de los señores de aquel palacio, perteneciente a los Varano.

Tres jóvenes doncellas, vestidas con sencillez, pero hermosas, de largas cabelleras, yacían allí, acurrucadas, temerosas, sollozando. Al ver entrar a los dos hombres, se pusieron de pie y abrazándose entre sí les enviaron miradas apelantes.

Con los brazos cruzados y en mitad de la señorial alcoba, César consideró con ojos de experto a las tres jóvenes. Micheletto lo observaba a su vez, entre sonriente y atento, como buscando su aprobación ante la elección que había hecho.

—¿Y dices que no hallaron otras? —preguntó el Valentino, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua—. Bien... Por hoy elijo a ésta —y con rudo ademán señaló a una de

ellas, la que parecía más joven, la más agraciada, rubia, de redondeadas y suaves formas—. ¿Cómo te llamas?

La joven, demasiado asustada y conmovida como para hablar, se concretó a sollozar cubriéndose el rostro con las manos. Al hacerlo sus frágiles hombros, sus senos no completamente desarrollados aún, temblaban. Todo ello acaso hubiera provocado la compasión de otro que no de aquellos dos malvados.

—Se llama Andrea Malatesta, y es pariente de los señores de Rímirú, que se refugiaron en Camerino... Se dice que es la prometida de Glanmarta Varano, el menor de los Varano, el único qu« no capturamos por hallarse en Venecia —informó Micheletto complacientemente.

—Llévate a las otras y ponías a buen recaudo —agregó el Duque, alejándose y dejando a las jóvenes solas, cuyo desesperado llanto pareció aumentar—. Pero no olvides, bellaco, que son propiedad privada.

—Yo no pico tan alto, Excelencia, bien lo sabéis, y ellas son grandes señoras... Pero para el caso, lo mismo da una gran señora que otra que no lo sea, ¿verdad? —Y Micheletto se echó *a* reír con cinismo, surgido de la estrecha confianza que había entre ellos.

César no respondió y por un largo trecho caminaron en silencio, de regreso al salón donde las parejas esperaban que la bacanal terminase para irse con su amor a otra parte. En cierto trecho, obscuro y silencioso, se detuvo, sin embargo, y en tono apagado y grave, *le* dijo a su lugarteniente:

—Resuelto lo placentero, fijemos nuestra atención en cosas desagradables de hacer —dijo.

—Hablad, señor, y os escucho. Mandad, y obedeceré.

—Mi buen Micheletto, hasta ahora hemos logrado dos conquistas memorables en esta nueva campaña, que nos dan honra y prez, además de aumentar el poder de la Iglesia, a la cual servimos. Pero es necesario consolidar tal poder y destruir todo posible foco de rebelión y traición...

—Señor, os veo venir y en mérito a la confianza que en mí habéis depositado, os ruego suprimáis los introitos, que acaso sean buenos para causar grata impresión en otros oídos menos delicados que los míos, pero que a mí me suena como música desafinada.

—Bien —repuso César con sequedad—, seré parco... Supongo que también has elegido tus presas de guerra y quieres ir a saborearlas a *piaceri...* ¿verdad? *¡Perbacco!*

—Señor —respondió Micheletto, inclinándose con sorna—, no olvidéis que soy la más perfecta hechura vuestra... Y ahora mandad, que mi puñal se sale de la vaina...

—¡Calla y escucha! —El Valentino miró a su alrededor, asegurándose de que las imprudentes palabras de su ayudante no hablan sido oídas—. Elegirás a ocho de nuestros mejores y más decididos hombres. Irás con ellos a...

—No digáis más, señor. He comprendido. No podéis negar que a vuestro lado he. aprendido pronto y bien... —Micheletto volvió a sonreír en la penumbra, con sorna—. Tu quedad tranquilo, que de los Varano no quedará uno en pie... ¿Os dignáis mandar algo más?

—Por ahora, no.

—En tal caso, pido vuestra venia para ejecutar las órdenes. que tengo prisa por volver, a gozar, como habéis dicho, de mis buenas y bonitas presas... *C'est la guerre* —Y soltando una irrespetuosa carcajada, Micheletto se alejó.

* * *

—¡Ordenes del señor Duque de Romana!... ¿No me conocéis, imbécil?... Soy Micheletto, el lugarteniente del Valentino... ¡Abrid paso!

Librodot

Y las puertas se abrían y los abrumados y no poco asustados centinelas le daban paso. El temible Micheletto, el lugarteniente de César Borgia, el ejecutor de sus órdenes de muerte, el verdugo de inocentes, el violador de mujeres, el autor de las más perversas hazañas, era tanto o más temible incluso que su amor, porque se sabía de cierto que era el ejecutor material de todos sus crímenes.

A veces no hacía falta decir tanto. Bastaba que pronunciara el nombre de Micheletto para que las gentes, estremecidas, lo dejaran pasar y hacer de las suyas. Hasta los hombres de armas lo temían, porque además de ser cruel y sanguinario, fuerte como un toro y despiadado como un tigre, era diestro en el manejo de las armas.

Aquella prisión eventual que los Varano ocupaban en los sótanos del viejo palacio que fuera su sede en tiempos de gloria ya idos para siempre, como todas las glorias mundanas, hallábase custodiada por una nutrida y bien armada guardia. Los Varano, cuatro hijos del viejo Julio César que fuera trasladado a La Pérgola, esperaban pacientemente su liberación, sin mayores preocupaciones por su porvenir, ya que, al quedar desposeídos de verbo y derecho de sus feudos, habían prometido dejar el país y establecerse en otra parte, tal vez en Francia o Alemania.

Tratados con la consideración que su categoría de señores demandaba, los cuatro Varano ocupaban espaciosas habitaciones personales y durante el día se les permitía incluso la reunión en una sala, donde se pasaban en animada charla, o jugando al ajedrez, o escribiendo.

Aquella noche los Varano esperaban que viniera la guardia para llevarlos a sus habitaciones. La jornada había sido deprimente, por las noticias que llegaban hasta ellos. La situación política en general era favorable al Papado y nada hacía suponer que se produjese un cambio favorable. Sin embargo, agentes en el exterior, estaban realizando arduo trabajo. Todavía era posible que se disgregaran las fuerzas pontificias, que los señores condotieros se pasaran al otro bando. Entonces...

De pronto, sin nada que lo advirtiera, la puerta ancha y de doble hoja se abrió con violencia, y en el umbral asomaron ocho hombres vestidos de negro de pies a cabeza, cubiertas las cabezas por impresionantes capuchones. Detrás, el rostro cubierto por un antifaz, venía un hombre corpulento, de rudas maneras, a pesar de la riqueza de sus ropas/de cortesano.

Los Varano sufrieron tal sobresalto que no atinaron sino a quedar donde estaban, convertidos en estatuas de la aprensión. Eso permitió que la tarea se realizase con mayor facilidad.

—¡A ellos!...

La voz ronca, autoritaria, fue como la de un amo a sus lebreles. Los ocho hombres, que ya tenían las armas en las manos, y que parecían haber elegido de antemano a sus víctimas, se lanzaron de a dos sobre cada uno de los desdichados prisioneros.

Y entonces, en medio de las exclamaciones y los gritos de dolor y agonía de los heridos, de las blasfemias de los sicarios, se vio el espectáculo más horrendo que imaginarse pueda. Las víctimas caían y volvían a incorporarse, tambaleantes, para volver a desplomarse bajo los mortales golpes, mientras los brazos de los asesinos caían y caían sin cesar, reflejando el brillo de los húmedos aceros la luz espectral que alumbraba el escenario. Hubo una trágica e increíble promiscuidad de miembros y de cuerpos que se retorcían en las ansias de matar, en los anhelos de vivir. Finalmente, sin embargo, predominaron las fuerzas del mal y ahí quedaron las cuatro víctimas, literalmente cosidas a puñaladas. Muchos de aquellos golpes habían sido como los golpes de espada o de rejones que derribaban a las bestias en las corridas de toros.

Micheletto se acercó a los cuerpos y se cercioró de que ninguno había quedado con vida. Hizo entonces una señal a los sicarios, los cuales, que ya vinieran preparados al efecto, se

dispusieron a llevarse los cadáveres.

El lugarteniente de César Borgia los dejó en tal tarea y con apresuramiento, saboreando anticipadamente el prometido deleite, se dirigió al sitio donde dejara a sus bonitas presas de guerra.

* * *

El rumor de besos, de argentinas carcajadas, de nerviosos chillidos, se entremezclaba con el ruido de platos y fuentes, de picheles y botellones, con la música que ocho viejos y cansados músicos dejaban escuchar desde una estancia contigua.

Sentada todavía en las faldas de Su Excelencia, la mujer rubia y de formas exuberantes, lo miró entre serio y broma. Hacía un rato que el Valentino parecía no gustar de la fiesta.

—¿En qué piensa Vuestra Señoría? —preguntó ella, echándose a reír, luego de besarle la punta de la nariz.

—En cierta explicación que habré de dar sobre cierto hecho que causará excitación y no poco enojo —respondió el Valentino. Y tomándola por la cintura y atrayéndola, agregó con tono ausente—. Pienso también en que el amor carnal es menos complicado y puesto que va hacia un propósito determinado y fácil de hallar, en la concesión voluntaria pierde mucho de su primer atractivo... —¡Oh!... —rió ella—. ¡Sesudo os mostráis esta noche, señor! ¿A qué se deben vuestras sabias reflexiones?

—Eres gentil y experta en lances amorosos, mi bella Mesalina, y te aprecio mucho por ello... Pero esta noche pienso conocer a una mujer distinta, alguien a quien no será fácil iniciar en los secretos del amor...

—¡Hola, conque ésas tenemos! —exclamó ella, no poco escamada—. Eso explica vuestra frialdad... Reserváis energías para lo otro, ¿verdad?

—Pienso, querida, que como experta en amor, esta noche podrías servirme perfectamente de maestra de ceremonias...

—¡Oh, oh!... —volvió a reír ella—. Empiezo a comprender... ¿Y sabéis que la idea me gusta?... ¡Maestra en la ceremonia de la iniciación!... ¡Sois genial, señor!... ¡Creo que vamos a divertirnos!

—Entonces, ven, no perdamos más tiempo. Y riendo alegremente, tomados de la mano, el Duque y su amante cruzaron aquellos corredores, hasta llegar poco después a la misma cámara de las tres doncellas. Aún estaba ahí el centinela, a quien el Valentino dio orden de retirarse.

No poco nerviosa, a pesar de su aparente cinismo, e impaciente, la primera en entrar a la alcoba fue la bella Mesalina. No había avanzado dos pasos, sin embargo, cuando se le oyó lanzar un grito, y retroceder con violencia, el bonito rostro descompuesto por una fea expresión de miedo.

—¡Allí!... ¡Allí!... —gritó, señalando patéticamente.

Haciéndola a un lado, el Duque de Romana se precipitó en la alcoba, los ojos clavados, aunque fríamente, en el albo lecho donde, brazos en cruz, yacía la joven de cabellera rubia a la que eligiera tiempo antes como objeto de pasión. Una gran mancha cárdena turbaba la blancura de su bata, en el centro de la cual, como un índice acusador, asomaba el mango de una pequeña daga...

Librodot

CAPÍTULO XI
DONDE LUCRECIA PIERDE OTRA ILUSIÓN

Los primeros tiempos que Lucrecia pasó en Ferrara no fueron precisamente muy gratos. Es cierto que Alfonso de Este, prendado desde el primer momento de las dotes y cualidades de su mujer, la amaba con creciente intensidad, lo cual hacía más llevadera la nueva existencia, pero el cambio que ella supusiera, comparado con la vida de plenas compensaciones que llevara en Roma, tornaron los primeros meses muy difíciles, particularmente desde que se viera privada, por exigencias de su suegro, el duque Hércules de la grata compañía de Adriana de Milá y de Jerónima Borgia. La hermana de ésta, Ángela, se quedó a su lado, en gracia a que había logrado cautivar con sus encantos a cuantos en la corte de Ferrara la vieron y trataron, y de ella se decía: *Questa Madonna Angela e la piu cara cosa che l'habia al mondo...*

La situación se complicó un poco por el carácter huraño y desconfiado del Duque Hércules, quien desdeñaba a las mujeres bellas y las suponía a todas desleales, desde que Nicolás II, su antepasado, hiciera matar a su esposa, la bella Parisina, sorprendida por él en brazos de su amante. El Duque de Ferrara se negaba a darle los recursos necesarios para su atuendo personal, alegando que aquel lujo era estúpido e innecesario. Fue necesario que Alfonso hablara con su padre para que éste hiciera algunas concesiones.

Lo que sucedía fuera de Ferrara, particularmente la campaña emprendida por César, era motivo no sólo de permanente comentario, sino de preocupación. Y ésa era otra de las causas para que muchos ferrareses mirasen a Lucrecia con malos ojos, temiendo de ella una intriga en connivencia con su hermano. Los hechos, sin embargo, habrían de justificarla respecto a este punto de su total inocencia.

La esperanza más firme que tenía Alejandro VI de consolidar su relación de parentesco con los de la Casa de Ferrara se hallaba cifrada en la venida de un hijo. Había temido siempre que las relaciones conyugales de los esposos no fuesen promisorias y que pasados los primeros ardores, el príncipe heredero tornaría a desdeñarla, en mérito a las calumnias que los enemigos de los Borgia habían hecho circular, según lo sostenía Alejandro VI, para desprestigiarlos y arrebatarle el poder papal. Con no poco contentamiento recibió una carta de Lucrecia, en la que ella le participaba que iba a ser madre. Inmediatamente envió a su médico personal, el doctor Torella, para que atendiera permanentemente a la ilustre madre.

Las esperanzas e ilusiones de Lucrecia, sin embargo, se vieron postergadas, y a punto estuvo de que fuese trágicamente y para siempre. Sin que ella misma supiera cómo se produjo la causa, la cuestión es que, hallándose en medio de una reunión, se sintió enferma. Conducida inmediatamente a su lecho, el doctor Torella, que a la sazón estaba ya en Ferrara, la atendió con la solicitud que la delicada situación demandaba.

Tal vez a esta circunstancia debiose que Lucrecia pudiera salvar la vida, porque la pérdida del feto la colocó al mismo borde de la muerte. El doctor Torella, cuando sobrevino la fiebre y la consiguiente pérdida de sangre, comprendió que el caso era muy delicado y no se apartó un instante de su lado, hasta que la causa de la enfermedad, al ser expulsado el feto, pudo eliminarse en gran parte, haciendo posible el restablecimiento.

Días después y cuando ya Lucrecia se hallaba fuera de peligro, aunque todavía guardaba cama como convaleciente, el médico le dijo, adoptando un aire de circunstancias.

—Os advertí, señora, muy seriamente, contra esta clase de complicaciones que, dado vuestra delicada constitución Interna, hacen peligrar incluso vuestra vida...

—¡Doctor, yo no deseaba otra cosa que tener este hijo! —sollozó Lucrecia—. ¿Cómo iba a suponer que sucedería esto?

Librodot

—Ha sido acaso un designio de Dios, una advertencia para el futuro... Podéis concebir aún, eso es lo importante por ahora, pero cuando esteis segura de vuestro estado, cuidaos, mucho. Será necesario no asistir a fiestas ni reuniones, ni realizar paseos a caballo, o viajar. En una palabra, procurad manteneros en el palacio, lo más quietamente posible. Tendremos que vigilar también los alimentos...

—Doctor, me condenáis a una vida insulsa y aburrida, pero por amor al hijo que espero, estoy dispuesta a sacrificarme.

Lucrecia tuvo una gratísima sorpresa en medio de su convaleciente estado. ¡César Borgia estaba en Ferrara, a donde llegara de incógnito y con una reducida escolta! Como puede suponerse, César corrió a ver a su hermana. La alegría de ésta, no es para ser descrita. Ambos se abrazaron y besaron muy cariñosamente. Pasados los transportes de alegría, Lucrecia le preguntó qué hacía en Ferrara y cuál era el objeto de aquel misterioso viaje.

—La situación política en general me obliga a ello, querida —repuso César, echándose a caminar por la alcoba—. Voy a Milán, a entrevistarme allí con Su Majestad, Luis XII, rey de Francia...

—¡Cuéntame, cuéntame!— rogó ella—. Hace tiempo que ignoro lo que está sucediendo fuera de las murallas de Ferrara.

—Es largo de contar, pero lo haré con gusto, para departir unos momentos contigo —dijo el Valentino, y pasó a explicarle todo lo que había hecho hasta entonces, tomando las fortalezas de la Romana, hazañas bélicas que culminaron con la captura de Camerino. Por supuesto, omitió mencionar circunstancias particulares. —Aquí entre nosotros, querido hermano, ¿cuál es el verdadero objetivo de esta campaña? —le preguntó Lucrecia.

—¡Mujer al fin y al cabo! —replicó César echándose a reír—. Vas al meollo de la cuestión sin muchos rodeos... Pues, bien, querida, voy a hacerte depositaría de un secreto. Mi propósito es convertir en reino la 'Romana, con Bolonia —que ahora está en poder de los señores de Bentivoglio— como capital y agregándole cierta parte de Toscana.

—Plan magnífico y no del todo descabellado, a juzgar por los triunfos obtenidos hasta ahora... ¿Qué te detiene?

—La oposición de Luis XII, quien, obedeciendo a Intrigas y calumnias, amenaza Incluso Intervenir con las armas... Por eso voy a Milán de incógnito. Hablaré y convenceré a mi regio pariente, destruyendo la Influencia de mis enemigos y obteniendo la autorización y aun el apoyo, si es preciso, para avanzar sobre Bolonia.

-y

—¿No es peligroso lo que haces, César?... El Rey puede mandarte a detener, u ordenarte que regreses con él a Francia,

—He sopesado la situación y confío en mi capacidad diploma» *j* tica. Además, no olvides, de mi lado está nuestra Santa Paternidad y Luis XII se cuidará mucho de causar molestias al Papado —Dices bien. Bueno, querido hermano, te deseo la mejor suerte y ojalá realices tus proyectos, para mayor gloria de... —De los Borgia, querida... ¡Oh, aquí viene tu esposo! El futuro Duque de Ferrara no consideraba con muy buenos ojos a su cuñado, pero la situación política le obligaba a ser deferente y atento con él. Se abrazaron, pues, lanzando exclamaciones de satisfacción por aquel encuentro. Luego la conversación se generalizó sobre temas intrascendentes.

Dos días después, César Borgia dejaba Ferrara con el mismo sigilo y transcurridos otros pocos hacía su entrada en Milán.

Muchos creían que la presencia del rey francés en Italia tenía por objeto poner coto a las excesivas ambiciones de César Borgia, y aun que era posible le impusiera un castigo. Con gran sorpresa de todos, al enterarse de que estaba César cerca, Luis XII le fue al encuentro

con tales manifestaciones de agrado y simpatía, que no dejó dudas sobre sus amistosas intenciones.

—Que sea bienvenido, mi monseñor primo y buen pariente —le dijo el monarca francés, echándole los brazos al cuello y besándolo reiteradamente

Luego en persona lo acompañó al castillo y hasta las habitaciones que le había preparado. Los enemigos de César vieron que era mejor alejarse, y Francisco de Gonzaga, esposo de Isabel de Este, Marqués de Mantua y por consiguiente concuñado de Lucrecia, tuvo que reconciliarse con él.

Fue una hora de triunfo para César Borgia. Nada menos que el rey francés poderoso monarca actual y quien podía decirse tenía las riendas políticas de Europa, lo elevó a la posición de segundo personaje en el reino de Francia y ,1o colocó por encima de todos los príncipes de sangre real que lo acompañaban. Aparecía aún más Impresionante esta actitud del soberano galo por el hecho de que todos esperaban lo contrario, en virtud de cuantas cosas se decían de Borgia en aquellos hervideros de chismes y calumnias que eran -las pequeñas cortes italianas

Pero, como «e verá en seguida, este triunfo en lugar de llamar a la reflexión a los enemigos de los Borgia y de César en particular los instó a conspirar de un modo más abierto. No comprendían esos conspiradores (entre ellos los más encarnizados, Julián de la Rovere, Ascanio Sforza, Rafael Riario, Gambiatista Orsini, Cardenales enemigos de Alejandro VI, a pesar de todas sus protestas de amistad para ser perdonados y que conspiraban apenas se les presentaba una nueva oportunidad) que el Rey de Francia prefería la amistad y la alianza con el Papa reinante o sea, con la Iglesia, a cualquier príncipe destronado que pretendiera volver al poder mediante la intriga y la conspiración.

Sin embargo de esta realidad, que los contemporáneos no alcanzaban a ver con claridad, la conspiración siguió su curso.

* * *

Los "agentes", a que Aníbal Varano hiciera mención poco antes de ser ejecutado por orden de César, habían realizado una inteligente y provechosa labor, convenciendo a los condotieros que luchaban con sus ejércitos en las fuerzas del Pontificio, para que se pasaran con hombres, armas y bagajes, a las fuerzas enemigas, o sea, de los señores desposeídos y de aquéllos que parecían correr igual peligro, como los Bentivoglio, de Bolonia. Y las razones empleadas como argumentos resultaron tan atendibles que los condotieros aceptaron reunirse en secreto en la Magione, propiedad del Cardenal Orsini, y tratar allí entre todos los condotieros, la posibilidad de destruir al Valentino y a su ejército.

A tal reunión concurrieron numerosos y famosos condotieros, como los hermanos Julio, Pablo y Francisco Orsini, Vitellozo Vitelli, que avanzara %obre Florencia, desoyendo las instrucciones del Papado, para vengar una ofensa personal y que se viera obligado a retroceder amenazado por César y las tropas francesas que Luis XII puso a su disposición; Juan Pablo Baglione, de Perugia, Antonio de Venafro, y Oliverotto da Formo, que no hacía mucho tiempo asesinara a sus parientes y protectores, los Señores de Formo, en una comida familiar, apropiándose luego del Estado.

La reunión aquella fue, como dijimos, secreta, y en ella tuvo el papel de informador el cardenal Orsini. Explicó cuál era la situación presente, cuáles los peligros que los amenazaban a ellos, condotieros, famosos.

—Debéis comprender que en todo esto existe un contraste de intereses que, tarde o temprano, no dejará de revelarse —concluyó diciendo—. La realidad práctica es que el Papado y César ***en*** particular, os emplean al presente para destruir a los Malatesta, a los de Urbino y a los Varano, a los Bentivoglio, señores de Bolonia, a los Riario, señores de Sinigaglia, a los Petrucci... El siniestro Rodrigo Borgia está practicando con vosotros el

Librodot

vendicabo me de inimicis meis cum inimicis meis, lo cual quiere decir que, una vez destruidos los primeros, se os destruirá también a vosotros, arrojándoos unos contra otros, como los lobos. Debéis comprender que esto será inevitablemente así, porque el Valentino no permitirá que en Italia haya fuerzas que puedan amenazar sus posiciones...

—El señor cardenal formula muy serios cargos y creo que lo hace no sólo con verdad, sino con conocimiento de causa —señaló a este punto el famosísimo Vitellozo—. Observad sino lo ocurrido durante el ataque contra Camerino... César obraba con evidente dualidad, alentando a unos y desalentando a otros. Muchos estábamos de acuerdo en avanzar sobre Florencia, pero él, que en otras consideraciones demostrara un abierto odio contra esa república de mercaderes, renunció a ello en último momento.

—Sí, no cabe duda, seremos destruidos apenas el Valentino haya concluido su campaña —intervino de Venafro—. Yo, que represento a Pandolfo Petrucci, señor de Siena, os aseguro que César Borgia pretende erigirse en rey y que su primer paso será avanzar sobre Bolonia, aniquilando a los Bentivoglio...

Muchas otras opiniones, más o menos del mismo tenor, se escucharon y finalmente todos estuvieron de acuerdo en que sería necesario dar un golpe, para el cual habría de obtenerse, previamente, la adhesión de todos los cuerpos de condotieros y aun de los jefes y oficiales del ejército del Papado, si esto era posible. —Esta demora en nuestra acción tiene una explicación —declaró el cardenal Orsini, que hablaba a nombre de sus hermanos los condotieros—: necesitamos que el Papado cumpla sus compromisos en metálico con los condotieros. Tan pronto como la Santa Sede haya realizado dicho pago, habrá llegado la hora" de la rebelión. Mientras tanto, busquemos adhesiones a nuestro movimiento... La histórica reunión secreta de los condotieros se disolvió con la misma secretud que se organizara. Lo que esos bravos hombres de guerra no sabían era que, tanto el César como Alejandro VI tenían *los* ojos, los oídos y los dientes muy largos. No tardaron en quedar ambos informados de la gestación de tal conspiración.

César, al conocer los hechos y estallar las hostilidades, después de un primer desconcierto, recobró sus fuerzas y envió sus emisarios al Papa, pidiéndole que avanzara para ir él a su encuentro y estudiar juntos la situación.

Dicho encuentro tuvo lugar en campo abierto, no muy lejos de Roma, de donde Alejandro VI no quería alejarse mucho, por temor a que la conspiración estallase a sus espaldas. Y estudiando el complejo estado de las cosas, se estableció que sólo había un recurso.

—Y el mismo consiste en aceptar el reto —dijo el Valentino—. Si demostráramos temor o debilidad, esos chacales caerían sobre nuestras reducidas y leales fuerzas, destruyéndolas a dentelladas.

—El expediente puede resultar peligroso —repuso Su Santidad reflexivamente—. Antes de aceptar el reto, sería conveniente aumentar nuestros efectivos.

—Es tal, precisamente, lo que debemos hacer, señor. En el tiempo más breve posible debemos organizar un ejército sino superior, que por lo menos iguale al de los rebeldes condotieros. Para hacer posible esto, debéis proporcionar todo el dinero de que podáis disponer.

—Lo haremos así. Por lo pronto, sin embargo, hagamos ver que el rey francés está de nuestra parte y que nos envía tropas de .refuerzo, aunque sólo haya prometido cuatrocientos lanceros. Eso refrenará a los más resueltos de los condotieros rebeldes, que son los Orsini, que van como piara de cerdos detrás del traidor del cardenal, porque algunos de los otros mantienen secreta amistad con nosotros y no hay duda de que no se deciden a romper...

—Todo cuanto podáis hacer al respecto, señor, refrenará el estallido de la conspiración y el tiempo es vital para nosotros, no lo olvidéis.

Librodot

—No lo olvido... Por mi parte, en Roma desataré una abierta ofensiva contra todos los señores traidores, los Orsini, los Savelli, los Colonna, los Caetani, decomisaré sus tierras y propiedades y, en fin, les ajustaré de tal modo las cuentas que pensarán dos veces antes de apoyar ninguna conspiración en forma abierta.

Así quedó convenido y padre e hijo se separaron. Con el dinero que en abundancia empezó a recibir del Papa, el Valentino organizó un nuevo ejército en Romana, favorecido por la circunstancia de que los rebeldes, que podían haber actuado con éxito indiscutible en los primeros momentos, fueron aplazando el ataque general, temiendo acaso que los franceses, aliados del Papa, entraran en la guerra a favor del Papado.

El estallido de las hostilidades tuvo lugar en Urbino, donde el pueblo que siempre simpatizara por el buen señor Guidobaldo, salió a las calles dispuesto a llevarlo de nuevo al poder. Rápidamente sofocada aquella primera chispa, el ejército regular del Valentino se enfrentó en una guerra sin nexo ni concierto, tanto contra los antiguos enemigos como contra los rebeldes. Las acciones no tenían la característica de la decisión, porque los condotieros, algunos de ellos al menos, procuraban tener abierta una vía de entendimiento con el Papa, cuyo poder temían.

Una acción realmente importante fue la batalla de Calmazzo, en donde las fuerzas pontificias, al mando de Micheletto y de Moneada, fueron derrotadas por las tropas de los Orsini, no obstante el denuedo con que se batieron aquéllas, bajo el ejemplo de Micheletto. Pero el lugarteniente de César mordió el polvo de la derrota y al escapar salvó su vida, cayendo prisionero Moneada, otro de los fieles del Valentino.

Obligado por las circunstancias y mientras se organizaba el otro ejército, César Borgia reconcentró sus fuerzas en su provincia de Romana, abandonando el resto. Los aliados rebeldes, en lugar de atacar el centro y destruirlo, se esparcieron por el vasto territorio, conquistando ciudades y devastándolas en lugar de vencer y destruir ejércitos.

En un tiempo en que aún hoy sería sorprendentemente corto, el Valentino organizó al fin su ejército, tanto o más importante que el ejército enemigo coaligado, con excepción del ejército de Bolonia, de los Bentivoglio, que se quedó a la defensiva. El Papa tampoco había perdido el tiempo y en Roma asestaba golpe tras golpe contra sus enemigos. Como si todo esto fuera poco, el Rey de Francia había hecho conocer públicamente su apoyo a Su Santidad, a quien prometió, además de las lanzas pedidas, que en caso de necesidad iría a combatir en el mismo suelo de Italia a los enemigos de la Iglesia.

De todo esto resultó que los conjurados sin haberse visto comprometidos en grandes batallas, habían sido derrotados. El tiempo, esa arma poderosa e imponderable, los había vencido. Pero los Borgia, sin dejarse arrastrar por el entusiasmo o las ciertas posibilidades de triunfo, se abstuvieron de presentar abierta batalla. Se daban cuenta como buenos estrategas y políticos que eran, que

aun cuando ganasen batallas siempre perderían hombres y dinero, además de correr el riesgo que toda batalla supone. Además, los Borgia sabían que los hombres que se habían declarado sus enemigos a pesar de todos los juramentos de alianza y fidelidad entre ellos, abandonarían a su suerte al amigo más querido, si de ello resultaba algún beneficio para ellos.

En plena demostración de esa conducta política que Maquiavelo idealizó, Rodrigo Borgia a pesar de los insultos y las infamias que se decían en privado, mantenía sus relaciones con el cardenal Orsí-ni quien como hemos visto fue el cerebro de la conspiración. En cuanto a César, llevaba a cabo conversaciones secretas y continuas con los Bentivoglio, de Bolonia, y con los Petrucci, de Siena.

Los conspirados, finalmente, vieron que era imposible realizar el plan primitivo, por lo cual entraron en negociaciones secretas con el Papa y con el Valentino, de lo cual surgió la firma de dos .pactos distintos. En uno de ellos, los condotieros se obligaban a volver al

servicio del Papado, pero no todos juntos, sino uno por vez. Este acuerdo se firmó entre los conjurados y César. El Papa firmó otro con los Bentivoglio, en que Alejandro VI revocaba la sentencia que quitaba la investidura y el poder de los Bentivoglio en Bolonia, a cambio de que los Bentivoglio no sólo serían condotieros de César, sino que le pagarían un tributo anual.

De este modo quedó hecha la paz y, aparentemente, ya no hubo nada que temer. Sintiéndose fortalecido en su poder, el Valentino ordenó entonces el avance y la captura de Sinigaglia, que gobernaba la *prefettessa* Juana de Montefeltro.

Los antiguos conjurados contra César, en lugar de acogerse a la cláusula del convenio, de que uno a^la vez debía prestar servicio en el ejército papal, llevados por la ambición del botín de guerra, concurrieron todos a la nueva campaña, o así lo hicieron saber.

Las tropas de Oliverotto da Fermo llevaron todo el peso de la acción, aunque no fue mucho lo que hubo de hacerse. La *prefettessa,* huyó, dejando encargado del castillo a Andrea Doria. Oliverotto da Fermo, con tres mil hombres, avanzó hasta cerca ***de*** Sinigaglia, y los Orsini y Vitellozo acamparon a una distancia un tanto mayor de la misma.

Mientras todo esto sucedía en Sinigaglia, el Valentino se encontraba en Cesena, divirtiéndose como de costumbre, despreocupado al parecer de todo, incluso de la guerra que estaba llevando a cabo. Con ayuda de sus fieles había logrado reunir allí un buen número de mujeres bellas y bien dispuestas a secundar al Duque en sus aventuras galantes. Durante las fiestas de Navidad y Año Nuevo, se armaron grandes bacanales, con asistencia de los colaboradores inmediatos y más calificados de César y la cooperación voluntaria de todas las cortesanas y aun de otras que no lo eran, al menos oficialmente, con la animación de conjuntos de músicos. En,esas bacanales, que tenían lugar todas las noches, se bebía, comía, bailaba y holgaba sin freno, y al rayar el nuevo día los salones se veían convertidos en escenarios del más crudo realismo erótico, comparables a los cuales acaso no se vieran ni en los tiempos de Calígula.

Pero es posible creer, a la luz de la interpretación histórica moderna, que César Borgiá estaba lejos de haber olvidado los deberes asumidos ni las responsabilidades adquiridas. En tales bacanales, como en muchísimas otras en las que participaba, podría decirse casi a diario, lo que más de una vez sacara de quicio a Su Paternidad, el Valentino sólo volcaba un aspecto de su intrincada personalidad. Podríamos afirmar también que aquéllas constituían un medio de evasión a las preocupaciones y los problemas que su alta investidura debía atender y resolver. Pero eso no quiere decir, de ningún modo, que los rehuyera. Sus hombres de mayor confianza, particularmente Micheletto, tenían la orden de interrumpirlo y aun de entrar en su alcoba en el momento en que se presentase cualquier novedad. Tenía amigos y agentes en todas partes, incluso en las ciudades enemigas, así como entre los ejércitos aliados, porque, como hemos visto, con harta frecuencia se daba el caso de que las opiniones de los jefes o dirigentes cambiasen de la noche a la mañana, como los vientos de una estepa. Micheletto, hombre de absoluta confianza de César, venía a ser la fuente de todos esos pequeños torrentes de información que iban llegando de todos los ámbitos del país y aun de fuera de él. Si Micheletto lo juzgaba conveniente, el Valentino era interrumpido sin más trámites aun en medio del más agradable coloquio amoroso.

Y así ocurrió, precisamente, la noche del 30 de diciembre de 1502. César, ocupando la cabecera de una enorme mesa, tenía junto a él dos mujeres, una morena de ojos sesgados, presumiblemente una oriental, y otra rubia, de cabellera esplendente y formas sinuosas que no se preocupaba en ocultar. La morena, de cuerpo todavía más sugestivo encerraba todo su embrujo en la mirada, que atraía como la mirada del reptil atrae al inocente pajarillo. El Valentino, cuya fuerte personalidad necesitaba de excitantes poco comunes, las había elegido precisamente por eso para compañeras de noche, porque no eran mujeres comunes, sino diosas de distintas formas del amor.

El resto de la mesa, alargada y en forma cuadrangular , hallábase ocupada por decenas

Librodot

de condotieros, caballeros de armas, jefes de grupos mercenarios y, en fin, guerreros que de alguna u otra manera se destacaran durante las recientes campañas. Es obvio decir que cada uno de esos hombres tenía por lo menos una mujer al lado, con quien compartía del pantagruélico festín al que contribuyera todo el pueblo de Fano. En su conducta, todos seguían el ejemplo del César y bebían cuando él bebía, reían cuando él lo hacía, estremeciendo el inmenso salón palaciego con su estruendosa alegría.

Cuando el beber y el comer quedaron satisfechos, alguien sugirió al oído del Valentino, las agradables perspectivas del *baile de las castañas.* César Borgiá lanzó varios alaridos de triunfo y alegría por tan hermosa sugestión e incorporándose y subiéndose tambaleante sobre la mesa, sin preocuparse de pisotear con sus hermosos borceguíes los restos del festín, demandó la atención general.

—Oídme, rufianes, pájaros de horca, *figlio de cento padre!* —rugió viendo que los murmullos y las risas seguían irrespetuosamente—. ¡Escuchad, hatajo de brutos!... —y cuando consiguió al fin que le prestaran atención, agregó—: ¡Os prometí diversión esta noche!... ¡La tendréis!... ¡Preparaos para el baile de las castañas, en el cual, sin embargo, sólo participarán las personas que lo deseen!

Un mar que de súbito se saliera de madre no habría rugido como aquel centener de gargantas cuando el Valentino, llevado por el vino, hizo aquel anuncio. El grupo de músicos no esperó a más para llenar el salón con sones musicales de ritmo peculiar, pausado y acompasado. Y entonces hombres y mujeres se lanzaron al cuadrangular espacio central que había entre las mesas y se inició así el baile. Algunos jefes con sus respectivas damas, se quedaron en sus asientos, dispuestos a reír y gozar con el espectáculo, como lo hacía también el Valentino.

La danza mixta, de mucho movimiento y contorsión individual, se fue animando a medida que los danzantes se fueron quitando las ropas al son de la música. El espectáculo debía resultar tan

incitante que César no pudo substraerse a él y entre risas y aplausos, se lanzó en medio de los otros, teniendo del brazo a las dos mujeres que iban con él. Poco después ninguna diferencia de ropas separaba a los actores de esta drolática comedia, que llegó a su culminación cuando el Valentino, dando el ejemplo, esparció por el piso monedas de oro, anillos, piedras preciosas, perlas. Hombres y mujeres caminando a cuatro pies, iban a la caza de ellos, provocando tal alboroto y tal mezcolanza de cuerpos que César se descostillaba de risa de sólo verlos, aplaudiendo en los casos en que el espectáculo resultaba ciertamente cautivante. Las dos cortesanas que iban con él, desdeñando los regalos, se habían puesto de cuclillas y mientras fingían buscar como las otras procuraban dar el mayor solaz al Duque y atraer sus miradas de aprobación. La reunión se hallaba en el mejor momento cuando dos hombres, vestidos con peto, espaldar y gola y con el aspecto de haber realizado un largo viaje, llegaron hasta la entrada del salón y pidieron a uno de los guardias hablar a monseñor Micheletto. El nombrado, tan limpio de ropas, sino de pecados, como un recién nacido, no obstante su estado alcohólico comprendió que algo grave ocurría y vistiéndose a medias acudió junto a los soldados, mientras el *baile de las castañas* parecía llegar a su culminación, a juzgar por las carcajadas de César.

Pocos minutos demoró Micheletto en hablar con aquellos hombres. Su rostro, súbitamente, se había puesto grave. Terminó de vestirse mientras aquéllos completaban su Información. Micheletto asintió varias veces y finalmente los despidió.

Entonces, sin más trámites ni preámbulos, Micheletto llegó junto a su amo, que de cuatro pies balaba imitando muy malamente a un corderillo que buscara a su madre con propósitos de lactancia, y dijo una frase de sólo tres palabras:

—Conspiración, de muerte.

El Valentino se incorporó. Su joven semblante, marcado prematuramente con las profundas huellas que deja la vida depravada, se había puesto hosco, amenazante. Como arrepentido de su momentánea debilidad y cual si los vahos vinícolas se esfumaran de golpe, procedió a vestirse con rápida y segura mano, sin hacer caso de las dos bellas que lo acompañaban, que se miraban consternadas. Luego, vestido, se alejó seguido de Micheletto. La música y las risas continuaron un momento más, apagándose gradualmente, hasta que terminaron por completo.

La bacanal había terminado.

Apenas llegado a su cámara y en cuanto Micheletto cerró la puerta detrás de él, César se volvió.

—Explica tus palabras —le dijo simplemente, pero en un tono que hubiera hecho helar la sangre en las venas de los conspiradores.

—Señor, hace pocos minutos llegaron dos capitanes, enviados de los señores condotieros Orsini, Vitellozo, Oliveretto, trayendo el mensaje de que Vuestra Excelencia vaya sin pérdida de tiempo hacia Sinigaglia, pues el castellano Andrea Doria se niega a entregar la ciudad a otro que no seáis vos.

—Iremos. Y no veo en ello nada de temer.

—El amigo informante que tenemos al lado de uno de los Orsini, ha escuchado una secreta conversación entre esos señores, cuyo tenor os hará cambiar de opinión... En una reunión que tuvo lugar en la tienda de Francisco Orsini, cambiaron impresiones generales sobre la situación y convinieron en que debían darle un fin. Y considerando que el Duque de Valence y de Romana era el promotor de esta guerra y de la inquietud general, para no decir. nada de las amenazas que pendían sobre todos ellos, era necesario, ineludible, quitarnos de en medio, con el rápido y seguro expediente de una muerte a traición...

—¡Ah, infames!

—Para cumplir su propósito sin riesgo de sospechas por vuestra parte, os llamarían simulando que Sinigaglia se resistía a entregarse a otras fuerzas que no las vuestras.

Por unos instantes, el Valentino permaneció erguido, inmóvil, la mano izquierda apoyada en la empomadura de su daga. Sus ojos brillaban como los de un felino en mitad de la noche.

—Está bien —dijo finalmente—. Haremos lo que dicen esos traidores y les daremos la oportunidad que desean... Iremos sobre Sinigaglia apenas amanezca. Imparte las órdenes de marcha...

—¡Pero señor, no podéis!...

—¡Has lo que te digo, bellaco, o descargo mi fiera cólera sobre tu cabeza!

—¡Voy, señor, no os impacientéis!

—¡Y cuando todo esté listo, ven, que aún tengo otras órdenes que darte.

Poco después, en efecto, el ejército del Duque de Romana, integrado por unos seis mil hombres en total, tanto de infantería, caballería como artillería, de grupos especializados, con todas las armas y los pertrechos que se podían requerir en una importante campaña, dejó las praderas de Fano y avanzó hacia Sinigaglia. Al frente de ella iban Micheletto y su cuerpo de lanceros, cuya oficialidad estaba compuesta por Hugo de Moneada, y otros españoles, muy diestros en el manejo de los rejones, las picas, las espadas y las dagas, con las cuales exterminaban a los más fieros cornúpetos ení las corridas y los cuales, según se supone, formaban el grupo especial de ejecutores o exterminadores que tenía el Valentino a sus órdenes, bajo el mando de Micheletto.

Frente ya el ejército a Sinigaglia, el Duque de Valentino ordenó que el mismo se

Librodot

desplegara en orden de batalla. Como era previo cruzar el puente sobre el río Misa, ordenó que se estrecharan filas, entre caballería e infantería, para atravesarlo.

Entonces se colocó César Borgia a la cabecera de'su ejército, junto a Micheletto, rodeados de aquellos oficiales recién mencionados y de tropas adictas, una especie de guardia de corps, que en número de más de doscientos, acompañaba permanentemente al Duque en sus campañas. Era impresionante el aspecto que, presentaban esos jinetes, con sus petos, golas y espalderas brillando al sol de la tarde, erguidas las crines de sus caballos, resplandecientes los jaezes y arreos, brillantes las armas y los cascos.

Del otro lado del puente, con no menos impresionante despliegue de armas y pertrechos, avanzaron los condotieros, Francisco y Pablo Orsini, Vitellozo Vitelli y Oliverotto de Ferino.

Todos los hombres se adelantaron a sus respectivas fuerzas y fueron a saludar a César, a quien abrazaron y besaron en ambas mejillas, como era costumbre de la época. Cabalgando luego al lado de él, los cuatro famosos condotieros entraron en Sinigaglia, sin que la ciudad ofreciera resistencia alguna. Durante el trayecto, el Valentino hablaba con los condotieros sobre los resultados primeros de esta campaña y sobre algunos de los nuevos planes. La conversación era amistosa.

En dos o tres oportunidades los condotieros, acaso porque la conjura demandaba su presencia en otro lugar, o porque temiesen una emboscada, expresaron individualmente su deseo de volver junto a sus tropas. Pero César Borgia les instó a quedarse y siguióles hablando animadamente, como para distraerlos.

Por fin la cabalgata llegó frente al palacio donde se preparara el alojamiento del Duque. Los dos Orsini, Vitellozzo y Oliverotto,

se acercaron a él con propósito de despedirse, pero una vez más César los disuadió de ello al invitarlos a entrar con él al palacio y tomar un refrigerio.

—Mientras tanto, conversaremos sobre nuestros planes —les dijo, sonriendo amablemente.

Rechazar una invitación del Valentino, en aquellas circunstancias, hubiera sido una ofensa muy grave, por lo cual los cuatro condotieros subieron con él. Pasaron a un amplio y bien provisto salón, donde Su Señoría los invitó a ponerse cómodos, mientras él iba a su cámara a cambiarse de ropas.

Los cuatro conjurados no habían terminado de lanzarse miradas interrogantes, cuando las puertas volvieron abrirse, esta vez con violencia, y en la entrada asomaron unos veinte hombres, encabezados por el infaltable Micheletto, armados.hasta los dientes, los cuales, a una fría orden de aquél, se lanzaron sobre los condotieros y los desarmaron y dominaron después de breve y dramática lucha. Arrastrados en vilo, esos mismos hombres los condujeron a las mazmorras del castillo, encerrándolos en celdas individuales y separadas entre sí.

Cumplida esta tarea, Micheletto dio más órdenes a sus hombres y estos se lanzaron al exterior del castillo, a ocupar sus puestos en el ejército del Valentino, el cual, bajo las órdenes siempre de Micheletto, salió de la ciudad y cargó sobre las fuerzas dispersas y desprevenidas de los condotieros, destruyéndolas en poco tiempo, a sangre y fuego, sin dar merced. Quienes salvaron su vida lo debieron al huir como ciervos por la campiña.

Ebrias de sangre y de vino, las tropas papales volvieron a la ciudad y ya sin control y obedeciendo a sus mandos naturales, se entregaron a la matanza y el saqueo, a la violación de las mujeres. Una vez más volvía a repetirse lo ocurrido en Capua, en Faenza, en tantas ciudades mártires. La guerra, para algunos hombres de instintos primarios, es vehículo para satisfacer las más bajas pasiones. Así sucedió y así sucederá, siempre.

Fue tal el desenfreno que, no pudiendo soportarlo, el propio César se lanzó a las calles a contener a sus exaltadas tropas, llamándolas al orden y haciendo matar a los más exaltados,

Librodot

según lo cuenta Maquiavelo, testigo presencial de tales hechos.

Pero debieron transcurrir muchas horas, mucha sangre y horror desfilaron por las calles de la vieja ciudad antes de que el desenfreno consiguiera ser refrenado.

En medio de aquel tumulto de ese incesante ir y venir de hombres armados y cubiertos de sangre y de vino de pies a cabeza, de mujeres que corrían y gritaban despavoridas, de hombres que caían bajo los golpes de alabardas, lanzas, espadas o dagas, en medio de los gritos ahogados de las víctimas de la libido desatada, ¿quién podía haberse fijado en aquel torvo y silencioso grupo de hombres, cubiertos los rostros por negros antifaces, que avanzó y se internó por los oscuros y desiertos pasajes de las mazmorras del castillo?

Aquel grupo, indudablemente, por la seguridad de sus pasos, tenía un plan que realizar; sabía a donde iba, qué habría de hacer. El que iba adelante, cuyo aspecto inconfundible hubiera reconocido cualquiera que conociera al Micheletto, a pesar del antifaz, se detuvo frente a una de las celdas, aquélla que ocupaba el famoso guerrero y temible, a su vez, por sus feas hazañas de exterminio: Vitellozzo Vitelli.

Y Vitellozo, sangrante, las ropas desgarradas, desarmado, temeroso frente a la muerte, se replegó hacia el muro de piedra del fondo, arañándolo como buscando en él una vía de escape, mientras en su rostro otrora altivo se pintaba el miedo más exacerbado. No alcanzó a decir una palabra, o a proferir un grito, una maldición o un gemido siquiera. Asaltado por los cuatro hombres, que por su parte no pronunciaron palabra alguna durante su triste tarea, cayó bajo el peso de ellos, mientras el cabecilla presenciaba impávido la escena, los brazos cruzados al pecho. Uno de los más robustos se estiró entonces y le pasó alrededor del cuello un trapo retorcido y tiró de él hasta quitarle la vida.

Concluida la trágica faena, los cinco personajes dejaron la oscura prisión y pasaron a otra, donde Oliverotto da Fermo, entregado a un inquieto sueño, esperaba que se cumpliera su aciago destino. Con escasa diferencia se repitieron los pormenores de la anterior hazaña y Oliverotto dejó de ser también una preocupación para el Valentino.

Y lo mismo ocurrió con Francisco Orsini, Duque de Granvlna, y con su hermano, Pablo. Todos murieron miserablemente estrangulados entre las sombras de su prisión, por hombres enmascarados dirigidos por uno reconocible entre mil.

Los cuatro personajes, siempre obedeciendo las órdenes de su jefe, sacaron los cadáveres y los dejaron abandonados en el patio exterior, luego de lo cual rompieron algunas puertas, como para

dar la Impresión de que hombres exaltados habían forzado la entrada con el propósito de exterminarlos en venganza.

Amanecía cuando, al fin, la ciudad pareció entrar en la calma de muerte que sigue a toda tormenta. Los depravadores, vencidos por la fatiga, el vino y los excesos, habían vuelto a sus cuarteles. Los habitantes de la ciudad, temblando todavía de miedo y de furor contenido, habían recogido a sus víctimas, junto a las cuales maldecían en silencio a sus verdugos.

Micheletto, convertido de nuevo en un sonriente cortesano, se abrió paso por entre la guardia personal del Duque de Valence y de Romana y llegó frente a la puerta de su alcoba. Quiso franquearla. Estaba cerrada. Llamó con los nudillos y por el nombre de Su Señoría. Transcurrieron algunos instantes y por fin la puerta se abrió.

—Entra, Micheletto —ordenó el Duque.

Micheletto lo hizo así y con el mayor disimulo trató de descubrir en qué agradable pasatiempo había estado ocupado Su Señoría, que, contra su costumbre, se había encerrado. Dos figuras mórbidas, una blanca y rubia, la otra trigueña, enroscaron como sierpes su belleza en el lecho procurando pasar desapercibidas.

—Todo ha terminado, señor —dijo Micheletto sonriendo en la penumbra, luego que el

Librodot

Duque, con un gesto de impaciencia, cerrara la puerta de comunicación con la alcoba—. Vuestros enemigos han dejado de serlo. Todo ha salido bien.

—Perfectamente —repuso, el Duque, sin demostrar entusiasmo o satisfacción, con la misma frialdad que hubiera recibido el anuncio de una próxima cacería—. Y no esperaba menos. Todo plan realizado a conciencia debe dar resultados satisfactorios. Los detalles son importantes, porque contribuyen a la formación de las cosas grandes. Ahora nuestro camino está expedito, ¡y nada nos detendrá!

—*Ad majorem Dei gloriam!,* como diría Su Paternidad. No lo dudo, señor, con la ayuda de este vuestro humilde servidor, llegaréis a coronar vuestra ilustre testa con la corona de los reyes.

—Para ello, no olvidemos nada, mi buen Micheletto... Ve a buscar a mi secretario y dile que redacte misivas de un mismo tenor a todas las personas que, de un modo u otro, puedan interesarse por lo sucedido hoy en Sinigaglia. Dile que haga hincapié en la traición, doblemente criminal, de los condotieros, que, después de haber sido perdonados una vez, quisieron atentar contra mi vida.

La soldadesca enfurecida y sin control se hizo luego justicia con ellos. Y que señale asimismo que yo, no obstante mis esfuerzos no pude impedirlo.... Y ahora mi fiel amigo, déjame gozar de la paz y el deleite de la victoria... ¡Ah! Da orden a los criados para que no me molesten hasta mañana a mediodía.

CAPÍTULO XII

DONDE LOS BORGIA RECIBEN LO QUE DIERON

La noticia de *la.* muerte de los famosos y temidos condotieros sorprendió a unos, maravilló a otros y anonadó a muchos. Un rey, Luis XII, calificó el golpe de genial y agregó que era verdadera *obra de romanos.* Visto desde el punto de vista estratégico —en la guerra como en la paz—, se debía reconocer que no poca audacia demostraba el hacer prisioneros a los jefes, y por cierto muy queridos, de fuerzas mucho más superiores en número y luego, con celeridad fulmínea, destruir a ese mismo ejército. César Borgia tenía que haber sabido que la vacilación o la duda de alguno de los ejecutores de su plan, cualquier imprevisión, un incidente, por pequeño que fuese, podía destruir aquél en un segundo, convirtiéndolo a él de victimario en víctima.

Que en circunstancias tan delicadas y peligrosas se atreviese a dar tal paso demuestra, asimismo, que el Valentino, por decirlo así, se encontraba entre la pared y la daga de los conspiradores. Matar o morir, era el trágico dilema, por lo cual no puede juzgarlo la historia sino como un caso de extrema necesidad. Los amigos de ayer, enemigos después, amigos por pocas horas luego del perdón, seguirían siendo siempre enemigos, hasta la exterminación de una de las partes. Lo que estaba en el orden natural de las cosas se cumplió.

Apenas anoticiado el Papa de lo ocurrido por los mensajeros que envió el Valentino, comprendió que la situación era delicadísima y por consiguiente había que enfrentarla con serenidad, barriendo a los enemigos del Papado. Pero era necesario obrar con la misma celeridad y sangre fría que el Duque de Romana, o los enemigos huirían y reorganizándose luego, su golpe habría de ser más efectivo.

Después de reflexionarlo un instante, llamó a uno de sus hombres de confianza, el cardenal Alejandro Farnese, y luego de despedir a todos los otros —la entrevista tenía lugar en el despacho privado de Su Santidad—, le dijo:

—Amigo mío, debéis saber que se acercan horas difíciles para la Santa Sede... Estamos rodeados de enemigos, de conspiradores, de traidores. ¡César se ha salvado de morir bajo el puñal de los condotieros conjurados!

—¡Oh, señor, me anonadáis!... ¿Ha sido posible tamaña Infamia?

—Muerto él, destruido el ejército papal, ¿qué hubiera sido de nosotros?... ¡Oh, elevamos nuestras preces al Señor por la merced de habernos dado un tan inteligente y valiente capitán!

—Y yo uno mis oraciones de gracias a las vuestras, señor. ¿Hase conjurado todo peligro?

—Por ahora, sí. Mas es necesario obrar con la mayor cautela,, abriendo los ojos, pues la perfidia, esa hidra de siete cabezas, acecha en la sombra. Vigilando siempre tendrán menos oportunidades de sorprendernos.

—Contad conmigo, señor... Y con todos los de mi casa, que os aman y respetan. Y estaremos en constante vigilia.

—Lo sé, mi muy amado hijo, y por eso, porque tengo absoluta confianza en vos, os he llamado... Sin pérdida de tiempo, iréis al palacio del Cardenal Orsini y le informaréis, en nombre mío, que las gloriosas fuerzas papales, al mando del Duque de Romana y Valence, han tomado Sinigaglia. Sugeridle que él y sus amigos serán bien recibidos si desean congratular a Su Santidad con tan fausto motivo, de particular significación para la Iglesia.

—Lo haré, señor, y Vuestra Santidad puede abrigar la seguridad de que cumpliré mi cometido como lo deseáis.

—Id, hijo mío, sin tardanza, y no olvidéis no mencionar una sola palabra acerca de

cuanto os dije del fallido atentado.

El Cardenal Farnese, hermano de Julia, la Bella, se inclinó y salió, al parecer complacidísimo de contar con la confianza de Su Paternidad. En cuanto a Rodrigo Borgia, esbozó un gesto intraducible, típicamente borgiano, como lo hacía siempre qué planeaba un juego sutil. Y, como se habrá observado, ni en las personas que decía él tener absoluta confianza depositaba todos sus secretos.

Esta política, que Maquiavelo conoció en César Borgia, es la que, de un modo u otro, nos transmitió en su genial obra *El Príncipe.* Poco tiempo después en efecto, el cardenal Juan Bautista Orsini llegaba al Vaticano, en compañía del obispo Jacobo de Santa Croce, otro de los conjurados. Ambos prelados venían a felicitar al Papa por el gran triunfo de la Iglesia y pidieron ser llevados a su presencia. Rodrigo Borgia, el joven capitán de guardias, hermano del cardenal Juan Borgia, asesinado por otro de estos mismos cardenales, le hizo saber que sería llevado sí, pero no a presencia de Alejandro VI, sino a la prisión, por conspirador.

En una palabra, el Cardenal Orsini había caído en otra genial celada de los Borgia. En el mismo momento de su detención, otras fuerzas incursionaron en las casas y los palacios de otros conjurados, entre los Orsini, los Colonna, los Savelli, y procedieron a detenerlos en nombre de Su Santidad.

Pero no todos consiguieron ser sorprendidos. Muchos, por casualidad o advertidos a tiempo, no se encontraban en sus casas cuando en ellas irrumpieron las fuerzas papales. Y esas mismas personas, en su mayoría señores de armas y capaces por tanto de organizar sus propias fuerzas, se alzaron en rebeldía aun en la misma ciudad de Roma, en diversos focos que no pudieron ser apagados por las reducidas tropas papales.

De todo lo que resultó una abierta rebelión que el Papa, habiéndola querido evitar, viose obligado a enfrentar. No poca sorpresa y disgusto le causó comprobar que, después de todo, en Roma se sentía aún muy poca simpatía por los Borgia. Grupos de exaltados aparecían en uno y otro extremo, dando mueras a los Borgia y pidiendo que César fuese llevado a la horca. Lo cual quería decir que en Roma los Orsini y los Colonna tenían muchos partidarios, los antiguos guelfos y guibelinos, que ahora, frente a la amenaza de destrucción por parte de una fuerza temible, se unían y olvidando sus antiguas diferencias, luchaban contra un enemigo común. Esas fuerzas, con total indiferencia del pueblo romano católico, ocuparon poco a poco los puntos principales y estratégicos de Roma, expulsando de ellos a las fuerzas papales. En su osadía llegaron hasta ocupar las cabeceras de los puentes de St. Angelo y de Nerón. Cabía la posibilidad de que avanzasen sobre el Vaticano y lo tomaran por la fuerza de las armas. Alarmadísimo, Alejandro VI dispuso que las escasas fuerzas que le sobraban —recuérdese que las principales se hallaban combatiendo al lado de César— tomasen posiciones y se parapetasen allí. Mientras tanto, envió al Valentino diversos mensajeros, explicándole la gravedad de la situación.

En el propósito de arrebatar a los rebeldes los medios para sostener su conjuración, el Papa procedió a secuestrar entonces los palacios, las tierras y los bienes de los conjurados. Estos a veces huían, otras eran detenidos y unas pocas veces arrojados de sus casas. Los desposeídos, iracundos y dominados por el afán de venganza, centuplicaban sus fuerzas para destruir al Papa Borgia, no sólo en el campo militar, sino en el político y aun en el diplomático.

La situación que parecía hacerse cada vez más delicada, había obligado a Borgia, mucho antes de tal levantamiento, a intentar una alianza con Venecia, una poderosa fuerza que, unida al Papado, podía llegar a controlar la situación política y militar de toda Europa y aun del resto del mundo. Aún en aquellos tiempos en que los soberanos de Francia y de España le hacían sentirse seguro, amado y respetado, Alejandro VI había calificado como de temporal la estimación de aquellos monarcas, ya que la adulación no es sino expresión de intenciones ocultas. Gracias a su habilidad política, ellos se habían declarado sus aliados, pero mañana

podían extender sus dominios sobre Italia y aun sobre los bienes de la Iglesia, sometiendo la autoridad máxima de ella a sus exigencias y caprichos. Sabía que había edificado un buen edificio, pero era necesario encerrarlo dentro de buenas murallas para defenderlo. Y con espíritu superior, comprendiendo que Venecia era el único factor con el cual se podía contar contra los extranjeros, aun sabiéndola adversa y desconfiada, y su enemiga personal, empezó una labor de conquista moral con el fin de llegar a una alianza con ella, labor a la cual, no obstante los continuos desengaños, estaba todavía entregado.

Decimos continuos desengaños, porque Venecia no respondía con sinceridad a tales planteos. En muchos casos, la Señoría veneciana y el Consejo de los Dux, ni siquiera se habían molestado en responder a ellos. Sin embargo, Alejandro VI insistía. Y a sus instancias se debió que Venecia enviara un Embajador con la misión de estudiar de cerca la situación del Papado y de Italia e informar a Venecia sobre el particular, haciendo conocer al mismo tiempo sus impresiones y conclusiones. Dicho embajador, Giustinian, de marcada animadversión contra los Borgia, en lugar de comprender y facilitar aquel entendimiento, lo obstaculizó de mil maneras, llegando en algunos casos a enviar Informaciones falsas o tendenciosas, sobre la inmoralidad de Borgia y su falta de sinceridad, ya que para él Alejandro VI sólo estaba realizando un trabajo con miras a un beneficio personal y no del Papado o de Italia.

Cuando la situación en Roma, por la abierta rebelión de los antiguos conjurados, se hizo en extremo grave, Alejandro VI comprendió que su debilitado poder podía fortalecerse con la alianza con Venecia. Llamó al cardenal Adriano de Corneto, su Secretario, y le dio instrucciones para que conversara con el Embajador veneciano y le hiciera comprender la necesidad de tal alianza, en beneficio de ambos poderes. Francia y España eran dos potencias que en su afán de expansión podían destruir al Papado y a Venecia por medio de intrigas y conjuraciones internas, y aun por medio de las armas. Unidos, no habría poder en la tierra que pudiese desafiarlos.

El Cardenal de Corneto, en efecto, habló con el Embajador veneciano, pero lo único que consiguió fue que Giustinian pidiese con insistencia hablar con el Papa. Acaso no tuvo de Corneto la necesaria habilidad diplomática para convencerlo por su cuenta, o tal vez, como se verá luego, realizaba su propio juego obstaculizador, pues era uno de los conjurados contra el Papa. Como se ve, la conspiración había ganado el mismo seno de la Santa Sede.

La entrevista del Papa y el nuevo embajador veneciano, Zorzi —ya que en el ínterin Giustinian había sido reemplazado—, tuvo lugar durante la presentación de credenciales. El Papa tomó del brazo al Embajador e hizo un aparte con él. Yendo directamente a la cuestión, le dijo:

—¿Es posible, Embajador, que aquella Señoría Ilustrísima de Venecia pueda tener los oídos tan cerrados que no quiera satisfacernos y hacer lo que tantas veces le hemos pedido, ni siquiera fiarse en nosotros, que no deseamos otra cosa que tener con ella buen y especial entendimiento?... Hablad con franqueza, Excelencia, ¿cuáles son los reparos que se nos formulan?

—En verdad, Vuestra Santidad no debe creer que mi nación esté obrando bajo la presión de consideraciones contrarias al buen concepto que se tiene de Vos.

—Sin embargo, algunas objeciones deben existir, que impiden este necesario entendimiento.

—Sin que sea reconocer la existencia de las mismas, tal vez

podría darse como causal el hecho de que vos seáis español, señor.

—Hemos hecho saber a Su Señoría que, aun siendo de nacionalidad española, y aunque por los lazos del Duque de Romana, podamos parecer favorables a Francia, somos en realidad italianos, pues hace cincuenta años que servimos a Italia. El arraigo nuestro está en Italia, aquí

Librodot

debemos vivir, y así también nuestro duque.

—Transmitiré vuestras palabras a mi Ilustrísima representada, señor.

—Decidle también que, como habéis visto, nuestras cosas no están seguras sin Vuestra Señoría. Venecia no se fía de nosotros y esta deficiencia suya hace que, no pudiendo nosotros tener confianza en ella, nos veamos obligados a hacer cosas que de otro modo no las haríamos.

El Papa se valió de todos sus recursos dialécticos para convencer al Embajador del peligro extranjero y de la necesidad de la unión de los dos Estados, y el Embajador se concretó a responder con evasivas y a declarar que Venecia quería estar en buenas relaciones con todos los Estados.

Esta no fue por cierto la única oportunidad en que Alejandro VI hizo de su parte cuanto le fue posible por convencer a Venecia en la persona de sus embajadores. Pero todo resultó inútil. Los intereses de Venecia chocaban contra los buenos propósitos de Borgia, que superaban aquéllos con visión de futuro, pues el Papa preveía que tanto e! Papado, como Venecia, serían destruidos —como en verdad ocurrió después con Venecia—, por las potencias de Francia o España. Pero la visión de futuro no entraba en la consideración de Su Señoría, de modo que las cosas quedaron así. Peor aún, porque Venecia, deseando hacer una alianza por separado con Francia y España, denunció las. tentativas secretas del Papado, con las consecuencias imaginables de inquietud, sospecha y desconfianza.

Tal era la situación a principios del año 1503, destinado a ser de vital trascendencia para los Borgia. Viendo fracasar sus intentos diplomáticos, Alejandro VI estimó que el poder de las armas le otorgaría el prestigio y la respetabilidad que se le estaban yendo de las manos. Debía tener, y dar la sensación al mundo de ello, seguridad de tal poder terrenal, que le granjearía el respeto de los Estados vecinos y acaso, en última instancia, convenciese a Venecia. Por consiguiente, extremó su política de exterminio de sus enemigos y yendo al fondo de la conspiración, atacó incluso a aquéllos a quienes estimaba de confianza por tener con él lazos de amistad, interés o parentesco y que eran sospechados de infidelidad.

Su enérgica política, dio al fin el resultado deseado. La rebelión abierta fue ahogada y perseguidos, muertos o encarcelados los cabecillas. En esta labor de limpieza intervino el ejército de César Borgia, que al fin acudió a poner las cosas en orden en Roma y sus alrededores. El Valentino fue recibido como un triunfador y una vez más el pueblo romano, que parecía ser tan voluble en sus simpatías, le hizo un gran recibimiento.

El poder de los Borgia se había asentado y reforzado. Ya nadie parecía que fuese capaz de destruir tal poder. Por el contrario, las ambiciones de César, más directas y prácticas que las de su ilustre progenitor, eran conocidas. Tan pronto como el Valentino se encontró en la ciudad de sus amores, volvió a su existencia despreocupada y alegre. En las bacanales u orgías en que participaba a menudo se le oía hablar de sus planes.

—¡Brindad por el futuro soberano por gracia de Dios y la fuerza de su espada! —solía oírsele decir, en los momentos de mayor expansión, dando a entender con ello que sus ambiciones lo llevaban tan lejos como a soñar ser rey de algunos de los Estados de la península itálica.

La muerte de uno de los hombres claves, o por lo menos el animador más entusiasta de todas las conjuraciones, el cardenal Juan Bautista Orsini, destruyó las esperanzas prontas de una rebelión en gran escala y con posibilidades de triunfo.

El viejo Cardenal, entregado a todos los vicios, mujeriego, gran bebedor, jugador desenfrenado, como todos los príncipes de la Iglesia en aquellos tiempos, había llevado una existencia tan depravada que muchos se preguntaban cómo, teniendo el *mal francés,* no había muerto aún. Sin embargo, estaba casi ciego y su estado físico en general era muy deplorable. Sólo una voluntad férrea puesta al servicio de la acción política contraria a los Borgia había

sido capaz de mantenerlo en pie.

Encerrado en las mazmorras del viejo castillo de St. Angelo, y sometido a uno de esos tratamientos especiales, que hoy podríamos llamar del tercer grado, el cardenal Orsini no pudo resistir ni siquiera ligeramente el uso de ciertos métodos que se usaban en aquellos tiempos.

Sometido primeramente al uso de los borceguíes de madera, los cuales se cerraban gradualmente con ayuda de tornillos, el Cardenal confesó toda su participación en todas las conjuraciones y aún en otras imaginarias, con tal que lo libraran de aquella tortura de destrozarle los pies.

Restablecido un tanto, al cabo de algunos días, los inquisidores le preguntaron los nombres de sus parientes y amigos que estaban en la confabulación. Orsini, ya viejo y creyéndose que, de todos modos, habría de morir, se negó a decirlo. Bastó entonces que lo tendieran en una mesa de forma especial, lo ataran bien en ella, y le introdujeran un embudo en la boca. Uno de los sicarios procedió a vaciarle agua, lentamente, por el embudo. El cuitado tenía la alternativa de beber y beber, o morir ahogado. Bebió. Hasta que el abdomen se le hinchó monstruosamente. Y entonces habló. Después de hacerlo, murió. No murió, pues, como se dijo entonces erróneamente, bajo la acción de la *cantarella* de los Borgia.

Los Borgia, puede suponerse, tenían muchos medios para deshacerse de los conspiradores.

* * *

Como los conspiradores poseían variados recursos para quitar del paso a los Borgia, habían intentado y puesto en juego muchos de ellos y fracasado, es cierto, pero aún tenían otros.

—Estamos prácticamente derrotados y más que nunca se alza el poder de los Borgia como grandioso e invencible. Aunque fracasó en su propósito de aliarse a Venecia, aún le prestan su apoyo moral y material Francia y España, además de otros Estados menores ansiosos de aliarse con- el gran poder de la Iglesia y ponerse. bajo la égida de Cristo y de San Pedro... —decía el cardenal Adriano de Corneto, en aquella cena íntima a la que asistían varios otro» cardenales y algunos que no siéndolo, eran principales entre los conspiradores.

Rodrigo Borgia, como cabeza de los Borgia, tenía muchísimos enemigos que deseaban destruirlo con el propósito altruista de privar al mundo y a la sociedad humana de un engendro del mal. Como Alejandro VI, tenía muchos otros más, los más temibles acaso, los cuales, como el Cardenal de Corneto, uno de sus Secretarios de mayor confianza, se habían llegado a introducir en el estrecho círculo de íntimos de Su Santidad, gracias a su privilegiada situación de cardenales y príncipes de la Iglesia.

Eran varios los cardenales que postulaban no sólo a derrocar al actual Papa, sino a llevar la tiara pontificial. Entre ellos podemos citar al cardenal Ascanio Sforza, que ahora se encontraba en la corte francesa, influyendo con evidente malignidad en la mente de Luis XII, a lo cual se debía acaso la frialdad que demostraba en este período el monarca francés hacia Alejandro VI. En la corte francesa se encontraban también, realizando todavía mayor acción contraria, los cardenales Julián de la Rovere y Pedro d'Aubusson. Estos dos, franceses de origen, conspiraban bajo la protección de Luis XII y confiaban en que él, llegada la oportunidad, haría valer su poder y sus poderosas influencias, para lograr su encumbramiento como Papa. Otro cardenal que aspiraba al mismo honor que los tres anteriores había sido el cardenal Juan Bautista Orsini, cuya prisión y muerte señalara el peligro que corrían todos los cardenales conspiradores y que, en síntesis, motivara esta extraordinaria y secreta reunión, que se llevaba a cabo en el castillo Gandolfo, en las afueras de Roma.

Librodot

Los nombrados, sin embargo, no eran los únicos postulantes al máximo poder de la Iglesia. Otros que se consideraban con iguales o mayores títulos eran el cardenal Adriano de Corneto, e igual Giovanni Colonna, de la rica, noble y poderosa familia Colonna, y también el cardenal Giovanni Savelli, de otra noble, rica y poderosa familia romana.

Todos los nombrados con excepción de Orsini, que estaba muerto, se hallaban secretamente reunidos en el Castel Gandolfo. Adriano de Corneto, en su condición de hombre de confianza de Borgia y usufructuando su envidiable posición de secretario, había sido de la idea de reunirse allí, en el Castel Gandolfo, de propiedad y dominio del Papado. Nadie, ni el mismo César Borgia, se hubiera atrevido a suponer de la existencia de una confabulación tal en el seno del Pontificio. Esto garantizaba la seguridad personal de los complotados. Esto y los oportunos cuanto heterogéneos disfraces que cada uno de ellos había adoptado. Circunstancia que convertía aquella reunión en cualquier cosa menos en un secreto consistorio de cardenales.

—Habla de Francia, Vuestra Eminencia, pero os aseguro que nuestro bien amado rey Luis XII ya no estima tanto como antes a su "primo" César Borgia. Podéis suponer que si Carlota no se ha unido a él, a pesar de ser su legítima esposa y tener una hija del Valentino, es porque responde a sugestiones en tal sentido que el mismo soberano le ha hecho... —declaró el cardenal Julián de la Rovere.

—En cuanto al apoyo de España —terció el cardenal Colonna, un hombre ya anciano pero de gran salud y energía—, os puedo asegurar que es limitado y acaso no responda si Borgia apela a él. —Os doy la razón en punto a estas observaciones, pero nuestra actividad no debe hallarse fundamentada por ellas —declaró el cardenal de Corneto, que parecía tener una idea-fija en mente—. Ya no es posible esperar el largo y peligroso período de la reorganización, de la acumulación de medios y de fondos. Comprended, es necesario obrar de un modo rápido y seguro, y precisamente la situación de poder y de privilegio en que están los Borgia nos ofrece la oportunidad mejor...

—Se advierte que Vuestra Eminencia tiene un determinado plan en estudio —señaló de la Rovere.

—Podríais exponerlo —dijo su colega, el cardenal d'Aubusson, ansioso por conocer todo cuanto pudiera servirle para información posterior al monarca francés.

—Y no deja de asombrarnos que tengáis uno, cuando tal parece que nos hallamos en el fondo de la adversidad y de la impotencia —dijo el cardenal Colonna.

—En efecto, tengo un plan, un proyecto que acaso os pueda parecer impracticable y muy peligroso y que, sin embargo, es el único a nuestro alcance —confesó de Corneto dando cierto peculiar énfasis a sus palabras.

Se produjo un momento de silencio tenso y expectante. Cada uno de aquellos personajes parecía saber de antemano a dónde quería ir el secretario de Su Santidad, pero aun el pensamiento de ello lo rechazaban por peligroso y aun imposible.

—Pues, bien, hablad, os escuchamos —pidió entonces el cardenal Savelli, uno de los cardenales romanos que más odiaba a Borgia y que por eliminarlo hubiera llegado a cualquier extremo.

—Lo haré, pero Vuestras Eminencias comprenderán que no puedo hacer una declaración tal ni divulgar un tan terrible secreto si de parte de cuantos me escuchan no hay un solemne juramento de fidelidad y de silencio.

—¿Habéis sopesado todas las circunstancias, todos los factores adversos y favorables, de la situación?

—Los discutiremos, si aceptáis mis demandas. De lo contrario, no saldrán del estuche inviolable de mi mente.

Nuevo silencio, durante el cual los asistentes a la secreta reunión se miraron entre sí, como preguntándose si debían acceder a lo solicitado o negarse a ello en razón del riesgo que estaban ya corriendo al reunirse allí en abierta conspiración.

—Por mi parte, acepto —dijo Savelli—. Lo menos que puede exigírseme en estas circunstancias es un juramento de fidelidad y de silencio.

—Yo también.

—Contad conmigo.

No hubo ni una sola restricción. El cardenal de Corneto, que oficiaba de anfitrión, se estiró, evidentemente satisfecho. Miró a todos y cada uno de los presentes. Luego, en tono grave, dijo:

—Antes de que os exponga mi idea capital, perdonad que insista sobre un punto que puede pareceres enojoso... Es necesario establecer de un modo concluyente la identidad de cada uno de vosotros.

—¡Pero eso se hizo ya por vuestros guardias a la entrada del castillo! —protestó d'Aubusson.

—En efecto, se hizo... Pero todos conocemos las armas terribles de que se valen los Borgia para combatir la conspiración. Durante el trayecto hasta esta cámara, alguno de vosotros pudo ser secuestrado y otro, un espía, tal vez el mismo César, ocupar su lugar...

—Vuestra Eminencia tiene razón, y por mi parte no me opongo a ser reconocido —expresó el cardenal Colonna, y quitándose el antifaz, mostró su patriarcal rostro.

Los concurrentes a esta secreta reunión no habían querido correr riesgos y al disfraz habían agregado el antifaz. Así el mozo de muías resultó ser el cardenal Savelli; el soldado mercenario el cardenal Colonna. De la Rovere y d'Aubusson venían disfrazados de pobres mercaderes. El caballero castellano no era otro que el cardenal Adriano de Corneto.

La prueba podía haber satisfecho a cualquiera, pero el cardenal secretario, sabiendo los riesgos que corría, quiso asegurarse más todavía y levantándose fue a certificar que la única y gruesa puerta estaba bien cerrada, lo mismo que la ventana, y que, a menos de ser una mosca o un insecto, allí no había nadie más que los cinco cardenales completados.

De Corneto volvió a su asiento. Todos habían vuelto a colocarse los antifaces y lo miraban con intensidad, esperando la confirmación de su más íntimo deseo. Y en efecto, luego de una pausa

grave, en un tono apagado de voz, lo que denotaba su propia ansiedad y emoción el cardenal Adriano de Corneto hizo el anuncio.

—Señores... Rodrigo Borgia debe morir.

Aunque apagada, la frase resonó como un pistoletazo entre las cuatro y gruesas paredes, cómplices de la siniestra confabulación. Pero antes que en los oídos, aquélla repercutió en las conciencias ambiciosas y culpables de los hombres, estremeciéndolos con la significación que la misma entrañaba.

—Y con él, César Borgia... —continuó de Corneto, que en vano esperara una respuesta—. Eliminados ambos, habrá desaparecido el peligro que no sólo pende sobre la cabeza y los bienes de cuantos, como nosotros odian esta tiranía de los Borgia, sino una de las causas de la rec^sión de la Iglesia y de su desprestigio ante el mundo, causa qi».- es explotada por los enemigos de ella... Muertos los Borgia, podéis estar seguros de ello —sea quien sea el que deba ocupar el trono pontificial—, con la reforma y las nuevas leyes, el Papado volverá a tener su antigua preponderancia y llegará a ser, independientemente de los estados políticos, la verdadera soberana del mundo católico...

De Corneto miró desorientado a sus oyentes. Había confiado en que ellos apoyarían

entusiastamente su proyecto y que se comprometerían con él a realizarlo. Pero he aquí que ni ellos ni sus palabras parecían despertar ningún eco en aquellos hombres, que por su inmovilidad parecían estatuas.

—Es el único y último recurso —insistió de Corneto—. Su ejecución, sorprendentemente sencilla, nos evitará a todos el derroche de fuerzas, fortunas y recursos, en la preparación/de una nueva rebelión, la cual, *si* llegara a concretarse, correría el riesgo de ser tan radicalmente destruida como lo ha sido la anterior, pues los Borgia, vivos, son temibles, invencibles... Comprended que si os hago esta formulación es después de larga y madura reflexión, después de haber estimado todas las consecuencias posibles de una conspiración mortal...

—¿Decís que vuestro proyecto es realizable?

—Completamente fácil; ya lo veréis. No sólo Rodrigo Borgia morirá, sino César y cuantos gozan con la íntima confianza de ambos.

—Dadnos los detalles de cómo lo haréis.

—Antes el juramento de unión y lealtad... hasta la muerte. Si uno de nosotros es un traidor, no sólo deberá ser condenado y

castigado como tal, sino —en el caso de quedar con vida— acusado de indignidad, expulsado del seno de la Iglesia y privado, ¿n *saecula saeculorum,* de todos sus títulos y beneficios.

—*Potius morí quam foedari...* —declaró el cardenal de la Rovere con gravedad—. Juremos... y exponed vuestro plan de una vez.

—¡Exponedlo y realizadlo, por la sangre de Cristo!

El cardenal Adriano de Corneto se incorporó e hizo el signo de la cruz, luego de lo cual, expresó las palabras sacramentales del juramento que había preparado. Dirigiéndose a cada uno en particular le hizo jurar solemnemente. Las voces de aceptación, roncas, profundas y graves, denotaron la condena de muerte que cada uno en su 'fuero interno, había formulado con antelación contra los aborrecidos Borgia.

—¡Excelentísimo señor!... ¿Queréis atendernos un instante? —llamó el cardenal Adriano de Corneto.

César Borgia, Duque de Valence y de Romana, príncipe terrenal y prometido soberano, se detuvo, reprimiendo su impaciencia. Terminaba de tener una entrevista con el Papa, quien le había sugerido la conveniencia de ahorrar en los gastos extraordinarios que demandaba la mantención de aquel poderoso ejército.

—Si las cosas continúan de este modo —le había dicho Su Paternidad—, no serán los enemigos quienes hayan destruido nuestro ejército, y por consiguiente a nosotros, sino el derroche y la falta consiguiente de fondos... ¡No hay fuente de recursos que no se termine ante tal desagote!

Debido a lo cual César se retiraba sin los cincuenta mil ducados que viniera a pedir con aquel motivo. De ahí la causa de su enojo, peligroso para quien lo hiciera descargar. Pero de Corneto, que conocía no sólo al Papa, sino al Valentino y aun a Lucrecia y estaba perfectamente enterado de sus debilidades, sonrió amablemente.

—Perdonad que os moleste cuando parecéis ir muy ocupado, pero estimo que cuando sepáis el motivo de mi interrupción me agradeceréis el...

—Si Vuestra Eminencia se digna decirme de una buena vez el motivo, se lo agradeceré más aún.

—Señor, quería invitaros a una fiesta en mi casa... Dentro de

dos días celebro un doble motivo de regocijo: mi cumpleaños y .mis veinticinco años al

servicio de la Iglesia... Esperad, señor, os lo ruego. Con tan fausto motivo he preparado una fiesta teniendo bien en cuenta vuestros particulares gustos. Un grupo de bayaderas orientales, buenos músicos, excelentes viandas y exquisitos vinos, harán gratos los momentos de esparcimiento...

—¿Habéis dicho bayaderas?... —preguntó el Duque de Romana, a punto de negarse y de continuar su marcha.

—¡Sí, señor!... ¡Las más jóvenes y hermosas que fue posible hallar en el serrallo de un gran señor turco! —De Corneto sonrió imperceptiblemente satisfecho—. Habréis de quedar muy contento, os lo aseguro.

—Si me lo prometéis... Bien, ¿para cuándo es la fiesta?

—Pasado mañana, al caer el sol, os esperaré *a* vos y a vuestros amigos más íntimos, en mi villa, situada, como sabéis, fuera de Roma, en la Via Appia, en una bella y boscosa colina, en Domine Quo Vadis. En estos días de extremo calor, el fresco de la campiña os vendrá bien.

—Iré... Y llevaré a unos cuantos de mis amigos, pero os recomiendo que aumentéis vuestras reservas de vino, pues todos son buenos bebedores.

—¡Mi bodega está bien provista y ni vuestro ejército podría con ella! —repuso el Cardenal, echándose a reír.

El Duque de Romana, menos huraño a la idea de que podría satisfacer uno de los deseos todavía no satisfechos en su vida apasionada: el verse amo y señor de todo un harén oriental, comprometió su palabra de ir, luego de lo cual se despidió.

Este había sido el primer paso *que,* en la ejecución de su siniestro plan, diera el astuto Cardenal de Corneto. El siguiente fue entrar en el despacho de Su Santidad, llevándole varios documentos a firmar, y aprovechó el instante para hacerle la misma invitación. La idea de matizar un tanto las agobiantes jornadas en el Vaticano, el deseo de combatir los calores de verano saliendo a la campiña y, sobre todo, por la formal promesa de la grata compañía de hermosas y jóvenes bayaderas, fuera de los deleites bucólicos, Indujeron a Su Santidad a aceptar el envite.

El mismo día de la invitación, César Borgia se hizo presente, como de costumbre, en las habitaciones de Su Santidad. Traía una información inquietante. El cardenal Julián de la Royere habría

sido visto en Ostia, poco antes de tomar una embarcación que lo llevaría de regreso a Francia.

—¿De la Rovere en Italia?... ¡Oh, hijo mío, es imposible! —rió el Santo Padre—. Bien sabe que, de hacerlo, ni su amistad con Luis XII lo salvaría.

—Había otro personaje con él a quien nuestro hombre cree haber reconocido en el cardenal d'Aubusson... ¿Qué pueden haber venido a hacer estos hombres a Italia sino a conspirar?

—En otros tiempos, tu observación habría sido atinada, César, pero no ahora... ¡Conspirar!... ¿Con qué?... ¿Con ayuda de quiénes? No, hijo mío, no es la conspiración interna la que me preocupa, sino la extranjera... Si potencias como Francia, España y Venecia se coaligan, vendrán días muy tristes para la Iglesia...

—Creo que tenéis razón, señor. Me dejé llevar por el fuego imaginativo de Micheletto... El dice que, aun cuando hemos destruido algunas cabezas de la conspiración, ésta es como una hidra y aún le quedan otras.

—Las aplastaremos a medida que vayan apareciendo, César.

—Hágase vuestra voluntad, señor... Ah, otra cosa, ¿pensáis acudir hoy a la fiesta del cardenal Corneto?

Librodot

—¿No habíamos convenido en ir?

—Sí, pero pensé que Vuestra Santidad, debido a su excesivo trabajo y...

—¿Me juzgas demasiado viejo y agotado para participar de tales fiestas, eh?... Pues te equivocas de medio a medio. Tengo setenta y tres años, es verdad, pero me siento tan animoso y joven que por nada del mundo rehusaría el envite.

—Obrad como estiméis mejor, señor, pero yo pensé, además, que esta invitación resulta un tanto sorprendente... De Corneto nunca fue un derrochador y, ciertamente, jamás las puertas de su casa estuvieron abiertas para un Borgia...

—i Oh, César!... Ese diablo de Micheletto te tienta con las peores sospechas. ¿Es que hemos de desconfiar de todos cuantos nos rodean? ¿Qué interés tendría nuestro Secretario en causarnos un mal, si el perjudicado sería también él? Además, no todos los días se cumplen años y se celebran bodas de plata con la Iglesia...

—Olvidad cuanto os dije, señor —se disculpó César, inclinándose para ocultar su desilusión. Había pensado convencer al Papa y acudir solo a la invitación, con lo cual tendría una mejor oportunidad de gozar la compañía de las bayaderas, pero estaba visto que tal placer tendría que compartirlo—. Si me lo permitís, os haré compañía durante el viaje...

Su Santidad dijo que sí y César se retiró.

Al caer de la tarde de aquel mismo día, una partida de varios jinetes dejaba el Vaticano por la Porta Cavalleggeri, seguido a corta distancia por un escuadrón de guardias armados hasta los dientes. Rodrigo Borgia, que no obstante sus achaques propios de la edad, aún podía montar a caballo, iba adelante, rodeado de Céiar y de su sobrino Rodrigo, su capitán de guardias. El cardenal Alejandro Farnese, varios otros personajes, funcionarios importantes del Vaticano, como su camarero personal, su bufón, otros dos secretarios, iban detrás.

La salida del Vaticano y la marcha por la campiña apenas si llamó la atención, porque no cruzaron la ciudad. Al trote corto de las cabalgaduras gracias al descenso de la tórrida temperatura, el viaje no resultó pesado sino un verdadero paseo, matizado con una conversación trivial, pero amena. Cuando Su Santidad estaba de buen humor, resultaba un compañero muy agradable. Agréguese a ello el espectáculo pintoresco, de intenso verdor, con breves manchas pardas y amarillentas de la pradera, sus arroyos murmurantes y apacibles, a la orilla de los cuales crecían abundantes y vistosas flores, todo cubierto por un cielo profundamente azul, y habrá razón para comprender la buena disposición general.

Caían las primeras sombras del anochecer cuando la partida entró en las tierras pertenecientes al cardenal de Corneto. Hasta •ntonces no se había producido ninguna novedad y los observado-rea y espías que con mucha antelación enviara el capitán Borgia, venían al encuentro de su señor para informarle que no ocurría n»da de sospechoso, que los campos estaban desiertos, con excepción de los campesinos que ya regresaban a sus hogares.

—No podía ser de otra manera —comentó Su Paternidad, al ser «noticiado de ello—. Todo lo cual quiere decir que esta noche podremos divertirnos a pierna suelta, valga el retruécano...

Todos soltaron la carcajada ante esta salida del Papa. Momentos después una litera arrastrada por briosas muías negras salía al encuentro del Sumo Pontífice, en la que venía el anfitrión. Después de saludar a su superior y de besarle el anillo papal, de Corneto lo invitó a pasar a la litera. Borgia aceptó y así hicieron su entrada en la villa, una espaciosa y cómoda casa de dos pisos, rodeada por un enorme y arbolado parque, cuyo piso de fresca y fragante hierba invitaba a desear estar al fresco. Por doquier se observaba un movimiento intenso de criados y mozos de muías, de animales de montar, de literas.

Que el cardenal de Corneto había preparado con mucho cuidado esta recepción lo hizo ver el despliegue y el orden que se observaba en todo, hasta en los menores detalles. El

enorme y cubierto patio central serviría de comedor o salón de fiesta. Mesas alargadas, dispuestas en forma cuadrangular, servirían para los invitados, ocupando el sitial de honor Su Santidad, el homenajeado a su derecha y César a la izquierda. Varias cámaras, lujosamente amuebladas y dispuestas, se abrían de par en par sobre aquel patio. En el centro del mismo y en forma circular, había varias columnas sosteniendo candelabros y hachones de luz, a la vez que servían para el vistoso despliegue de plantas con flores que perfumaban la noche. En el corredor, sobre la parte en que se encontraba la cabecera del banquete, una orquesta compuesta por veinticuatro músicos se disponía a amenizar la grata reunión.

Después de haber pasado a las habitaciones interiores de la villa, donde procedieron a refrescarse y a cambiarse de ropas, el Papa y sus íntimos pasaron al salón de homenaje, precedidos por el cardenal de Corneto. El resto de los invitados, a rostro descubierto, se hallaba ya en sus respectivos asientos, alrededor de las mesas, magníficamente servidas con abundancia de frutas de la estación, terneras, ciervos y lechones asados, pollos y pavitos a la parrilla, jugosas tartas e infinidad de recipientes de vino, siendo de oro los que se veían en la cabecera del banquete.

En cuanto hizo su entrada la comitiva principal, la orquesta dejó oír los marciales sones del himno papal, en medio de los aplausos de la concurrencia.

Cuando ocupaban sus asientos, César aprovechó el instante para inclinarse hacia su ilustre progenitor y decirle:

—Esta es una recepción soberana, señor... ¿No os sorprende este despliegue de riqueza, esta ostentación, este derroche??

—¿Por qué habría de sorprendernos? —repuso el Papa—. De Corneto es un hombre rico, de noble familia. Es natural que no quiera ser menos cuando de dar una fiesta se trata.

Como era costumbre en estos casos, el camarero del Papa procedió a servirle, mientras el Cardenal invitaba a todos a servirse a su placer. La orquesta dio ejecución a piezas más alegres y movídas y en medio de la alegre y generalizada conversación se dio principio al banquete.

Que Rodrigo Borgia era un hombre precavido, lo demostró al cambiar varias veces las copas y aun los platos que se le servían. Y puesto que el mismo camarero de Su Santidad le servía, no había razones para temer nada. Los otros personajes, César en particular, siguió su ejemplo, aunque con mayor disimulo.

Por fin la abundante ingestión de vino desató las lenguas y destrabó los miembros, haciendo más bullicioso y alegre el convite. La orquesta, infatigable, siguió amenizando la reunión y pronto, a una orden del anfitrión, se iniciaron los bailes. El vino siguió circulando con profusión, lo mismo que los refrescos hechos a bases de alcohol de guindas, de uvas, de ciruelos y otros frutos.

La fiesta llegó a su culminación cuando aparecieron las bayaderas, un grupo de danzarinas exóticas de sugestiva belleza, las cuales, llevando sólo tenues velos, iniciaron una danza sicalíptica de notable belleza y arte. Todos <los presentes aplaudieron con entusiasmo y pidieron repetición.

En cierto momento el Cardenal le dijo a César.

—Señor, os ruego hagáis vuestra elección y esta misma noche os acompañarán las bellas bayaderas que hayan merecido el honor de vuestra compañía.

—*Perbacco!* —exclamó César, excitadísimo—. ¡Ya hice mi elección!

Nada turbó el placer de la diversión que el cardenal de Corneto brindó a su superior y a los parientes y amigos de Su Santidad. Cuando las primeras luces del alba asomaron al este, el Papa demostró signos de fatiga y no obstante el creciente entusiasmo de muchos, la reunión se dispersó. El cardenal de Corneto proporcionó a Su Santidad una litera, para que hiciera el

Librodot

viaje más cómodamente. Otras dos literas, exclusivamente ocupadas por veladas damas de oriente, siguieron a la primera. El Cardenal había querido ser atento hasta el último instante con quienes el concilio secreto había condenado a muerte.

El viaje de retorno al Vaticano no ofreció ninguna alternativa distinta. Y los ilustres viajeros pudieron llegar a sus respectivas moradas sin que nada turbara el cielo rosa que se prometieran para esa misma noche, como corolario de la hermosa fiesta ofrecida por el Cardenal.

Al día siguiente, el Papa Borgia no dejó su cámara temprano, como era su costumbre, para oficiar o asistir a misa. Cuando reapareció después de mediodía, pálido y ojeroso, hizo saber que no se sentía bien. El doctor Pedro Pintor lo había examinado algún tiempo antes, sin encontrar otra cosa que una fatiga física natural en un hombre que, a su edad, realizaba aquellos excesos.

El asunto acaso hubiera pasado desapercibido a no ser porque a la tarde, al preguntar por César que no se había presentado en todo el día, supo que también se hallaba enfermo. Y la misma información vino respecto a Rodrigo Borgia, el capitán de guardias. Y cuando se hicieron algunas averiguaciones más, se supo que los cardenales de Corneto y Parnese también sufrían de la misma y extraña dolencia al estómago.

Como un reguero de pólvora corrió por el Vaticano y aun fuera de él, la noticia de que el Papa y sus parientes y algunos amigos habían sido envenenados durante la fiesta ofrecida por el cardenal de Corneto, siendo una de las víctimas el propio Cardenal.

Ante tal posibilidad, los ilustres enfermos fueron /tratados con la energía del caso y los médicos debieron prodigarse en su atención y cuidado permanente.

En los primeros días, en el estado del Papa y de César se operó una mejoría y ambos dejaron el lecho y aun fueron vistos en los lugares que solían frecuentar durante su ejercicio. Pasaron algunos días más, pocos, y se supo que el cardenal Alessandro Farnese se había restablecido, no así el de Corneto, que seguía enfermo.

, Y entonces, como una catapulta, cayó la noticia de la muerte del joven y apuesto capitán de guardias del Vaticano, Rodrigo Borgia, sobrino, como sabemos, de Su Santidad. ,

Esta muerte afectó mucho al Papa, pues amaba de verdad a su sobrino, de quien muchos decían ser su hijo. Aunque sintiéndose afectado por nuevos achaques de la enfermedad, desde una de las ventanas de su palacio asistió al desfile del funeral. La muerte del joven capitán atrajo a mucha gente, ya que gozaba de general simpatía.

Al término del funeral, el Papa volvió a sentirse más enfermo, y llamado el médico, éste certificó que tenía fiebre alta. Debió guardar cama. Al caer de la tarde vino César a visitarlo; aunque delicado, él se sentía mucho mejor. No cabía duda de que su fortaleza y juventud habían obrado como excelente defensa.

—Vos también os restableceréis, señor —le dijo en tono de aliento—. Yo no creo en la existencia de un complot para matarnos por veneno. Creo, más bien, que en la casa del Cardenal debimos comer algún alimento en mal estado. En estos tórridos días de verano las disenterías y las fiebres ocurren a diario.

—Verdad es —repuso Su Santidad—. El mes de agosto no es favorable a las personas gordas y amantes de la buena mesa.

Cuando César dejó las habitaciones del Papa, fue a su encuentro el infaltable Micheletto. En su exposición había sincera ansiedad cuando preguntó:

—¿Cómo se encuentra vuestro augusto padre, señor?

El Valentino arrastró a su cómplice a un rincón y en bajo tono le dijo:

—No me gusta nada su estado... Los mismos síntomas tenía Rodrigo, lo cual quiere decir que fuimos envenenados. Yo trato de hacerle creer en otra cosa, para que venza el decaimiento, pero será necesario investigar y al mismo tiempo estar alertas... ¡Si Su Paternidad llega a morir, en menudo embrollo nos veremos metidos!

Al día siguiente, 11 de agosto de 1503, el Papa consiguió levantarse, a pesar de la fiebre que tenía y de padecer de una ligera disentería, y asistió a la función religiosa que se celebró por el aniversario de su elevación al papado. Luego recibió a los Embajadores, pero no estaba bien dispuesto, como en otras ocasiones. Al Embajador de Venecia le dijo:

—¡Ah, señor orador, si pudierais convencer a Su Señoría Ilustrísima de que los males de Italia provienen de la separación que existe entre la Iglesia y Venecia!

El 12, Su Santidad no pudo dejar el lecho, atacado de fuertes vómitos de bilis, y de alta fiebre. El 13 procedió a sangrársele, extrayéndose nueve onzas de sangre. Esta cura hizo bajar la fiebre, pero el 14 volvió a subir, lo que obligó a otra sangría, sin el mismo resultado anterior. El 15 la fiebre sigue, y lo mismo ocurre el 16 y el 17.

El 18 de agosto, Su Santidad expresó su deseo de oír misa. Se le hizo sentar en la cama y allí mismo en su cámara, se ofició la misa por uno de los cardenales, mientras asistían otro, lo mismo que César y su hermano Joffre.

Al término del oficio religioso, el obispo de Venosa salió llorando de la cámara papal.

—¡Su Santidad se encuentra muy mal! —declaró a quienes le preguntaron qué sucedía—. ¡El peligro es inminente!

No todos eran, sin embargo, de la misma opinión. César y su hermano dejaron el Vaticano seguros de que el Papa podría restablecerse aún, pues se mantenía en sus cinco sentidos y hablaba y coordinaba las ideas. Lo cual no impidió que, como gonfalonero de la Iglesia, tomara algunas medidas de seguridad e indicando que nadie debía turbar el reposo del Papa, puso guardias en los corredores adyacentes, bajo el mando de Micheletto.

Debido a lo cual, cuando llegó la hora del temido desenlace, al lado de Alejandro VI no había sino pocas personas: el obispo de Venosa, su médico; su camarero; el cardenal Casanova, su tesorero. Y el final llegó casi sorpresivamente, con tiempo apenas para avisar al médico, que estaba en una de las cámaras contiguas. Su Santidad había hecho llamar al cardenal Casanova y le estaba dando algunas instrucciones cuando, súbitamente, perdió el habla, se puso lívido y echándose hacia atrás empezó a emitir un ruido impresionante, el estertor de la agonía. El camarero salió despavorido a llamar al médico, en tanto el cardenal Casanova quedaba tan impresionado que no atinaba a nada. En aquel momento hizo su entrada el médico. Los estertores continuaban, pero la lividez había desaparecido, dejando en su lugar una notable palidez que se acentuó por momentos, hasta que cesó de pronto el estertor. Entonces, soltando el llanto, el obispo de Venosa anunció que estaba muerto.

En aquel momento mismo se abrió con cierta violencia la puerta de la cámara mortuoria y en el umbral aparecieron Micheletto y varios hombres armados. El lugarteniente de César tenía una espada desenvainada en la mano. Después de echar una rápida mirada al escenario de muerte, hizo un gesto expresivo y se acercó al cardenal Casanova, a quien le apoyó la punta de la espada en su pecho.

—Y ahora, señor Cardenal —le dijo con el mayor desplante—, en nombre de Su Señoría, el Duque de Romana y de Valence, hacedme entrega de todos los dineros y las joyas que poseía Su Santidad y de los cuales sois depositario fiel... en tanto no hayan disminuido su volumen y cantidad.

—¡No puedo hacerlo, señor capitán! —protestó el Cardenal—. ¡Precisamente Su Santidad me estaba dando instrucciones al respecto cuando ocurrió su deceso!... El Santo Padre era de parecer que esos bienes se distribuyan por partes iguales entre...

—No importa cuál haya sido el parecer del Santo Padre... Haced lo que os digo, o ¡vive Dios!, vos quedaréis tan tieso como Su Santidad, aunque menos intacto... ¡Andad!

Haciéndose cruces ante tamañas herejías, el cardenal Casanova condujo a Micheletto y a sus hombres hasta la cámara donde se guardaban aquellos bienes. Micheletto había ido preparado al efecto y desenrollando unas bolsas metió en ellas todo el dinero que había allí depositado, amén de vajilla de plata labrada y de alhajas. El monto en total ascendía a unos cien mil ducados en dinero y otros trescientos mil en joyas. Pero Micheletto, que iba muy poco a las habitaciones del extinto Papa, ignoraba que en una cámara contigua a la mortuoria se hallaban las tiaras preciosas, incrustadas de diamantes y perlas, los anillos y los vasos sagrados. Todos estos tesoros desaparecieron en cuanto Micheletto, contentísimo con el botín obtenido, dejaba el Vaticano subrepticiamente, yendo en busca de César Borgia.

De este modo se cumplió el destino de un hombre notable. En su vida y en su muerte hay tal similitud que debe admitirse la existencia de un sino singular, indudablemente marcado por una fuerza o poder que está más allá de la capacidad del entendimiento humano, contra el cual ni siquiera él, Rodrigo Borgia, el poderoso y temido Sumo Pontífice, había podido rebelarse.

Sic transit gloria mundi.

Librodot

CAPÍTULO XIII

DONDE SE EVADE LA ESTRELLA DE CÉSAR BORGIA

La noticia de la muerte de Alejandro VI corrió por la Ciudad Eterna no como un reguero de pólvora encendida, sino lentamente, como un pequeño arroyo que poco a poco va creciendo, haciéndose importante, hasta convertirse en un torrente impetuoso e insuperable que lo anega e inunda todo.

La primera reacción del pueblo todo de Roma, y luego de Italia entera, fue de estupor y aun de incredulidad. Al parecer, el poder invencible del Papa Borgia, de quien el populacho decía estar en trato íntimo con el demonio, había hecho suponer que podría imponerse incluso a la muerte.

Debido a tal circunstancia, en los nueve días que duraron los funerales, esa ola de estupor adormeció los odios y las pasiones. Gracias a ello, también, pudieron cumplirse todas las ceremonias religiosas, de acuerdo con el ritual.

Cuando los servidores de más confianza llegaron junto al cadáver, éste fue lavado y perfumado —el cadáver empezaba a mostrar una negra hinchazón— y luego amortajado, de conformidad al rango del extinto. El catafalco que se armó fue suntuoso y espectacular. Se deseaba acaso dar, como último homenaje al difunto, todo el esplendor y la suntuosidad a los que tan afecto había sido Rodrigo Borgia, con todos los ornamentos necesarios y mostrando en forma espléndida las armas de los Borgia. Los oficios religiosos fueron cumplidos, con todas las formas de la vieja costumbre. Asistieron todos los cardenales presentes en Roma y un número impresionante del clero regular y del secular.

Apenas terminadas dichas ceremonias se echó de ver que la

efervescencia popular, provocada y fomentada por los grandes señores, tomaba un cariz violento. Las turbamultas se lanzaron a las calles, dando mueras a los Borgia y vitoreando los nombres de los señores que les pagaban o prometían dádivas, ya fuesen los Orsini, los Colonna o los Savelli. Esos populachos, armados con todas las armas posibles y sin que fuerza alguna pudiera contenerlos, se lanzaron a la "caza" de españoles, a los cuales, sin que importara el sexo o la edad, golpeaban y aun mataban como si llevasen el mismo y odiado nombre de los Borgia.

Esta efervescencia popular trascendió las murallas de Roma y se extendió por la campiña. Los grandes señores, expulsados en otro tiempo por el ejército papal y por las entonces invencibles fuerzas de César Borgia, reuniendo rápidamente fuerzas, avanzaron sobre sus antiguos feudos, llegando a tomarlos sin mayor resistencia, pues las autoridades papales, desaparecido el poder protector, se rendían a discreción.

De tal modo resultó que los duques de Urbino regresaron a Urbino, y fue ésta la única ciudad donde los señores no castigaron a fuego y sangre la antigua rebelión. Los Sforza se apoderaron de Imola y Forli; los Malatesta, de Rímini; los Manfredi, de Faenza; los Varano, de Camerino; Juan Sforza, de Pesaro; la *Prefettessa,* de Sinigaglia... y toda la Romana, en fin, vuelve a ser presa del fuego y de la sangre que se derrama en ella, pues los antiguos amos ejercen su antigua tiranía con más violencia y rigor que antes.

En una palabra, el feudo levantado para la Sede Apostólica y organizado con tanta eficiencia, desapareció en pocos días. Todo lo que significaba un asalto a los intereses de la Iglesia, porque con excepción de algunas ciudades de la Romana, que estaban dadas en vicariato, con un gobierno sobre el cual la Iglesia ejercía una acción directa, todo el resto del territorio pontificio, los castillos, las ciudades y muchas propiedades territoriales, pertenecían directamente a la Iglesia.

El gran reivindicador había muerto, y todos los antiguos usurpadores volvían a sus

Librodot

habituales posesiones con mayor rabia y codicia. Los ciudadanos pagaron muy caro los pocos años de libertad. Y en muchos de tales estados, la venganza que se tomaron los antiguos señores fue terrible.

Tal era la situación en general cuando Micheletto, disfrazado de mozo de muías, hacía su sigilosa entrada en una vieja casa de los suburbios de Roma, donde se encontraba, enfermo y abandonado, el otrora poderoso y noble señor Duque de Valence y de Romana, Príncipe de Andría, Señor de Piombino, Gonfalonero y Capitán General de la Iglesia, César Borgia.

La vieja casa, de muros ruinosos y que dejaban pasar la humedad del próximo río Tíber, había pertenecido a un matrimonio de comerciantes españoles, cuyo negocio fuera desvalijado por las turbas que se desataran poco tiempo antes por las calles de Roma y ellos mismos golpeados y dejados por muertos. Micheletto, pariente de la mujer en cuestión, había llevado allí a su señor, que volviera a caer presa de la extraña dolencia adquirida en la villa del cardenal de Corneto. La mujer, más muerta que viva, había cuidado de su marido y de César, sin imaginarse que aquel pobre enfermo, rendido y agobiado por la enfermedad, era el temible Valentino.

Micheletto quedó no poco impresionado a la vista de aquel hombre increíblemente enflaquecido, de rostro arrugado y con barba de varios días, que yacía en el mísero lecho con los ojos hundidos y la respiración cortada. No obstante su juventud, César se hallaba convertido en un viejo y no cabía duda de que ello no era sólo consecuencia de la enfermedad, sino de los sufrimientos morales que el ilustre enfermo venía soportando.

Micheletto contempló en silencio a su antiguo señor y al sentimiento de compasión que asomara primero sucedió otro de determinación y de orgullo.

—¿Sois vos, Nicolasa? —preguntó César, sin abrir los ojos.

—No, señor... Soy Micheletto.

César hizo un esfuerzo por incorporarse en el lecho. Su hosco y obscuro semblante pareció iluminarse al ver a su antiguo lugarteniente.

—¡Micheletto!... ¡Loado sea el cielo!... ¡Al fin!... ¡Tu ausencia me tenía más enfermo que el mismo veneno!

—Vine tan pronto como me fue posible, señor.

—¿Qué noticias traes? ... ¿Cómo están las señoras? ... ¿Habéis tenido tropiezos?

—Apenas, señor... Vuestra señora madre, doña Vannozza, y doña Sancha de Aragón, y las demás mujeres, damas y doncellas de su servicio, además de los niños don Rodrigo y don Juan, hijos de vuestra ilustre hermana, la duquesa Lucrecia, se encuentran todos bien y a salvo en Civitá Castellana.

—¿Y el dinero?

—También. Los cincuenta mil ducados y las alhajas y la platería, conforme a vuestras instrucciones, los entregué a doña Van-nozza, quien me prometió guardarlos hasta...

—Cincuenta mil ducados... Hasta mi lecho de enfermo han llegado noticias de que había por lo menos doscientos mil ducados en efectivo y más del doble en joyas y platería.

—¿Y habéis dado crédito a todas esas habladurías, señor?... Me sorprende. Lo cierto es que el tal cardenal Casanova era un pillo de siete suelas. Ocultó no sólo una parte del dinero y las joyas, sino las tiaras y las joyas pontificias...

—Bien, olvidemos esto... ¿Qué otras noticias tienes?

—Las peores, señor... Los señores feudales han vuelto a sus predios, en algunos casos pacíficamente, en otros a sangre y fuego. Todas las tierras y los castillos apostólicos se encuentran en manos de los antiguos enemigos y ésta es la hora del triunfo de los Sforza, de los Orsini, los Colonna, los Savelli, los Riario, y demás...

—¡Ah, lo sabía y lo temía!... ¡Esta es la obra de los envenenadores y bien sabían ellos lo que buscaban cuando vaciaron su pócima en nuestras copas!... ¡Han logrado una gran victoria sin necesidad de organizar ejércitos ni fomentar la conspiración!... ¡Oh padre mío, si sólo hubierais escuchado mis advertencias!

—El golpe, terrible, fue genialmente ejecutado —dijo Micheletto—. Para destruir el poder que los aplastara, ellos no se concretaron a envenenar a Su Santidad, sino a vos también, señor... Si bien no habéis muerto, estabais tan enfermo que era imposible que os pusierais a la cabeza de vuestro antiguo ejército...

—¿Qué ha sido de él, Micheletto?

—Ha sido rápida y eficientemente desorganizado, tan pronto como los cardenales de la Rovere, Colonna y de Cometo tomaron las riendas del poder, y muchos de sus antiguos efectivos se han incorporado a las nuevas fuerzas de los condotieros...

—¡Destruidos!... Sí, total y completamente. Los Borgia jamás conseguiremos reponernos de este golpe, pero es mayor el daño que está sufriendo la Iglesia, que ahora deberá entregarse arrodillada a los nuevos amos y a Francia... ¿Se dice algo sobre el nuevo Papa?

—Sí, se habla de que será Julián de la Rovere, pero éste es demasiado astuto para tomar el poder en esta situación. En consecuencia, por consejo de él, el Consistorio nombrará un Papa

depósito, hasta tanto el Cónclave elija, con mayores elementos de juicio, al futuro sucesor de San Pedro.

—¿Y quién será ese Papa depósito?

—Se mencionan algunos nombres y entre todos, por su valimiento, se cita al cardenal Francesco Piccolomini...

—¡Oh, magnífico!... El cardenal de San Eustaquio, hombre probo y justo, si bien nunca fue un decidido amigo de los Borgia, tampoco lo fue enemigo... ¡Ah, Julián de la Rovere, creo que habéis cometido un error al no presionar con vuestra influencia francesa para que el Cónclave os eligiese Papa sin tardanza! —Y repentinamente reanimado, César Borgia se incorporó. Su macilento y oscuro semblante se iluminó incluso con una sonrisa.

—¡Señor!... ¿Qué hacéis?...

—Ayúdame, Micheletto... Debo levantarme, restablecerme lo más pronto posible, llegar a tener mis antiguas fuerzas, toda mi capacidad física e intelectual... ¡Ah, todavía no estoy vencido y temblad, enemigos de los Borgia!... ¡Temblad Colonna, de Corneto, de la Rovere!... ¡Ya nos veremos las caras!

—Señor, ¿lo creéis prudente?... Digo, ¿os parece que podéis volver a la lucha, solo, sin ejército, sin el apoyo de vuestro augusto padre?... ¿Abandonado de vuestros antiguos amigos, y sin recursos, desprovisto de vuestros antiguos títulos y beneficios?

—*Perbacco!,* no me recuerdes mis calamidades... —repuso César, procediendo a vestirse con manos inseguras—. ¡Y ayúdame, bellaco!... Y volveré. ¡Claro que volveré!... ¿Has olvidado que el Cónclave está compuesto por muchos cardenales que son españoles, amigos nuestros y que, llegado el caso, influirán con su voto la futura elección?... ¡Pues ésa será mi arma futura, la mejor, la más poderosa, que puedo tener en este instante!... ¡Con ella obligaré a de la Rovere a doblar la testa delante de mí!...

Micheletto frunció el ceño. Su expresión parecía decir si su señor se había vuelto loco de repente. Pero en los ojos obscuros de César Borgia vio el brillo de los predestinados y ello le convenció de que hablaba en serio.

—Por ahora, me ayudarás a salir de Roma... Es peligroso quedarse aquí y si ellos

Librodot

conocieran mi escondite, mi cadáver, irreconocible, aparecería en el Tíber hoy o mañana... Iré con las señoras a Civitá Castellana, me restableceré y luego... ¡Ya veré cómo le hago saber a de la Rovere que se encuentra en mi puño!

Está dicho que cuando un pesar, o el abatimiento, se apoderan

de una persona, ellos solos bastan para enfermarlo. Y lo contrario sucede cuando alguien enfermo se siente de pronto animado por una firme esperanza; puede operarse en pocos minutos el milagro de la curación.

Esto mismo fue lo que ocurrió con César Borgia. Después de dejar el lecho y de comer bien y beber algunos vasos de vino, que parecieron llevar sangre nueva a sus venas, el Valentino se dispuso a partir en secreto. En mitad de la noche apareció entonces Micheletto con dos mulas, en las cuales montaron y salieron de Roma bajo el amparo de una noche lluviosa y oscura.

Su llegada a Civitá Castellana fue recibida con inmensa alegría tanto por la Vannozza —cuyas propiedades fueron atacadas y aún incendiadas en parte por las turbas romanas—, como por Sancha de Aragón, el esposo de ésta, Joffre, los dos niños de Lucrecia, Rodrigo de Aragón y el *infanus romanus,* Juan Borgia, y las damas y doncellas de la comitiva.

Comprendiendo que aproximarse a Roma era un verdadero peligro, César Borgia dispuso inmediatamente el traslado a la fortaleza de Nepi, cuyo feudo y señoría aún pertenecían a Lucrecia Borgia y por herencia al infante Juan Borgia, como lo dispusiera el Papa Borgia mucho antes de morir. Tras los muros de esa ciudad completó César Borgia su restablecimiento.

Apenas llegados a Nepi, el Valentino dio instrucciones a Micheletto para que se trasladara a Roma y le sirviera de enlace con el cardenal de la Rovere. Hasta Nepi había llegado la noticia del nombramiento del viejo cardenal de Piccolomini como Papa depósito, el cual fuera ungido bajo el nombre de Pío III. Este Papa se ocupó, en primer término, de restablecer la paz en las tierras del pontificio. Luego, su tarea principal sería preparar el Cónclave para la próxima y definitiva elección del Papa.

En consecuencia, había llegado el momento de reiniciar las acciones. César Borgia se sentía muy confiado respecto al porvenir y no dejaba de decírselo a su madre, o a Sancha, incluso a su hermano Joffre, prometiéndoles un nuevo y próximo cambio de suerte.

Micheletto se trasladó, pues, a Roma y realizó las primeras gestiones para entrevistarse con el cardenal de la Rovere. Poco después, una mañana en que se disponía a dejar su «dejamiento, un piquete de esbirros lo detuvo.

—¿Sois vos el señor Miguel de Corella?

—Sí, sollo —respondió Micheletto, reculando e intentando echar mano a la espada—. ¿Qué deseáis de mí?

—Que os deis por preso y entreguéis vuestras armas, pues hemos recibido orden de llevaros, como sea, a la gobernación.

—¿De quién es la orden y de qué se me acusa?

—La orden es del mismísimo señor Gobernador y, que yo sepa, aún no se os acusa de nada... De modo que os recomiendo prudencia y acatamiento.

Juzgando que el cardenal de la Rovere quería verlo y se valía de aquel medio para impresionarlo, Micheletto no opuso resistencia y luego de entregar su espada se dejó conducir a la gobernación. Una vez allí, sin ninguna explicación, fue encerrado en la prisión. Sólo después de varios días de estar allí se le hizo saber que sería procesado, acusado de muchos crímenes cometidos durante la preeminencia de los Borgia y bajo el amparo de su señor.

Micheletto quedó apabullado ante tal noticia.

—¡Imbécil de mí! —prorrumpió, golpeando iracundo los muros de piedra de su prisión—. ¿Quién me mandó a volver junto a César?... ¡Pude huir con todos mis bienes y llegar a ser un gran señor en España o en cualquier otra parte!... ¡Estúpido!... ¡Maldito de mí!

* * *

Transcurrido un tiempo sin tener noticias ni de Micheletto ni del Cardenal, César Borgia empezó a preocuparse. ¿Acaso el altanero cardenal francés se negaba a entrar en tratos con él?... ¿Micheletto había sido obscuramente asesinado, o preso?

Entre los servidores y amigos fieles que aún tenían los Borgia, había dos hombres que decididos al parecer a unir su destino al de los señores, los habían seguido a Nepi. Uno de ellos era Grasicha, un pariente lejano de los Borgia y que realizaba junto a éstos tareas humildes. Otro era Federico, un antiguo escribiente que César tenía como ayudante de su secretario. Al desaparecer éste, aventado por la desgracia que parecía haber caído sobre los Borgia, el Valentino nombró a Federico su secretario, con gran beneplácito de éste.

Al no recibir noticias de Micheletto, César envió a Roma a Grasicha, en forma reservada, para que averiguara todo lo que ocurría al respecto. Poco después Grasicha regresaba con la noticia de que Micheletto había sido preso.

—¡No me cabe duda de que ha sido obra del cardenal de la Rovere! —masculló el Valentino, fuera de sí!—. Lo juzgarán y condenarán sin que yo pueda hacer nada para impedir su ejecución... ¡a menos que juegue mis últimas cartas!

Aquellas cartas consistían en un último y desesperado esfuerzo por paralizar la acción del cardenal francés, que con promesas de dádivas o amenazas, iba ganando la conciencia de los cardenales españoles que fueran adictos a Alejandro VI y de algún modo u otro hechura de él.

Llamó a su secretario Federico y le dio instrucciones precisas sobre lo que esperaba de él y lo que habría de hacer. El joven escribiente, sobrio en el decir como en el comer, beber y holgar, sólo deseaba tener una oportunidad de servir a su señor con la mayor lealtad y el mejor provecho. Antiguo estudiante de filosofía, tenía una hermosa redacción, puro modo de hablar y gran diplomacia, bases esenciales para desenvolverse en aquel agitado ambiente político de Roma y de la Santa Sede.

Poco después, convenientemente disfrazados, ambos personajes se introdujeron subrepticiamente en Roma, cosa nada difícil para un hombre amante de la aventura como era César Borgia. Federico tenía en la ciudad un familiar y en casa de él se alojaron, sin que el tal sospechara jamás que en su casa tenía nada menos que al famoso y temible Valentino, que de ser reconocido y descubierto, sería asesinado aun en pleno día y sin mayores miramientos.

Federico, durante el día, iba de acá para allá, haciendo averiguaciones relativas a ciertos cardenales. Por las noches, vestido" como un caballero, cubierto el rostro por negro antifaz, protegidos sus movimientos por Federico y otros dos hombres de armas llevar, el Valentino se introducía en las casas de aquellos personajes y aparecía súbitamente frente a ellos, en la intimidad de sus cámaras o alcobas, como fantasma del pasado en demanda de satisfacción por una traición. Y luego de grave conversación, en la que menudeaban las promesas o las amenazas de muerte y exterminio, los señores cardenales españoles comprometían su palabra de aceptar las órdenes del Duque para el momento de la votación en el Cónclave.

Transcurridos algunos días y cuando todos ellos quedaron comprometidos, César envió como emisario a Federico. Los buenos modales de éste, su inteligencia para sobrellevar los momentos embarazosos y aun sobreponerse a ellos triunfando en el cometido, hicieron que, al cabo de un par de tentativas, el secretario del Valentino entrevistase personalmente a Su Eminencia, el cardenal de la Rovere, cosa que Micheletto no había logrado.

Federico trasmitió el mensaje de su señor y agregó algunas consideraciones de su propia cosecha, dejando sentado que, dependiendo el nombramiento del futuro Papa del voto de los cardenales españoles y siendo éstos amigos de César Borgia, el Duque de Valence y de Romana, Príncipe de Andría, Señor de Piombino, ofrecía a su dignísima eminencia, el cardenal Julián de la Rovere, la posibilidad de ser ungido Papa, naturalmente, a cambio de algunas concesiones personales.

—¿Y cuáles son esas condiciones? —preguntó el Cardenal al atildado y al parecer impasible secretario de Borgia, después de sopesar la situación por un par de minutos, luchando con la idea de mandar también a prisión a este intruso, obligarle a decir en tormento dónde se hallaba el Valentino, pero rechazando finalmente la idea, prometiéndose lograr el mismo objeto sin tantas complicaciones que pudiesen poner en peligro su elección.

—Si Vuestra Eminencia lo accede, será mi mismo señor quien os las formule —respondió Federico, inclinándose profundamente—; Y con el respeto que vuestra alta investidura me promueve, os suplicaré que abandonéis cualquier propósito vindicativo, pues las cosas han sido realizadas de tal modo que si yo o mi señor fuésemos detenidos o sorprendidos por sicarios armados, aquellas excelentísimas eminencias jamás os darían su apoyo.

De la Rovere debió reconocer que aquel bergante debía tener sus buenas razones, o de lo contrario jamás se hubiese presentado ante él con tal petición. Accedió, pues, a una entrevista con César, en el lugar y la oportunidad que éste elegiría.

Pocas horas después, en efecto, en su propio palacio, en uno de los corredores, se le apareció al Cardenal un hombre embozado, espada en mano, el rostro cubierto por un antifaz, el cual se dio a reconocer como César Borgia. De la Rovere reculó, alarmado, pronto a dar voces en demanda de auxilio, pues tenía guardias en el palacio. Pero César, plantándose de un salto frente a él, le puso la espada en el pecho y le espetó a la cara.

—Si lo intentarais, señor, os atravesaría como a un pollo antes de que profirieseis la primera sílaba... Convenceos, no está en mi ánimo castigaros por el crimen de habernos envenenado...

—¿Qué sabéis...? —farfulló el asustado Cardenal, interrumpiéndose al punto, para decir—. ¡A fe que sois el mismo diablo, señor Duque!... ¿Cómo habéis conseguido entrar?

—Tengo amigos todavía, señor. ..Ya falta de ellos, el oro prodigado libremente obra milagros... Y ahora, si no tenéis alguna dama en vuestra alcoba, os ruego que pasemos a ella. No quiero ser sorprendido aquí por vuestra guardia, pues podría haber derramamiento de sangre...

—Lo evitaremos, señor Duque, lo evitaremos... Y pasad sin reparos.

Ya en el secreto de la alcoba de Su Eminencia, César Borgia expuso las razones de su visita y las condiciones bajo las cuales prometía para el Cardenal un seguro nombramiento a muy breve plazo. Esas condiciones exigían el respeto a los derechos de posesión de títulos y beneficios que él y los suyos habían gozado en vida de Alejandro VI; la revalidación de su cargo de Gonfalonero de la Iglesia; la expulsión de los vicarios rebeldes y tiranos de las posesiones de la Iglesia, para consolidar el poder de ésta, obra que emprendiera Alejandro VI y que a su muerte se destruyera.

—Como veis, señor, no os vengo a pedir un imposible o algo que, al concederme, pueda enemistaros con vuestros amigos. Mis peticiones son justas, atendibles —concluyó diciendo.

El cardenal de la Rovere, íntimamente satisfecho de que, en efecto, las peticiones no fuesen desmesuradas, fingió considerarlo con gravedad. Finalmente, como si hiciera un gran sacrificio, declaró que aceptaba, con una sola observación: no podría revalidársele el cargo de Gonfalonero, que había sido concedido a otro señor.

—Pero os prometo que tendréis un cargo superior en alguno de los Estados amigos del Papado, y podéis aceptarlo en Francia, donde tenéis grandes y poderosos amigos.

—Acepto, señor —dijo el Valentino, ocultando el brillo de sus ojos—. A decir verdad, sólo estaba deseando el momento de volver al lado de mi querida esposa Carlota...

Y los dos personajes se abrazaron y besaron en las mejillas, en señal de aceptación y conformidad. Luego de lo cual César Borgia abandonó el palacio en la misma forma que entrara, es decir, sin que la guardia se apercibiera de ello.

Pocos días después, como si el destino interviniese en todo esto, el anciano Papa Pío III moría, vale decir, de senectud. Prosiguieron los trámites para la formación del Cónclave, donde *se* procedió a considerar los antecedentes del principal —único, podría decirse— candidato. Expuesto el asunto a votación, Julián de la Rovere fue elegido Papa en el Cónclave más breve que se conoce. Todos los cardenales españoles, hechura de Alejandro VI, votaron por él.

Una vez conocida la elección del cardenal de la Rovere, que con el nombre de Julio II pasaba a integrar la privilegiada lista de los Papas, el pueblo de Roma y el de Francia se volcaron en las calles a vitorear con el mayor entusiasmo el nombre del nuevo Papa. Los viejos enemigos de los Borgia eran los más entusiastas y por su parte, con empréstitos particulares, contribuyeron a que Julio II emprendiera con éxito sus primeras gestiones, ya que las arcas del tesoro papal habían quedado completamente exhaustas. Los primeros pasos del nuevo Papa fueron los de detener y desterrar al cardenal Adriano de Corneto. Una nutrida partida de soldados procedió luego a detener a César Borgia que, fiado de su alianza con el nuevo Papa, volviera a presentarse públicamente en Roma, yendo a ocupar uno de sus antiguos palacios.

Llevado a presencia de Su Santidad, Julio II le pidió al Duque de Romana que, como no existía un ejército papal que pudiese hacer cumplir sus órdenes y demandas, le pedía a él que algunas posiciones y fortalezas que ocupaban en la Romana fuerzas adictas a los Borgia, fuesen entregadas a las nuevas autoridades de la Iglesia.

—Sólo en esas condiciones podré cumplir las promesas que os hiciera, abrumado por las circunstancias —dijo Su Santidad—. Os ruego, pues, que aceptéis sin más dilaciones.

—¿Qué sucederá si me niego a vuestra petición? —preguntó César, maldiciéndose *in peto* por haber sido tan crédulo en fiar de la palabra del francés.

—Ordenaré que os encierren en las mazmorras del castillo de St. Angelo de por vida... Aunque demore en hacerlo, organizaré un ejército que limpiará de españoles todas esas fortalezas italianas. Es obvio que las otras concesiones que os prometí quedarán anuladas.

—Bien, veo que me tenéis en un puño.

—Así, reconociendo vuestra derrota, nos entenderemos mejor. Ahora, de vuestro puño y letra, redactad una nota a los alcaldes de Cesena, Forli y Bertinoro, pidiendo que entreguen la ciudad a mi cubiculario, a quien conocéis, por haber sido ministro vuestro, don Pedro de Oviedo.

El Valentino demoró unos instantes en redactar dicha misiva, la firmó y selló en presencia del Papa, a quien se la entregó.

—Os doy de nuevo las gracias por vuestra comprensión —le dijo Julio II—. Había temido que os mostrarais terco... Ahora podéis retiraros y regresar a vuestro palacio, pero tenéis la prohibición de abandonarlo, so pena de ser detenido y de que nuestro acuerdo no se cumpla... Id con Dios.

César Borgia abandonó el Vaticano ciego de despecho e iracundia. Grasicha esperaba afuera con los caballos. En los primeros momentos, el Valentino parecía estar de nuevo bajo los estragos de la enfermedad, tal era su palidez. Por fin, decidiéndose, entró con su pariente

Librodot

en un mesón y allí pidió de comer y beber. Mientras traían lo pedido, César redactó una misiva, la firmó y selló, luego de lo cual, entregándosela a su pariente, le dijo:

—Toma y parte a Cesena sin perder tiempo... Entregarás esta carta a don Diego Quiñones. Si llegas a ser detenido, no reveles jamás, ni aun bajo el tormento, lo que te digo o entrego, de lo contrario, respondérosme con tu cabeza.

Sin más tiempo que para llevarse un pollo asado y una botija de vino escondidos, Grasicha partió. Más serenado, el Duque de Romana bebió y comió con singular apetito, luego de lo cual retornó a su palacio, donde se dispuso a esperar noticias.

Grasicha llegó a Cesena precediendo al enviado del Papa en una hora a lo sumo. Pero cuando el señor cubicularío fue a entregar su mensaje al alcalde, de Quiñones lo mandó detener sin pérdida de tiempo y lo hizo ahorcar del mismo modo.

No es para ser descrita la cólera que se apoderó de Su Santidad cuando se enteró de lo ocurrido en Cesena, que estimó como una insolencia y un desafío, por lo cual mandó una fuerte partida a detener .-•al Duque. Este no ofreció resistencia y se dejó llevar a presencia, nuevamente, del Papa. Este le reprochó su doblez y el gran desacato en que había incurrido y lo amenazó con su justa cólera si no pedía a los depositarios de aquellas fortalezas su entrega inmediata. César lo hizo así y entregó un nuevo mensaje firmado por él en tal sentido.

El Papa Julio II se quedó mirando el documento, intrigado y desconcertado.

—No comprendo vuestra conducta —le dijo al fin—. Estamos

como al principio... ¿Qué habéis obtenido con vuestra actitud? —Satisfacción, Su Santidad, Lo que se siente al castigar a un traidor, pues Oviedo lo fue, y al demostrar desprecio por un acto de doble...

—Extrañas reacciones tenéis, Duque. Sabed ahora que seréis conducido a Ostia, al castillo del cardenal Carvajal, donde esperaréis que se cumpla la entrega de todas las fortalezas, luego de lo cual se os proporcionarán dos galeras para que paséis a Francia. Por toda respuesta, César Borgia se inclinó y escoltado por dos capitanes armados, dejó el Vaticano rumbo a Ostia.

La noticia de esta detención, como es de suponer, ganó conocimiento público y aun llegó al exterior, preocupando a no pocos estados el hecho de que el temible César Borgia estuviese pronto libre y en condiciones de armar un nuevo y poderoso ejército. Venecia, entre ellos, que siempre había temido y odiado a César; Nápoles tampoco estaba tranquila, ni España, para no decir nada de otros estados menores.

Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, ahora al servicio del reino de Nápoles, envió un emisario al cardenal Carvajal, para que le hiciese ver la conveniencia de que el Duque se trasladase a Nápoles, donde se le reconocerían todos sus títulos y honores, evitando de ese modo que aquél tizón encendido provocase temibles conflagraciones. Mientras tanto, recibiéronse noticias de que Cesena y Bertinóro habían sido entregadas, no así Forli, cuyo alcalde, Gonzalo de Mirafuentes, español, no quiso entregar el castillo si no se le contaban quince mil ducados. Como de esta entrega dependía su libertad, César Borgia libró un pagaré en Venecia. Púsolo entonces en libertad el cardenal Carvajal y César, juzgando que en Nápoles, que generosamente le tendía la mano, tendría mayores oportunidades de realizar su plan, partió con Lezcano, el enviado del Gran Capitán. Una vez en Nápoles, se alojó en casa del cardenal Borja y fue recibido por el Virrey y atendido deferentemente por éste y por el Gran Capitán. Mas pronto advirtió el Valentino que todas aquellas atenciones eran superficiales y que jamás se le concedería ningún poder como para pensar en un resurgimiento armado. Decidió, en consecuencia, partir secretamente, pero fue sorprendido y detenido, permaneciendo prisionero por algún tiempo en Castelnovo. De allí el 20 de agosto de 1504, es decir, a un año de la muerte del Papa Borgia, el temido Valentino fue entregado prisionero en España, a donde lo condujeron Antonio de Cardona y Lezcano, lugartenientes

Librodot

de Gonzalo de Córdoba.

César Borgia, desarmado, desmoralizado, perdida su fe en los hombres, que no respetaban ni cumplían su palabra, fue encerrado en el tétrico castillo de Chinchilla, donde permaneció casi por espacio de un año, meditando con amargura sobre su cruel sino. Pero el abatimiento no ahogó sus deseos de libertad. Puesto que aún recibía alguna ayuda y consuelo del exterior, de ella se valió para corromper a sus carceleros, pero uno de ellos lo denunció, por lo cual se lo trasladó a otro castillo, que ofrecía mayores garantías de seguridad: el de Medina del Campo.

Tratado aquí con mayor miramiento, el ilustre preso pudo moverse con cierta libertad, recibir visitas, alternar con los moradores del castillo, lo cual lo ayudó a sobrellevar con mayor serenidad las horas de su prisión. Pero, comprendiendo que debajo de ese tratamiento protocolar y hasta humano existía el propósito firme de tenerlo encerrado, quizá por el resto de sus días, resolvió arriesgarlo todo en una huida.

Hundido en la umbrosidad de su prisión, en las largas e intolerables noches sin sueño, el Valentino rumiaba con amargura y pesadumbre su triste situación.

—Las informaciones que del exterior me llegan —se decía, hablando con su conciencia, la única compañera de su soledad presente—, haciéndome saber que Lucrecia, Sancha y Joffre, así como los cardenales, mis amigos, se valen de todos los medios para lograr que los Reyes de España dispongan mi libertad, son indudablemente ciertas; pero no *es* menos cierto que jamás respiraré el aire de la libertad si fundamento ésta en tan mezquina esperanza. El rey Fernando jamás accederá. Cede a las sugestiones del Papa actual, a las de Venecia, quizá a las de la misma Francia... Por todo ello, si no quiero verme enterrado en vida, debo emplear , mi juventud y mi fuerza en lograr una libertad por mis propios medios...

Tomada esta resolución, no dejó pasar un día sin buscar los medios de obtener aquélla. Con la experiencia anterior, sin embargo, no se precipitó y estudió perfectamente a los elementos que habrían de entrar en su plan. Para ello se valió de sus dos amigos y hombres de confianza, Grasicha y Federico, que vinieran hasta España en pos de él y que lo visitaban de vez en cuando, trayéndole informaciones que le hacían suspirar y añorar su esplendor de antaño, sus grandes bacanales.

Durante el día, dos horas a la mañana y otras dos por la tarde, el castellano permitía que Su Señoría abandonase su habitación y saliese a tomar el sol o el fresco por los patios o jardines del castillo, pero siempre con cuatro centinelas de vista, dos en cada extremo. Esos centinelas nunca eran los mismos, pues las guardias se cambiaban frecuentemente. Al caer la noche, después de la cena que tenía lugar en el comedor del castellano, el Valentino era conducido a su prisión y encerrado en ella, con un sistema especial de cerrojos exteriores, imposibles de abrir a menos de tener la llave.

La larga, penosa y a veces desesperante tarea consistió, pues, en conquistar, no al castellano que era el único que tenía aquella llave, sino *a.* su esposa una mujer joven aún, pero fea y desabrida a más no poder y por añadidura puritana. Pero la gran experiencia amorosa del Valentino hizo que al fin, pasito a pasito, fuese ganando la simpatía, luego la confianza y por último el amor de la castellana.

Y la noche en que ella, venciendo sus escrúpulos, decidió dar un brebaje al castellano e ir a su habitación, para pasar la noche con él, César Borgia consiguió vencer con facilidad a la castellana y la dejó atada y amordazada sobre el lecho, luego de lo cual salió -de su prisión. Tuvo alguna dificultad en reducir al centinela en la senda de ronda, pues el hombre era alto, corpulento y fuerte, el cual consiguió herirlo con su alabarda antes de caer muerto de una puñalada; pero herido y todo, arrojó la cuerda sobre el parapeto, atándola a una de las almenas.

Esperó, con el corazón palpitante, a que en la noche brillase el fuego de la esperanza que

Librodot

debía encender Grasicha, en señal de que todo iba bien y que esperaba con los caballos. Mas la señal no apareció y temiendo ser descubierto si no huía pronto César olvidó su herida en el hombro y se descolgó. Momento después, ya que la cuerda resultó corta, caía en el foso, lleno de aguas pútridas. Era aquí donde Grasicha debía actuar, según lo convenido, trayéndole una cuerda y ayudándole a salir del foso. Creyó morir de ansiedad al comprender, luego de larga espera, que Grasicha no aparecería aquella noche, vaya a saber Dios por qué.

Se produjo, pues, una sorda y terrible lucha contra la adversidad en el fondo de aquél foso de paredes verticales y resbaladizas,

donde no conseguía hacer pie. Pero al cabo de horas que parecieron una eternidad y luego de destrozarse los dedos y las uñas, consiguió al fin escapar del foso y a la incierta luz del amanecer echó a andar a tropezones, agotado hasta el extremo, por la desconocida campiña española.

En medio de su desgracia, la suerte acompañó al Valentino en esta ocasión. A media mañana llegó a una casa de campesinos, los cuales lo atendieron con humana solicitud, curándolo de sus heridas y dándole de comer y beber. Luego, a su solicitud, le proporcionaron una muía, atenciones todas «que pagó con un regio anillo que aún llevaba consigo. Y luego de enterarse del lugar donde se encontraba y de averiguar en qué dirección y dónde se encontraban las propiedades de su amigo, el conde de Benavente, partió en aquella dirección, sin haber pegado los ojos. Sabía que los castellanos ya habrían salido en su persecución con perros de presa.

En medio camino tuvo la alegría de tropezarse con Grasicha, que venía en sentido contrario, llevando los caballos. Un simple error de fechas había causado aquella demora.

Poco después llegaba el Valentino a la casa solariega del Conde de Benavente y allí permaneció escondido por espacio de un mes, reponiéndose de sus penurias. Dos años y cuatro meses habían pasado desde su prisión en España.

César Borgia no permaneció inactivo en aquellas tierras. Por medio del Conde se puso en contacto con otros señores castellanos, los cuáles querían entregarle la Regencia de Castilla, en mérito a sus actuaciones anteriores. Esta era una de las tantas cartas de triunfo que el Valentino se guardaba, pero él, aun en medio de la adversidad, esperaba cosas mejores.

Para obtenerlas, César pasó a Pamplona, residencia de su cuñado, Juan d'Albret, Rey de Navarra, donde lo esperaba su secretario Federico. Sin pérdida de tiempo, éste redactó varias misivas, destinadas a personajes de figuración en Italia, entre ellos a Lucrecia y al esposo de ésta, al Marqués de Mantua, Francisco Gonzaga, a algunos cardenales, en las que daba cuenta de su libertad y del modo como lo había obtenido. Pero en cada carta insinuaba la posibilidad de marchar con nuevas tropas sobre Italia, para recobrar la Romana, y preguntaba si en tal caso su actitud sería bien vista y aun ayudada. El mismo Federico partió a entregar tales misivas en mano propia. Esto ocurría a principios de diciembre de 1506, es decir, a poco más de un mes de haber huido del castillo de Medina.

Federico llegó a Ferrara en las postrimerías de diciembre, siendo recibido con gran alegría por Lucrecia, quien le dio una carta de recomendación para Francisco Gonzaga. El Marqués de Mantua era a la sazón generalísimo del ejército pontificio de Julio II, con el cual éste había reconquistado Perusa y Bolonia. El Papa y su general en jefe se hallaban juntos en esta última ciudad, cuando llegó Federico con su misiva. El Papa ordenó la inmediata detención del emisario.

Al enterarse de *ello,* Lucrecia envió una información a César, y por otra parte una tierna súplica al Marqués de Mantua para que pusiese en libertad al canciller de su hermano César, sin resultado. Esto ocurría a fines de enero de 1507.

La noticia de la prisión de su emisario pareció echar por tierra con las últimas esperanzas del Valentino. Acaso en los días sombríos de la prisión había soñado con que, tan

Librodot

pronto como apareciese sobre la frontera de Italia, sería recibido y aclamado como un héroe y un libertador. Al convencerse de que nada de esto ocurría y que aun, en medio de su libertad, estaba tan solo y abandonado como antes, la amargura y la desesperación hicieron fácil presa de su ánimo.

—He sido vencido y derrotado, y no precisamente por imperio de las armas, y nada podrá devolverme ya el prestigio y el poder perdidos —le oyeron murmurar entre suspiros alcohólicos los amigos que compartían aquella mesa, en uno de los más afamados mesones de Pamplona, la noche del día en que le llegaran tan malas nuevas—. Mi situación, aun en medio de la efímera libertad de que gozo, es idéntica a la del desdichado príncipe Djem, quien, frente a la incertidumbre y obligado a mendigar el favor de los ingratos, sabiamente eligió '61 camino de la dignidad... ¡Ahora comprendo por qué lo hizo!

Y luego de estas palabras, extrañas para sus oyentes, cayó en un silencio hosco del que no consiguieron sacarlo ni el excelente vino español ni las bellas mozas, honestas meretrices, que compartían su mesa.

* * *

Después de una lenta, accidentada y penosa marcha, al fin se enfrentaron los dos pequeños ejércitos en la mañana llena de

colorido, de sol, y de tibieza que emanaba de la tierra como un efluvio que abrazaba a los guerreros, resignando a unos y tentando a otros sobre el reposo eterno en su seno.

El campo de batalla se extendía en una oblicua línea que el sol demarcaba perfectamente al reflejarse en los yelmos, en los escudos, los petos y las armas de los soldados. Los pabellones ondeantes al viento de la mañana, como velas de color en el mar verde de los bosques circundantes parecían decir orgullosos: "primero caer tintos en sangre que rendidos".

Al frente de uno de aquellos ejércitos el perteneciente a Juan d'Albret, Rey de Navarra, caballero en un alto y musculoso caballo moro, la armadura brillante, la actitud erguida y desafiante, no hacia los hombres sino contra la muerte, hallábase César Borgia. Sonreía con abierto desprecio, no del enemigo, sino contra el avatar de su vida.

¡Él, César Borgia, Duque de Romana y de Valence, Príncipe de Andría, Señor de Piombino, ex Gonfalonero y Capitán General del gran Ejército de Alejandro VI, convertido en capitanejo de un menguado grupo de hombres que ni siquiera merecía el nombre de ejército!

—NESSUM MAGGIOR DOLORE CHE RICORDARSI DELLA GRANDEZA NELLA MISERIA... —murmuró el Valentino clavando sus pupilas en la lejanía con nostálgica expresión.

¿Cómo se había producido este brutal cambio? De la manera más simple, como en general ocurre en los grandes o pequeños cambios en la vida.

El cuñado de César, Juan .d'Albret, "Rey de Navarra, tenía sus diferencias con el Condestable, Conde de Lerín. Tales diferencias, estaba escrito, debían dirimirse con las armas. Pero el prudente monarca había venido postergando tal dilucidación, a la espera acaso de un milagro. Dicho milagro pareció llegar con César Borgia, valeroso hombre de armas, gran conductor de grandes ejércitos, guerrero famoso. Muy astuta y diligentemente trató Juan a su cuñado, rodeándolo de comodidades y de placeres, hasta que llegó el instante de pedirle que le sacara las castañas del fuego.

César, amargado, desilusionado, desesperado, aplaudió la idea de dirigir aquel ejército hacia la segura victoria. Un ejército... ¿Quién podía decirlo? Tal vez era el comienzo con que había estado soñando, la gran oportunidad esperada. Derrotaría al Condestable, adquiriría nueva fama, y formaría un gran ejército, con el cual

avanzaría sobre Italia para aplastar a sus enemigos. Aceptó, pues, tomar el mando y la responsabilidad.

Pero el abatimiento y la desesperanza volvieron a apoderarse de él a la vista de su "ejército", un puñado de hombres mal formados y evidentemente con trazas de no haber combatido sino contra las ovejas y las cabras de sus tierras.

Mas había empeñado su palabra y debía cumplir. Por otra parte, el recuerdo y el pensamiento del príncipe Djem ya no lo abandonaban. Lo ocurrido con él y la participación que él mismo tuviera, eran como una obsesión.

Tal era su estado de ánimo cuando al fin, después de los .prolegómenos de toda batalla avanzó al frente de sus tropas, yendo al encuentro del enemigo.

Y aquí estaban ahora, frente a frente, dispuestos a lograr por medio de las armas la imposición de una política, la reivindicación de posibles derechos, el castigo de supuestas ofensas.

César Borgia trasladó entonces sus pensamientos hacia los seres queridos, como debía haberlo hecho el príncipe Djem en el momento de beber la copa fatal, que él, César Borgia, le extendiera en un brindis mortal. Morir con honor... He ahí la palabra clave de toda una existencia desacreditada e improductiva. Pues, bien, si César Borgia aun como nombre, era una imprecación, su muerte habría de ser digna de la gloria que él en vano había intentado crear en vida.

Alzó un brazo, sosteniendo en el extremo la espada flamígera. Los clarines resonaron, dando la voz de alerta. Los hombres se pusieron en tensión, armas en mano; los caballos relincharon nerviosamente, sacudiendo la tierra con sus cascos. Los pendones se agitaron al viento, como sacudidos por manos invisibles de todos los muertos en todas las batallas. La muerte llama a la muerte...

El Valentino gritó algunas órdenes y varios jinetes, plumines al viento, se lanzaron al galope por la pradera, llevando el mensaje del jefe.

—*Ave Caesar, morituri te salutant!* —gritó el Borgia, bajando la espada con ademán colérico.

Al instante resonaron los clarines y los tambores, dando la orden de ataque. La caballería se lanzó a rienda suelta por la ondulante pradera, yendo al encuentro de las filas enemigas, que también se movieron en sentido contrario. El enorme caballo moro, con el caballero de reluciente armadura en su lomo, avanzó como

una exhalación, adelantándose a los otros jinetes. Su penacho lo hacía distinguible a una legua de distancia, un penacho rojo, desafiante.

Del ejército enemigo se destacó un grupo de cuatro jinetes los cuales debían tener los caballos más veloces y resistentes de la región. Aunque venían de distintos puntos, todos convergieron sobre el mismo lugar, hacia el jinete del penacho rojo, agitando sus lanzas y escudos.

César Borgia vio venir hacia él aquellos bravos guerreros, caballeros armados y defensores de su pendón, soldados como él y tan ansiosos de gloria. Pero aun cuando advirtió que se había adelantado por lo menos cien metros a los mejores jinetes de sus propias filas siguió galopando, clavando las estrelladas espuelas en los ya sangrantes ijares del noble bruto.

El choque fue brutal, terrible y sangriento. El caballo blanco y el jinete de penacho rojo cayeron como una catapulta sobre los cuatro jinetes y dos de ellos rodaron, cabalgadura y todo, por tierra tal fue la violencia de la embestida.

Y detrás de ellos, luego de vacilar sobre su mismo y vacilante peso, heridos por las cuatro lanzas, el caballo blanco y el jinete de penacho rojo se desplomaron también. Y aunque César estaba todavía vivo y aun sostenía la espada en su mano, no hizo ningún movimiento defensivo cuando los guerreros cayeron sobre él descargando golpes mortales que arrancaron chispas de fuego de la armadura y salpicaron de sangre la tierra y el pasto de las praderas.

Mientras las ululantes caballerías, lanzadas a todo galope por la llanura se entremezclaban en un mortal abrazo, el jinete del penacho, el peto y la gola rojos, quedó tendido, brazos en cruz y cara al sol, los ojos llenos de malicia ya sin vida, el cuerpo horadado por horribles heridas, por donde huyera su alma —el alma que muchos le negaran tener— en busca de liberación.

Librodot

CAPÍTULO XIV

DONDE LUCRECIA VUELCA LOS OJOS A LA POESÍA

El cardenal Hipólito de Este, su cuñado, comunicó a Lucrecia Borgia la muerte de su padre. El cardenal, que gozara de gran favor del extinto Papa, juzgó conveniente regresar a los feudos de Ferrara, donde se sentiría más seguro y más tranquilo, en estos tiempos turbulentos y de tantas ambiciones bastardas.

Lucrecia esperaba a su segundo hijo y quiso la fatalidad que el golpe fuese tan duro para ella, que cayó enferma una vez más, poniéndose en peligro su vida, puesto que al perder al padre perdió también a ese hijo. Su médico, el doctor Torella, gran amigo de Alejandro VI y su médico también, consiguió salvarla una vez más apelando a toda su ciencia y a la ayuda que pudo recibir del Duque de Ferrara, Hércules de Este, suegro de Lucrecia.

En esta ocasión, Lucrecia tardó más tiempo en recuperarse, tanto por el duro golpe recibido, pues una entrañable devoción la había unido siempre a su padre, sino por el desamparo en que su muerte la dejaba en la corte de Ferrara, donde todavía no se había adueñado ni del afecto de su marido ni de la amistad de su suegro.

Al ir a presentarle sus condolencias, el Duque de Ferrara le dijo a ella:

—Ciertamente, hija mía, sentimos mucho la muerte de Alejandro, pero, por el honor de Dios nuestro Señor y por el bien universal de la cristiandad, es de esperar que un pastor bueno y ejemplar se ponga al frente de la Iglesia...

—Señor, mi padre sólo procuró el bien y la gloria de la Iglesia y por tanto SU celo lo llevó a extremar algunas medidas, sus propósitos siempre fueron elevados... —sollozó Lucrecia.

—Por nuestra parte, te diremos que, a pesar del parentesco de afinidad, es el Papa de quien menos favores hemos recibido, habiéndonos dado únicamente aquello a que estaba obligado. Fuera de esto, no nos complació en cosa alguna...

—No obstante, señor, os estimaba en grado sumo.

—Es posible, pero creemos que el Duque de Romana, convencido de que nada podía obtener de nosotros, nos malquistó con él... ¡Oh, hija mía, éste no es un reproche a ti, pues somos testigos del apego que sientes por nuestro heredero!... Pero en Ferrara nos sentiremos más felices el día que pienses, sientas y hables como la esposa de un Este de Ferrara.

Lucrecia comprendió el sentido exacto de tal admonición y se prometió, en efecto, cambiar, trocando su fría y acaso, desdeñosa actitud de antes por otra más amable, en aquella corte ferrares, la más aristocrática acaso de Italia donde, si no era apreciada de veras, encontraría su ruina, la cual, muerto su padre, sería segura.

Como se ve, Lucrecia no se hacía muchas más ilusiones que cualquier otra mujer de menos abolengo se hubiera hecho. Restablecida del doble golpe, apareció en la corte y empezó a demostrar una nueva personalidad, más amena y más amable, que todos apreciaron con sincera satisfacción.

La Ciudad de Ferrara había sido, a fines del siglo XV, engrandecida y hermoseada por el duque Hércules, siguiendo los consejos del arquitecto Rossetti. Triplicó el circuito de la antigua Ferrara, añadiéndole una ciudad nueva, que se llamó la *Adición Hercúlea,* dos veces más vasta, de barrios elegantes, con anchas y rectas calles, amplias plazas y suntuosos edificios, rodeada de parques, huertos y Jardines, siendo en pleno Renacimiento la primera ciudad moderna de Europa. Aparecía grandiosa e imponente con sus poderosas murallas, que tenían siete millas de circunferencia y once gigantescos baluartes. Bañada al mediodía por el Po, con un puerto al que acudían centenares de naves, y cercada por otros tres lados de anchos y hondos fosos, no había ejército que se atreviera a aproximarse a sus murallas, armadas con

Librodot

la más pudiente artillería entonces conocida, considerándosela en aquellos tiempos como plaza fuerte, inexpugnable, tanto que el mariscal de Fleurange la llamaba la mejor de toda la cristiandad.

Quizá a tal circunstancia se debía que el Valentino, durante la época de sus triunfos, no la tomase en cuenta para incrementar su poderío.

Entrábase en Ferrara por doce puertas, y la ciudad, notable por su regularidad y su extensión, éralo también por sus monumentos arquitectónicos, entre los que sobresalía la Catedral, obra maestra del arte románico-lombardo. Frente a ella el Palacio Ducal, la *Corte Vecchia,* con su almenada fachada, sus diez salas alrededor del patio, al que daba ingreso el arco triunfal con dos columnas laterales que sostenían las dos estatuas en bronce de Nicolás III, el fundador de la potencia estense, y de Borso, el primer duque de la dinastía; sus salas todas de artesanados y dorados techos, llamando la atención la de los Gigantes, en que los hermanos Dossi pintaron al claroscuro las hazañas de Hércules, y las adornadas con los paños de la tapicería de Flandes, llamada *la Pastorella,* que perteneciera a los reyes de Aragón. ,

Al otro lado de la Catedral estaba el gótico palacio del Podestá, que se llamó de la Razón, en el que se representaron las comedias para festejar las bodas de Lucrecia. Pero el más imponente de todos los edificios construidos por los Este era el elegante y austero Castillo, con sus cuatro macizas torres, su foso, su puente levadizo y sus doce aposentos decorados por Garófalo y los Dossi. Obra de Rossetti fue también el precioso Palacio de los Diamantes, construido para Segismundo de Este, el hijo de Hércules. El Duque de Ferrara, Hércules de Este, tenía varios hijos naturales, además de los legítimos, que eran Alfonso, Segismundo, Ferrante e Hipólito, el cardenal. Uno de esos hijos naturales, Julio, vivía en el palacio con el resto de la familia. Hacemos mención de este personaje, porque pronto lo veremos entrar en acción.

Alrededor de los Este, la familia más Ilustre de Italia después de los Saboya, Juntóse en Ferrara una escogida aristocracia, sostén y ornamento de la dinastía ducal, a la que daba ministros, diplomáticos y soldados, y en la vía degli Angelí, y en las otras calles de la Adición Hercúlea, surgieron los cuarenta y hermosos palacios de la nobleza ferrares. Algunas familias nobles eran originarias de la ciudad, como los Costablli, Giglioli y Turchi; otras habían sido ennoblecidas y enriquecidas por los Este, en premio de señalados servicios como los Sacrati, oriundos de Parma; los Ariosto, de Bolonia; los Bevilacqua y Guarini de Verona; los Tassoni y Montecuccoli, de Módena; los Calcagni, de Rovigo. Otras fámulas, atraídas por la liberalidad y la cortesía de los Este, habían

trasladado sus penates a Ferrara, como los Bentivoglio, de Bolonia; los Strozzi, venidos de Florencia, los Manfredi de Faenza i—parientes el infortunado Astorre Manfredi— y los Varano, de Camerino.

Todos aquellos nobles, para quienes la Corte era su único pensamiento, contribuían al esplendor de que gozaba Ferrara, formando una sola familia con el duque Hércules, su Señor, al que obsequiaban en aquellos palaciones dignos de príncipes y en los que como príncipes vivían. El nombre de Lucrecia se hizo común en la nobleza ferrares, tanto como los de Hércules y Alfonso.

En los principios del siglo XVI, tenía todavía la corte de Ferrara ^un carácter feudal y militar. Los Este nacían soldados, dispuestos "a batirse por quien mejor pagaba —como lo hacían todos los condotieros— o mayores ventajas ofrecía. Pero con el tiempo, sin perder la calidad de condotieros, propia de los grandes tiranos italianos, se fueron refinando a medida que se engrandecían y enriquecían, aficionándose al fausto y al lujo y rindiéndose al ya entonces avasallador dominio de las letras y las artes y al no menos poderoso de la mujer, que no era la Beatriz exaltada por Dante, deidad inaccesible y radiante en un paraíso de luz, ni la Dama translúcida cantada por los trovadores y soñada por los caballeros andantes, como tampoco la sierva sumisa ocupada solamente en las faenas domésticas y cuya vida se resumía

Librodot

en el epitafio de la matrona romana *lanam fecit, domun servavit.* Era la mujer que surgía como Venus de la espuma del mar y encarnaba en la grácil desnudez de la Bella Simonetta fijada en el lienzo por el pincel de Boticelli; la que siguiendo el consejo de San Bernardino, no se avergonzaba de ser mujer y hablaba del sexo como de una cosa natural; la que,ge vestía con los más costosos terciopelos y sedas, brocados y damascos, y se adornaba con las más preciosas joyas, como Blanca María e Hipólita Sforza, Beatriz e Isabel de Este y Lucrecia Borgia.

En Ferrara más que en otras partes intervenían las mujeres en los juegos, torneos, cacerías, bailes y espectáculos, y daban a la vida mundana el encanto de la belleza, la gracia y la elegancia femenina. Eran *el* rayo de sol que iluminaba y alegraba el sombrío palacio. El duque Hércules, para celebrar sus bodas con Leonor de Aragón, madre de Alfonso dió un baile al que asistieron doscientas doncellas de la flor y nata de Ferrara. Estas bodas influyeron no poco en el refinamiento de la Corte de Ferrara. Y así

como la pasión del duque Hércules eran las piedras preciosas y Ion camafeos, la de su mujer eran los objetos de oro y plata.

El frecuente trato público e íntimo con las claras, si no siempre virtuosas mujeres que gozaban en la Corte de Ferrara merecida fama de bellas y de cultas, suavizó la natural rudeza de aquellos vigorosos soldados. Con Leonor de Aragón empezó a difundirse en la corte de Ferrara la pasión por la literatura y el arte españoles, que se acrecentó con la presencia de Lucrecia.

Cuando Lucrecia hizo su aparición en Ferrara, muchos y buenos poetas de esta ciudad le cantaron sus loas, y uno de ellos, Ludovico Ariosto la inmortalizó lo mismo que a la Casa de Este, en su famosísimo poema, *Orlando Furioso.* Pero este poeta no fue el único que rindió verdadera pleitesía a Lucrecia, ya que el mismo Ariosto coloca la imagen de Lucrecia en el templo de honor de las mujeres, sostenida por dos caballeros testigos de su honra, los dos célebres poetas, Antonio Tebaldeo y Hércules Strozzi, un Lino y un Orfeo, con una inscripción que dice que su patria, Roma, debe, por su belleza y su honestidad ponerla por encima de la Lucrecia antigua.

NO echó Lucrecia de menos en Ferrara como en Pesaro el lujo de Roma. Alcanzó el lujo en Ferrara proporciones extraordinarias y se manifestó de todas maneras: lujo de trajes y joyas, de animales, de armas, de palacios, de jardines, de muebles. Cubríanse las paredes de las habitaciones con tapices de Flandes y las camas con colchas de tisú de oro. Ilustraba Mantegna los naipes; encuadernábanse los manuscritos en raso cuajado de perlas; abundaban el oro y la plata, el marfil, el brocado, las plumas y las flores. Llevábanse en todas partes piedras preciosas: en los cabellos, al cuello, en el sombrero, en el rosario, en los zapatos, en la brida de los caballos, en la empuñadura de las armas, en la trailla de los perros y hasta en el mango de la escobilla que servía para limpiar las mesas después de los grandes banquetes.

Pero ni el trato ameno y suave con las damas, ya compañeras, amantes o esposas, ni el blando y bienhechor influjo de las letras, ni el lujo y los placeres de la vida, lograron por completo domar la rudeza medieval de aquella gente batalladora y ruda, en quienes los terciopelos y las joyas encubrían pasiones violentísimas y crueldades. feroces, como habremos pronto de ver.

En *Castel Vecchio,* destinado por morada a Lucrecia, su suegro se encargó de conducirla, el mismo día de su triunfal entrada en

Ferrara, al patio, señalándole con precisión las baldosas sobre laa cuales rodaron las cabezas de Parisina Malatesta y del hijastro de ésta, Hugo, hijo de Nicolás III, quien los sorprendiera en amoroso coloquio, ordenando su ejecución. No quedó duda de que Hércules, anoticiado de la triste fama de Lucrecia, había querido prevenirle sobre el destino que se reservaba en Ferrara a la mujer infiel al marido.

Librodot

Tal era el ambiente donde se desenvolvía la pacífica y cortesana existencia de Lucrecia Borgia, quien, a la muerte de su padre, comprendió que no tenía más patria que Ferrara ni más ser cercanamente allegado que su esposo, Alfonso de Este.

Es verdad que adoraba a su hermano César, pero lejos de éste y sabiéndolo en desgracia, lo único que pudo hacer fue mover todo el poder y las influencias posibles, en procura de su perdón y de su libertad. Pero en aquellos tiempos en que las comunicaciones eran tan lentas, y siendo el único medio en que ella podía comunicarse el de las misivas, prontamente transcurrieron los años sin que ella viese satisfecho su anhelo de ayudar a su hermano, ya que incluso debía tropezar con la indiferencia de Alfonso y la reserva de su suegro. A pesar de lo cual, por medio de altos emisarios se hizo presente ante el Rey de Francia, el Dux de Venecia y los Reyes Católicos, obteniendo de todos ellos la promesa de que sería puesto en libertad apenas Gonzalo de Córdoba expusiera sus conclusiones respecto al destino que habría de dársele finalmente. En esta humanitaria y penosa tarea, es verdad, Lucrecia recibió la ayuda de Sancha de Aragón, de Joffre Borgia, de Carlota d'Albre, matrona dignísima y de vida ejemplar, así como de los cardenales amigos de los Borgia, y de los otros parientes y amigos sinceros que aún les quedaban.

Hemos visto que todos sus empeños no dieron resultado.

* * *

Siendo Lucrecia de naturaleza apasionada, es de comprender que la vida demasiado puritana que se veía obligada a llevar en Ferrara, no obstante las frecuentes fiestas en los palacios de los nobles ferrareses, o las que se daban en el palacio ducal, o las que tanto Lucrecia como Alfonso ofrecían, la empujasen a buscar. satisfacciones y compensaciones de naturaleza menos peligrosa.

De tal manera fue que Lucrecia, acuciada de todos lados, volcó sus ojos hacia las artes, la literatura y, principalmente, hacia la poesía. La razón de esta última inclinación se explica fácilmente.

No había en Ferrara fiesta o reunión que se preciase de ser de lo más aristocrática si en ella no se hallaban presentes los Duques de Ferrara y los nobles más destacados, por el lado del linaje, y los escritores y poetas de más talento. Ya hemos mencionado a Ariosto, y a Tebaldeo y a su amigo, Hércules Strozzi, todos famosísimos poetas, cuyo nombre trascendiera los límites de Ferrara y aun de Italia, llegando a toda Europa.

Estos tres geniales poetas admiraban y amaban a Lucrecia Borgia. Y la amaban porque encontraban en ella la musa inspiradora de sus mejores poemas; porque una vida tan sugestiva y apasionante como la que ella había llevado en Roma, no podía menos de subyugar a hombres de mentes románticas y soñadoras. Uno de ellos, particularmente, Hércules Strozzi sentía por Lucrecia una devoción tal que, no siendo de índole amorosa, se elevaba a lo sublime. No había reunión o fiesta en la que no estuviese Strozzi al lado de ella, como un humilde perro de aguas, ansioso por una mirada, hambriento por una sonrisa.

Debemos confesar, sin embargo, que Hércules Strozzi no era el único en sentir aquella especie de devoción sobrehumana por Lucrecia. Distinguían los filósofos del siglo XVI tres clases de amor: el divino que es la contemplación de la belleza como imagen de Dios. De este tipo era el amor de Hécules Strozzi hacia Lucrecia. El amor casto, que es la contemplación de la belleza en sí misma, y el amor lascivo, propio de la carnalidad fuera de la razón.

El divino y el casto a los que se dio el nombre comprensivo y genérico de *amor platónico,* era en aquel tiempo permitido a las señoras casadas. Tasso concretó las ideas de la sociedad galante de su tiempo. Después de decir que el amante no puede tener celos del marido de la mujer amada, *porque al comenzar el amor se suponía la condición de que el marido fuese poseedor de su mujer,* añade: "No es tampoco molesto el amor de la mujer a su marido, porque puede muy bien amar al marido y amar al amante, sin mengua de ninguno,

porque son amores de cualidad y naturaleza diversa".

Este era el concepto amoroso del siglo XVI, mas no siempre se mantenía el amor en los confines del platonismo lícito y los maridos vengaban en sangre la mancillada honra. En este período ocurrieron muchas tragedias de este tipo y Lucrecia conoció a las cuatro desdichadas damas de la corte de Ferrara que murieron violentamente asesinadas por maridos celosos.

Decíamos que Hércules Strozzi no era el único poeta que amaba a Lucrecia con pasión *divina.*

Pietro Bembo había nacido en Venecia en 1470, y educóse en Florencia, donde su padre era embajador, y donde adquirió el estilo elegante que caracteriza sus obras. Estudió después el griego en Sicilia y filosofía en Ferrara, con Nicolás Leoniceno. En la ciudad de Ferrara empezó a darse a conocer por sus poesías, en las que se transparentaba la licencia que deshonraba su conducta. Tuvo tres hijos y una hija en una mujer que era su manceba y su musa.

En Ostellato, la espléndida villa de los Strozzi, a donde solía ir Lucrecia como invitada de honor, conoció ella a Pietro Bembo y al punto, según se dice, nació un amor profundo de parte del poeta, que a partir de aquel día empezó a cortejarla de un modo, desembozado y peligroso.

Esto ocurría a fines de 1503, es decir, a poco después que Lucrecia reapareció en los salones, después de su reciente enfermedad provocada por la noticia de la muerte de Rodrigo Borgia.

Ahora eran dos los poetas que apenas se separaban de Lucrecia en aquellos salones. Pero Bembo no se concretaba a contemplar en ella la belleza de Dios, sino que empezó a dedicarle algunas de sus poesías, luego a incluirla a ella como personaje de sus poemas y, por último, consumido ya por aquel glorioso fuego, le dirigió apasionadas cartas de amor.

Al principio Lucrecia solía reírse de tal pasión y lo comentaba y festejaba con sus damas de honor, Ángela Borgia y Polissena de Bentivoglio.. Jerónima Borgia, casada con Favio Orsini, había regresado a Roma después de los festejos. Entre sus doncellas habían quedado Deda, o Catalina, la Loca, Cintia y Catalina, la Valenciana. Por haber venido con ella de Roma y estar a su servicio muchos años estas doncellas eran más amigas que criadas de la Duquesa. Pero ciertamente amigas lo eran Ángela Borgia y Polissena.

A ellas confiaba, pues, el curso de aquella pasión. Lucrecia, naturalmente Inclinada al cortejamiento amoroso, gustaba mucho del tributo que a su gracia y a su belleza se rendía, si tal tributo no lograba siempre interesar su corazón y aprisionar su caprichosa voluntad, no era ella, sin embargo, insensible a ciertas tentaciones,

de las que su honestidad había salido antiguamente tan mal parada. Pero fuese por divertimiento, o porque gradualmente se viese atraída por aquel fuego pasional, lo cierto es que Lucrecia dejó de reirse de aquel amor y aun de comentarlo con sus amigas. Y entonces Strozzi demostró la grandeza de su divino amor. Él iba a ser, acaso sin saberlo, el centro del escándalo.

* * *

Alfonso de Este, como buen ferrarés, era un hombre de armas, de pasiones, de reacciones brutales a veces, de instintos primarios. Si bien no amaba a Lucrecia con la devoción y el amor que debía a una esposa, y si bien se le conocían infinidad de aventuras galantes y aun se sabía que tenía mancebas entre las damas más encumbradas de Ferrara, no es menos cierto que, siendo extremadamente celoso, como todos los Este, conceptuase su honor de marido como cosa fundamental.

Camilo era un fiel servidor de los Este; casi de la misma edad de su señor, se había

Librodot

criado con él y hasta había participado en sus juegos. Cierta mañana, Su Señoría lo hizo llamar a su presencia y le dijo:

—Camilo, voy a emprender un largo viaje, según el deseo de mi padre y señor, por los países de Flandes, Francia e Inglaterra, ya que ello conviene a las relaciones públicas internacionales de Ferrara...

—¡Oh señor, qué grata y feliz nueva!... ¿Deseáis acaso que os acompañe como ayuda de cámara?

—No, mi fiel Camilo... Deseo algo más importante que eso, algo que atañe a mi honor.

—¡Señor, me abrumáis!... Pero confiad en mí, que daré la vida por vuestro honor...

—Como lo haría yo mismo, bien lo sé... Pues, bien, escucha. Voy a dejarte en palacio como el mayordomo de mi esposa, la señora Lucrecia. Hasta mis oídos han llegado ciertas informaciones que no tomo muy en cuenta, pues de lo contrario habría lavado con sangre cualquier sospecha injuriosa. Se habla de que la señora duquesa distingue con su principal amistad a un cierto poeta a quien conoces bien, por pertenecer a una noble familia ferrares...

—¡Sí, señor!... ¡El noble señor Hércules Strozzi!

—Calla, no pronuncies nombres... Pues, bien, tu empleo oficial será el de mayordomo, pero tu misión especial la de vigilar y bien de cerca la conducta de mí esposa... ¿Comprendes?... No admitirás el menor desliz; la menor posibilidad no deberá pasar. Y cuando adviertas que mi honor está por ser mancillado, descúbrete, y avísame sin pérdida de tiempo. Yo regresaré presto a tomarme justo desagravio, si la ofensa no se ha consumado, o temible venganza en caso contrario.

Camilo se había puesto pálido. Bien comprendía la terrible responsabilidad que caía sobre sus hombros, pero no podía negarse a la petición de su amo, de modo que se inclinó y murmuró:

—Confiad en mí, señor... ¡Responderé con mi vida por vuestro honor!

—Perfectamente. Y si llegaras a necesitar ayuda, ve a solicitarla al capitán de mis guardias, Masino del Forno, quien, hombre de mi absoluta confianza, te dará los hombres que hagan falta o te facilitará cooperación personal.

Después de algunas instrucciones más, Alfonso de Este dejó sus habitaciones y pasó a las de su esposa, a quien encontró en manos de sus doncellas, siendo vestida por ellas, en tanto mantenía una animada conversación con Angela Borgia.

A la sazón, Angela Borgia, encontrándose en la flor de la edad, era una joven no sólo de singular sino de subyugante belleza. Quien la contemplaba por una vez, ciertamente, quedaba prendado de sus encantos, de sus espléndidas dotes femeninas, a las que ella, con donosura sin igual, apenas prestaba atención, lo que agregaba mayor realce *a* su personalidad. Alfonso de Este no había sido inmune a la influencia de Angela pero su intimidad con Lucrecia había hecho imposible todo acercamiento con intenciones poco honorables. En consecuencia, Alfonso la estimaba como a una parienta lejana. No así su hermano, el cardenal Hipólito de Este, que estaba rendidamente enamorado de la hermosa joven y no se molestaba en ocultarlo, aunque Angela, de conducta intachable, no le daba esperanzas ni alimentaba sus ilusiones.

Enterada Lucrecia de lo que deseaba su señor esposo, no opuso reparos al nombramiento de Camilo como su mayordomo personal. Hombre de absoluta confianza y lealtad, manejaría no sólo los asuntos de la administración del palacio, sino los dineros correspondientes. Por supuesto, Lucrecia tenía su cuenta particular y mantendría su independencia al respecto.

—¿Qué tiempo durará tu viaje? —preguntó Lucrecia, casualmente, mientras se contemplaba en el espejo y se arreglaba una supuesta incorrección en su tocado—. Advierto, esposo mío, que por corto que sea, sentiré tu ausencia.

Librodot

—Bien lo sé, amada Lucrecia —repuso el Duque, inclinándose con galantería—, y créeme, no partiría si no lo demandaran razones de Estado. Mi señor padre es de idea de que el príncipe heredero debe estrechar relaciones de amistad con las casas reinantes en Europa, y en tal misión, lo supongo, no demoraré menos de un año...

—¡Un año!... ¡Santo cielo!... —exclamó Lucrecia, volviéndose y mostrando genuina sorpresa—. ¿Vas a privarme de tu amor y protección por espacio de un año entero?... ¡Me sentiré morir en medio de mi soledad!

—Confío en que no, amada Lucrecia. Estarás en agradable compañía y en nuestra corte te aprecian y sabrán hacerte olvidar mi ausencia... Quien no podrá consolarse de ningún modo seré yo...

A mediados de aquel año, 1504, Alfonso de Este partió, efectivamente. Y su comitiva no habría llegado aún a diez leguas de las murallas de Ferrara, cuando, alborozada, aunque fingiendo pesadumbre por la partida, Lucrecia se encerró en su cámara en compañía de Catalina la Loca. Deda como la llamaba para distinguirla de las otras Catalinas, había venido a reemplazar en su confianza a las desdichadas Leila, la hermosa mora, y a Pantasilea, cómplice de sus amores con Perotto, siendo tan discreta y silenciosa como una tumba.

—¡Oh, los hombres! —murmuró Lucrecia, arrojándose de espaldas en el lecho suntuoso, con los brazos en alto—. ¡Son celosos y tan necios como celosos!... ¡Venirme a mí con Camilo!... ¿Te das cuenta, Deda?

—¿Cómo no advertirlo, señora?... Si el señor Duque hubiera puesto un enorme mastín delante de nuestra puerta, se notaria menos su intención.

—¡Eso es!... ¡Y nada será más fácil que burlarse de él!... ¡Oh, es emocionante!... ¡Pensar que, después de todos estos años insulsos y monótonos a más no poder, se nos presenta al fin la oportunidad de ser felices, acaso no tanto como en Roma, pero al fin y al cabo felices!

—Sin embargo, no se fíe mucho de las apariencias, señora. El señor Alfonso puede haber puesto otros espías... Y si él no lo hizo, lo hará el señor Hércules... o su cuñada, doña Isabel de Este, que aun cuando está lejos, en Mantua, y es esposa del Marqués y tiene otras cosas de qué preocuparse, la aborrece tanto a Vuestra Señoría que daría un ojo de su linda cara por perderla y verla muerta como Parisina...

—¡Calla, no me recuerdes a esa desdichada! —exclamó Lucrecia, sentándose de golpe en el lecho, pálida—. ¡Su muerte fue demasiado horrible para no compadecerla!... —después de unos instantes que demoró en serenarse, agregó—: ¡Pero yo soy una Porgia y nadie me vencerá en astucia!... Acércate, Deda, voy a decirte algo.

Y así fue como la sutil Lucrecia planeó esta aventura, demostrando que había heredado de los Borgia, efectivamente, un espíritu observador muy agudo y una sagacidad poco comunes.

El resultado de todo ello fue que, abiertamente, coqueteó con Hércules Strozzi, recibiendo con sonrisas y risas de complacencia las atenciones y los requiebros poéticos de su admirador, sabiendo de antemano que ambos eran vigilados de cerca y sin dejarle ir más allá de lo prudente o de lo que pudiera ser conceptuado como pecaminoso.

Pero el hombre destinado a recibir los favores de la Duquesa, o sea, el poeta Pietro Bembo, entraba y salía del palacio y aun de la alcoba de su amante vestido y caracterizado como Catalina la Loca. Al llegar el anochecer, Catalina salía a rezar una novena en una vecina iglesia y volvía una hora después al palacio. A nadie parecía importarle que lo hiciera, menos a Camilo, que en tanto su señora estuviese en el palacio y bien resguardadas las puertas de éste, nada tenía que temer sobre la honra de su señor y amo. De la misma manera, a nadie parecía importar que Catalina saliese bien de mañana a la misma iglesia, o que mostrase tanta inclinación por las cosas de Dios.

Librodot

Bembo, el amante, satisfizo, pues, las despertadas perturbaciones amatorias de Lucrecia con tanta efectividad como Bembo, el poeta, satisfaciera sus inquietudes artísticas.

Y no se sabe por cuánto tiempo se habría prolongado esta risible aunque dramática situación a no ser porque el señor Duque -de Ferrara, padre de Alfonso, y señor reinante de Ferrara, cayó gravemente enfermo, siendo necesario el inmediato regreso de Alfonso, su heredero.

El 25 de enero del siguiente año, 1505, murió Hércules, Duque de Ferrara, cristianamente, en su lecho rodeado de sus hijos y con la bendición papal. Un heraldo se asomó al *arengo del* palacio ducal y anunció la triste nueva al pueblo reunida *allí a*fuera, el cual, inmediatamente, empezó a vitorear el nombré de Alfonso, el nuevo Duque de Ferrara. A rey muerto, rey puesto.

De este modo vino Lucrecia a ceñir una de las más preciadas coronas italianas y vio realizado su sueño más querido: el de verse señora y dueña absoluta en aquella corte de Ferrara, la que pensaba conquistar para siempre con su gracia y belleza.

El importante acontecimiento y el cambio que significó el mismo hicieron imposible que continuara la aventura galante del poeta Bembo y la señora Lucrecia. Pero el amor de ambos continuó en forma platónico, él enviándole expresivos versos, cartas apasionadas, y ella leyéndolos complacidamente, esperando con ilusión que se presentara la oportunidad de trocar ese amor por otro más grato a los sentidos.

Pero un día se desató una terrible tragedia en Ferrara y ella, de un modo u otro, aplacó los instintos livianos de la Duquesa, llamándola a la reflexión.

* * *

Hemos hablado de la belleza sin igual de Angela Borgia. Y de la admiración y aun de la pasión que despertaba a su paso. Asimismo, nos hemos referido al amor que por ella confesaba el cardenal Hipólito de Este, quien asediaba a la joven favorita de Lucrecia y la importunaba frecuentemente con sus declaraciones amorosas, que Angela ni rechazaba abiertamente ni aceptaba con franqueza.

Ahora hemos de hablar de Julio, hijo natural del difunto duque Hércules y hermanastro, por consiguiente, del actual duque reinante, Alfonso, y de Hipólito, el cardenal, así como de Ferrante y de Segismundo.

Y nos referimos a Julio porque él también pretendía de amores a Angela. Sin ser rico ni tan poderoso como sus hermanos, Julio había heredado la gracia y la apostura de los Este. En la época de la tragedia no tendría más de veintiocho años y era rubio, alto, esbelto, elegante, de hermoso y expresivo rostro. Sobre todo, notablemente hermosos eran sus ojos, grandes, soñadores, azules de un tierno y dulce mirar. Y como suele ocurrir en semejantes casos, Angela simpatizaba con el apuesto joven bastardo y sólo esperaba una abierta declaración de él para aceptarlo. Pero Julio, que no ignoraba el amor que por ella decía sentir Hipólito, aunque también amaba a la joven, por carecer de nombre y fortuna, callaba su afecto.

Cierto día, que habría de ser aciago para muchos, el cardenal Hipólito sorprendió sola a Angela, cuando cruzaba un corredor, en el palacio ducal, donde actualmente residía Lucrecia, en su condición de princesa reinante. El Cardenal aprovechó la coyuntura para insistir sobre la intensidad y el fuego de su amor. Angela se echó a reír, porque le causaba hilaridad el hecho de ver a este hombre alto y desgarbado, de rostro anguloso, nariz ganchuda, de mirada penetrante que sus ojos negros acentuaban, expresarse con la pasión y el entusiasmo de un adolescente.

—¿Por qué, cruel, os reís? —demandó el Cardenal que, como todos los Este poseía un temperamento fácilmente encolerizable—. ¿Os causa risa mi devoción por vos?

—¡No, no es eso! —rió Angela, sin poderse contener—. Es que... es que os mostráis tan

Librodot

fogoso y apasionado, que no concilio eso con vuestro *capello* de cardenal ni con vuestra personalidad...

—¿Preferirías acaso que fuese un mozalbete sin responsabilidad y sin fortuna, como Julio? —inquirió Su Eminencia, por momentos fuera de sí, pues no ignoraba por su parte el amor que su hermanastro sentía por ella.

—¿Por qué no? —exclamó Angela, volviendo a reír de buena gana, mientras se soltaba y procuraba escapar—. ¡Por lo menos tendrías los ojos varoniles más hermosos de Ferrara!

Eso fue todo. Hipólito de Este palideció terriblemente, en tanto Angela, libre ya, se alejaba riendo y corriendo por el corredor, inconsciente de la tragedia que había provocado.

El enfurecido Cardenal fue a encerrarse en sus habitaciones y por un tiempo mientras tramaba su horrible venganza, nadie lo vio. Poco después, sin embargo, reapareció, tan animoso e insolente como de costumbre. No faltó quien lo viera en una taberna, hablando a escondidas con individuos de patibulario aspecto. Luego, durante cierta reunión familiar, el Cardenal invitó a algunos de sus amigos presentes, a participar en una cacería en sus tierras, e insistió particularmente con Julio:

Durante la cacería, Hipólito y Julio se extraviaron y cuando regresaban, un grupo de fascinerosos les salió al paso, atacando a Julio, al cual dominaron fácilmente, debido al número. Una vez postrado y vencido en tierra, donde lo retenían varios de aquellos sicarios el Cardenal se acercó a su hermanastro y lo apostrofó:

—¡Ahora tendrás verdaderas razones para conmover a Angela con tus ojos! —y fuera de sí el Cardenal hizo una señal.

Uno de aquellos malvados había extraído su daga y sólo esperaba la señal. Cuando ella llegó, se inclinó rápidamente y de dos golpes vació los ojos del desdichado Julio, pese a sus gritos de desesperación y a la lucha que ofreció. Luego de soltarlo y abandonarlo ciego en medio del bosque, el Cardenal arrojó unas bolsas con dinero a los fascinerosos y éstos huyeron en distintas direcciones, mientras el Cardenal volvía a su predio, ufano de su venganza.

Ciego, golpeándose lastimosamente contra los árboles y las breñas, lanzando gemidos que hubieran hecho estremecer al más malvado, Julio se arrastró, hasta que alguien lo encontró y, reconociéndolo, lo llevó a Ferrara. Atendido por un médico, éste certificó que uno de los ojos había sido vaciado, mas no así el otro, que podía salvarse. Como ocurrió, en efecto, luego de una atención prolija.

La noticia de lo ocurrido corrió como reguero de pólvora en' Ferrara y llegó a oídos de Alfonso, el príncipe reinante. Comprobados los hechos, Alfonso tuvo una borrascosa escena con el cardenal Hipólito, a quien censuró su conducta, pero sin tomar medidas extremas sobre el particular, ya que se concretó a desterrarlo, temporalmente, de Ferrara.

En la corte, esta tragedia causó penosísima impresión, pues mientras era mirada con disgusto la conducta del liberalísimo Cardenal, la vida ejemplar de Julio y su don de gentes, así como su natural bondad, le habían granjeado la simpatía y buena voluntad de todos. Por todo ello, se discutió sobre la parcialidad de Alfonso, a quien Lucrecia, a instancias de la propia Angela, que no cabía en sí del dolor que le causaba el daño involuntario que había causado y maldecía al Cardenal y se prometía desposarse con el infortunado Julio, le increpó aquella parcialidad en su juicio. Esto dio lugar al primer entredicho grave entre los dos esposos, dejando al Duque muy encolerizado.

En cuanto a Julio, sólo esperó a curarse para tomar justa venganza. Como habían predicho los médicos, perdió un ojo, pero salvó el otro, quedando tuerto, lo que convirtió su anterior y varonil apostura en una impresionante fealdad, máxime tomando en cuenta la belleza anterior de sus ojos.

Librodot

Julio tenía muchos amigos, los cuales sintieron tanto como él su desgracia. Entre ellos, el príncipe Ferrante, hermano legítimo de Alfonso y su sucesor, en caso de morir aquél sin descendencia. Mientras tanto Julio, con ayuda de sus amigos, planeaba su venganza, el cardenal Hipólito regresó a Ferrara y continuó, más insolente que nunca, su existencia depravada, con la que procuraba borrar la amargura del desdén de Angela.

Julio y Ferrante llevaron adelante el plan de venganza y lo convirtieron en una conjura, en la que participaron el conde Albertino Boschetti, el yerno de éste, capitán de la guardia palatina, el cantante de cámara, Guasconi, un camarero del Duque y varios otros servidores de éste.

El complot era el siguiente. Aprovecharían el próximo baile de máscaras que ofrecía el Duque de Ferrara a su corte. Durante el banquete previo, el cardenal Hipólito sería envenenado. Luego, durante el baile, Alfonso sería asesinado por los conjurados disfrazados y enmascarados. Muerto Alfonso, Ferrante se haría cargo del gobierno.

Todo fue preparado y dispuesto de manera de dar el doble y mortal golpe con la mayor seguridad. Pero los conjurados no habían contado con que el cardenal Hipólito, que sabía o suponía que Julio habría de vengarse, había puesto espías a su alrededor, para conocer la dirección de sus pasos. Uno de los conjurados, era, precisamente, un espía, quien llevó la información a su amo.

No poco alarmado, pero contentísimo en el fondo, pues sabía que Alonso se tomaría cruel revancha, Hipólito corrió al palacio e informó a su augusto hermano de lo que estaba por ocurrir. Sin pérdida de tiempo, Alfonso llamó a su capitán de guardias de corps, Masifto del Forno, a quien dio la orden de detener y traer, vivos o muertos, a los conjurados.

Guasconi, el cantante, que por casualidad se hallaba en el palacio en el momento de la atropellada llegada del Cardenal, se enteró a tiempo de lo que ocurría y luego de avisar a Ferrante y Julio, consiguió escapar a Roma. Julio consiguió también salir de los muros de la ciudad y buscó refugio en Mantua, pidiendo protección en la casa de su cuñado, Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, actual capitán general de la Iglesia, y esposo de Isabel de Este.

Ferrante, en cambio, no quiso huir y tampoco ofreció resistencia, seguro de que el Duque tendría merced de él. En cuanto a los otros conjurados, ignorando lo que sucedía, fueron fácilmente hallados y detenidos.

El furibundo Duque de Ferrara hizo que su hermano Ferrante fuera llevado a presencia de él. Alfonso estaba en compañía del impasible y cínico Hipólito, quien parecía lamentar solamente que el otro complotado hubiese huido. Alfonso reprochó a su hermano su culpable conducta y Ferrante, con altiva dignidad, le censuró por su falta de justicia. Fuera de sí al oír esto, el Duque sacó su estoque y atacó a Ferrante, quien atado, no pudo defenderse ni huir. La punta del estoque le vació un ojo,

A pesar del estado lastimoso del herido, Alfonso ordenó que lo llevaran a uno de los más sombríos calabozos del castillo, cosa que se hizo en seguida. luego el Duque envió a su cuñado, Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, una misiva en la que le pedía la entrega de Julio, amenazando tomar severas represalias si no cumplía. :

Julio, recibido con gran afecto por su hermana Isabel, se encontraba en el palacio cuando aparecieron los guardias del Marqués, con la orden de detención. Isabel de Este trató de impedirlo y aun corrió a suplicar a su esposo que no lo entregara al furibundo Alfonso, pues su muerte sería segura. A lo que el Marqués de Mantua repuso que él también no lo quería, pero altas razones de estado le aconsejaban no perder la amistad del poderoso Duque de Ferrara.

Encadenado y debidamente custodiado, Julio fue llevado, pues, a Ferrara, encerrándoselo en otro calabozo contiguo al que ocupaba el desdichado Ferrante.

Librodot

Pero el iracundo y cruel Alfonso no sólo tenía el propósito de encerrar a los conjurados. Hizo que sus tribunales condenaran a muerte a todos ellos. El conde Boschetti, el yerno de éste y los otros, fueron decapitados y descuartizados en la plaza, frente al palacio de la Razón. Sus cabezas, clavadas en sendas picas, se fijaron en las torres del castillo para escarmiento.

Julio y Ferrante fueron también condenados a muerte, pero en razón de su origen, debían morir ahorcados, en el patio del castillo, en presencia del duque Alfonso. El cumplimiento de esta sentencia tendría lugar el 12 de agosto de 1506; pero la víspera, tanto Lucrecia como su prima Angela, suplicaron de rodillas al Duque que les perdonara la vida, a lo que Alfonso, finalmente, accedió, conmutando la pena por otra de prisión perpetua.

De ese modo, Julio y Ferrante fueron encerrados en sombrías mazmorras y en ellas permanecieron no sólo durante la vida del duque Alfonso, sino años después. Ferrante murió en la prisión en febrero de 1540, es decir, treinta y seis años después. Julio, después de medio siglo de prisión, fue puesto en libertad y murió en 1561, a los ochenta y tres años. Tenía veintiocho cuando lo encerraron.

* * *

Por todos aquellos penosos acontecimientos, Lucrecia se vio muy sufrida, pues el pesar de su prima era tanto como el suyo. Definida ya la suerte de los pobres príncipes y no habiendo modo de cambiarla, fue Lucrecia quien aconsejó a Angela que, para huir del irritante asedio amoroso del Cardenal, eligiera a uno de sus cortejantes y se casara. Angela lo hizo así y en diciembre de aquel infausto año se casó con Alejandro Pío de Saboya , Señor de Sassuolo.

Al día siguiente del descuartizamiento del conde Boschetti y sus cómplices, el poeta Pietro Bembo, muy pálido y ojeroso, con la barba de varios días, se presentó en el palacio de su amigo, el no menos enjundioso poeta, Hércules Strozzi.

—¡Oh, amigo mío! —exclamó Hércules, ciertamente complacido de volver a ver a su amigo, abrazándolo—. ¿Dónde habéis estado?... ¿Qué ha sido de vos?... ¿Habéis viajado sin yo saberlo, o estuvisteis enfermo quizá?

—¡Es terrible!... ¡Terrible!... —murmuró Bembo, yendo de un lado a otro y retorciéndose las manos—. ¿Habéis visto el ajusticiamiento de esos infelices?

—En verdad os digo, no tuve estómago.

—¡Debierais haberlo hecho!... ¡Fue terrible, horroroso!... ¡Y por eso me voy de Ferrara!... ¡Sí, para siempre!

—¿Os vais?.. ¡Oh!... —Strozzi se llevó la mano al pecho—. ¡La dama de mis sueños lo lamentará!... Durante unos meses idílicos fuisteis la única luz de sus ojos.

—¡Lo sé, lo sé!... ¡Pero debo irme!... ¡Debí hacerlo hace una semana, cuando Camilo me lo dijo!

—¿Camilo?... ¿El mayordomo de la Duquesa?

—Sí... Cierta noche, cuando me retiraba de uno de tantos palacios, un hombre embozado salió a mi paso, al favor de la oscuridad. Era él. Me dijo sin más preámbulos que, si apreciaba la vida,

saliera inmediatamente de Ferrara y que jamás volviera... Lo sabía él todo, agregó. Cómo había reemplazado al señor Duque en el afecto de su esposa, cómo había entrado y salido del palacio. Me explicó que, de haberlo sabido antes, ya estaría muerto. Pero si ahora, que era demasiado tarde, me denunciaba al Duque, él también perdería la cabeza, por incompetente...

—¡Dios mío!... ¡Se ha descubierto todo!... ¡Qué emocionante! ... ¿Y qué sucedió luego?

—No hice caso de sus amenazas... hasta ayer. Cuando ví morir a esos hombres,

creedme, la carne se me hizo de gallina... ¡El duque Alfonso es el ser más cruel y vengativo que conozco!... ¿Qué no sería capaz de hacer conmigo si llega a descubrir lo ocurrido?

—¡Huid!... ¡Tenéis razón!... ¡Huid!... ¡Quizá sea ya demasiado tarde!... ¡Ah, infeliz amigo mío!... ¡Pero, creedme, en verdad, os envidio!... De ser así, tendríais el sublime privilegio de morir por vuestra dama. ¿Podéis imaginar algo más grandioso?

Cuando Hércules Strozzi, el poeta de Ferrara, buscó a su amigo, vio que éste había huido, como alma que lleva el diablo. Y la historia dice que no paró hasta Venecia, dentro de cuyos muros se protegió.

Así concluyó el amor eterno que el sensible y apasionado poeta jurara a la inconstante Lucrecia, quien, como pronto habremos de ver, no tardó en hallar por su parte un nuevo amor en el cual volcó toda su ansiedad de amar y ser amada.

Librodot

CAPÍTULO XV

DÓNDE SE CONOCE AL ÚLTIMO AMOR DE LUCRECIA

Por los retratos que se tienen de Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, Capitán de la Iglesia, durante el papado de Julio II, y esposo de Isabel de Este, cuñado de Alfonso y Lucrecia, señores de Ferrara se sabe que fue uno de los hombres más feos de su tiempo. ¿Qué indujo a Lucrecia a enamorarse de él? ¡Insondable misterio del alma femenina!

Pero acaso Lucrecia no se enamorase de él con ese amor romántico y apasionado de su juventud. Es posible que su mente y su alma, iluminadas por la poesía de Bembo y de Hércules Strozzi, hallasen mayor belleza en la gallardía caballeresca del Marqués de Mantua que en la apostura de cualquier doncel de salón, de los tantos que la cortejaban.

Sea como fuese, no transcurrido mucho tiempo desde que Pietro Bembo huyese a Venecia, Lucrecia encontró la oportunidad de abrigar gratas ilusiones respecto a un nuevo y acaso más apasionado amor.

Esta inclinación de Lucrecia por el Marqués de Mantua era de antigua data. En la primavera de 1504, Francisco Gonzaga y su esposa, Isabel de Este, habían ido a Ferrara con motivo de las fiestas de San Jorge. Es posible que ya entonces mostrase Lucrecia cierta inclinación por el Marqués y que éste hallase en su concuñada suficientes dotes de belleza y cualidades personales como para brindarle su particular afecto. Pero la circunstancia de que Lucrecia estuviese comprometida en amores con Bembo, por una parte, lo que satisfacía su anhelo de afecto, y el hecho de que su conducta fuese estrictamente fiscalizada tanto por la celosa Isabel

de Este como por Alfonso, no permitieron que expresara de ninguna manera su simpatía. Pero luego de la partida del Marqués, Lucrecia no dejó de hablar de él a sus damas, con tal ardor y entusiasmo, que ello no pudo menos de provocar murmuraciones.

Un segundo encuentro tuvo lugar en Borgoforte, posesión de los Gonzaga, donde Lucrecia viajó en una excursión. El simple anunció de la visita colmó de alegría al Marqués, quien le escribió a Lucrecia diciéndole que Borgoforte no era digno de recibir tal belleza y gracia, aunque cuidaría de que encontrase todas las comodidades.

Es posible que en esta ocasión el Marqués y Lucrecia tuvieran oportunidad de hacer conocer sus sentimientos del uno hacia e] otro, pero sabiéndose vigilados, debieron conservar las apariencias. A principios de 1507, Lucrecia *se* hallaba encinta. La tragedia de Julio y Ferrante había pasado. Entonces llegó a Ferrara la noticia de la fuga de César del Castillo de Medina del Campo. La alegría de Lucrecia se convirtió en dolor inenarrable cuando a la noticia anterior siguió otra comunicando la muerte del Valentino en el campo de batalla.

—Cuando más trato de conformarme con la voluntad de Dios, tanto más me visita con afanes —le dijo a su informante, el padre Rafael, enviado por el cardenal Hipólito con la infausta nueva—. Doy gracias a su Divina Majestad y me conformo con lo que le place...

No derramó una lágrima durante la breve entrevista, pero en el silencio y la soledad de la noche, sus doncellas la oyeron llamar con angustiadas y repelidas voces al adorado hermano.

A la madrugada, fue necesario llamar con urgencia al doctor Torella. Lucrecia terminaba de perder a su segundo hijo de Alfonso. En esta ocasión, sin embargo, el caso no se presentó con la gravedad de otras anteriores. No hubo fiebre y al cabo de pocos días, Lucrecia estaba restableciéndose.

—Mas tened cuidado, señora —le advirtió su médico—. No siempre podéis tener tanta suerte... Recordad que vuestro talón de Aquiles está en vuestra facultad generativa.

—¿No es extraño, doctor?... ¡Amar tanto y ser amada del mismo modo sólo me procura

Librodot

dolorosos trastornos!... Es como si la naturaleza, o el destino, se tomaran cumplida venganza castigándome en lo que más me afecta...

—Hágase la voluntad de Dios.

Lucrecia se restableció de su dolencia y retornando a la alegre existencia que se llevaba en la corte ferrares olvidó el dolor que le causara la muerte de César. Una vez más se vio rodeada de amigos, de cortesanos, de filósofos, de pintores, de músicos, y de poetas. Hércules Strozzi seguíala haciendo objeto de su silenciosa y divina adoración, yendo detrás de ella como el más manso y humilde lebrel. Lucrecia se acostumbró tanto a él que lo empleaba como acompañante, como cicerone, como hombre de confianza, como emisario y en cuanto favor se podía pedir a una persona de probada lealtad.

Estando así las cosas llegó a Ferrara una carta de Francisco Gonzaga, dirigida al duque Alfonso, en la que le comunicaba que, estando de paso a Bolonia, llegaría a Ferrara para una permanencia de pocos días.

Conocida la noticia, Lucrecia, colmada de silenciosa alegría, se dijo que había llegado la oportunidad tantas veces soñada. Pero en esta ocasión, por tratarse de quién era él y porque ahora conocía con mayor evidencia el fiero carácter de Alfonso, debería adoptar todas las precauciones posibles, si no quería que su cabeza rodase por las baldosas del palacio.

Acompañada de Polissena Bentivoglio y de una de sus doncellas, Lucrecia acudió a uno de tantos palacios donde se realizaba una fiesta. Como era de suponer, allí, entre la distinguida concurrencia que la hacía objeto de una cordial bienvenida, hallábase el egregio poeta, Hércules Strozzi, quien, para homenajear todavía más a la dama que era su musa, le recitó una de. sus últimas poesías.

Lucrecia, contra su costumbre, bailó poco y aun pareció preocupada. Hasta que se decidió hablar con Hércules. Éste, que con su amor por la poesía y por la divina compartía otro por los vinos de excelente cosecha, había bebido hasta ponerse chispeante y decidor, halló en ese *tete á tete* una excelente oportunidad para explayar su modo de sentir y pensar sobre el amor divino.

Muchos tomaron interés y aun pretendieron escuchar lo que Lucrecia decía al poeta, entre ellos los escuchas apostados por Alfonso, que ejercía una celosa vigilancia sobre su esposa, a sugestión del bueno de Camilo, quien, si bien no denunciara el caso de adulterio con Bembo por temor a perder la propia cabeza, no dejaba de. importunarlo para que vigilara a su esposa.

—No sé cómo lo lograré, señora, pero contad con mi lealtad y mi incondicional afecto... Yo os procuraré esos minutos de dicha terrenal, ¡así sea lo último que haga en la vida!... Sabedlo, señora mía, por vos estoy dispuesto a dar mi último suspiro en una bella frase, como os ofrecería una rosa con un beso de mi corazón...

Lucrecia, demasiado emocionada para responder, sólo atinó a . contemplarlo con sus hermosos ojos claros en los que puso toda la inmensa gratitud que desbordaba su alma.

Cuan importante y grave era la promesa que había hecho a la Duquesa, no lo comprendió el poeta hasta que se le disiparon los vahos alcohólicos. Entonces la desesperación hizo presa de él. ¿Cómo lograr esa entrevista secreta entre Lucrecia y su nuevo amor, el Marqués de Mantua? *Perdinci!...* Eso era peor que declarar un amor apasionado a la Duquesa en presencia del propio Alfonso. Incluso peor que ser sorprendido por el Duque en una actitud equívoca frente a su esposa. El poeta se rascó la cabeza, perplejo.

—¡Pero tengo que hacerlo!... —murmuró lanzando un suspiro—. Comprometí mi palabra, mi honor... Por otra parte, ¿qué no haría yo por la felicidad de ella?... Sí, le ofrecí mi vida, si era necesario. ¿Puedo echar pie atrás ahora que ella se digna bajar los ojos hasta mi pobre humanidad?...

El resultado de todo esto fue que, efectivamente, pocos días después, llegó Francisco Gonzaga, al frente de una numerosa y armada comitiva. Recibido por Alfonso y Lucrecia con los honores que merecía, en los cuales tuvo participación no sólo la corte de Ferrara en pleno, sino el mismo pueblo, que vitoreó insistentemente su nombre, el Marqués de Mantua fue conducido a sus habitaciones.

Poco después tenía lugar el banquete y el baile de recepción. Lucrecia, magníficamente vestida, parecía más herniosa y brillante que nunca y bailó con el Marqués varias piezas. Francisco Gonzaga gustaba de presentarse a estos festejos con el rostro cubierto por un antifaz, lo que unido a su riquísima y elegante vestimenta, le daba un aspecto distinguido y atrayente. Lucrecia, en sus brazos, no cesaba de reír y de hablar. Alfonso de Este, desde su sitial, frunció varias veces el ceño, pero en honor del huésped y de la hospitalidad, vióse obligado a sonreír de vez en cuando.

—¡Está de un humor de mil demonios! —pensó Strozzi al observarlo—. ¿Qué será cuando se entere?... ¡Oh, diosa de la inmortalidad, a vos entrego mi sacrificio!

Al día siguiente hubo una recepción igualmente brillante en el palacio de los Strozzi, un baile de máscaras del cual participó lo más granado de Ferrara. El Marqués de Mantua se presentó con un hermoso traje de caballero español, de terciopelo verde, pantalón corto y acuchillado, calzas largas de cuero negro bruñido, daga al costado, bonete negro ladeado sobre la oreja izquierda, con un pequeño plumín verde. El antifaz, que le-cubría todo el rostro esta vez, era igualmente negro. Su figura por lo alta y desgarbada, era fácilmente reconocible.

Lucrecia se presentó también hermosamente vestida a la francesa, con vestido y manto de brocado violeta sembrado de flores hechas con piedras preciosas,.mangas largas y cortadas. El cabello rubio echado sobre los hombros y sembrado de perlas, iba ceñido con una tiara de diamantes. Los borceguíes eran de gamuza con adornos de perlas y de cintillos de oro. También llevaba un hermoso antifaz recubierto de piedras preciosas con dibujos arabescos, detrás del cual reía con la mayor gracia.

En esta ocasión, el Marqués y la Duquesa no bailaron mucho, pero estuvieron siempre juntos, es decir a la vista de todo el mundo, y tratándose con mucha cortesía.

Y a la misma hora, en un aposento regiamente dispuesto, los personajes idénticamente vestidos y ataviados como el Marqués y la Duquesa, sellaban con un apasionado beso el amor que los unía. Luego, en medio de renovados besos, los dos amantes se juraron amor eterno. El peligro de muerte que se cernía sobre sus cabezas, y que se manifestaba en forma de risas lejanas, de ecos musicales, pareció acicatear su pasión humana, pero otorgando a la misma un sentido de sublimidad espiritual que los unió completamente, por encima de la efímera mundanalidad que los rodeaba.

—¡Te amo, Francisco!... ¡Eres el alfa y el omega de mi existencia amatoria!... ¡En ti amo a todos los hombres y en ellos te amé a ti!

—¡Oh, mi dulce, mi apasionada Lucrecia, eres toda fuego y toda vida!... ¡Eres única y mi amor será eterno!

—¡Arriémonos, Francisco, y amémonos con premura, y en estos instantes de glorioso deleite cifremos todo el amor y la pasión que vive en nosotros hoy...

—Y que vivirá eternamente, hoy y siempre, porque estarás dentro de mí, como yo en ti... ¡Sí, amémonos, hasta que nuestra odiosa 'enemiga, la responsabilidad, nos separe!

Y los regios amantes volvieron a unir sus bocas, sus almas y sus vidas en una fusión que hizo estremecer de gozo al seno de la tierra y parpadear a las estrellas en el cielo.

En cierto momento, el caballero español del traje de terciopelo verde y la dama francesa de vestido de brocado violeta desaparecieron a la vista. Alfonso de Este se volvió ansioso hacia su confidente, Camilo.

—¡Pronto!... ¿Dónde están?... ¡Han desaparecido de súbito del salón!...

Ambos hombres y con ellos muchos otros personajes, buscaron con la mirada en todas direcciones, atónitos ante tal descaro; pero pronto lanzaron un suspiro de alivio. El Marqués y la Duquesa reaparecieron en seguida, galantemente tomados de los brazos. En tal forma condujo Francisco de Gonzaga a Lucrecia Borgia hacia el sitio donde estaba el Duque de Ferrara. Un último e íntimo apretón de manos selló comprensivamente el amor que ya los unía, y para siempre.

—Señor —dijo el Marqués de Mantua, inclinándose—, os devuelvo a vuestra bella esposa, cuyas hermosas cualidades aprendí a conocer esta noche... Y ahora os ruego me dispenséis. Parto de madrugada, con el propósito de llegar a Bolonia con el tiempo preciso para recibir a Su Santidad, el papa Julio II.

—Gracias a vos, ilustrísimo pariente, por las gentiles atenciones que habéis dispensado a mi esposa... Y ahora, id con Dios y cumplid con vuestras responsabilidades.

* * *

Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua, cumplió en efecto sus obligaciones y de un modo que se ganó la gratitud eterna de Julio II, luego de lo cual regresó a Mantua. Lucrecia, apasionadamente enamorada de él. no dejó pasar un día sin enviarle noticias suyas. Hércules Strozzi, convertido ahora en generoso Cupido, era el encargado de escribir.

Esas cartas las firmaba el poeta con el nombre de *Zilio,* y en ellas Lucrecia figuraba con el nombre de Bárbara, en tanto que Alfonso era mencionado con el de Camilo. El cardenal Hipólito —otro de los que vigilaba de cerca a Lucrecia, pero sólo con el afán de tener pruebas y perderla— se llamaba Tigrino, e Isabel de Este, esposa de Francisco, era Lena.

Lucrecia, que parecía haberse entregado en cuerpo y alma a este amor, no vivía sino para alimentar el dulce fuego durante la obligada y cruel ausencia del amado. Sus cartas eran tan apasionadas como el mismo y silencioso amor de Hércules, que volcaba en tales cuartillas su propia desdicha. Lucrecia suspiraba por un nuevo encuentro y no vivía sino soñando con él. El resto del mundo pareció dejar de existir.

Un día, a fines de 1507, Camilo, el fiel servidor del Duque, entró precipitadamente en la cámara de Su Señoría. Alfonso de Este, que era vestido por su ayuda de cámara, frunció el ceño. Camilo sólo podía presentarse así si algo grave ocurría.

—¿Qué sucede, bi buen y fiel Camilo? —preguntó el Duque, fingiendo serenidad.

—¡Señor, toma'd!... ¡Leed esta misiva!... ¡Es una carta que Monseñor Strozzi envía al señor Marqués de Mantua!... ¡Teníais razón al sospechar de él!

—Bien, veamos de qué se trata —dijo Alfonso, dominando el temblor de su mano y de su corazón.

La carta que sólo hablaba de Bárbara y del amor de ella, estaba firmada por Zilio. Pero el tono de la misma era impersonal y lo mismo podía decirse del amor que expresaba. Lo único notable acaso era el estilo altamente poético que usaba su autor y por lo cual se lo hubiera identificado sin error posible.

El Duque de Ferrara dejó la misiva abierta sobre su tocador y en actitud hosca y silenciosa, dejó que su criado terminara de vestirlo. Camilo, en actitud respetuosa, esperó su fallo. Señor de vidas, honras y haciendas, Alfonso de Ferrara podía dictar uno que haría temblar el suelo de Italia.

Luego de despedir al ayuda de cámara con un simple ademán, Alfonso volvió a tomar la misiva y con ella en la mano encaró a Camilo. Éste no pudo evitar su temblor.

—No podemos juzgar sobre una evidencia tan pobre como ésta —dijo el Señor de Ferrara—. Ningún tribunal, por inclinada que tuviera la balanza a nuestro favor, condenaría

sobre tan endebles bases. No tenemos razones para suponer que exista un amor, aunque sea el platónico, entre mi esposa y él... Esta misiva, puede argumentarse, no señala nada, no indica nada. Ni siquiera hay nombres concretos, por bien que supongamos que los nombres han sido cambiados ex profesamente. Por todo lo cual...

Camilo esperó la sentencia, con el alma en un hilo, consciente de la responsabilidad que podía caer sobre sus hombros.

—Por todo lo cual —repitió el Duque—, insistiremos en tener pruebas más concretas... Y para lograrlo, vamos a tenderles una emboscada...

—¡Oh, sí, señor!... ¡Lo-que vos os dignéis ordenar, señor!

—Como el lobo mientras esté el pastor cerca, no vendrá al corral, el pastor se alejará... ¿Entiendes mi buen Camilo? El se alejará, pero estarás tú, mi fiel perro guardián, para vigilar, observar y ver... Nada más que para eso.

—¡Sí, señor!... ¡Lo haré!... ¡Podéis estar seguro de que mantendré mis oídos y mis ojos abiertos día y noche!...

—Eso es lo que espero... Y bien, iré a Venecia. Hace tiempo que tengo allí un asunto pendiente con el Dux. Eso me servirá de pretexto... Al regresar me darás cuenta de todo. Si las pruebas son concluyentes, entonces... ¡ay de ellos!

Aquel "¡ay de ellos!" estremeció a Camilo como una sentencia de garrote impuesta a él mismo. Comprendía que la vida de varias personas, entre ellas la de la Duquesa pendía de un hilo que sostenía en su mano. Sabía también que, en su furia, el Duque no perdonaría a nadie y hasta era posible que el premio por su fidelidad fuese su propia cabeza. Pero estaba obligado a ir adelante. Renunciar o retroceder ahora, era resanar a los verdugos.

En ejecución de su siniestro plan, el duque Alfonso partió para Venecia.

Lucrecia, ebria de gozo y de felicidad, mandó llamar a Hércules Strozzi y le pidió que enviara una urgente misiva al Marqués de Mantua, rogándole que viniera a Ferrara. Lucrecia, sin embargo, no tomó en cuenta dos cosas. Primero, se hallaba encinta, por cuarta vez desde que llegara a Ferrara. Su estado se hallaba muy avanzado. En segundo término, así como Alfonso tenía sus observadores en Mantua, así los tenía el Marqués en Ferrara. Por ellos sabía Francisco Gonzaga el estado de Lucrecia. Respondió, pues, con evasivas, aduciendo que no podía ir por hallarse ocupado con problemáticos asuntos de Estado y con otros que asumiera como capitán general de la Iglesia.

Y entre dimes y diretes, pasaron los días y Lucrecia se enfrentó con el trance del alumbramiento. El 4 de abril de 1508 dio a luz a. un hermoso varón y, atendida diligentemente por el doctor Torella, no experimentó ninguna de las complicaciones que tuviera en los anteriores embarazos. Todo salió normal, bien, colmando a todos de felicidad, entre ellos al propio duque Alfonso, que regresó apresuradamente de Venecia, a tiempo para asistir al bautizo de su primogénito, a quien se le impuso el nombre de Hércules II.

La circunstancia del alumbramiento del heredero de la corona de Ferrara hizo que todos olvidaran, por un tiempo al menos, los devaneos amorosos de Lucrecia. Pero apenas ésta se encontró restablecida y liberada de los deberes maternales, ya que el niño fue entregado a una nodriza, volvió a sentir sus anhelos amatorios y una vez más el poeta Strozzi, en una lealtad y constancia dignas de mejor destino, volvió a enviar sus misivas a Mantua, misivas cada vez más cálidas, cada vez más osadas, cada vez más suplicantes.

El Duque de Ferrara llegó a tener varias de aquellas misivas en sus manos. Comprendió que se mantenía vivo el fuego amoroso que su cuñado el Marqués había sabido despertar en su esposa. Pero aún no era bastante. Necesitaba la prueba absoluta irrebatible para cualquier tribunal, incluso el de la historia, de la culpabilidad de Lucrecia.

—¡Y la obtendré, vive Dios, si es verdad esa infamia! —masculló Acéticamente el

Duque, golpeando un mueble—, ¡Si el Marqués está en complicidad con ella, no dejará de .venir a visitarla si yo no estoy en Ferrara!... ¡Tiene que venir si es o piensa ser su amante!

Con esta idea fija en la mente, el Duque de Ferrara anunció su próximo e ineludible viaje, en esta ocasión a Francia. Y pocos días después, en efecto, partía dejando cuidadosamente tendida la trampa mortal, esta vez compuesta de varios elementos, para que no cupiesen dudas.

Como en oportunidad anterior no habría llegado la comitiva de su esposo muy lejos, cuando ya estaba Lucrecia importunando al buen poeta a escribir, esta vez en términos claros, sobre la necesidad que sentía ella de ver y estar con el Marqués.

Pero fuese que el amor que Francisco Gonzaga jurara sentir por ella hubiese decaído pasados los primeros ardores, o fuese que su servicio de información era el mejor de Europa y lo tenía bien al tanto de lo que sucedía incluso en la intimidad, de las alcobas reales, lo cierto es que tampoco en esta oportunidad accedió a ir a Ferrara. Parecía saber o temer algo; posiblemente el instinto obrara en él, o su elevado sentido del honor, que le hacía abominar de su anterior conducta con la mujer a quien debía haber respetado por ser su cuñada.

El apremiado Strozzi volvió a escribir.

"Madonna *Bárbara os* ama muchísimo —decía una de sus cartas—, acaso más de lo que pensáis, porque *si* creyeseis que os ama tanto como siempre os he dicho, seríais más ardiente de lo que sois en escribir y en tratar de venir donde ella estuviese. Os doy palabra de que os ama mucho, y que si continuáis de la manera que sabré mostraros, si no conseguís vuestro intento, quejaos de mí, que os lo permito. Mostradle que la amáis ardientemente, que de vos no pide otra cosa. Pone4 la mayor diligencia en venir a verla y veréis cuántas fiestas os hará, y comprenderéis entonces que os digo aún menos de lo que hay".

Las cartas, repetimos, fueron innúmeras. Ahora el Marqués se excusaba, alegando razones de salud. Y no obstante el tono a veces apremiante de las misivas, no llegó a venir a Ferrara.

Y cuando ello se hizo evidente, lo mismo que la certeza de que Gonzaga no iría a Ferrara bajo ningún pretexto, Alfonso de Este regresó de Francia. Venía feliz, al comprobar que, después de todo, aun había caballerosidad y honor en el mundo, y agradecido en lo íntimo de su corazón al Marqués.

—Pero si no ha ocurrido lo que temíamos —le dijo el Duque a su fiel Camilo, apenas pudo liberarse del resto de sus obligaciones oficiales y sociales—, es gracias al concepto de honor que tiene mi cuñado... En consecuencia, la intención del pecado existe. Y es lo que debemos castigar. Escucha ahora, Camilo, atentamente...

* * *

Después de cerrar su recitación con una frase retumbante y bien elegida como final de su epicedio, Hércules Strozzi se inclinó, mientras el inmenso salón se llenaba de entusiastas aplausos. Y lo hizo con la gracia y la soltura de un viejo comediante, porque estaba acostumbrado a estos homenajes. Todos los días, por así decirlo, los recibía. Por supuesto no era un homenaje personal, a Hércules Strozzi como el dilecto hijo de la Casa Strozzi, de Ferrara, sino a Hércules, el poeta, el hombre de ingenio y de arte.

Y Hércules sentíase no sólo contento y honrado, sino ufano. Ciertamente, las palmas que recibía su ingenio valían mucho más que los laureles de gran capitán que trajera tiempo antes Francisco Gonzaga. La aristocracia del talento elevaba a un poeta, por humilde que fuese su origen, a la categoría de un príncipe o soberano. Una reunión cortesana podía pasar sin la presencia de Alfonso de Este, por ejemplo, pero sin un Strozzi, o un Tebaldeo, o un Ariosto, jamás.

Hércules estiró su desmañada y gruesa figura, y con los ojos crispeantes de íntimo

regocijo, buscó a Lucrecia. Pero Lucrecia no se hallaba presente esta noche en la alegre reunión. Algo le había impedido hallarse presente, y se había hablado tanto de una repentina dolencia como de un disgusto con Alfonso. Sea como fuere, él se había visto privado del sol que alumbraba sus noches, de la inspiración divina de sus versos. Lanzó un suspiro. En fin, mañana había otra fiesta de campanillas. Lucrecia no dejaría de acudir a ella; tampoco él.

Entonces, no muy seguro de piernas, se encaminó hacia la salida. Había llegado la hora, para él, de retirarse. Estaba convencido, él prestigio de Hércules Strozzi como poeta, se debía fundamentalmente a que nunca había desvirtuado su obra poética con una conducta públicamente licenciosa. A gran poeta, gran señor. Sus adversarios podían decir, por despecho, que Hércules Strozzi era un libertino, pero probarlo, nunca.

Aguzando la mirada para vencer las brumas alcohólicas que lo envolvían, Hércules se preguntó dónde estaba su mozo de muías y la cabalgadura que debían esperarlo. Bajó la escalinata del palacio y avanzó unos metros en una dirección, para volver sobre sus pasos.

.—*Diamine!...* —masculló colérico—. ¿Dónde está?...

Se interrumpió al ver que alguien salía a su paso. Procuró vencer la penumbra que lo rodeaba y escudriñar el rostro de aquel personaje.

—¡Oh, sois vos, capitán Masino del Forno!... ¿No habéis visto por ventura a un mozo de muías con dos cabalgaduras, en cuyas gualdrapas llevase el escudo de los Strozzi?

—No, no los vide.

—¡Es curioso!... Yo los dejé aquí hará unas horas.| Comprended, debo regresar a Castellato; que está a una distancia regular para ir a pie...

—Y de noche. Pues quizá esté en el patio del palacio, donde es costumbre dejarlos.

—No, es Imposible. Gián tiene la orden de esperarme afuera, y siempre lo ha hecho... ¡Es extraño!

—Si me permitís, señor, yo puedo proporcionaros una cabalgadura y una escolta. Venid conmigo.

—¡Oh, capitán, sois muy atento!... ¡No dejaré de mencionárselo a la señora Lucrecia, para que ella os recomiende a su esposo!...

—Hacedlo, señor, y contaréis con mi eterna gratitud.

Los dos hombres echaron a caminar, por callejuelas angostas y desiertas, que el capitán parecía conocer bien. A poca distancia, recortándose contra el cielo iluminado del amanecer, se destacaron las sombrías torres del palacio ducal.

—En verdad, no comprendo una palabra de lo ocurrido .. Gian es un mozo servicial y cumplidor. ¿Qué creéis que puede haberle pasado?

—Imaginaos, pudieron pasarle tantas cosas... Por ejemplo, que un hombre armado de puñal, así, *le* saliese al paso, y le dijese: "¡Daos por muerto!"...

—¡Eh!... ¿Qué hacéis?,—exclamó Hércules, viendo que su acompañante lo enfrentaba tomándolo con la mano izquierda po!r el cuello de la chupa, alzaba una derecha armada de larga, aguzada y brillante hoja de acero—. ¿Por qué...?... ¡Oh!...

La mano había bajado con la celeridad de un relámpago y con un sordo golpe introdujo la hoja del puñal en el pecho agitado y desguarnecido del infeliz poeta, hasta la misma empuñadura. Hércules, los ojos desorbitados, la boca torcida y procurando pronunciar palabras que no llegó a articular, cayó hacia atrás, sobre un muro cercano. El capitán del Forno, eximio espadachín, retiró el arma homicida y volvió a hundirla en aquel cuerpo voluminoso, del que empezó a escapar un verdadero torrente de sangre.

El poeta, clavadas las manos en el pecho herido, resbaló lentamente sobre el muro,

mientras alzaba los ojos al cielo, como poniéndolo por testigo de este atentado.

—*Dolores inferni circumdederunt me...* —se le oyó balbucir, y luego se desplomó, muerto.

El capitán Masino del Forno contempló a su víctima y estuvo cierto de que "había exhalado el último suspiro. Pero a él le pagaban bien por esta hazaña, y no debía haber errores, pues en ello le iba la cabeza. Aplicó, pues, dos o tres puñaladas más, cada una de las cuales hubiera bastado para matar a un buey.

Así murió el poeta que hiciera un culto del amor divino, y cuyo único pecado consistía en haber sido noble y generoso con la dama a la cual elevara en su pensamiento hacia la excelsitud de la mujer ideal, olvidando que Lucrecia sólo era un producto del ambiente y de la época, una mujer como tantas otras, llena de ilusiones y pasiones.

La noticia del asesinato del poeta Hércules Strozzi se extendió por toda Ferrara como un reguero de pólvora, afligiendo a unos, indignando a otros. Se tejieron mil conjeturas al respecto y se sindicó a unos y a otros, sin que se hallara la verdadera razón ni al autor de tan fea hazaña. Pero el hecho produjo gran impresión , en la ciudad, por ser Hércules Strozzi poeta de gran fama y cortesano muy bienquisto.

Al día siguiente del hecho, el duque Alfonso entró en las habitaciones de su esposa atropelladamente, valiéndose de su autoridad. Lucrecia yacía envuelta en llanto y se había negado a recibirlo aduciendo una indisposición. Pero el Duque de Ferrara estaba dispuesto a realizar una cosa y nadie, ni la propia Lucrecia, iba a impedírselo.

—Señor, comprended y perdonad —sollozó Lucrecia, sinceramente i condolida—. Hércules era mi mejor amigo, un hombre al cual debo acaso las horas más gratas que pasé en Ferrara, porque su ingenio era tal que pasabais las horas a su lado aprendiendo a gozar de las cosas sencillas y sin embargo grandiosas de la vida...

—Señora, no es para hablar de ese poeta a lo que vengo... Y lo que voy a deciros es importante, por lo que os ruego despidáis a vuestras doncellas.

El Duque dijo esto con tal expresión colérica, con tal brillo en los ojos obscuros, que Lucrecia se sentó alarmada en la otomana donde yacía y haciendo un ademán despidió a sus doncellas. Catalina la Loca se hizo la señal de la cruz... ¿Había descubierto el Duque los enredos amorosos de la Duquesa?

—Alfonso me conmueve y sobresalta a la vez vuestra inquietud. ¿Qué sucede?... ¿Tal vez habéis descubierto por qué murió Hércules y quién lo mató?

—Os dije que no vine a hablar de él, y la justicia se encargará de averiguar tales extremos... Pero quizá tengáis razón. Tal vez debamos hablar de Strozzi para que nos entendamos mejor.

—Alfonso, creedme, no os comprendo.

—Lucrecia... ¡lo sé todo!

La frase, metálica, restellante, resonó amenazante en el silencio tenso que se impusiera en la cámara. Alfonso de Este clavó sus pupilas en el rostro de su esposa observando de cerca y detenidamente sus reacciones.

Y es posible que Lucrecia salvara su vida a la serenidad que demostró en aquel instante. Un sonrojo, una vacilación, un gesto, habrían resultado fatales. Cuando más la súbita palidez, que ocultó la luz débil que reinaba en el aposento, pudo demostrar alguna emoción, pero la misma podía atribuirse a la impresión recibida.

—Sigo sin comprenderos, Alfonso —repuso ella con la mayor naturalidad, sin darse por ofendida—. Explicad vuestras palabras, por favor.

—Digo que lo sé todo... Y sé el papel que Strozzi representó, y vuestra extraña devoción

por nuestro cuñado, el Marqués de Mantua... —declaró Alfonso, mordiendo las palabras, crispadas las manos en la empomadura de su espada y de la daga que llevaba al costado—. Si estáis viva se debe a dos cosas, a que sois la madre de mi hijo y a que no tengo evidencia de vuestra culpabilidad...

—Alfonso, estáis en un error. Yo os...

—¡Callad!... ¡No agreguéis el escarnio de jurar en falso a vuestro pecado de infidelidad, que si bien no se consumó, en vuestra mente proclive a la infamia se dio acaso como cosa cierta!... Tengo pruebas, esas cartas suplicantes que el tortuoso poeta escribía en vuestro nombre....

—Ahora creo comprender... —sollozó Lucrecia—. Vos habéis hecho que lo maten... Para vengar una supuesta injuria...

—¡Vive Dios!... ¿Vais a reprocharme, si fuera cierto?... ¡Dad gracias al cielo que no os mate sin misericordia, como a la infiel Parisiana por el sólo hecho de haber pecado en pensamiento!... Pero debéis comprender que mi cólera es justa y que os...

Lucrecia volvió á sollozar y doblando la cabeza sobre el pecho, murmuró:

—Señor, si estimáis que existe una ofensa tan terrible y juzgáis justa vuestra cólera herid, que no exhalaré un gemido. Herid, si, y que vuestra mano no tiemble si destrozáis el pecho que amamanta a vuestro hijo.

—Podría heriros, es verdad, y tal es mi facultad de esposo y soberano... Pero perdonar es también un elevado atributo y yo os perdonaré, por nuestro hijo, y con una condición...

Lucrecia, un tanto sorprendida, alzó hacia él su rostro cubierto de lágrimas, en gesto interrogante.

—A partir de hoy llevaréis una vida recogida, digna, devota, la que debe llevar toda soberana que respete a su pueblo, a su esposo y que se respete a sí misma... Realizaréis obras pías y concurriréis a las fiestas cortesanas sólo en casos excepcionales. Jamás volveréis a bailar ni a escandalizar. Vuestro hogar y vuestros hijos, así como este pueblo que os honra, serán vuestra única meta y la razón de todos vuestros desvelos. Y así será hasta que el Señor se digne llamaros a su seno.

Por unos segundos afloró en Lucrecia el instinto rebelde y orgulloso de los Borgia, ese sentimiento altivo y soberbio capaz de fulminar con el veneno o el puñal al osado que se atreviera a la ofensa. Pero una débil reflexión bastó para hacerle comprender que ella ya no estaba en condiciones de vengarse de nadie.

—Lo que me pedís, cruelmente, es renunciar a la vida en plena ilusión y juventud... —dijo al fin—. ¿Y si me niego?

—Entraréis en un convento... ahora mismo. Con que, elegid.

—Lo habéis pensado bien —dijo Lucrecia, lanzando un suspiro—. Y no me dejáis alternativa... Ahora, señor, os ruego, ¡dejadme sola con mi miseria!

Alfonso de Este salió con gesto y aire de triunfo y Lucrecia Borgia se dejó caer en la otomana, deshecha en llanto.

Así terminó Lucrecia Borgia, la apasionada, la magnífica y condescendiente, la amorosa, la jocunda y *tutta festa* la que llevaba en la cálida y tumultuosa sangre el tinte español de la alegría, el placer y el contentamiento, obtenidos con las cosas más simples de la vida, cual son las cualidades naturales y propias del ser.

Así terminó un período breve y álgido de la historia, durante el cual el nombre de los Borgia, temido y odiado, resplandeció con luces propias, teñidas a rojo, el color de la pasión...

* * *

Librodot

A partir de aquel año, 1508, vida ejemplar y devota fue la de Lucrecia Borgia. Tanto en su existencia privada como en la pública observó una conducta que resultó ciertamente intachable, con gran beneplácito del Duque de Ferrara.

Y como si eso fuera poco, Lucrecia fundó conventos y hospitales, frecuentó iglesias y monasterios, leyó libros ascéticos y meditó sobre la misericordia de Dios y los milagros de los santos. Realizó innumerables obras pías en favor del pueblo ferrares, ganándose el respeto y la gratitud del mismo.

En una palabra, la determinada orden .de Alfonso de Ferrara sirvió para que la otra personalidad de Lucrecia Borgia se impusiera, ahogando a la alegre y concupiscente joven anterior, la cual murió, siendo reemplazada por la otra, la que siempre viviera latente en ella, instándola a soñar con la monástica existencia de las siervas de Dios en el convento. Para dominar los alaridos de su carne joven y sensual, fue necesario, es cierto, que Lucrecia se valiera de los cilicios y aun que se flagelara frecuentemente; pero gracias a ello pudo dominar su mórbida naturaleza y llegar a ser, como fue, una dama digna de su condición elevada, de su señorío y de su responsabilidad como soberana . de un pueblo. A medida que pasaron los años, esta forma de con-ducta prevaleció y se acentuó más hacia el ascetismo, hasta el punto de que oía misa todos los días, se confesaba y comulgaba varias veces al mes.

Las prácticas religiosas no le hicieron olvidar sus deberes de madre y soberana. Lucrecia tuvo de Alfonso de Este, cuatro hijos además de Hércules II, el cual heredó el trono de su padre y casó con Renata de Francia, ellos fueron: Hipólito, que fue Cardenal, como su tío; Alejandro, que murió en la infancia; Leonora, que profesó en el convento de las Clarisas del Corpus Domine, y Francisco, Marqués de Massalombarda.

Sus dos otros hijos, el *infañiis romarius,* Juan Borgia, hijo del Perotto, y Rodrigo de Aragón, hijo de Alonso, como sabemos, se fueron con su abuela, la Vannozza, a Nepi, de donde regresaron a Roma al cabo de un tiempo. Rodrigo iba a ser enviado a España para su educación, pero Lucrecia no vio cumplido este anhelo, porque Rodrigo murió a los trece años, en setiembre de 1512. Más larga vida tuvo y si no mayor ventura, su compañero de infancia y de infortunio, el misterioso infante romano, a quien Lucrecia tuvo a su lado hasta su muerte, figurando en los documentos , estenses como su hermano, e hijo, por ende, de Alejandro VI, y no de César. El infante desapareció a la muerte de Lucrecia y reapareció años después, reclamando derechos al ducado de Camerino, que le otorgara Alejandro VI, pero el Tribunal de la Rota se los negó.

Vannozza Catanei, *la infelice madre di los Borgia,* como ella misma se llamaba, volvió a su casa de la piazza Branca. Para salvar su fortuna debió hacer importantes donaciones religiosas. Los últimos años de su vida fueron de apacible y digno reposo. Gozó de la grandeza de los hijos, y en ella ya no vieron los romanos a la concubina de un Papa, sino *a la-magnítica e nobile Madonna Vannoza,* madre de la Duquesa de Ferrara. A la vida devota la inclinaban naturalmente sus muchos años; los recuerdos de la lejana mocedad, alborotadora y pecadora; la muerte del potente protector y de los hijos, y sus innumerables hermandades y obras pías. Murió a los setenta y seis años, el 26 de noviembre de 1518.

Julia Farnese, la Bella de esta verídica historia, muertos su marido y luego su amante, desapareció misteriosamente de Roma durante algunos años, para reaparecer en 1509, casándose en Segundas nupcias con un napolitano oscuro, que si bien tenía escasos medios de fortuna, poseía estimables prendas naturales. Conservando sus bienes de manera celosa, vivió hasta los cincuenta años, cuando, dando gracias por no haber conocido los desmedros y achaques de la, vejez, que son en este mundo el mayor padecer y castigo de la mujer hermosa, entregó su vida, el 24 de marzo de 1524.

En mérito al fundamento histórico de esta obra, agregaremos que uno de los principales actores de ella, Miguel Corella, el tristemente célebre Micheletto,. tuvo mucha mayor fortuna que su amo. Procesado durante el Papado de Julio II, fue absuelto (!) y durante un tiempo

Librodot

entró al servicio del Papa francés, quien solía decir a menudo: "Tengo que pedirle a Micheletto algunas recetas para gobernar mejor la Iglesia", por lo que resulta comprensible y hasta justificada su absolución. Muerto Julio II, Micheletto pasó a Florencia, con toda su fortuna, siendo allí primero *bargello* y luego *condottieri,* alcanzando gran nombradía. Finalmente regresó a España, convertido en poderoso señor, y allí murió viejo y rico. ¿Qué fue de Sancha de Aragón? Murió muy joven —y algunos dicen que trágicamente—-, luego de la caída de César Borgia y de su separación con él. Sancha y Joffre huyeron a Nápoles y allí encontró la muerte, en diciembre de 1504, es decir, al enterarse de la prisión de César en el castillo español de Medina del Campo y cuando, desposeída y estafada por uno de sus administradores, quedó sin más fortuna que lo puesto. Joffre Borgia le sobrevivió muchos años y casó en segundas nupcias, muriendo a fines de 1516, dejando un hijo, Francisco de Borja.

Mientras todos esos acontecimientos familiares tenían lugar, Lucrecia Borgia vivió en Ferrara rodeada del aprecio del pueblo, que la llamaba su madre, porque se afanó en remediar los males que eran natural consecuencia de la guerra en que, por desobedecer al Papado y a Julio II, entró Alfonso de Este, luego de que aquél lo excomulgó y desposeyó de todos los feudos eclesiásticos. Contando con el apoyo de Francia, Alfonso pudo hacer frente por un tiempo a las tropas pontificias, pero al abandonarlo a su suerte Luis XII, se vio obligado a buscar una conciliación. Julio II le hizo saber que si la deseaba con sinceridad, debía prosternarse a sus pies en Roma. Alfonso marchó con una reducida comitiva, pero al enterarse que el Papa le tenía reservado un destino semejante al de César Borgia, huyó a tiempo con ayuda de los Colonna, llegando disfrazado a Ferrara. La muerte de Julio II, que ocurrió en 1513, puso fin a la guerra. Y Lucrecia visitó a muchas iglesias para dar gracias a Dios, y rogó al nuevo pontífice, León X, le renovara la indulgencia plenaria que le había concedido Alejandro VI para ella y veinticinco parientes elegidos por ella.

Durante los largos años de la guerra, Lucrecia había invertido no sólo su fortuna personal, sino que empeñó y vendió sus joyas, amén de sus galas y vestidos más costosos, lo cual la obligó a llevar una existencia sencilla. Concluida la guerra y comprendiendo que el lujoso vestir era una forma de pecado, intentó la ardua tarea de reformar la moda femenina en puntó a los escotes, introduciendo la gorguera para cubrir la parte del pecho y la espalda que en todo tiempo y en menor o mayor grado, han gustado de lucir desnuda cuantas damas presumen de hermosas, bien formadas y elegantes. Este sólo propósito bastará para probar cuan apartada vivía ya Lucrecia de las mundanas pompas y vanidades, ella que tanto se había preocupado de vestidos y afeites y había disputado la moda a otras bellas mujeres.

Quebrantaron su salud y mermaron su belleza las continuas gestaciones y los laboriosos partos, no poco infelices, que la pusieron en peligro de muerte. Poco a poco perdió la afición a los afeites, los trajes y las joyas, entristecido su ánimo por la ausencia definitiva del predilecto amigo y último amante, Francisco Gonzaga, Marqués de Mantua. Si no se apartó del mundo para entregarse por completo a la vida monástica, fue porque no se lo consintieron sus deberes de madre y de soberana.

Pero no sólo la afligieron las frecuentes enfermedades que padeció por causa de sus embarazos, sino los duelos con que el Señor quiso probarla en sus últimos años, arrebatándole a los seres más queridos. En 1512, como hemos dicho, perdió a su hijo Rodrigo, Duque de Bisceglia; en 1516, al pequeñuelo Alejandro y a fines de ese mismo año, a su hermano Joffre; en 1518 murió su madre, la Vannozza, y en 1519, precediéndola en pocos meses a la tumba, dejó este mundo el Marqués de Mantua, Francisco Gonzaga.

El 14 de junio de 1519, tras una laboriosa gestación y con un no menos laborioso parto, dio a luz Lucrecia a su quinto hijo de Alfonso, una niña de aspecto muy delicado a la cual fue necesario bautizar sin pérdida de tiempo, imponiéndosele el nombre de Isabel María.

A consecuencia de aquel parto le sobrevino a Lucrecia un poco de fiebre, de la que sus

Librodot

médicos —el doctor Torella había muerto— creyeron se vería pronto libre. Pero la fiebre era de tipo infeccioso y en lugar de mejorar, su estado se fue agravando. LOS médicos dispusieron entonces someterla a una sangría y empezaron por cortarle los cabellos, orgullo en otro tiempo de la hermosa y jocunda Borgia, porque la sangre se le había subido a la cabeza. Esto ponía en inminente peligro la vida de la Duquesa y se abrigó ya pocas esperanzas.

El día 22 de junio, hallándose Lucrecia en manos de sus doncellas y de los médicos, se le vio caer de pronto exánime, en un ataque de catalepsia, sin pulso ni respiración, por lo cual los médicos declararon oficialmente su muerte y los secretarios ducales extendieron los certificados de defunción, así como la información del fallecimiento se pasó a la corte, el pueblo y a todos los estados vecinos y amigos.

Pero poco después Lucrecia reaccionó, causando el alborozo de unos y la aprensión de otros, que temieron verse ante un resucitado. Lucrecia había perdido el habla y la vista, pero consiguieron alimentarla, luego de lo cual descansó. Los médicos informaron que aún había una pequeña esperanza, pues sí el ataque no se repetía, podría salvarse.

Isabel de Este, Marquesa de Mantua, que ahora apreciaba a Lucrecia por el grande y favorable cambio que introdujera en si vida, había enviado un secretario, para que le informara al punto sobre el curso de la enfermedad de su cuñada. Prósperi, qué así se llamaba él, le escribía en la mañana del 23: "Con la gracia de Dios, la señora Duquesa ha estado algo mejor; ayer noche mejoró un poquito y esta mañana se ha ganado algo, de suerte que ya no hay el temor de antes".

Pero el día 24, que era viernes, se agravó de tal modo Lucrecia, que no hubo lugar a dudas sobre el próximo y funesto desenlace, el cual se aguardó de hora en hora.

Ni los médicos ni el duque Alfonso, ni sus hijos, se separaron del lecho en aquellas tristes .horas y pasó el día en los afanes de la muerte. Había perdido Lucrecia el conocimiento y la palabra.

A la una de la madrugada, en efecto, entregó su alma al Señor, a la edad de treinta y nueve años.

Alfonso de Éste, que llegara a profesar a su esposa verdadero afecto, lloró mucho aquella pérdida, lo mismo que sus hijos. Al escribir una carta a Mantua, informando de lo ocurrido, dijo: "No puedo escribir esto sin lágrimas; tanto me pesa verme privado de una tan dulce y cara compañera, porque lo era para mí por sus buenas costumbres y por el tierno amor que entre nosotros existía". El entierro de Lucrecia fue una imponente y sentida manifestación de duelo. El cortejo fúnebre, encabezado por el Duque de Ferrara, sus hijos, sus damas de honor y sus amigos íntimos, contó con la presencia de toda la nobleza, del clero y, en suma, de todo el pueblo de Ferrara, el cual, ciertamente, sintió la pérdida de su bienhechora a tan temprana edad y cuando de ella se esperaban muchas mercedes y obras pías.

En la noche del sábado 25 se realizó el traslado del cadáver a la iglesia interior del *Corpus Domine,* el convento de las Clarisas, donde había de profesar Leonor, la hija de Lucrecia. Se enterró a Lucrecia en la misma sepultura en que yacía su suegra, doña Leonor de Aragón, gran protectora, como Lucrecia, de aquellas monjas, sepultura que también habrían de ocupar posteriormente su marido, Alfonso de Este, y sus hijos Alejandro e Isabel.

Como elocuente testimonio ante la posteridad se alza el epitafio que se encuentra en dicha sepultura, que dice:

D. O. M.

ALPHONSO DUCI FERRARIE, MUTINE REGII

MARCHIONIS ESTENSI

COMITI RODIGII

PRINC. CARPI

Librodot

DOMINO COMACHI PROVINCIARUM FRIGNANI ET CARFAGNANE IN ROMANDIOLA. ELEONORA

ARAGONI MATRI.

LUCRETIE BORGIE UXORI

ALEXANDRO & ISABELLE FILIS

Inscripción que difiere del epitafio que el poeta italiano, Jacobo Sannazzaro, contemporáneo de Lucrecia, escribió para ella:

Hic jacet in túmulo Lucretia nomine, sed re Thais, Alexandra filia, sponsa, nurus.

Porque la interpretación histórica veraz, siendo simplemente objetiva, carece de las sutilezas de la interpretación intelectual, basada principalmente en los sentimientos y las emociones del autor.

FIN